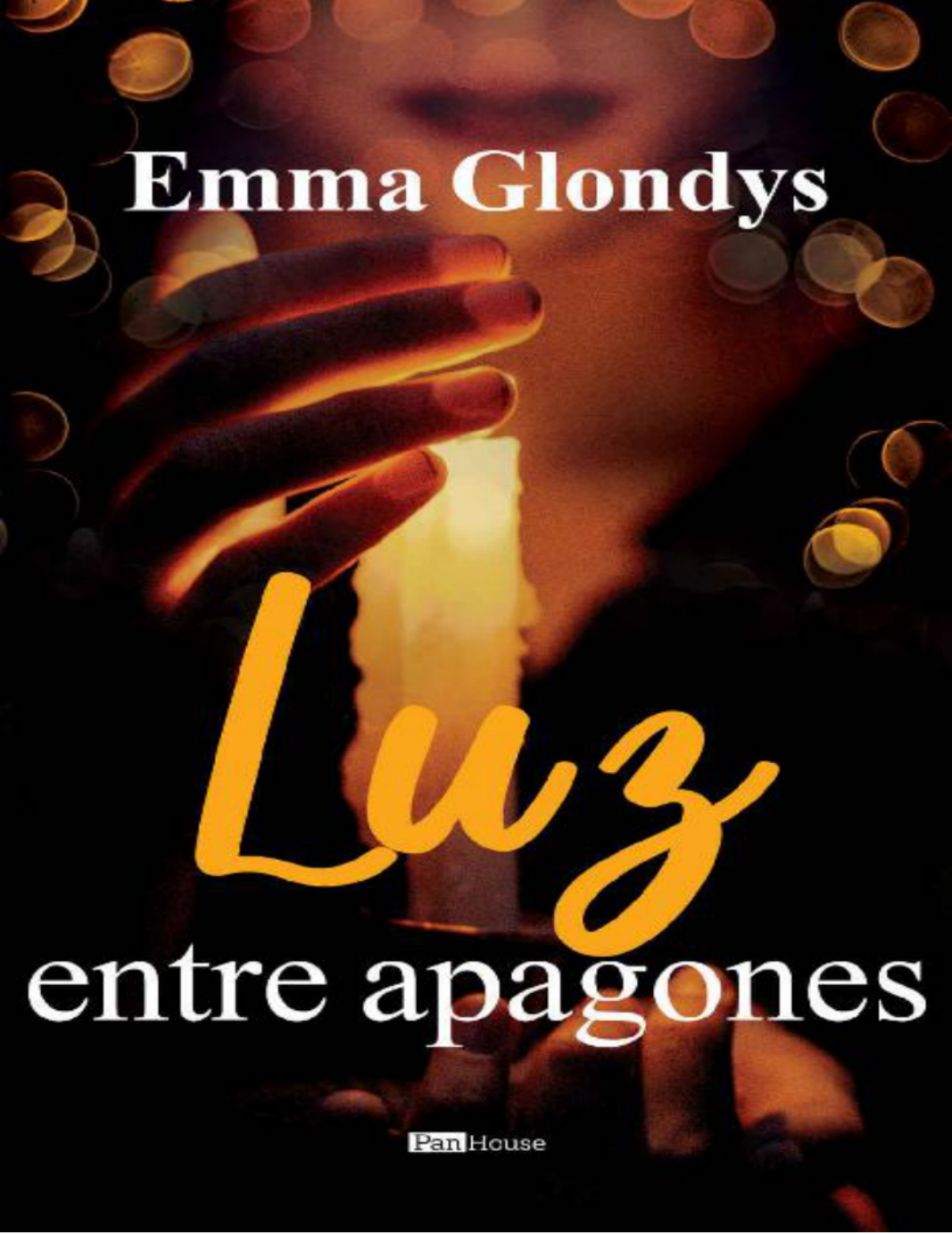
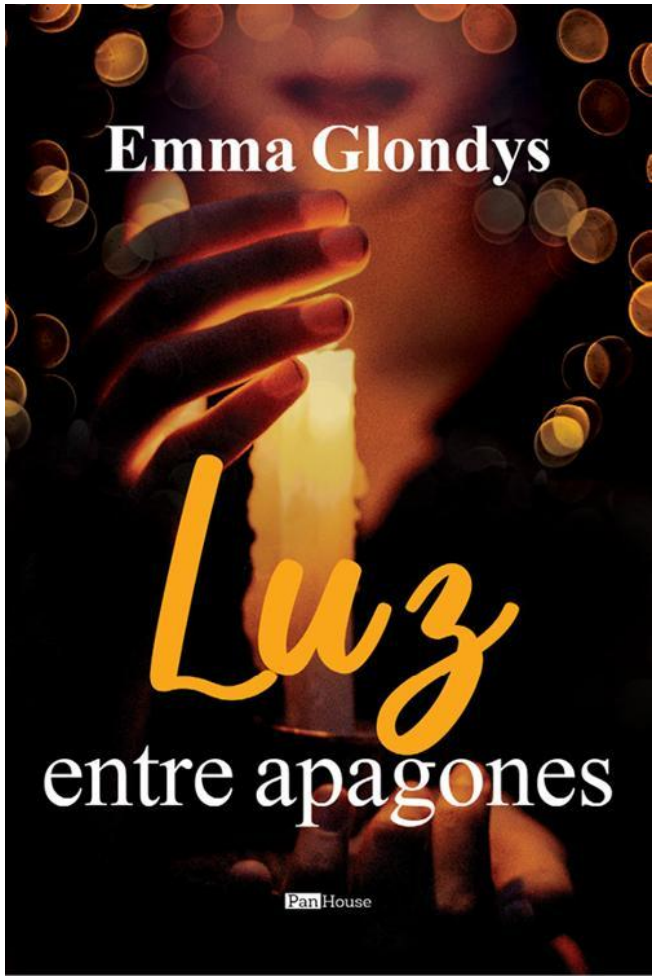

Emma Glondys
Luz
entre apagones
Pan House

Derechos de autor Emma Glondys
Luz entre apagones, 2022.

Editorial PanHouse
www.editorialpanhouse.com

Edición general:
Jonathan Somoza
Gerencia general:
Paola Morales
Gerencia editorial:
Barbara Carballo
Coordinación editorial:
Daniel Valente
Edición de estilo:
Inés Lorenzo García
Corrección ortotipográfica:
Andrea Peña
Sinopsis:
Silvia Raquel Rodríguez
Diseño, portada y diagramación:
Aarón Lares

ISBN: 978-980-437-168-4
Depósito legal: DC2022001658


Emma Glondys
Luz
entre apagones
PanHouse

A mi abuela Bruji, porque me hubiese encantado regalarle esta novela y el tiempo no me alcanzó.

Nadie se ilumina imaginando figuras de luz, sino haciendo consciente su oscuridad.

Carl Jung

Todos los personajes de esta obra son completamente ficticios, producto de la imaginación de la autora.

1

Cuando yo tenía siete años quería que Armando muriese. La muerte era una mujer pálida con cabellera caótica, semejante a una telaraña de sólidos y enormes hilos negros. Cuando venía por ti, te enzarzaba en su pelambre viscosa y te llevaba en volandas, para nunca volver. Eso había hecho con mi abuelo Ramón justo antes de que yo llegara a este mundo. «Está en la tierra», me decía mami; «en el cielo», le corregía mi abuela. Se había llevado, además, a los familiares que me observaban con ojos tristes desde lo que yo llamaba la pared de los muertos.

La pared de los muertos estaba en la habitación de mi abuela. Era de tablas de palma seca, que cada año pintábamos con cal, como el resto de paredes de la casa. Entre vasos con flores, que cambiaba los domingos, mi abuela exhibía imágenes de sus difuntos en esa pared que se alzaba como un templo frente a mi pequeño cuerpo. Eran retratos de mi abuelo Ramón, de mis cuatro bisabuelos y de algunos familiares que no llegaron a experimentar la cuestionable dicha de envejecer; entre ellos, el tío bisabuelo Jesús, que murió a los treinta años, y la tía abuela Julia, que era apenas una niña de mejillas rollizas, trenzas y lazos blancos en su última fotografía.

A pesar de que mi abuela y mi tío se referían a ella como «muerta y enterrada», en la pared de los muertos no había fotos de tía Nena. Como no la había visto nunca, imaginaba que se trataría de una señora mala, demasiado fea para exhibirla.

También teníamos muchas fotografías de Margarita, que trabajaba en una textilera en Alemania; de Armando, que había luchado en la guerra de Angola; y de Fidel Castro, nuestro presidente y comandante en jefe. El cuadro más grande en casa era el de Fidel, cuyo rostro emergía tras el humo del tabaco, como un coloso barbudo, con su habitual uniforme verde oliva. Pero Fidel no estaba solo en mi casa: Fidel estaba en todas partes y escuchaba todas nuestras conversaciones. O eso creía yo.

A los siete años, con los retratos de los muertos y los de los vivos distantes, había aprendido que la muerte era una forma permanente de separación. Sospechaba que morir era un viaje eterno, y que ese viaje, fuese a la cima del cielo o al fondo de la tierra, no hacía la menor diferencia para mí, porque ni de un lado ni de otro se podía regresar.

Si la muerte se llevaba a Armando, no tendría que verlo nunca más.

Sobre eso reflexionaba en el momento en que mami le rogó que se fuera. Era mediodía y discutían en el portal. La sombra del almendro caía en la tierra, como una semicircunferencia con pequeños parches de luz alrededor

del tronco; la otra mitad de la circunferencia era interrumpida por el techo del portal. Lo había sembrado mi abuelo Ramón justo antes de construir la casa y ahora sus raíces amenazaban con levantarnos el piso. Junto al marco de la puerta, en cuclillas, yo abrazaba mis piernas con el mentón hundido en las rodillas huesudas. El cabello lacio me caía en la cara como una cortina deshilachada, triste. Para fortalecerlo, la peluquera le cortaba el ancho de un dedo todos los meses. La última vez lo había cortado justo debajo de las orejas, otro corte como ese y me dejaría igual que un niño. ¡Maldito pelo que no alcanzaba ni para taparme lo ojos! Maldito Armando, que se tambaleaba de un lado a otro del portal, como un juguete tentempié, oscilando en su base, siempre jugando con los límites de la gravedad, siempre librándose de un golpe de gracia.

—¡A ti te encanta decirme que yo soy un borracho, Blanca! —le gritó Armando a mami.

—Vete —repitió ella con tono de súplica disfrazado de determinación, y él le respondió con un puñetazo que le incrustó un lado de la cara en un poste del portal.

Un hilo de sangre corrió por la mejilla de mami.

«Se va a morir», pensé.

Temblores pujantes me estremecieron, dejándome tan suave como la textura de un dulce de arroz con leche en el instante que mi abuela decidía bajarlo del fogón. Pero, a diferencia del dulce, que se agitaba en el calor del fuego, yo me congelé. Fue mami quien se acercó y me abrazó, me dijo algo que no recuerdo o que no escuché, porque la moto de mi tío Raúl apagó su voz bajo la escandalosa fricción de los neumáticos en el portal. Periódicos y sobres blancos cayeron de su bolsa de cartero cuando la moto colapsó en el suelo y él, de bruces sobre Armando, derribando de una vez por todas su incongruente figura de tentempié con zapatos.

Los dos hombres rodaron un par de veces a lo ancho del portal antes de que Armando se levantara y se echara a correr, preso de los típicos movimientos erráticos de la embriaguez. Con repentina parsimonia, mi tío entró a la sala, agarró la delgada barra de hierro con la que atrancábamos la puerta de dos hojas y caminó calle abajo blandiéndola, gritando que lo iba a matar. Los vecinos, que ya estaban todos afuera, se unieron a él en medio de la calle en lo que semejaba una audiencia de paredón. Quien pedía pena de muerte con menos reservas era nuestra vecina de al lado, conocida en todo el barrio como la China.

Yo hiperventilaba y me estremecía, igual que un pez fuera del agua, sofocada por el oxígeno que entraba a mis pulmones. Una fuerza desconocida me pateaba las paredes internas del pecho y los muslos me temblaban, como desconectados del resto del cuerpo o agitados por caprichosos hilos de

marioneta. Una sombra de capas marrones me nubló la vista. Empecé a caer de pie por un agujero negro, mi cuerpo oscilando alrededor de las piernas, la cabeza rozando el suelo con cada giro, pero levantándose de golpe cada vez, como si fuera yo el tentempié de plástico. Continué cayendo hasta que quedé suspendida en al aire por hilos pegajosos. Era ella, la muerte; me apretaba de pies a cabeza, me envolvía en el tejido glutinoso de su cabellera negra. Me llevaría en volandas, para nunca volver.

—¡Respira, Luz! Respira, aquí adentro, ¡respira!

Exhalé un suspiro ahogado y retiré el cartucho marrón que habían sellado a mi cara para normalizar mi respiración. Los espasmos cedieron de repente, tal como habían comenzado, y me dejaron un cansancio desconocido hasta entonces: la penosa lasitud que queda después de un miedo infinito.

Levanté la cabeza y me acomodé los flecos húmedos detrás de las orejas. Todos me miraban con ojos desorbitados: mami, mi abuela, mi tío, la China y el resto de los vecinos que ya habían desistido de perseguir a Armando.

—¡Eso fue un trance! —dijo la China, una señora con la estatura de una niña, pero robusta, con ojos diminutos que resistían el peso de sus enormes párpados.

—Trance ni trance. —Mi abuela dio dos palmadas sobre su cabeza—. Arriba, todo el mundo para su casa, que el espectáculo se acabó.

Esa noche mi tío caminaba de un lado a otro en la cocina: «si lo cojo, lo mato», nos repetía. Mi abuela le ponía hielo en el golpe a mami y le pedía a su hijo que dejara eso, que se iba a desgraciar, que iba a perder su trabajo en el correo o, peor aún, comprometer su entrada al Partido Comunista Cubano. Todavía no sé por qué lo llamábamos partido si era el único que teníamos en el país; no había nada que partir. Era 1989 y mi tío tenía veintinueve años, poco menos que la Revolución, que llevaba tres décadas tratando de adaptar el modelo socialista soviético a la mayor de las islas del Caribe.

Mami sonreía con la cara hinchada y las mejillas encendidas, un candor casi infantil. Más alta que muchos hombres, con curvas que amotinaba dentro de pantalones de gabardina, mi madre intimidaba a primera vista; aunque solo por un instante, porque le sobraba esa suavidad y ternura que le ablanda la apariencia a los cuerpos rubenescos. Ella sonreía y nos repetía que todo estaba bien, que apenas le dolía.

Mami siempre fue una optimista desmedida y decía que quien cierra los ojos en la oscuridad se niega a un posible destello de luz. Y aunque yo lo veía todo oscuro y temía que un día de menos suerte Armando la iba a matar, asentía con la cabeza a sus reafirmaciones de confianza. Asentía y pensaba en la mujer pálida y harapienta que se llevaba a los vivos, la única que podía salvarnos la vida a nosotras dos.

Santa Clara, Cuba, 2012

El oficial de inmigración sostiene el pasaporte, mirando mi rostro y el documento de forma intermitente; la típica mirada de arcón con que se aseguran en los aeropuertos de que eres la misma persona de la foto. Como tiene el pelo blanquecino como un anciano, pero no usa espejuelos, me es imposible adivinar su edad.

—Motivo del viaje —me pregunta sin la más mínima exclamación interrogativa, como si en vez de preguntar afirmase.

—Visita —contesto rápido.

—Turística o familiar —dispara con el ceño fruncido, como si fuese obvio que tenía que haber apellidado la visita desde la pregunta anterior.

—Familiar —respondo, un tanto insegura de que los difuntos cuenten para esta conversación.

El uniformado teclea en la computadora y acuña un papel que luego me alcanza, junto con mi pasaporte y otros documentos, por el hueco del cristal que nos separa.

—Bienvenida —me dice, y yo obligo una sonrisa antes de darle la espalda.

2

Con los sucesos del día anterior, hasta mi tío se olvidó de los papeles que volaron por el portal.

—Ayer no recogieron nada allá afuera y aquí hay carta de Margarita. ¿Ya coló el café? —dijo la China desde la puerta de la cocina con sus manos, casi infantas, atiborradas de sobres y periódicos—. Cómo tienes esa cara de fea, niña.

Con un dedo mami se tocó la ceja derecha, justo donde le había dado el golpe Armando. La inflamación remitía, pero la piel le estaba cogiendo el color de una orquídea morada cuando se seca.

—Te lo dije ayer, que eso necesita una sutura de la enfermera—continuó la vecina y abrió el sobre, con los ojitos rasgados fijos en mi tío—. Tenías que haberle partido la cara a ese cobarde, Raúl.

—No me hubiese costado nada mandarlo para el hospital —contestó él y haló un taburete a un lado de la mesa—. Porque el infeliz estaba borracho, China, que si no…

Con casi treinta años, mi tío era el mayor de tres hermanos. El bigote *walrus* le cubría casi todo el labio superior, y destacaba el tono blanquecino de la piel acabada de afeitar cada mañana. Su cabello negro resplandecía a golpe de brillantina y se lo peinaba a un lado, con una raya que recordaba una regla graduada. Una vez sentado, encendió un cigarro y guardó la fosforera en el bolsillo de la camisa azul de uniforme. Mi abuela le mantenía los uniformes de trabajo limpios y planchados, él casi siempre se cambiaba la camisa al mediodía, luego de almorzar. Era una manía entendible, porque el calor no se lleva bien con el exceso de vello, y mi tío Raúl, al menos una cabeza más alto que mami, parecía un gran oso flaco. Claro que, en aquellos tiempos, tenía suficientes uniformes y detergentes para satisfacer sus lujos higiénicos.

Poco imaginábamos lo que estaba por venir.

Mami le arrebató el sobre a la China antes de que sacara la carta:

—Tampoco es para tanto, China —dijo respecto al golpe y se sentó en otro taburete.

La vecina y yo hicimos lo mismo. Mi abuela se quedó frente a la cafetera, con los ojos clavados en el papel, como si pudiese leerlo desde allí con sus grandes espejuelos de marco negro. En lo que mami leía la carta en voz alta, yo jugaba con la postal alemana que mi tía nos mandó.

—Bendito sea el Señor —murmuró mi abuela cuando escuchó que su otra hija regresaba en unas semanas y era un viaje definitivo. Como si la cafetera compartiera su alegría, empezó a colar e invadió la cocina con el tan

familiar aroma, que me resultaba demasiado amargo en ese entonces.

—¿Qué tú crees de esto, Raúl? A Margarita le faltaba otro año de trabajo en Alemania—dijo mami cuando terminó de leer y colocó el papel sobre la mesa.

La tinta azul se desplegaba en rasgos erráticos hasta poco menos de la mitad de la hoja, con el carácter lacónico de quien no tiene mucho que contar, como todas las cartas que nos llegaban de mi tía.

—Margarita siempre ha sido una histérica, seguro que armó uno de sus líos y los alemanes la pusieron de paticas en el aeropuerto. ¿Ves por qué a las mujeres no se les ha perdido nada en el extranjero? Eso de viajar es cosa de hombres —dijo mi tío y dio una calada al cigarro, que ya se había reducido a más de la mitad. El vello del pecho le rozaba la base del cuello, tenía que ser algo insoportable en el calor apenas matutino.

—Bueno, lo importante es que viene y se acabaron los viajes —indicó mi abuela y le trajo un jarro con café a su primogénito.

A pesar de ser una mujer menuda, era ella quien ponía punto final a las conversaciones en mi casa, por lo menos en aquella época. Pero todo poder es sensible al tiempo y el de mi abuela no fue la excepción.

Supongo que, para derretirnos un poco el calor insoportable del verano, mi tía nos enviaba postales navideñas en cualquier época del año. ¡Qué mágicas eran las postales de mi tía!¡Qué perfecta era Alemania! Cerré los ojos y caminé alrededor de la cabaña de ventanas de cristal con marcos rojos por donde salía la luz de un farol, tenue pero suficiente para resplandecer en la nebulosidad del bosque nevado. Caminaba por la superficie blanca con los pies desnudos, escapando del calor insufrible de mi realidad, y entraba al bosque de la mano de mami, mientras los copos níveos caían sobre nuestros cuerpos. Así avanzábamos ella y yo, hasta llegar a Alemania, y nos quedábamos para siempre allá, lejos, dentro de una postal.

El chirrido de la barra de hierro rozando las argollas de la puerta del frente me devolvió a casa. Asomé la cabeza por el pasillo y alcancé a ver a mi abuela recostar la barra a la pared. En casa nunca tuvimos llaves, porque las puertas carecían de cerrojos. Cuando salía toda la familia, que era casi nunca, mi abuela aseguraba la puerta de la cocina con una cadena de hierro y un candado con parches de cardenillo, que ya no cerraba, pero despistaba a posibles curiosos. Cuando abrió las dos hojas de la puerta de la sala de par en par, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, y me dejó las manos tan húmedas como si una bola de nieve se derritiese entre mis dedos. Sentí la imagen de Armando golpeando a mami como un puño de hierro en el pecho y le balbuceé a mi abuela que cerrara la puerta.

—¿Qué quieres? —contestó ella—. ¿Ahogarnos del calor aquí adentro? ¡Esto no es Alemania!

Enseguida empezaron los preparativos para la llegada de mi tía. Los adultos pintaron las paredes con cal, organizaron los trastos acumulados en el patio y limpiaron los rincones que solo recordamos cuando se espera una visita importante. Había un entusiasmo en el aire, que no conseguía contagiarme; no tanto porque no conocía a mi tía Margarita, sino por el temor a que Armando regresara y le hiciera daño a mami. Rememoraba el momento en que mi tío Raúl lo perseguía; cerraba los ojos y lo veía regresar a casa con la barra de la puerta ensangrentada. «Ya está en el cielo», declaraba mi abuela; «en la tierra», murmuraba mami. Otras veces fantaseaba que él regresaba a Angola a pelear una guerra de mil años, o que mi odio cobraba tanta fuerza que se hacía mágico y me otorgaba el don de desaparecer a alguien solo con desearlo.

Me obsesioné con la idea de que lo que deseaba podía materializarse si hacía mi cama con estricta simetría. Por las mañanas estiraba y remetía la sábana bajera a todo lo que daba bajo la colchoneta. Una moneda hubiese rodado de una punta a otra de la cama, de no ser por el relieve irregular de la guata, que se separaba en pelotas que no cedían ni siquiera presionando la maltratada colchoneta con una plancha caliente. Acomodaba la sobrecama hasta que las cuatro puntas permanecían a la misma distancia del piso y la cama entraba en un estado que yo llamaba «perfecta Alemania».

Me convencí de que, por alguna forma de correlación fantástica, el protocolo con mi cama era directamente proporcional a la ausencia de Armando. De que tal vez yo, la niña más escuálida y pequeña del aula, había encontrado la magia para librarnos de él.

Y la magia se me fue revelando en diversas rutinas que cumplía «perfectamente» a cambio de que Armando no regresara jamás.

De ese modo, mientras los adultos preparaban el recibimiento de mi tía Margarita, yo creaba y ejecutaba rituales de «perfecta Alemania».

3

Para mí no había mejor refugio en todo el mundo que la casita que mami me construyó con balizas y sacos de yute bajo el limonero del patio. Tenía un techo poco más alto que yo, era tan estrecha que mi abuela no se aventuraba a entrar y cambiar cosas de lugar. Solo la China se asomaba a echar un vistazo entre los sacos marrones, pero muy de vez en cuando.

Pero la casita dejó de parecerme un lugar seguro luego de que Armando golpeara a mami. Desde allí no podía ver la calle. Si él llegaba, sería la última en enterarme y no la podría ayudar. No con poco pesar trasladé mis juegos a la habitación de mi abuela, que era la primera de la casa, y tenía en la ventana un hueco del tamaño de un ojo, con vista al portal.

Lo más fastidioso de jugar en ese lugar era mi ritual frente a la pared de los muertos. Cada vez que entraba tenía que pararme frente a sus cuadros, mirarlos directamente a los ojos, hacer cuatro inhalaciones ininterrumpidas por la nariz y luego exhalar de una vez todo el aire acumulado. Si no lo hacía «bien», tenía que repetir el ritual una y otra vez, hasta que fuera «perfecta Alemania». No podía arriesgarme a que la muerte le diese motivos a mi abuela para colgar la foto de mami allí.

En una ocasión, jugando en su armario, encontré un cofre de madera envuelto en una funda de almohada. Convencida de que había encontrado algún tesoro, intenté abrirlo, pero el cerrojo no cedió.

Corrí en busca de mi abuela.

La encontré en la cocina, sacándole los machos y las piedras al arroz. Un delantal protegía su falda, siempre larga hasta las rodillas. Mantenía los delantales blancos con cloro, y se enrolaba el pelo gris en una cebolla ajustada con presillas negras a la altura de la nuca.

—Abuela, ¿dónde está la llave del cofre que tienes en tu escaparate? —le pregunté, y ella respondió que se había perdido hacía mucho tiempo—. ¿Y qué hay adentro? —insistí.

—El diablo —me dijo con ojos que se hacían más grandes y oscuros detrás de los cristales de marco negro.

Cuando mi abuela miraba así, ni siquiera un lobo famélico era capaz de sostenerle la mirada. Bajé la cabeza como si de repente me pesara el doble, con el súbito estremecimiento de todo mi cuerpo, y ella regresó a su faena con el arroz sobre el mantel. Ya yo tenía suficiente con Armando, como para también meterme con el diablo. Nunca más hurgué en sus cosas.

No imaginaba que una década más tarde ese cofre reventaría como una caja de Pandora y desataría el precedente para la mayor de nuestras tragedias

familiares. No sospechaba que el diablo al que se refería mi abuela era un secreto, uno que se hincharía como una esponja, que rodaría como una bola de nieve, y nos aplastaría y nos congelaría el alma.

Por las noches, luego de que mi abuela le pasara la barra a la puerta del frente, yo bajaba la guardia y me iba a dormir. Despertaba sobresaltada con los ruidos sigilosos de la madrugada. En esos días me los aprendí todos: el hociqueo que venía del corral de los cerdos de la China, los ladridos de los perros del barrio, los aullidos de las gatas en celo y los ronquidos desaforados de mi abuela. A esto se sumaban sutiles sonidos de las tantísimas ranas que traían las lluvias de julio y agosto, ranas que entraban y salían de entre las tablas y tejas a su antojo. A veces caían encima del mosquitero y lo estiraban como una melcocha. Me despertaba con la rana casi rozando mi cuerpo y gritaba hasta que mi abuela venía y la azoraba con una escoba. Ni a las ranas les tenía miedo mi abuela.

Una madrugada, alrededor de la media noche, me despertaron unas batidas en la puerta de la sala, tan fuertes que la barra graznaba entre las argollas. Me senté en la cama de un golpe y me tapé los oídos. Mi corazón palpitaba al ritmo de la barra y sentía que uno de los dos se iba a salir de su lugar.

Había llegado mi hora. Este era el fin de mi espera y no sabía qué hacer. Quería gritar. Quería correr hasta la puerta y enfrentar a Armando para proteger a mami; pero me volví a quedar inerte, inhalando en unidades de cuatro con largas exhalaciones.

—¡¿Eso qué cosa es, caballero?! —Se sobresaltó mi abuela. La suela de sus chancletas repiqueteaba en dirección a la sala.

Mami asomó la cabeza fuera de su mosquitero. Aunque en la misma habitación, dormíamos en diferentes camas. Me bastó un instante para percibir el terror en sus ojos.

—¿Quién está ahí? —gruñó mi tío con voz ronca, como quien no ha despertado del todo.

«¡Es Armando! ¡Es Armando!», pensaba yo, con las palmas de las manos empapadas en los oídos.

—¡Soy yo! —anunció una voz desconocida.

—¡Pero! ¿Tú no venías mañana? —preguntó mi abuela y la barra de hierro graznó por la rápida fricción al sacarla de las argollas.

No había llegado mi hora, había llegado Margarita.

Yo no recordaba a mi tía. Cuando nací, ella pasaba un curso de costura en La Habana y, poco después, se fue a trabajar a Alemania. Me impresionó mucho su hermosura, más constatable en persona que en fotografías. Con veinticinco años, dos años mayor que mami, era la hija del medio y la única que heredó el color de ojos azul oscuro de mi abuelo Ramón, que era hijo de

gallegos. Los demás teníamos los ojos como mi abuela, con ese color miel de abeja predominante en el pueblo. Los de mi tía eran grandes y chispeantes, casi intranquilos, pero con una nota dulce. Llegó a casa con la melena negra suelta, lacia igual que la mía, aunque espesa como la de una muñeca. Le llegaba a media espalda y lucía exuberante en ella, que era de constitución descarnada y poco más alta que su madre.

El mismo día de su llegada hubo una discusión en casa con relación al abrupto final de su contrato de trabajo en Alemania. Mi tía dijo que ellos tenían una venda en los ojos porque no habían conocido el mundo y otras cosas que la familia no quiso escuchar. Mi tío respondió que el extranjero le había llenado la cabeza de tonterías y mi abuela cerró el asunto, sentenciando que en su casa no había sitio para traidores. Todo esto lo dijeron entre susurros y miradas disimuladas a las puertas y ventanas. Mami no dijo ni una palabra.

Con mi tía llegaron muchos presentes para todos, incluida yo. Entre tantas ropas y zapatos, muñecas y chocolates; solo un regalo llegó meticulosamente envuelto en papel de colores con cintas blancas. Ella lo puso en mis manos y musitó, con una risita nerviosa, que alguien muy especial me lo enviaba. Lo abrí al momento y encontré un cuaderno rosa fucsia con un bolígrafo de unicornio con punta retráctil.

—¿Qué dice aquí? —le pregunté señalando las letras brillantes de la portada.

—Sueños y deseos. Está escrito en alemán —aclaró ella—. Esa persona especial te envió un cuaderno en blanco para que tú puedas llenarlo con tus sueños y deseos. —Mi tía hizo clic con el boli de unicornio y lo colocó en mi mano.

—Gracias, tía —susurré, mientras leía en la primera hoja del cuaderno unas letras en tinta azul sobre la superficie rosa: «Con amor, Rolf». Me lo llevé a la nariz; olía a caramelo de fresa, mi preferido.

También con mi tía llegaron fiestas y visitas, parientes y amistades que aparecían a todas horas. Mami había pedido vacaciones en la bodega que administraba y mi tío en el correo. Se le veía divertido, entrando y saliendo en la sofisticada moto naranja que su hermana acababa de traer de Europa, y que era casi dos veces más grande que la que le subsidiaban en el correo. Mi abuela se entretenía en la cocina, preparando sus mejores recetas y colando café. Pocas personas del pueblo salían del país en aquella época, así que, hasta los menos conocidos, llegaban a hacer preguntas, y como la recién llegada tenía historias y risas para todos, se quedaban hasta que mi abuela les ofrecía la colada. Como la amargura de su madre y los resabios de su hermano se habían apaciguado con el súbito paroxismo en que se envolvió la casa, tuve la impresión de que mi tía era la persona más feliz del mundo. Más que moverse,

ella parecía orbitar dentro de un tipo de energía casi frenética y contagiosa. Y aunque yo no lo sabía entonces, era energía insostenible para un mismo cuerpo a largo plazo.

Una semana después de su llegada, junto con la moto, llegó a casa un camión cargado de muebles de Alemania. Los ojitos de la China se le cerraron de la alegría cuando le regalamos los trastos viejos de nuestra sala. El tapizado rojo de los butacones nuevos hacía juego con las cortinas de los dormitorios, nuevas también, y la vitrina repleta de adornos les sacaba suspiros a todas las visitas. Allí metió mi abuela su colección de *matrioskas,* aunque todos opinaban que deslucía los refinados cristales alemanes de la vitrina. Detrás del televisor ruso colgamos un reloj de pajarito y, encima, la grabadora. En las fiestas interminables, donde los adultos hablaban sin descanso, yo miraba la cinta de casete y tarareaba: «La vida sigue igual», al ritmo de Julio Iglesias.

Mi tía se instaló en la última habitación de casa. Con un cielo raso de cartón escondió las tejas y, con cortinas de seda blanca, las tablas de palma. En una esquina situó su máquina de coser y al lado una luna de espejo que se extendía casi desde el suelo hasta el cielo raso. Ahora todos podíamos vernos de pies a cabeza dentro de nuestra propia casa, menos mi tío, que tenía que encogerse para hacerse la raya del pelo. En las mesitas de noche colocó lámparas color oro y un domo de nieve con bolas rojas entre pinos verdes. Yo lo removía y, una y otra vez, la nieve caía sobre los pinos mientras mi tía bailaba descalza sobre el satén azul de la sobrecama y tarareaba aquello que decía: *Cheri Cheri Lady… love is where you find it… listen to your heart.*

Yo me movía allí adentro con mesura. Entendía que era su resguardo, tan sagrado como lo era para mí la casita de balizas y sacos de yute bajo el limonero del patio. Entre tablas viejas, con cortinas de seda blanca, Margarita había recreado su propia Alemania.

La algarabía de su recibimiento se extendió durante casi un mes. Yo no soportaba los besos pegajosos de los extraños, que no parecían irse jamás antes de revolverme la melena, pero una casa llena era más segura que una casa vacía. A pesar de la música, los lechones asados y la alegría de todos, no lograba olvidarme de Armando. Soñaba que la pared de los muertos se levantaba como una muralla hasta el cielo y la niña Julia cantaba con las mejillas escarlatas y sus moños desechos, justo debajo de las fotos de mami y tía Margarita. Despertaba en medio de un llanto ahogado, deseando que Armando apareciera de una vez y que fuese lo que tuviese que ser. Porque lo más difícil de ser víctima recurrente, incluso más allá del lapso concreto de la agresión, es la incertidumbre, el no saber cuándo será, la falta de control. Enseguida me arrepentía de desear que regresara de una vez, porque a diferencia de mami, que era alta y rellena, mi tía no solo tenía la belleza de una muñeca, sino también sus proporciones. Ella no soportaría un puñetazo en

la cara para defenderme con el estoicismo que lo hizo mami. Sumergida en este análisis, deduje que era tan frágil que tampoco sobreviviría a una enfermedad muy mala. Pero si «perfecta Alemania» mantenía lejos a Armando, también impediría que mi tía se enfermara. Para protegerla, empecé a repetir mentalmente la última palabra de cada frase que escuchaba.

«Perfecta Alemania» podía evitar todo tipo de catástrofes. Era mi «magia», la misma que mantenía lejos a Armando; y presa de los poderes de esa magia comencé a vivir yo, sin que nadie lo sospechara.

Como Armando y Margarita se fueron del país cuando era demasiado pequeña para archivarlos en esa imprecisa maquinaria que es la memoria, yo había crecido en la espera de conocerlos otra vez. Quería, sobre todo, conocerlo a él, que era tan lindo en las fotografías. Imaginaba que la guerra acababa y él venía en un rayo de luz, iluminándolo todo; que hacíamos una fiesta muy grande donde yo me vestía de princesa y bailábamos un vals en el parque central, bajo los aplausos de todo el pueblo. Pero, para mi aflicción, cuando llegó de Angola, no lo reconocí. No lo reconocí por los huecos de la varicela o porque, quizás, Armando, peleando una guerra demasiado larga, se había convertido en el negativo de sus propias fotografías. No lo reconocí, porque estar uno al lado del otro no es precisamente estar cerca.

A finales de agosto, muy a pesar de mi magia, Armando volvió por mí. Con una mueca que no pude descifrar, se agachó en medio de la calle, justo en el límite donde acababa la sombra del almendro, y abrió sus brazos de par en par.

Era un hombre delgado pero sólido, más fuerte que mami, mil veces más fuerte que yo. Había peleado en una guerra. Armando era, quizás, más fuerte que la muerte.

Una ola de frío me hizo tiritar en el bochorno. Otra vez aquello que pateaba mi pecho intentando salir, las manos empapadas, la respiración atropellada, la inmovilidad. La inmovilidad era lo peor, esa que no me había dejado defender a mami.

Un temblor me empujó hasta su abrazo.

Sentí su presión cual rata a punto de ser engullida por la víbora. Me asfixiaba su aliento de alcohólico, me aguijoneaban los pelos de su espesa barba. Fueron unos segundos largos, como la más breve de las batallas. Grité. Llamé a la mujer pálida. No me escuchó. Nadie me escuchó. Mejor así, para no alarmar al enemigo. Ya sabía que algunas guerras, como la de Angola, duraban toda una vida. Un día yo sería más fuerte.

A Armando solo le quedaba envejecer.

Cuando el enemigo abandonó el campo, recorrí el pasillo vacío de la casa hasta llegar al patio, a mi refugio, bajo las tupidas y verduzcas ramas del limonero. Nadie me había visto abrazar a Armando y nadie me vio llorar el

dolor, la rabia, la culpa, la impotencia volátil de la niñez.

Sentada en la tierra, abrí el cuaderno rosa en la primera página. Me pregunté qué hubiese pensado mami de mí si me hubiese visto abrazarlo. Me pregunté si Armando creería que yo lo había perdonado.

«Que te abrace ella, la mujer pálida. Que te enrede en su cabello de telaraña y te lleve lejos», le escribió el unicornio a Armando, mi padre.

4

Era el primer día del curso escolar y, a sorbitos que apenas mojaban mis labios, bebía el espumeante café con leche que preparaba mi abuela cada amanecer, antes de que asomara el sol por la ventana de la cocina.

A simple vista, mi abuela parecía una mujer ligera, pero le bastaba un gesto o una frase para revelar el perfil plomizo de su carácter. Ella era el alma de la cocina, la única que se entendía con el fogón de queroseno. Siempre caminaba erguida, como lo haría una aguja de costura con pies; sin embargo, cuando cocinaba, su rigidez y su talento se fundían en total armonía, y flotaba como una bailarina. Nunca pude distinguir qué se le daba mejor, si ponerle el sabor a la comida o el punto agrio a las conversaciones.

—Esta niña está muy flaca —le dijo a la China desde la ventana, en lo que restregaba con el estropajo el jarro de hervir la leche.

La magia de la llegada de mi tía no logró hacer muchos cambios en nuestro rústico baño ni en la cocina. Nuestra meseta era una plancha de zinc cuadrada, suspendida al marco de la ventana por la parte de afuera, y una palangana de aluminio, nuestro fregadero. Este anexo de la casa era resguardado por una malla metálica, que le daba la apariencia de un pollero. A poco más de un metro, frente con frente, la China tenía su propia jaula.

—Deja que tú veas al médico nuevo, Caridad. Imagínate, no le ha salido ni la barba. ¿Qué va a saber ese lo que está haciendo? —intrigó la China.

Sentada a la mesa yo la escuchaba sin mirarla.

—Bueno, por lo menos ese tiene un título, dichosa su madre. ¿Tú te acuerdas de lo que me pasó a mí? —Giré en dirección a ellas y observé a mi abuela inclinarse, apoyar los codos en la plancha de zinc y bajar la voz—. El uno en el escalafón del preuniversitario, el uno tenía Blanca, y quedó para bodeguera.

La leche en mi vaso se iba enfriando y una capa de nata gruesa, que me daba un asco infinito, empezaba a reemplazar a la espuma. Más de una vez había escuchado a mi abuela asegurarle a la China que fue mami quien mató a mi abuelo Ramón de un infarto cuando llegó a casa embarazada a los dieciséis años. A veces, las palabras de mi abuela eran punzantes, como las perforaciones de la aguja en la tela. Con un movimiento brusco, eché el vaso de leche a un lado.

—¿Y Margarita? ¿Qué va a hacer ahora? —preguntó la vecina.

—Ni idea. Tú la conoces bien. Empezó por La Habana y terminó en Alemania; se ha pasado la vida dando vueltas por ahí. Ojalá Dios me escuche y se tranquilice —contestó la matriarca.

Acto seguido tiró el agua sucia a la zanja que corría bajo la ventana, y volvió a llenar la palangana con el agua que reservábamos en el tanque de aluminio de la cocina. Enjuagando los cacharros uno a uno, continuó con la conversación:

—Raúl sí que ha hecho las cosas bien. Dentro de nada va a ser militante del Partido.

—¿Y ese no había dicho que tenía una novia? Más nunca se casa ese muchacho, va a haber que hacerle un trabajito de santería… —dijo la China, jocosa.

—¿Cuántas veces te voy a decir que no hables de esas cosas conmigo? Dios castiga, China —gruñó mi abuela, como un mastín en guardia—. Si Raúl ni se ha casado ni se ha embarcado es porque sabe escuchar consejos. ¿O tú te crees que todo el mundo entra al Partido de este país a los treinta años? Con él están haciendo una excepción. —Puso el último jarro en el escurridor y concluyó—: Ya sabrá él cuándo traer esa mujer a casa.

Mi abuela decía que la China tenía doble moral por rezarle a Dios y también encargarle «trabajitos» al curandero. Poco interiorizaba ella que su situación no era muy diferente, que para nadie era secreto la burda guerra entre la iglesia y la Revolución. Fiel como una sierva, Caridad idolatraba dos ideologías enfrentadas: una comandada por el Papa que vestía de blanco en el Vaticano, y la otra, por el Comandante en Jefe que vestía de verde oliva en La Habana.

—Mira qué hora es y Armando no llega —reclamó cuando mami entró a la cocina—. Para qué le dice a Luz que la va a llevar el primer día de clases si después coge una borrachera y ni se acuerda. ¡Ay, Ramón! ¡Menos mal que te moriste para no ver esto! —dijo mirando al techo—. ¿No te dije que iba a ser un desastre de padre?

—Todavía es temprano, mamá —respondió mami, sacándola de su monólogo con mi difunto abuelo.

Me alegré de que ella no hubiese escuchado su conversación con la China. Era cierto que tenía el número uno en el escalafón escolar cuando se embarazó de Armando y perdió su plaza en el preuniversitario, y por si eso no fuese suficiente trauma para una adolescente, su padre murió poco antes de nacer yo, y su única hermana se fue a vivir al otro lado del mundo. De seguro mami vio en mí ese destello en la oscuridad, y por eso me llamó Luz.

¿Dónde vería mami la luz si supiese que yo la había traicionado? Después de todo, el altercado con Armando había sido por mi causa, luego de que ella le impidiese llevarme con él, debido a su evidente estado de embriaguez. Una y otra vez sentía que me apretaba el abrazo de Armando. ¿Cuánto le dolía a la rata el apretón de la víbora? ¿Cuánto dolía un golpe en la cara? Tal vez más. No me atrevía a preguntárselo.

Mami se agachó frente a mí para hacer el nudo de mi pañoleta azul. En Romerillo, como en todas las regiones de un país socialista, en la escuela no éramos estudiantes, sino pioneros. Nuestro atributo más distintivo era la pañoleta, en sus inicios azul y más tarde, roja. Nuestro lema sagrado: «Pioneros, por el comunismo, seremos como el Che».

Observé a mami con detenimiento en lo que me hacía el nudo a la altura del esternón. Por fin se habían borrado todos los rastros del golpe en su piel suave. Lo más lindo de su rostro eran sus labios, tan carnosos y rojos que jamás usaba lápiz labial. Lo que hubiese dado por tener los labios de mami. Pero mi boca, igual que la de Armando, no era más que una línea raquítica. Recién me había percatado de esto cuando llegó a casa mi fotografía de los siete años, donde los labios se me perdían en la amplia sonrisa de dientes dispares. Decidí que en la de los ocho no me iba a reír, aunque el fotógrafo me hiciera cosquillas.

Cuando mami le susurró a mi tía que Armando no vino a buscarme, ella salió de entre las sábanas satinadas y se vistió con uno de los vestidos largos y coloridos que trajo de Alemania. Decía que la hacían lucir más alta, aunque yo no notaba la diferencia. Seguía siendo tan bajita como mi abuela, y quizás era eso lo que realmente le molestaba, el parecido físico con su madre. De su cadena plateada colgaba un corazón azul oscuro que, según la luz, podía tener el tono exacto de sus ojos.

Poco después de que mami se fuera a trabajar, nos fuimos a la escuela. El asfalto de nuestra calle, que se pintaba con una pátina de polvo rojizo durante las sequías, ahora sucumbía a los charcos achocolatados del verano. Yo arrancaba flores en los patios para el busto del héroe nacional en lo que mi tía saludaba a la gente que encontrábamos en la calle o se asomaba a sus portales. Ya fueran de tablas o bloques, casi todas las casas del pueblo tenían la misma estructura de pasillo, con los dormitorios a un lado, y sala y cocina al otro.

Una vez en la carretera principal, nos quitamos el fango de los zapatos, rascando las suelas al borde de la acera, y mi tía empezó a reiterar lo divertido que iba a ser el comienzo del curso y el reencuentro con los compañeritos del aula.

Llegamos a la escuela sin que yo hubiese pisado ni una sola raya de la acera. Sin saberlo, acababa de implantar un nuevo ritual de «perfecta Alemania», uno que me atormentaría por más de una década.

La escuela parecía una casa grande llena de «compañeritos» que, después de dos meses de vacaciones, se habían vuelto extraños, y hablaban y gritaban, dándome demasiadas palabras para repetir en la mente. Tocaron el timbre y nos formaron en distintas hileras a las niñas y los niños. A mí me volvieron a situar de primera, dejando a la vista de todos, también este curso,

quién era la más pequeña del aula. Me sentí dichosa de que me acompañara mi tía en vez del bruto de Armando. Hubiesen sido demasiadas vergüenzas para un mismo día.

Con un solo inodoro, el baño de la escuela auxiliaba unas seis o siete niñas a la vez. A medida que avanzaba el recreo. Quedaría de la siguiente forma:

A medida que avanzaba el recreo, en el suelo se hacía una playa amarilla, cuya fetidez trataba de salir, sin éxito, por su única ventana. En esa espuma de mar estaba yo, haciendo cuatro cuclillas, para no enfermarme de algo incurable antes de llegar a casa ese día. Había esperado a que sonara el timbre de regresar a las aulas y se desocupara; pero, para mi mala suerte, las cuclillas no me salieron «perfectas», así que tuve que repetirlas una y otra vez. En eso estaba cuando entró Liz Cari, una niña de mi aula.

—Pero ¡chica! ¿Qué tú haces? ¿Cuclillas en este piso con pipí y caca? ¿Tú estás loca o qué? —dijo ella. Acto seguido, se carcajeó y acarició la trenza negra que caía sobre su hombro derecho hasta la cintura, justo donde ajustaba la falda roja del uniforme. Era casi tan delgada como yo, pero de constitución sólida. En su piel trigueña sobresalía, poco más arriba del perfil del labio superior, un lunar como esos que se pintan las actrices con lápiz negro, y la nariz respingada enfatizaba de algún modo su personalidad extrovertida, que la había convertido en la niña más popular del aula.

—No —murmuré cabizbaja, con los ojos clavados en mis zapatos negros. La suela se hundía en la orina y anhelé ser todavía más pequeña para sumergirme en ese mar amarillo y nadar fuera de allí, lejos de los niños que no tenían que hacer cuclillas para no morirse.

—Luz, tú sí que eres rara —dijo Liz Cari con su voz chillona que laceraba los tímpanos. Tiró la trenza perfecta sobre su espalda con toda la vanidad que le cabe al acto—. Ahora mismo vas saliendo de aquí que voy a hacer pipí yo.

—Sale tú —irrumpió otra voz en el baño y, casi al mismo tiempo, un aullido de Liz Cari.

Levanté la cabeza y vi una niña rubia tirando de la larga trenza negra, con tanto ímpetu que Liz Cari cedió hacia atrás, chapoteando en la orina, hasta que la rubia la sacó del baño, literalmente, por los pelos. Antes de que me diese tiempo de salir de allí, la niña desconocida entró otra vez, se agachó sobre el inodoro con cuidado de no rozarlo y orinó como si nada. Los rizos rubios, recogidos en un moño a un lado de la cabeza, como un gran racimo, le rozaban el hombro derecho.

—¿Tú quién eres? —le pregunté con un hilo de voz. Ella se paró junto a la ventana, la luz le dio en la cara y vi por primera vez sus ojos verdes.

—La nueva de la escuela, del barrio y de este pueblo guajiro del fin del

mundo. —La nueva viró los ojos verdes en blanco. Tenía la voz ronca, como si hubiese gritado toda la noche—. Me pusieron en segundo B.

—Yo estoy en el A —dije casi con alivio. No quería ni pensar en que me agarrara por los pelos a mí también y me dejara menos de los que tenía—. ¿Qué te hizo Liz Cari?

—A mí nada, contigo es con quien se está metiendo desde el matutino —respondió. Se ajustó la falda roja y las bandas del uniforme, como si estuviese ensillando un caballo, y salió del baño sin mirar atrás.

Una vez en el aula, en cuanto abrí el libro de lecturas, Liz Cari se paró frente a mi pupitre.

—Luz, ¿qué vas a hacer mañana a la hora de la merienda? —preguntó.

—¿Yo? —Si tenía que adivinar, sería esperar a que se acabaran las colas del baño para hacer cuclillas, y no iba a tener tiempo ni de comerme el pan con tomate y aceite que me preparaba mi abuela, pero no se lo iba a decir a ella—. No sé —le respondí, con los ojos enterrados en las ilustraciones del libro.

—Si tú quieres puedes jugar conmigo —me susurró, acariciándose la punta de la trenza, todavía alborotada, como los pelos de una mazorca de maíz.

Me encogí de hombros sin dejar de mirar las ilustraciones de la misma página. No me atreví a decirle que no, pero se había reído de mí, ni sobrándome el tiempo iba a jugar con ella.

De regreso a casa, mi tía y yo nos encontramos con la niña rubia y su madre. Nos dijeron que eran de la ciudad de Santa Clara. A su padre, recién graduado de medicina general, lo enviaron a hacer el servicio social en Romerillo. La familia de tres se acababa de instalar en el consultorio médico de nuestro barrio durante la última semana de las vacaciones.

Con su extensa experiencia en aquello de ser ella la extranjera, mi tía les dio la bienvenida con derroche de simpatía y hasta dijo, con nostalgia, que la pequeña le recordaba a las niñas de Berlín. Fue ella quien la bautizó como la «Alemana».

5

La Alemana y yo nos hicimos amigas, pasábamos mucho tiempo juntas; sobre todo, luego de que nuestras madres se convencieran de que podíamos ir y venir solas de la escuela. La primera que terminaba las clases esperaba a la otra para regresar a casa. Romerillo era un pueblo pequeño y apacible. Sus únicos inconvenientes eran las rayas de las aceras que yo no me atrevía a pisar, o encontrarme a Armando bebiendo en el portal de algún amigo suyo. Siempre estaba alerta para prevenir encuentros con él. Por eso, cuando lo veía de lejos, daba marcha atrás y proseguía por otras calles, aunque caminase el doble. El día en que la Alemana por fin lo conoció, estaba más borracho que nunca; pero ella no hizo ningún comentario al respecto, y yo se lo agradecí para mis adentros. Me pregunté cómo sería tener un papá normal, uno que no se emborrachara ni golpeara, uno como el de la Alemana. Sentí una envidia cortante que escondí en mi pecho, pero que aprovechaba el más mínimo descuido para arañar el fondo de mi alma.

Mi amiga y yo jugábamos con muñecas en mi casita bajo el limonero, machucábamos almendras con dos piedras grandes en el portal del frente hasta empacharnos, y nos bañábamos en los aguaceros hasta que empezaba a relampaguear, mi abuela nos pegaba un grito más estentóreo que los propios truenos.

Su mamá era ama de casa y nos hacía unos dulces riquísimos. Se teñía el cabello de rubio y sus facciones eran igual de refinadas que las de su hija, con la notable diferencia de que sus ademanes tenían la elegancia de una modelo de revista. Recuerdo que la primera vez que vi una muñeca *Barbie* pensé en la madre de mi amiga. Se peinaba y maquillaba desde temprano, aunque solo fuese a limpiar la casa. Dormía con la cabeza llena de rolos y usaba una sombra verde oscuro que le resaltaba el esmeralda de los ojos. Le gustaba combinarle ropas a su hija y vivía convenciéndola para desenredarle los rizos. Un día la vi llorar, porque la Alemana llegó a casa con un cubo de renacuajos que pescó en los charcos con una red improvisada, para ver si se le daba una rana.

Los fines de semana su papá nos dejaba la llave del consultorio. Un lugar que olía a humedad y a alcohol antiséptico, donde, escribiendo recetas, escuchando nuestros latidos con el estetoscopio, vendándonos partes del cuerpo con gasas o inyectando muñecas con jeringuillas sin agujas, jugábamos a ser médicas.

—¿Y esto qué es? —le pregunté a la Alemana, sujetando un par de tenazas metálicas que encontré en la vitrina verde.

—Eso es para abrirle allá abajo a las mujeres —respondió señalándose la entrepierna. Para ese entonces, yo había parado de esperar a que se le quitara la afonía. Su voz era normalmente ronca, como si hablar le costara un esfuerzo mayor que a las demás niñas.

—¿Y eso para qué?

—Dice la enfermera que después que te casas hay que ver ahí abajo, ¡yo qué sé!

Con mucho asco regresé las frías tenazas a su a su sitio, convencida de que jamás me casaría.

Los sábados en que la Alemana visitaba a su familia en Santa Clara, yo iba a la bodega de mami, luego de recibir el salvoconducto de mi abuela: «Derechito para allá y derechito para acá», me advertía con la gravedad de un oficial de emigración. Mi abuela no se tomaba nada a la ligera, le gustaba proyectar su autoridad en todo, como si estuviese dirigiendo una guerra.

La bodega era el mejor sitio para pasar tiempo con mami. Ella era la administradora, la reina del lugar. Todos me conocían allí: las dependientas, los conductores de camiones de abastecimiento, administradores de otras tiendas y hasta algunos inspectores.

Con techo alto y columnas de mármol, era la más grande del pueblo, una de las mansiones que intervino Fidel Castro cuando triunfó la Revolución. El mostrador hacía una ele frente a las paredes de fondo, de donde colgaban estantes con los productos de exhibición. Me encantaba como mami decoraba. Entre fotos de Fidel y el Che, colgaba una bandera cubana con colores muy vivos. Con las latas de leche condensada o de carne rusa, los jabones, y hasta con las cajas de cigarro hacía pirámides altísimas. También allí colocaba pomos de cristal rellenos con diferentes tipos de granos y con letreros que ella misma hacía con rotuladores de colores. En una pizarra verde escribía la lista de productos y precios del día. Tenía la caligrafía más bonita entre todas las mujeres que trabajaban allí. Bastaba mirarlas para saber que mami era la más perspicaz, o la única. A veces, una de las dependientas me daba una tiza y, entonces, podía hacer mi arte en la parte baja de la pizarra.

Frente a la puerta trasera, antes de llegar al almacén, estaba el buró de mami. Al final del día ella hacía sus cuentas en la calculadora, mientras yo deambulaba por la tienda, hasta que la escuchaba decir: «cuadré»; entonces, nos íbamos a casa y mami dejaba de ser reina.

—Para mí que tú estás perdiendo el tiempo, Blanca. Los hombres infieles son muy mentirosos, ese camionero no va a dejar a su esposa por ti —le escuché decir a una de las dependientas una tarde en que yo llegué por la puerta trasera de la bodega.

La dependienta era bizca. Nunca supe su nombre, le decíamos la «Bizca». Eso tiene Romerillo, y quizás todos los pueblos pequeños: basta con

ser o tener algo diferente, y de ahí mismo te nace el apodo que te acompañará toda la vida y que, solo si tienes suerte, no grabarán en tu lápida también.

Advirtiendo mi presencia, mami se paró de un salto.

—¡Luz! —exclamó—. Ya casi termino.

Los ojos desviados de la dependienta se le desorbitaron en las cuencas, y hasta parecía que iban a enderezársele cuando sacó de su bolsillo un puñado de tizas de colores y lo puso en mis manos. Trabajé en la pizarra verde como un autómata. Intentaba hacer una línea de rayitas «idénticas». Una y otra vez borraba todo y recomenzaba. Eso hice hasta el momento en que escuché el «cuadré» de mami y cerramos la tienda.

Esa noche me costó dormir. Veía imágenes intermitentes de mami gritando y corriendo en una calle oscura. La perseguía una mujer vestida de negro; no la muerte, sino otra sin rostro que gritaba que la iba a matar: la esposa del camionero. A cada rato abría los ojos y sacaba la cabeza del mosquitero para mirarla y asegurarme de que continuaba tendida en su cama, apacible, dormida bajo su propia malla blanca.

Tampoco ayudaban los ronquidos de mi abuela, quien aseguraba que después de hablar con Dios dormía como un bebé. Según ella, él observaba todo y castigaba: «¡Dios castiga! ¡Dios castiga!». En la escuela nos enseñaban que Dios no existía, que era una mentira, una invención, igual que el Diablo. ¿Será? ¿Será que es una mentira?, me preguntaba de pequeña. ¿Y si Dios existía y por no rezar me castigaba? Mi tía Margarita aseguraba que era mi abuela quien quería repartir castigos. En verdad, ninguno de los tres hermanos creía en Dios; mi tío el que menos, porque quería ser militante del Partido Comunista. Corrían los tiempos en los que la religión era un impedimento para militar, o incluso para estudiar medicina. Y de ahí radicaba la única desavenencia visible de mi abuela con el Comandante en Jefe, la única piedra que la Revolución le puso en el zapato. Aunque ella aprendió a escabullirse del tema con la facilidad de un mandatario y no dejó de caminar erguida, muy a pesar de esa pena.

Decidí rezarle a Dios. No al Dios de mi abuela, sino a un dios que me inventé. Ni siquiera se llamaba dios, pero era poderoso. Veía mis pensamientos y controlaba todo lo que iba a suceder. «Él sí que es amo de todo, hasta de mí», decidí en medio del insomnio.

Acostada debajo del mosquitero, con los pies tan rectos como las rayas que había trazado en la pizarra, y los brazos cruzados sobre el pecho, le pedí a mi amo recién instituido que no permitiera que algo malo le sucediese a mami. Entre un pedido y otro, inspiraba cuatro veces seguidas y exhalaba soplos exasperados.

Todas las demás noches repetía mi improvisado protocolo, hasta que quedaba «perfecta Alemania» y podía dormir, por fin.

6

Mi tía se volvió parte de nuestra rutina con tanta naturalidad que ya me costaba concebir nuestra vida sin ella. Se hacía cargo de la limpieza. Los fines de semana tiraba agua y restregaba el suelo de cemento, con la convicción de quien pule una piedra para sacarle brillo. Era ella quien me ayudaba con las tareas de la escuela, mucho antes de que mami llegara de la bodega al anochecer. Por las noches, cuando mami y mi abuela se balanceaban en los sillones, frente al televisor, yo me iba a su dormitorio de cortinas de seda blanca. Allí leíamos poemas, escuchábamos música en inglés, aunque no entendíamos la letra, o nos enrolábamos en proyectos de costura y tejido. Sus manos eran prodigiosas, y las mías comenzaban a aprender a hacer cadenetas de estambre con las agujas de tejer.

Una de esas tardes en que me ayudaba a resolver ejercicios de suma y resta, advertimos a mi tío llegar por el portal trasero. Él bajó la cabeza ante el marco de la cocina, y tiró un sobre amarillo a un lado de mi libro de matemática.

—De Alemania —dijo de mala gana.

Mi tía cogió el sobre y se fue a su habitación dando saltos cómicos.

—¡Rolf! ¡Es de Rolf! —exclamó.

—¿Qué cosa dice esta muchacha? —preguntó mi abuela.

—Rolf —le respondí, con la vanidad que te produce a los siete años saber algo que un adulto desconoce.

—¿Y eso qué cosa es? —volvió a preguntar ella, secándose las manos en el delantal blanco, con los ojos clavados en mi tío.

—Ese es el noviecito alemán de Margarita —dijo él con una risita burlona. Se peinó el bigote con los dedos, y sacó una caja de cigarros de un bolsillo de su camisa de uniforme.

—¿Quién es ese Rof, Margarita? —interrogó mi abuela, levantando en lo alto las cortinas rojas que colgaban frente a la habitación de mi tía.

—Rolf, mi prometido, mira qué lindo el anillo de compromiso que me mandó —respondió mi tía, que regresó a la cocina y nos mostró la mano en la que se había puesto el anillo de oro.

Era un metal que no se veía mucho en Romerillo, sobre todo luego de que, un par de años atrás, el estado creara las famosas Casas del Oro a lo largo de la isla. Allí se había dejado el pueblo, a cambio de baratijas, que eran a su vez artículos de primera necesidad, el mucho o poco oro que le quedaba. Hubo quien intercambió valiosas reliquias familiares que había escondido durante el proceso de decomiso en los primeros años de la Revolución, y

también gente que desenterró a sus muertos para intercambiar sus dientes dorados por chancletas.

Mi abuela, que había trocado la sortija de rubíes de mi abuelo Ramón por una licuadora rusa, se sobresaltaba ahora frente al anillo de mi tía.

—¡Ay, Ramón!, menos mal que te moriste para no oír esto, ¡un marido alemán! —vociferó—. Pero ¿cómo va a venir a vivir aquí un alemán?

—Viene de visita en diciembre para casarse conmigo, después yo regreso a Alemania.

—Probaste la vida buena y te gustó —dijo su hermano esbozando la misma sonrisa burlona, ahora con una mirada virulenta. Inhaló despacio y soltó una bocanada al techo. El humo salió de su boca, gris y potente, recordándome la chimenea de un tren de vapor—. Vieja, Margarita salió a tía Nena.

—Es mejor no desenterrar muertos, Raúl —saltó mi abuela, que nunca desaprovechaba una oportunidad para ratificar lo muerta y enterrada que estaba la señora Nena, a pesar de que no exhibiese su retrato junto con los demás difuntos de la familia.

—Ninguna vida buena. Yo tuve que trabajar como una mula en esa textilera para traer lo que traje —le respondió mi tía, sirviéndose café en un jarro que sacó del escurridor de platos.

—Pero tenías tiempo para putear con alemanes —insistió él siguiéndola con la mirada.

—Mira que tú eres machista. ¿Quién te dijo a ti que yo estaba puteando en Alemania? Rolf es mi novio, nos vamos a casar —aseguró mi tía y levantó al aire la mano del anillo.

—Tú sabrás lo que haces. Mientras no me metas en líos a mí… —Mi tío apagó el cabo del cigarro en el cenicero, cogió el casco azul que descansaba sobre la mesa y se fue en su moto.

Mi tía se sentó a mi lado, en el taburete que él desocupó, y sopló el café caliente dentro del jarro, al tiempo que el ruido escandaloso de la moto se disipaba en la distancia.

—Siete años por ahí, ¿y ahora quieres mudarte para el extranjero? —preguntó mi abuela, en lo que liberaba en su espalda el nudo del delantal.

—Tú sabes bien por qué me largué de esta casa a los dieciocho años, Caridad. —Ella era la única que llamaba a mi abuela por su nombre—. Mil veces me iría otra vez.

—Escúchame bien lo que te voy a decir, Margarita: una cosa es ir a un contrato de trabajo y otra largarse del país. Tu hermano está en medio del proceso del Partido.

—Alemania no es Estados Unidos, Caridad —respondió mi tía y bebió un sorbo del café.

—A mí eso no me importa. Tu patria y tu familia estamos aquí. Alemania fue un trabajo y ya lo terminaste. ¿O tú crees que Fidel te mandó para que te quedaras?

—Esa manía tuya de hablar de Fidel como si fuera mi padre. Mi padre es Ramón —dijo mi tía.

Plantó el jarro en la mesa de tal forma que el metal repicó en la madera, pero sin que se botara lo que quedaba del café, y se levantó del taburete de un salto. Los ojos le chispeaban, vidriosos como dos canicas azules.

En realidad, Fidel Castro era como el padre de todos los cubanos. El que pagaba por nuestra salud, educación, trabajo, seguridad…, lo mucho y lo poco que teníamos. El hombre al que le rendíamos cuentas por cada una de nuestras decisiones. Mi abuela, como los medios de comunicación, nos lo recordaba a diario.

—¡Dios lo tenga en la gloria! —dijo ella agitando el delantal sobre su cabeza y mirando al techo de la cocina como si las tejas fueran transparentes y pudiera ver el cielo, a Dios, a su difunto esposo—. Si ese alemán quiere venir para acá, que venga, pero tú para allá no vas.

—¡Yo voy para donde yo quiera, Caridad! —bufó su hija y se perdió tras las cortinas rojas cual toro que venció en el ruedo.

Mi abuela tiró el delantal en la mesa, y al caer bruscamente en el cenicero, las cenizas se esparcieron sobre mi libro de matemáticas. Era la primera vez que veía a alguien desafiarla así, y sentí una satisfacción casi reparadora respecto a las tantas veces que había silenciado a mami en mi presencia.

Esa noche mi tía me leyó las cartas de Rolf y me mostró sus fotografías. Se parecía al galán de la telenovela brasileña que pasaban a las nueve, después del noticiero, o a media noche, los días que Fidel discursaba. El prometido era profesor y traductor de español en Alemania y le escribía a mi tía que la amaba, que su vida sin ella no tenía sentido. Se habían conocido en la textilera donde ella trabajaba y él traducía para los cubanos. Según mi tía, en cuanto sus labios vocalizaron las primeras palabras en español, ralentizadas por el sexy acento alemán, ella sintió un cosquilleo en la sangre y un latido en la garganta. Lo miró a los ojos con una mezcla de ternura y ardor, pero con la boca abierta como un pez, dudosa de si estaba sintiendo eso que llaman amor a primera vista. Entonces Rolf advirtió su mirada, se enredó con las palabras y se ruborizó como un niño avergonzado. Cuando unos meses después, ambos confesaron que desde ese preciso momento ninguno había dejado de pensar en el otro, mi tía constató que, efectivamente, se trataba de su primer gran amor. Era el hombre destinado a acompañarla el resto de su vida; eso que llaman un flechazo, porque ¿qué otra cosa podría ser aquel ruido sordo en los oídos, aquella necesidad de vivir o morir para siempre en sus labios cada vez que se

besaban?

Meses después se despidieron en el aeropuerto de Berlín y ella se fue con sabor a lágrimas en la boca. Lloró durante todo el vuelo, repitiéndose que lo que más le dolía era la orden repentina de regreso, pero con un tinte amargo en la garganta que le sabía a decepción. Porque Rolf no hizo lo que pertenecía en esos casos: arrodillarse frente a ella y pedirle matrimonio antes de que subiese al avión. No podía haber sido amor a primera vista si se acababa, si no duraba para siempre. Esa era precisamente la frase final de todas las historias felices, la que diferenciaba al amor de una aventura. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto? Se suponía que él no podría vivir sin ella, así como ella no soportaba tener entre ambos todo aquel océano que entonces veía, borroso por las lágrimas, desde la ventanilla del avión.

Cuando llegó a La Habana y hurgó en su bolsa en busca de sus documentos, encontró la cadena plateada con el corazón azul que ahora colgaba en su cuello. «Dime una sola vez que me extrañas y volaré a Cuba a casarme contigo», decía la nota de Rolf.

Atrás había quedado cualquier duda sosa ahora que el diminuto diamante relucía en el dedo anular de su mano izquierda. Ahora que por fin estaba llegando su día de jurar «para siempre».

—¿Lo vas a mandar a arreglar? —le pregunté al notar que le quedaba un poco ancho.

—No.

—¿Por qué?

—Mira. —Se lo cambió al mismo dedo en la otra mano—. En la derecha me queda perfecto. En la fiesta, este anillo se cambia para este dedo, y encima se pone el de bodas.

—Ah, bueno, en ese te queda mejor, déjatelo en la derecha entonces —sugerí.

—No, que trae mala suerte. —Regresó el anillo al dedo de la izquierda —. Mientras me lo quite para limpiar o lavar no hay problema, van a ser solo unos meses. —Cogió la caja de zapatos donde guardaba los casetes de música, y empezó a buscar uno.

—Tía.

—Dime.

—Cuando tú te fuiste para La Habana, ¿mi abuela te dijo que no podías irte?

—Sí. Pero eso fue hace mucho tiempo, cuando papi se murió. Tú no habías nacido todavía.

—¿Y entonces? ¿Cómo tú te fuiste? ¿No dicen que los hijos tienen que hacer lo que digan los padres?

Mi tía echó una carcajada que resonó en toda la casa, y que seguro

incomodó a mi abuela, que estaba de muy mal humor luego de la discusión.

—Claro que sí, pero eso es cuando eres menor de edad —dijo cuando se calmó—. Cuando eres mayor, los escuchas, pero las decisiones las tomas tú. Yo pensé que lo mejor para mí era irme lo más lejos posible, por eso me fui a La Habana y luego a Berlín.

Se decidió por el casete de *Modern Talking*. Lo puso en la casetera y presionó *play*. Una melodía suave irrumpió en los sonidos que nos llegaban del televisor de la sala y, unos segundos después, lo hizo la voz del cantante principal que, según me contaba, era el trigueño. Yo imaginaba a ambos alemanes muy lindos, como Rolf. De una gaveta del tocador sacó un cepillo de pelo y me lo alcanzó.

—¿Y cuándo se es mayor de edad? —pregunté.

—A los dieciocho años.

Liberé su cabello lacio de la coleta y pensé en Armando. Aunque venía a verme cada vez menos, sus visitas nunca eran oportunas para mí. Me silbaba desde la calle, y yo corría a su encuentro con el desconcierto de un potro extraviado de su dueño. Con el tiempo supe que no entraba al portal porque junto con el correo, mi tío dejaba un mensaje para él en cada hogar de Romerillo: «El día que vuelva a poner un pie en la casa de la vieja, lo mato».

—Yo sé que esto no es mucho, Luz —me había dicho el día antes cuando ponía el billete de la mantención en mis manos. Desde que no se hablaba con mami me lo daba directamente a mí—. Yo cumplí con lo que me mandaron y, ¿para qué? Ahora no tengo nada, ¡nada! ¡nada! —dijo, con el tono dramático del alcohol, dándose puñetazos rápidos en el pecho.

Se fue dando tumbos en la bicicleta chirriante. Chirridos que me arañaban el pecho con cada pedalazo.

Casi once años me faltaban para ser mayor de edad y librarme de Armando. Cepillaba el espeso cabello de mi tía, y fantaseaba con que cumplía dieciocho y corría a decirle que lo abracé por miedo, que nunca lo había perdonado, que nunca lo iba a perdonar. Se lo decía en la calle central del pueblo y le daba la espalda con un giro tan brusco que mi cola de caballo, larga hasta la cintura para ese entonces, le sacudía en la cara, sin darle tiempo a responder. Eso le iba a doler, como un puñetazo, y yo caminaría por las calles de Romerillo, fuerte y en paz. Libre.

Ese pensamiento fue interrumpido cuando recordé la discusión de mi abuela con mi tía respecto a Rolf. Quería que mi tía se casara con su gran amor, pero aún más quería que no se fuera lejos. Me aseguré de escribirlo en mi cuaderno de sueños y deseos.

7

Mi tía le pidió a su hermano que le buscara comprador para su lujosa moto naranja. Nos explicó que las cosas no andaban bien por Berlín, que le habían reducido las horas en el trabajo a Rolf, que con el dinero de la moto podría ayudarlo con el costo de la boda porque ya él tendría muchos gastos con los viajes. Todo esto lo decía bajo la mirada inquisitiva de mi abuela.

—¿El alemán te va a hacer pagar por la boda, Margarita? —preguntó la China desde el marco de la puerta.

—¿Será que en esta casa no se puede tener una conversación en privado? —Mi tía se paró del taburete, apurada—. Búscame un comprador, Raúl, me hace falta ese dinero lo antes posible.

—Ay, niña, andas de un mal humor… —dijo la China, destapando el termo de café que mi abuela acababa de rellenar.

Mi tío se levantó con el casco azul en la mano y se dirigió a su madre:

—Vieja, me voy, tengo reunión en La Juventud[1]. Acuérdate de que mañana traigo a Lucía, prepara un almuerzo o algo.

—Sí, mijo, tranquilo, que tu madre se encarga —le aseguró ella y le dio una palmadita en la espalda. Esa palmadita era la mayor demostración de afecto que Caridad sabía dar.

Al otro día desperté con los sonidos metálicos y acuosos que me llegaban de la cocina. Allí encontré a mi abuela frente a una caldera de agua que hervía a borbotones, metiendo y sacando dos gallinas que acababa de sacrificar en el patio. Me alegré de haberme perdido el triste espectáculo, porque me costaba comer la carne luego de ver a los pollos pataleteando mientras mi abuela les retorcía el pescuezo en el aire. El olor a pluma quemada destacaba entre el del cilantro, ajos, cebollas y ajíes que mami cortaba en pedacitos pequeños y echaba en el mortero. En la mesa, sobre un paño azul, reposaban las yucas peladas, listas para echar a hervir y una caldera de mermelada de guayaba recién sacada del fogón. Una gasa fina cubría la mermelada todavía caliente, protegiéndola de las moscas impertinentes con las que nos tocaba compartir la casa.

En el patio del frente, mi tía llenaba el cubo de limpiar. Un chorro de agua caía cada vez que bajaba y subía la palanca cobriza del pozo, frente al portal. No se vaciaba nunca, incluso en las grandes sequías, le daba agua a todo el barrio, que hacía largas colas en la calle.

Recordé que la novia de mi tío llegaría en cualquier momento y saqué un jarro de agua del tanque de la cocina, con el que me lavé la cara y me cepillé los dientes frente a la zanja que corría entre las dos casas y nos servía para

estos menesteres.

Mi tío había llevado pocas mujeres a casa y ninguna al altar porque, siendo todas muy diferentes entre sí, cometían un mismo error: desafiar a mi abuela.

En los pueblos pequeños la gente se aprende el ruido de sus carros. Así que, cuando repiqueteó a lo lejos el «inconfundible» jaleo de su moto, todas, incluida la China, corrimos a la sala. Teníamos los ojos clavados en la puerta cuando, en lugar de la Lucía de mi tío, entró la Liz Cari de mi aula.

—¡Ahora somos primas, Luz! —chilló ella y llegó a mí, con movimientos que agitaban su cabello suelto, como si estuviese envuelta en ráfagas de viento, imperceptibles para los demás. Traía puesta una falda rosada más corta que su ya muy corta falda roja del uniforme.

Antes de que yo pudiese reaccionar para responder algo, mi tío entró. Se había vestido con su muda de ropa de salir: una camisa de cuadros rojos, metida por dentro del pantalón caqui. Sus zapatos negros brillaban, recién lustrados, a juego con su cabello aceitoso por la brillantina. No me parecía ni lindo ni feo. Lo más bonito que tenía era la sonrisa bajo el bigote negro, y lo peor era lo poco que la ejercitaba.

—Vieja, estas son Lucía y Liz Cari, su hija —dijo con voz un poco más grave que de costumbre.

—¡Lucía! ¿Entonces tú eres la Lucía de Raúl? Qué chiquito es Romerillo, no me lo hubiese imaginado —dijo mami, yendo a su encuentro.

«Imaginado», repetí en la mente. Con tantas Lucías que había en el pueblo y tenía que ser la madre de esta. Eso sí que era el colmo de la mala suerte.

—Bueno, a Blanca y a Luz ya las conocían —dijo mi tío, todavía con el mismo tono grave, casi barítono—. Estas son: Caridad, mi vieja; Margarita, mi otra hermana; y la China, que es como si fuera de la familia. Cuando yo nací, ya ella estaba aquí al lado —explicó, señalándonos con el dedo índice a cada una.

La China sonrió con el tipo de satisfacción que le hacía desaparecer los ojos entre los pulposos párpados y Lucía atravesó la sala con movimientos seguros hasta llegar a mi abuela. Aunque la había visto en la escuela, fue la primera vez que noté sus caderas anchas y su cintura estrecha que me recordaron un reloj de arena. Llevaba su cabello lacio con un corte a la altura de los hombros, y era de piel morena como su hija. Tenía el arco de la ceja ancho y alto y los ojos pequeños, pero expresivos e inquietos. Calculé que era contemporánea con mi tío.

—¡Cuánto placer, Caridad! ¡Qué ganas de conocer a su familia! Su hijo habla maravillas de usted, bueno, de todas ustedes; da para ver que Raúl las ama muchísimo —dijo Lucía con convicción. Su voz era aguda y tenía la

musicalidad de una locutora de radio.

—Sí, Raúl es un hombre ejemplar —confirmó mi abuela con su postura de aguja más recta que nunca—, el gusto es mío. Vamos a almorzar, que se enfría.

Cuando la mesa estuvo lista, me tocó compartir un taburete con Liz Cari. Por primera vez usábamos el mantel blanco con flores azules que mi tía bordó en Alemania. Sobre el mantel colocamos las fuentes rebosantes de arroz amarillo, plátanos maduros fritos, yuca hervida, pollo en fricasé y una ensalada de lechuga y col que yo no probé, pero que estaba hermosa con los tomates rojos que mami cortó en forma de flores.

Un ambiente de exagerado refinamiento se percibía en los gestos e intervenciones de los comensales; hasta mi abuela se esmeraba por agradar. Yo, sin embargo, y a diferencia de Liz Cari, no tenía mucho que decir. Me sentía fuera de lugar, como si no hubiese leído un guion que ellos memorizaron para el almuerzo, y masticaba con la manía habitual de repetir palabras para mis adentros.

Lucía nos contó que era profesora de matemáticas en una de las dos secundarias básicas de Romerillo y que el padre de Liz Cari era de otro pueblo y había muerto años atrás. Durante la mermelada con queso regresó la China —que se había ido justo antes de que se sirviera el almuerzo— y entonces sí nos enteramos hasta de los nombres de los tatarabuelos de Lucía y, por supuesto, de los detalles del fatal accidente que la dejó viuda.

—Y yo que pensaba que sabía cocinar, esto sí que es un *fricassée* de pollo; el mejor que he comido en la vida, Caridad —repetía Lucía en lo que ayudaba a mi abuela a recoger y fregar con la destreza de quien ya había pasado antes por esa cocina.

Casi al anochecer, mi abuela sirvió un café que Lucía saboreó como si fuese, también, la mejor bebida que había probado jamás y aprovechó la ocasión para elogiar las tazas y el resto de la vajilla de la vitrina de grandes cristales.

—¡Me encanta! Me la llevara completa para mi casa —dijo, arqueando una de sus anchas cejas.

«¡Cuco!», salió el pajarito del reloj y todos se rieron, menos el pajarito, que se escondió de nuevo en el reloj, y yo, que no le vi la gracia. Quizás fue una premonición, aunque dudo que a los siete años yo entendiese esa palabra.

Esa noche, luego de que mi abuela le pasara la barra a la puerta y pestillos a las ventanas, mi tía se quejó de que la China no salía de nuestra casa.

—Es que tú eres muy rencorosa, le tienes inquina desde que eras una niña —le dijo mi abuela, que se sacudía los mosquitos con una toalla frente al televisor.

—Por eso mismo, porque yo era una niña.

—Pero si nadie tiene certeza de que fuera ella, mi hermana —intervino mami y se viró hacia mi tía, que descansaba la cabeza sobre mis piernas en el sofá rojo—. Esa pulsera se te pudo haber caído en cualquier parte.

—La tenía puesta cuando me dormí. —Mi tía se paró y metió los pies en las chancletas de goma—. Ustedes digan lo que quieran, la única que entró al cuarto fue ella.

—No se puede acusar a la gente sin pruebas —dictaminó mi abuela con la determinación de jueza experimentada con que cerraba las discusiones—; además, en todos estos años que tú has vagabundeado por ahí, ella ha sido como familia; sobre todo después de la muerte de Ramón, que Dios lo tenga en la gloria. —Hizo una pausa y se persignó—. Nos ha ayudado mucho.

—Servicial. —Mi tía hizo una mueca en forma de sonrisa —. Típico de los chismosos. —Me guiñó un ojo, y yo la seguí a su habitación.

Allí me enseñó las telas de satén, tul y encaje blanco que había comprado. En una libreta de hojas lisas tenía varios bocetos de vestidos de novia, cada diseño con su correspondiente tabla de medidas.

Se decidió por un corte de princesa con cola de metro y medio y velo de encaje que caía a la altura de la cintura. Trabajó en la confección de su vestido por más de un mes. Yo le serví de asistente. Orgullosa de mi trabajo, le sujetaba el medidor de un lado y de otro, a lo largo del traje, según me indicaba, o la ayudaba a probárselo y a entallárselo. Estuvo listo a principios de diciembre y le quedaba hermoso.

También la acompañé a todas las gestiones de la boda. Ella no reparaba con los gastos. «El día más feliz de mi vida no tiene precio», decía. Según su última carta, Rolf llegaría a La Habana el veintiuno; la boda sería el veintiocho, en casa y con un notario, como hace la gente que no cree en Dios.

Lucía también ayudó con los preparativos, e incluso encontró comprador para la moto alemana por más de lo que mi tía aspiraba. Era una mujer de recursos, entusiasta; y, por alguna suerte cósmica, su alegría no parecía interferir con la acritud de mi abuela, quien, de hecho, se mostraba muy complacida con la nueva adición a la familia. Lo dejó claro cuando la China comentó que mi tío Raúl se había encontrado la vaca con ternera y todo. «Y muy buena que es, licenciada, bonita y casi que ha criado a su hija sola», contestó mi abuela, frenando a tiempo la osada lengua de su vecina.

Al principio yo estaba renuente a aceptar a Liz Cari; pero, con esa magia única con que se intima en los juegos de la infancia, nos fuimos aproximando. Esa proximidad se aceleró cuando mi tía, luego de terminar su traje, confeccionó nuestras batas de damitas para la ceremonia. Después de mucho entallar, cortar, coser, poner y quitar, quedamos fascinadas delante de la luna de espejo dentro de las batas de tul y encaje blanco, ajustadas a la cintura con

una cinta azul de satén que terminaba en un lazo ancho en nuestras espaldas. Me sentía dentro de un cuento de hadas donde mi tía era la reina y Liz Cari y yo las princesas.

Pero los cuentos de hadas también tienen brujas, y la nuestra andaba de un humor insoportable, lanzando miradas de desaprobación a todo lo relacionado con la boda. Mi abuela no hallaba correcto eso de irse a vivir al extranjero, lejos de la familia, y estaba convencida de que iba a traerle malas consecuencias a su primogénito adorado para la entrada a nuestro único partido.

8

—¡Cojones! —gritó Liz Cari cuando un viento frío tumbó al suelo un saco de yute de mi casita bajo el limonero.

«Cojones», repetí para mis adentros.

—Esa palabra no se dice —le advirtió la Alemana.

Era un atardecer de mediados de diciembre y las tres nos arropábamos con los abrigos, que pasaban la mayor parte del año guardados. El mío era de lana; me lo había traído mi tía de Alemania y me quedaba un poco grande todavía. No tenía bolsillos, pero me enrollaba las mangas largas entre los dedos para mantenerlos calientes. En ese momento escuché la moto de mi tío llegando al patio y me asomé por un boquete, entre los sacos, hasta que lo vi entrar a la casa.

—Ustedes siempre tan atrás, se ve que todavía no tienen ocho años —dijo Liz Cari y se agarró la punta de la trenza con los labios fruncidos, de forma tal que su lunar de actriz se le perdió entre los pliegues del bozo—. Es una palabra de gente grande.

—Pero es una mala palabra y tú cumpliste los ocho ayer —dijo la Alemana, y empezó a atar el saco a una baliza con un alambre.

El viento sacudió el limonero, y sus pequeñas hojas se estremecieron al unísono. Era un árbol de tallo corto y ramas grandes que rozaban el suelo y se esparcían como una especie de manto a su alrededor. Me cubrí la cara hasta la nariz con el cuello del abrigo.

—Pero ustedes no los han cumplido, ya van a ver que cuando sean grandes van a hablar así también —rebatió Liz Cari, con su vocecita chillona, más aguda que de costumbre.

Con la cara roja, como las flores de tomate que hacía mami, la Alemana enterró las uñas en la cáscara seca de la baliza. Pensé que la iba a coger por los pelos otra vez, pero en eso escuchamos un grito en la cocina y salimos disparadas de debajo del limonero.

La luz amarilla de la bombilla le daba un aspecto cálido a la casa, cuyas puertas y ventanas permanecían cerradas en los días fríos. Al calor del fogón, que olía a carne asada y a sazones, mi tía Margarita caminaba de un lado a otro de la cocina con un papel en la mano y sus ojos más rojos que azules.

—Tumbaron el muro, Raúl, lo tumbaron —dijo.

—¿De dónde tú sacaste eso? —preguntó mi tío, incrédulo.

—Míralo aquí. —Ella le extendió lo que ahora yo alcanzaba a ver que era una carta, y se sacudió la nariz con el cuello de tortuga de su suéter blanco —. ¡Hace más de un mes que lo tumbaron!

—Eso es imposible —aseguró su hermano, ya con la carta en la mano—, imposible, se los aseguro que es mentira.

—Pero ¿qué muro es ese? ¡Por Dios! —reclamó mi abuela y mami le

arrebató la carta a mi tío.

Liz Cari y la Alemana se sentaron juntas en uno de los taburetes, y yo me agarré de la cintura de mami. Tampoco sabía de qué estaban hablando, pero nada bueno sería cuando las lágrimas de mi tía resbalaban como el agua sobre las largas hojas impermeables del platanar de la China.

—Desde noviembre, mi hermano —dijo mami, una vez que pudo leer la carta—, lo que pasa es que aquí no nos han dicho nada todavía.

—Y dale la otra con lo mismo, ya dije que no es verdad. ¿Ustedes no ven que eso es un invento del alemán ese para quitarse a Margarita de arriba?

—Ya sabía yo que ese alemán no era de fiar —dijo mi abuela y regresó al fogón, como si no necesitara escuchar nada más, como un juez que dicta sentencia y se va de vacaciones.

—Entonces, ¿ya Rolf no viene? —preguntó mami.

—¿Cómo va a venir? En Berlín se está acabando el mundo —respondió mi tía.

—Pero ¿y la boda? —pregunté yo.

Mi tía se tumbó en uno de los taburetes y explicó, entre sollozos, que la carta era del quince de noviembre, que Rolf había perdido el trabajo, que había cancelado el pasaje debido a la incertidumbre política, que la cosa no estaba para viajar de Alemania a Cuba en esos momentos.

—Nada, que hay que cancelar la boda hasta que la situación mejore y él pueda venir —concluyó mi tía, y se volvió a sacudir la nariz en el cuello del suéter.

—Ya dije que eso es mentira —repitió mi tío y se peinó el bigote con los dedos—. Ese alemán se arrepintió de casarse contigo y se inventó toda esa mierda.

—Tú lo que estás es ciego, Raúl. Rolf no es ese tipo de gente. —Mi tía se tocó el corazón azul que colgaba de su cuello y se levantó del taburete—. No nos lo habrán dicho, pero en Berlín tumbaron el muro, ¡los alemanes se viraron!, ¡allá se acabó el socialismo! —gritó.

—¡Shhh!, para con eso —dijo él y se paró de un salto con un dedo índice en la boca, y el otro apuntando la casa de la China. Frente a frente con mi tía, parecía todavía más alto.

Mi abuela regresó a la mesa deprisa. Se había quitado los espejuelos empañados por el vapor del fogón, como para ver mejor a mi tía con sus grandes ojos desorbitados:

—Está bueno ya. ¿Qué es lo que tú quieres? ¿Desgraciarle la vida a tu hermano gritando esas sandeces? Ya te dijo que es mentira del Rof ese. ¿Te lo dije o no te lo dije? Cada oveja con su pareja. ¿Qué pintas tú en la nieve?

«Nieve», dije para mis adentros, extrañada de que mi tía no le contestara a mi abuela; creo que ni siquiera la miró. En ese momento, mami me separó

de su cintura y me hizo una seña con la mano:

—Tráele un vaso de agua a tu tía, Luz. —Le puso las manos en los hombros y la dirigió a su cuarto—. Vamos, mi hermana, estoy segura de que todo se va a arreglar, vamos.

Mi tía lloró por un tiempo demasiado largo.

Solo a mami y a mí nos dejaba entrar a su habitación, donde permaneció muchas noches y muchos días. Casi no probaba nada, ni siquiera los flanes y batidos de guayaba que le hacía mi abuela, y no dejaba su cama ni para ir al baño. Mami vaciaba el urinario dos veces al día y la ayudaba a asearse con una palangana de agua. A pesar de mi insistencia, se negaba a encender la grabadora, sentarse frente a la máquina de coser o tocar las agujas de tejer. Hablaba poco, casi siempre en monosílabos; dormía de día y pasaba las noches en vela, llorando hasta que se le perdía la voz. Yo le cepillaba el cabello negro y le contaba los pormenores de mi día en la escuela, aunque estaba convencida de que apenas me escuchaba. Mi tía se había ido. Allí solo estaba su cuerpo, invadido por una extraña: una persona infeliz que yo no reconocía.

Supe que nada de aquello era nuevo para el resto de la familia, que había hecho lo mismo cuando mi abuelo Ramón murió. «Aunque peor», aseguró mi abuela, «aquella vez tuvimos que traer un médico porque no paraba de gritar sandeces».

—¿Por qué? —le pregunté a mami.

—Porque mi hermana no vive emociones a medias —me respondió, y entendí que, después de todo, mi tía tampoco era la persona más feliz del mundo.

Me encapriché con que se estaba volviendo loca e iba a terminar dando tumbos por Romerillo como Catalina, la mujer del pueblo que cargaba una muñeca sucia a todas partes. La gente decía que Catalina no nació loca, que se le murió un hijo de fiebres altísimas cuando ella era todavía una adolescente, que nunca tuvo hijos, que tiró a su bebé viva al pozo y, cuando llegó la policía, no se acordaba ni de su nombre. Fuese como fuese, Catalina no tenía paz; los adultos se burlaban de ella y los niños le tiraban piedras. «Catalina la loca», el nombre con que Romerillo la bautizó.

Por aquellos días, en vez de repetir las palabras de los demás en la mente, empecé a murmurarlas.

En Berlín se había caído un muro; ya no podía ser «perfecta» Alemania. Pero de Alemania me quedaba mi cuaderno de sueños y deseos. Escribí lo que más quería: que mi tía no se volviera loca como Catalina.

Para sorpresa y alivio de todos en casa, el veinticuatro de diciembre, al anochecer, mi tía salió de su habitación. Aunque con unas cuantas libras de menos, parecía recuperada del llanto y del mutismo en que se había sumido

durante tantos días. Frente a las persignaciones de mi abuela y nuestros ojos incrédulos, ella colocó dos sobres blancos en la mesa y le aclaró a su hermano cartero que eran para Alemania.

Esa noche, como en muchos otros diciembres, mi abuela desobedeció al Comandante de La Habana para complacer al Papa del Vaticano con una rica cena de Navidad, y mi tía se sentó a la mesa con la familia; quizás, para participar en alguna forma de protesta. Pero yo estaba convencida de que lo hizo gracias a mi nuevo ritual de repetir en voz alta las palabras.

Durante un período de tres días, mi abuela fue capaz de tragarse sus improperios. Pero el veintiocho por la mañana, fecha programada para celebrar la boda con el alemán de los mil demonios que quería separar a su familia, decidió que era hora de aguijonear con su lengua aquel velo de silencio insoportable con el que nos habíamos levantado los demás. No mencionábamos nada al respecto, como si no comentar el infortunio de mi tía lo hiciese menos real.

Mi tía limpiaba el portal trasero cuando mi abuela chasqueó el primer aguijonazo desde la cocina.

—Mejor que el Rof ese haya cancelado la boda, Margarita.

Yo tragué en seco; mi tía continuó limpiando el piso, como si nada.

—Ponte a pensar —continuó mi abuela—, te dejó antes de casarse, si te hubiese dejado en Alemania, ¿qué te hubieses hecho tú allá sola? No me quiero ni imaginar una de tus crisis sin tu familia para ayudarte.

—Primero que todo es Rolf —dijo mi tía—. ¡Rolf! —enfatizó y exprimió el agua de la frazada con la determinación con que su madre degollaba los pollos para cocinarlos—. Y no fue él quien desistió de la boda. Si los alemanes no hubiesen tumbado el muro de Berlín, hoy nos estuviéramos casando.

—Tú sabes que yo leo el Granma todos los días y ahí ni han mencionado a Alemania —replicó mi abuela.

Y en eso tenía razón. Ella y mi tío leían el periódico a diario, veían el noticiero nacional y jamás se perdían un discurso de Fidel. Según mi abuela, si Fidel podía discursar hasta cinco horas de pie, ningún cubano tenía justificación para no ver el discurso. Con tanto que nos había dado ese hombre, para que ahora una «partía de ingratos», que nunca se tiró un fusil al hombro, se quejara de que hablaba mucho.

Mi tía viró los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—El día primero son treinta y un años de Revolución, Caridad. Hay reyes que no duraron tanto en el poder. ¿Tú te crees que con la verdad se puede gobernar tantos años? Aquí nos están comiendo a mentiras y no es de ahora.

—¡Treinta y uno y pa'lante! —saltó mi abuela—. En esta casa estamos

con Fidel. Si los alemanes se volvieron imperialistas, eso es problema de ellos. Otra razón para que tú te olvides de ese fascista y te busques un hombre de verdad, un hombre de aquí.

—Sí, claro, porque los de aquí son los que tú puedes manejar a tu antojo. ¿Verdad, Caridad? —espetó mi tía, moviendo el palo con la frazada de un lado a otro del portal, y estremeciendo la pared de la cocina cada vez que el palo chocaba con las tablas.

Con el nerviosismo me dio por sacar un pomo del refrigerador y servirme un vaso de agua sobre el zinc de la meseta. Tenía mucho miedo de que mi tía volviese a caer en crisis. Mami, que era la única persona capaz de detener aquello, acababa de salir a hacer una diligencia.

—¿Cuántas veces te voy a decir que yo no hice nada, Margarita? ¿Será que tú nunca me vas a perdonar? —Mi abuela entró a la cocina hecha una furia—. ¡Y tú, para de repetir lo que yo digo! —me advirtió.

No tenía ni idea de por qué estaban discutiendo ahora que había cambiado de rumbo la conversación, pero imaginé que tendría que ver con algo que le escuché decir a mami sobre su hermana un día, algo así como que sus heridas no sanaban, porque las hurgaba todo el tiempo.

Mi tía tiró el palo contra el piso, atravesó la cocina y se coló en su habitación. Sus pisadas dejaron una línea de huellas húmedas en el suelo de la cocina, desde donde la escuchamos protestar:

—Por eso mismo, Caridad, porque no se las diste, porque no hiciste nada.

—Nada —susurré yo.

Santa Clara, Cuba, 2012

A pesar de que corre el mes de febrero, hace calor en esta zona del aeropuerto, porque no tiene ventanas, ni tampoco aire acondicionado, o al menos no uno que esté funcionando. Casi todos los trabajadores de inmigración que controlan la aduana son jóvenes que conversan y ríen entre ellos, como chicos recién graduados de la escuela militar. Los hombres se comportan un poco más amables que las mujeres, y me informan del proceso con cortesía. Ellas me miran de reojo, con los labios apretados y el rostro autoritario, receloso. Es la silenciosa advertencia de que no soy mejor porque me haya ido al extranjero, y que estos hombres, que ahora me miran como a una especie exótica, les pertenecen. Porque yo me fui. Porque nunca seré una verdadera extranjera, pero ya tampoco soy de aquí.

Dos de ellas chequean mi formulario médico y antes de darme el visto bueno me preguntan si tengo algo con qué ayudarlas. Lo dicen con un tono irónico, lo que me alerta que es una exigencia enmascarada de mendicidad, y que desobedecer bien podría costarme horas innecesarias en el aeropuerto, su

aeropuerto. Saco dos billetes de un dólar de mi cartera y se los doy. Los cogen con sigilo, para que no lo capten las cámaras de seguridad. Más adelante me insinúa lo mismo un joven militar, y le extiendo otro billete, también de un dólar. Hago una cuenta mental y calculo que, para cada uno de ellos, son veinticinco pesos. Me pregunto qué tanto podrán comprar con eso, pero ellos parecen felizmente resignados, con un dólar que quitan por aquí, y otro por allá.

9

Paralela a la zanja estrecha que corría bajo los fregaderos, una cerca de escasas balizas con cuatro hileras de alambre púa dividía nuestro patio del de la China. Con su ir y venir por más de treinta años, la vecina había doblegado el alambre a la altura de los portales traseros, dándole la apariencia de una cuerda floja sometida al peso del acróbata.

La casa de la China, también de tablas de palma, pero con techo de guano, era la más pobre del barrio. Sumida en un matrimonio que no dio hijos, con un hombre que el alcohol apuró sobre un carretón de caballo, la China pasó su juventud en una constante miseria material que, para su mala suerte, no superaba su miseria emocional, debido a los estragos que la soledad acompañada va dejando en el alma.

Cuando mi abuelo Ramón construyó nuestra casa, allá en la época en que el barrio era todavía un terraplén rojo con pocos vecinos, y el almendro del frente apenas empezaba a germinar, junto a un pozo a medio cavar, la China y el viejo, que todavía era un hombre joven y sobrio, ya vivían allí. Hijos de familias campesinas numerosas, ambos habían vivido sus días en bohíos con piso de tierra, y dormido sus noches en hamacas de yute. Por su parte, mi abuelo había nacido en la constante prosperidad de la vida terrateniente que heredó de sus padres. Mis bisabuelos habían emigrado de Galicia y con mucho trabajo, y bastante suerte, prosperaron en el campo, hasta dejarle una pequeña fortuna antes de morir. Fortuna que en ese entonces le confiscó la Revolución.

A mi abuela le encantaba contar la historia de cuando ella fue a trabajar a su hacienda como empleada doméstica, y en cuestión de días, mi abuelo, que era viudo, le propuso matrimonio. «Eso sí que es mala suerte, treinta y nueve años de virgen, esperando a su príncipe azul y justo cuando lo encontró, ¡zas!, el príncipe lo perdió todo…», se burlaba mi tía Margarita. Mi abuela, por su parte, decía que la reforma agraria era uno de los logros más grandes de Fidel, que repartió tierra entre los que no tenían nada, que mi abuelo Ramón nunca se quejó, que lo más importante no era el dinero; «la familia, la familia es lo más importante», repetía.

—Sí, sí, sí, les quitó el dinero a los ricos y se lo dio a los pobres.

—Como debe ser.

—¡Claro! Ahora todos somos pobres.

—Cállate la boca, Margarita. ¡Malagradecida!

A pesar de que mi abuelo era ya mayor y mi abuela no tan joven, en cuanto llegaron al barrio, tuvieron hijo tras hijo. Hijos que la China y el viejo

no lograban tener. Mientras su marido se apartaba en su estrecho mundo de caballos, tabaco y alcohol, con la llegada de cada bebé, la China se colaba más y más en nuestra casa; tanto que, de niña, me tomó tiempo entender que ella no vivía con nosotros, sino al lado. A nadie parecía incomodarle, menos a mi tía Margarita, que se la pasaba quejándose de que la vecina entraba y salía de nuestra casa como si fuese la dueña.

Yo no era de ir mucho a casa de la China, a no ser que ella insistiera en que le ayudara con algo, o en darme algún dulce que, a veces, le quedaba bueno y otras no tanto; pero yo siempre le decía que estaba sabroso cuando me preguntaba, con los ojitos encogidos por la expectativa.

Un mediodía del Año Nuevo, en el que habíamos vuelto a sacar los abrigos, la Alemana y yo nos acomodamos en el muro de su portal trasero para comernos uno de sus dulces de naranja. Era un muro de ladrillos rojizos, de casi un pie de altura, que separaba el patio del cemento descascarado del portal. Un poco más atrás, antes de llegar al platanar, los cerdos hociqueaban y reñían por una guayaba verde que acababa de caer en el corral.

La China nos sirvió el dulce, recostó su taburete a la pared y comenzó a averiguar detalles de la familia de la Alemana con su precisión de interrogadora experimentada. Las ráfagas de viento endurecían el suave almíbar alrededor de mis labios y los hollejos se desmoronaban en mi boca; era el dulce más rico que la China me había dado jamás. La Alemana y yo lo saboreábamos mientras ella saboreaba sus averiguaciones.

—¿Y tu mamá y tu papá no van a tener más niños?

—Sí, mi mamá dice que sí, que me va a dar un hermanito.

—¿Y por cuántos años mandaron a tu papá para Romerillo?

—Dos años —dijo la Alemana, y se limpió el almíbar de los dedos en el pantalón blanco. Me imaginé la cara que iba a poner su madre cuando la viera.

—¿Y cuando termine? ¿Se van de nuevo para Santa Clara?

—No sé.

Con la China ninguna conversación terminaba en «no sé». A eso le seguía un montón de preguntas interrelacionadas que, al responderlas, muchas veces tú misma te dabas cuenta de que sí lo sabías, solo que no lo habías interiorizado.

—Bueno, a lo mejor sí, a lo mejor sí nos vamos de nuevo para la ciudad —dijo por fin mi amiga, la interrogada.

A mí me afligió la respuesta, pero no dije nada; dos años me parecían un tiempo larguísimo. Para ese entonces estaría en cuarto grado, el curso en el que te cambiaban la pañoleta azul por la roja.

Contenta con los resultados de su pesquisa, la China entró a la cocina y bajó una caldera del fogón, que desprendió un fuerte olor a humo y a queroseno. Aún no había regresado al portal cuando mi tía Margarita cruzó en

un instante la zanja entre las dos casas y aquel tramo de la cerca que ella había aplastado a lo largo de tres décadas.

—¡Vieja ladrona! —gritó mi tía en el portal—. ¿Dónde está? ¿Dónde lo metiste?

—¿Qué tú dices? —reclamó la China, con su cuerpo ahora tenso en medio de la cocina y sus ojos más abiertos que nunca.

Mi tía ignoró la pregunta y entró a la casa con la prepotencia de un ejército que invade a un pueblo acabado de conquistar. La Alemana y yo dejamos sobre el muro lo que quedaba del dulce y la seguimos.

«Ay, Dios mío. Dios mío y todos los santos», murmuraba la China, apretándose el pecho, como si se pudiese prevenir un infarto tocándose el corazón. Mientras más revolcaba mi tía, más visible se hacía su pobreza, su vulnerabilidad. En un cuarto dormían ella y el viejo, y en el otro, el de los hijos que nunca tuvo, descansaban los santos.

—¿Dónde lo metiste? —reclamó mi tía.

—Yo no te he robado nada, Margarita, nunca te he robado nada. —La China se tiró en un sillón que había sido nuestro y rompió a llorar. Era un llanto casi inaudible y se escondió el rostro ruborizado tras las manos, como si el hecho de llorar la avergonzara más que los propios motivos.

Mi abuela, mi tío y algunos vecinos llegaron al unísono. «¡Para, Margarita! ¡Para!». Pero mi tía no se detuvo, ni siquiera en el pequeño santuario. Revisó entre las figuras de yeso, vasos con agua, collares, platos con dulce de naranja, velas, tabaco y flores, aunque sin cambiar nada de lugar. Le gritó a la China que era una ladrona, que le había robado su pulsera cuando ella era todavía una niña, y ahora su anillo de compromiso. Cuando salió de la casa dio un portazo en la cocina y la China, por fin, se quitó las manos de la cara. Las lágrimas eran casi del tamaño de sus ojitos negros.

Mi tío Raúl dijo que él no ponía las manos en el fuego por nadie, pero mi abuela se vistió con toga de abogado para defender a su vecina de toda la vida. Ese mismo día mi tía puso una denuncia y para vergüenza de todos, la policía hizo un registro en la casa de al lado.

No encontraron nada.

Días después, yo jugaba en mi casita en el patio y, con un machete, el viejo carretonero afilaba la punta de un grupo de balizas que iba encajando como estacas en la tierra húmeda, paralela a la zanja. En un par de horas mascó todo un tabaco y levantó la nueva cerca, poniéndole fin a una era.

Luego de ese incidente, mi tía se atrincheró aún más en su habitación. No sabíamos si para proteger sus cosas o para evitar a mi abuela. En realidad, más que el anillo perdido, le atormentaba que las cartas de Rolf llegaban cada vez más atrasadas. A pesar de que ella había anticipado este tipo de cosas, debido a la caída del socialismo en Alemania, la incomunicación amplificaba

las típicas dudas de las relaciones a distancia. La certeza del amor se pone a prueba cuando le echamos tierra de por medio, y entre mi tía y Rolf había un océano entero.

La pasión se nutre de cosas triviales que no podemos plasmar en el papel, porque solo la cercanía convierte en extraordinarios los roces desorientados que terminan en caricias; las miradas fútiles, que se cruzan como el fósforo y la lija; las frases cursis que, susurradas al oído, nos resultan vitales; los abrazos distraídos, que terminan desnudándonos. Mi tía no tenía ninguna de esas cosas y cada día en la distancia era un paso más a oscuras, una duda tirándole de las sienes, una zancada al rumbo incierto del futuro. Veinticuatro largas horas para cuestionarse la autenticidad de su amor. ¿Por qué había tenido que caerse un muro de más de trece pies de altura para levantar uno todavía más alto entre ella y su prometido? Parecía una ironía burlesca que la reunificación de Alemania les costara a ellos dos la separación.

Una de las cartas que sobrevivió la travesía en verano traía fotografías de Rolf en medio de la nieve. Aparecía sentado, junto a una chimenea, con Günther, su perrito. Se había dejado crecer la melena rubia a la altura del cuello del abrigo. Me pareció que le quedaba muy bonita, pero a mi tía no le gustó nada. Dijo que le hacía lucir raro, que ojalá se la cortara. Él había gastado todos sus ahorros durante el desempleo, pero ya tenía un trabajo a tiempo completo de profesor de español en la universidad, y estaba juntando el dinero que necesitaba para preparar el viaje. En la siguiente carta se quejó de que mi tía le escribía cada vez menos. «No es mi culpa si interceptan la correspondencia», masculló ella, irritada por lo injusto de su demanda, y porque no llegaron fotografías en la carta.

A pesar de lo poco que salía del cuarto, las discusiones con su madre se volvieron más frecuentes. No soportaba la insistencia de mi abuela en que se olvidara de Alemania y continuara con su vida en Cuba. Mucho menos soportaba entrar a la cocina y encontrársela casi encima de la ventana, cuchicheando con la China, como dos niñas pequeñas que la maestra apartó de sitio en la primaria.

Con el dinero que le quedaba construyó un cuarto con baño independiente al final del patio, justo donde estaban el limonero y mi casita, que fueron demolidos para la construcción. Nos dijo a mami y a mí que, cuando se fuera a vivir a Alemania, nos lo dejaría a nosotras. Y aunque esta vez las paredes eran de bloques y el techo de concreto, allí también colgó sus largas cortinas de seda blanca.

10

Todo un año circuló sin noticias de Rolf. Ahora cada día parecía morir con el solo propósito de gritar una verdad que ni mi tía ni yo queríamos escuchar. Era el primer desamor de mi tía, y lo sufrí como si fuese mío. Estaba convencida de que el silencio de Rolf era un castigo de mi amo; su furia desatada por las veces que yo no lograba que fuese «perfecta Alemania». Por la noche, le pedía que dejara llegar alguna carta, aunque solo fuera para saber si estaba vivo. Con cada pedido me comprometía a cumplir algún ritual al día siguiente. Siempre entendía las órdenes de mi amo, mis pensamientos eran suyos, no necesitábamos palabras. ¿Quién era él? Era las imágenes violentas que venían y se iban sin permiso, las partidas, los cuchillos, los huecos pacientes, el alcohol, la sangre, los impulsos pujantes que lastimaban y aliviaban, los silencios. Era todo lo externo y todo lo interno; lo malo y lo bueno, lo finito y lo perpetuo. TODO, canalizado en el mero acto de la reiteración.

Mi tía casi no venía a nuestra casa, mucho menos por las noches, hora favorita de mi abuela para hablar de su orgullo de haber sido virgen hasta casi sus cuarenta años para cuidar de su madre enferma hasta el día que murió. A nadie le quedaba claro qué necesidad había de ser virgen para cuidar a una madre, pero ella lo repetía todo el tiempo. Decía que de Margarita no esperaba nada, que era una rebelde sin causa, y que mi madre tenía que buscarse un marido, traer un hombre decente a la casa: «Ya metiste la pata una vez, Blanca, y mira que caro te costó».

A Armando lo veía cada vez menos y cada vez más ebrio. No venía en meses, ni él ni el dinero de la mantención, y los rituales para mantenerlo lejos se me hacían cada vez más largos e, incluso, casi tan fastidiosos como su presencia.

Mi tío se había casado con Lucía. Le adicionaron una habitación a la casa de ella y, gracias a la directora del correo —de quien se había hecho muy, muy amiga—, les instalaron línea de teléfono, un servicio que se consideraba un privilegio en Romerillo. Él había crecido bajo el mandato férreo de mi abuela, pero con Lucía era diferente. «Raulito para acá y Raulito para allá», su esposa no daba órdenes, convencía con dulzura y sutileza. Incapaz de notarlo, Raulito había salido de una forma de mandato para entrar en otra. Y después entró al Partido, ¡fue una fiesta!

Mi abuela vivía contándoselo a todos, lo del Partido y lo del matrimonio. Decía que Lucía era una mujer equilibrada, decente, profesional. No se sabía si la halagaba para hacer sentir bien a su nuera o para hacer sentir mal a sus

hijas. Esa era una habilidad de mi abuela, atacar desde la duda.

A su hijo se le veía satisfecho con su nueva vida de esposo. Después de todo, su mujer le mantenía la ropa y los zapatos relucientes, ¡como debía de ser! Si no hubiese sido por el enamoramiento desproporcionado de mi abuela, quizás hubiésemos podido percibir el suyo.

Poco sospeché cuando Liz Cari me arrastró a su dormitorio nuevo, cuánto me perseguiría aquel día. Nos metimos debajo de su cama, ella sacó una revista de un hueco en el colchón y encendió una linterna.

—¿Qué es esto, Liz?

—Shhh, habla bajito —murmuró y me tapó la boca con la mano de la linterna, cegándome con la luz—, una pinga —susurró.

—¿La mala palabra?

—No, chica; la pinga de verdad, la que tienen los machos debajo de los pantalones. ¿Tú nunca has visto una?

Negué con la cabeza, sin mover mis ojos de la masa oscura, compacta, rígida y repugnante entre los muslos peludos de la portada.

Ella pasó las páginas colmadas de cuerpos desnudos que se perdían y bebían entre sí, y me dejaban un sabor pastoso y repulsivo en la boca. Cuando llegó a la última, deslizó las hojas entre sus dedos, dándole el movimiento de una película rebobinada.

Se me humedecieron las manos y un hormigueo, hasta ese momento desconocido, le advirtió a cada fibra de mi cuerpo que estábamos entrando a un terreno prohibido, así que cerré los ojos para huir de las imágenes. Escapé de ellas, pero no de la voz de Liz Cari.

—Esto es lo que hacen por la noche —me dijo, y abrí los ojos. Estaba tan cerca de mí que me molestaba su aliento.

—¿Quién?

—Mi mamá y tu tío, boba. Mira aquí adentro. —Liz Cari salió de abajo de la cama y rodó la puerta del closet incrustado en la pared—. Los bloques no alcanzaron y, aquí atrás, lo único que hay es un cartón. Se oye todo por las noches.

—¿Y mi mamá también?

—Sí, y tu tía Margarita con el alemán. Pero no digas nada, que Lucía me mata. El lunes tengo que devolverles la revista a los niños de sexto grado.

Salí de su habitación con los gritos de mi abuela anunciando que era hora de irnos. No pude mirarle a los ojos a nadie, mucho menos a mi tío y a Lucía. No lo entendí entonces, pero Liz Cari acababa de menoscabar gran parte de mi inocencia.

El episodio se quedó dándome vueltas en la cabeza, hasta canalizarse en una cascada de nuevos, y no menos intrusos, pensamientos negativos. Imaginaba a las personas a mi alrededor sin ropas, en especial, a los hombres.

Era mi responsabilidad pasar inadvertida entre los cuerpos desnudos, aterrada de despertar la, antes ignorada, sordidez entre sus piernas. Esa era también ahora la parte más vulnerable de mi cuerpo, por donde podría penetrar todo lo malo, lo doloroso, lo sucio. Por fin entendí por qué mi abuela repetía aquello de que las niñas no podían quedarse a solas con hombres desconocidos. Nunca dejaría que un hombre me tocara. Nunca. Ni siquiera mi tío, ni siquiera Armando. La única falda que continué usando fue la de uniforme, pero con un short debajo, y me sentaba siempre con las piernas cruzadas, incluso cuando estaba sola. Jamás descuidaba mi punto débil.

Por la noche, me levantaba en puntillitas hasta la sala y me cercioraba de que mi abuela le había pasado la barra a la puerta. De regreso a la cama, me volvía a asaltar la duda e iba una y otra vez. Tenía miedo de que los cuerpos vinieran por mí, por nosotras.

Mi tía, por su parte, continuó escribiéndole a Rolf y enviándole el número de teléfono de su hermano. Estaba convencida de que el gobierno cubano interceptaba la correspondencia. Por eso le escribía la misma carta una y otra vez, con la esperanza de que, si alguna llegaba, Rolf lo entendería todo. Pero entonces, alguien del pueblo le comentó que se carteaba con una amiga cubana residente en Berlín y la correspondencia no tenía problemas.

Fueron días muy tristes.

Volvió a caer en la depresión que ya conocía. Mami la asistió y yo me fui a dormir a su cuarto para acompañarla por las noches. Al menos, allí podía ver el pestillo de su puerta desde la cama. A veces, si la oscuridad no me dejaba distinguirlo bien, tenía que ir a tocarlo para asegurarme de que estaba cerrado.

Mi abuela se encargó de recalcarle que ella había tenido razón todo el tiempo, y que la culpa era del «maldito alemán» y del imperialismo, y «si Fidel no ha dicho que se cayó un muro es porque no se ha caído ningún muro». En fin, que su hija era una loca perdida por no rehacer su vida.

Aunque el absurdo silencio de Rolf le pareció a mi tía argumento suficiente para detener el mundo, este continuó girando, con esa fuerza egoísta que nos permite movernos, aun cuando se le detiene a la persona que amamos el corazón. Entonces a ella no le quedó otra que levantarse y echarse a cuestas el inmenso peso de su pena. Se acostumbró a cargarlo a todos lados como una mochila repleta de bloques tirando de sus huesudos hombros. Pronto sus movimientos adquirieron un aspecto de cansancio crónico y un rictus de amargo reproche le delineó la boca, como recordándonos a los demás que nosotros no llevábamos equipaje, que éramos privilegiados en esa caminata cuesta arriba en la que solo a ella le tocaba cargar aquellos insufribles bloques.

Si hubiese podido viajar a Berlín para que Rolf le dijera en persona que

estaba arrepentido del compromiso, si hubiese tenido oportunidad al desahogo frente a frente, quizás no se hubiese consumido en aquel doloroso estado de impotencia. Pero, con dinero o sin dinero, el turismo no era una opción para los cubanos, y menos que menos, lo sería viajar a un país que acababa de tumbar un muro a pico y pala para retroceder o avanzar, según se mire, al capitalismo. Solo le quedaba levantarse cada día, evaluando las más disímiles hipótesis, pero sin encontrar jamás una respuesta, o mucho menos, una salida elegante a las preguntas indiscretas que le hacían a toda hora.

En uno de sus arranques coléricos, se le ocurrió que quizás Rolf estaba muerto y se culpó con todo; probablemente debatiéndose entre la aterradora posibilidad de semejante desgracia y la inquietante paz de otorgarle una explicación coherente a su silencio. Disipó la duda cuando le escribió a un hermano de su todavía prometido y recibió la misma cuota de indiferencia. «No era posible que se hubiesen muerto los dos, ¿o sí?», se preguntaba en voz alta.

Tal vez la ruptura le dolía a mi tía como un estilete clavado en las paredes del alma. Pero más punzante que el aguijonazo era el filo de la irresolución, la falta de punto en el fin de su historia, como una desgracia de prolongación indeterminada. Quería la oportunidad de arrancarse del pecho el arma delante del agresor, aunque ello implicase desangrarse. Porque, ¿qué más le daba morir si era la única forma de probarle a Rolf que su desamor la consumía en vida? Así le dejaría para siempre el cuadro de su dolor clavado en la pupila, como prueba irrefutable de su culpabilidad. En cambio, seguir viviendo así, sin oportunidad a ninguna reacción, parecía resultarle insoportable. Por todo eso, y por ese límite tan frágil entre el amor y el desamor en el que zigzagueamos todo el tiempo, mi tía se encajó un poco más adentro el estilete y dejó de escribirle cartas de amor a Rolf, para enviarle pujantes declaraciones de odio y caóticas condenas al sufrimiento eterno.

Una noche, yo tejía a su lado, y vi con el rabillo del ojo que en la primera línea de la hoja había escrito «HIJO DE PUTA».

—¿Por qué le sigues escribiendo? —le pregunté una vez que regresé la vista a mi tapete a medio bordar, como si no tuviese idea de la existencia de la palabrota en la primera línea.

—Porque necesito una respuesta. —Suspiró—. Si quiere librarse de mí, por lo menos que tenga el valor de decírmelo.

Pasé la hebra de estambre blanco por el siguiente punto de cadeneta, y luego por los dos de la hilera de puntos bajos, sin saber muy bien qué decir. Todos los adultos parecían tener una opinión diferente en casa. Según mami, el silencio de Rolf tenía tanto significado como las palabras.

—Nunca pensé que él fuese tan cobarde, todavía no me lo creo —dijo mi tía con la voz entrecortada, como si estuviese conteniendo las ganas de llorar

sobre el papel.

Llegué al final de la hilera de puntos bajos, giré el proyecto de tapete y comencé la de puntos medios.

—¿Por qué un cobarde? —le pregunté. No veía a qué podía tenerle miedo Rolf estando tan lejos.

—Porque no ha cumplido su promesa, pero tampoco la acaba de romper. Si me hubiese hablado claro no estaríamos así, pero una cosa lleva a la otra. —Una lágrima asomó por fin en su ojo azul. No sería la primera vez que le enviara pruebas de su sufrimiento en forma de brochazos húmedos sobre la tinta—. La cobardía tiene muchas formas —continuó—, pero el resultado siempre es el mismo: el miedo te domina y pierdes el control.

Quise decirle a mi tía que también yo sentía mucho miedo, que también yo había sido dominada por un amo, que también yo había perdido el control de todo; pero ya ella tenía demasiados cobardes en su vida. Solté la aguja y el tapete, sequé su lágrima con la gracia de mis dedos pequeños, y le sonreí.

11

1992: Calor.

Un año más caliente y desamparado que ningún otro. Un verano con las noches más largas, los mosquitos más voraces y la incertidumbre más incierta. Un verano en el que mi nombre estaba en todas partes, a todas horas. Mi nombre entre ruegos y alabanzas. Mi nombre en la mente de todos, en los sueños de todos, en la boca de todos: Luz. ¡Luz! Luz. ¡Luz!

—Luz —me llamó Carlos.

La voz dócil, tan correspondida con su escuálida figura, me trajo de vuelta a la sillita de madera junto al estante de juguetes descoloridos. A la habitación de paredes blancas, donde Carlos pretendía que yo dibujara mi vida con crayolas rancias, para encontrar dentro de mí algo que no podía mostrarle.

«Ya está: un árbol de manzanas de una postal alemana», decidí. Lo dibujé bajo su mirada inquietante detrás de los espejuelos plateados.

Estaba parado frente a la persiana con vistas a unas palmas de pencas tan inmóviles como las plantas del desierto. Era un hombre bajito y delgado, como un lápiz gastado por la mitad. Se acercó al buró, a un lado del ventilador de aspa, también exánime, como las pencas de las palmas, como todos los ventiladores de aquel año de apagones. Habría que ver si ponían la corriente y se encendía el ventilador, a dónde irían a parar tantos papeles regados sobre el buró. De una gaveta sacó su libreta de anotaciones y se acercó a mí lo suficiente para ver el dibujo. El sudor le pegaba la camisa de cuadros amarillos a la estrecha espalda, donde caían sus rizos castaños, atados con una goma color ámbar. Eran rizos oleaginosos, pero no de brillantina, más bien parecía que se echara manteca de coco para amoldarlos por las mañanas.

«Manzanas rojas», anotó en su libreta. No era relevante, por eso lo anotó. Lo importante no se olvida.

Carlos quería saber lo que yo pensaba. La gente siempre quiere saber lo que piensan los demás. Pero ¿podía alguien entregar sus pensamientos? ¿Podía contarle que a mi mente entraban todos desnudos y vivía expulsándolos fuera de mí por las manos y la boca? No podía decírselo, porque eso sería desnudarme yo. ¿Y si era eso lo que él quería? Era insoportable la duda. Una pregunta que me hacía de todos los hombres desde el día que vi la revista pornográfica.

—¿Tú te lavas mucho las manos todos los días?

—Sí —respondí, para no parecer asquerosa.

—¿Cuántas veces al día?

—Dos o tres.

—¿Dos o tres nada más? —preguntó escéptico, como si yo acabara de fallar la pregunta de un examen que él necesitaba que aprobara.

Me encogí de hombros. No entendía nada en este hombre. ¿Adónde quería llegar con aquellas preguntas de lavarse las manos? Eran preguntas muy raras. Como él.

—Es todo por hoy, Luz. Dile a Blanca que pase. —Puso sus manos pequeñas en mis hombros y me condujo a la puerta. ¡Como si fuese posible perderme en una consulta tan estrecha como él!

Me senté en la salita de espera de paredes blancas adornadas con cuadros de Fidel y el Che, y grandes murales de emulación. Un niño pequeño esperaba allí con su madre, que daba pestañazos muy largos, mientras él corría y saltaba entre las sillas de madera. El niño tumbó la única planta del lugar, y la maceta rodó por el suelo, regando un puñado de tierra negra alrededor. La mujer regresó la maceta a su sitio y le dio un bofetón que le marcó los dedos en la cara al niño, pero él no lloró y siguió correteando.

Yo tenía diez años, la psicología era un juego aburrido que se inventaron los adultos. Ellos formaban un equipo; yo jugaba sola, sin siquiera entender las reglas. La pintura de las crayolas se aglutinaba en mis manos sudadas. No quería venir más, no entendía las preguntas de Carlos, no me gustaba que le pusiera nombres a mis pensamientos y razones a mis movimientos, no soportaba que tocara mis hombros. Traté de decírselo a mami cuando bajamos las escaleras del policlínico, pero no pude darle otro disgusto en aquellos tiempos en que todo iba tan mal.

Mami caminaba arrastrando un pie, porque a un tenis se le había despegado casi la mitad de la suela. Pasamos a comprar pegamento a casa del zapatero; no llegaba hasta el otro día, seguimos caminando hacia casa despacio. El sol de media tarde descubría algunos hilos blancos en su cabellera castaña. Me pregunté en qué momento le habrían salido aquellas canas. No lo sabía, eso tienen las canas, nunca las ves nacer y crecer diciéndote: «por ahí viene». Las canas ya están ahí, enteras, cuando las ves. No hay cómo prepararse para eso.

Con el abrupto subidón de los precios, su salario y el retiro de mi abuela no nos alcanzaba ni para empezar el mes. Lo único que nos auxiliaba era la comida que sacaba de la bodega. «Soy una ladrona», le había oído decir varias veces. Una queja más entre las quejas de todos; en eso se habían convertido las conversaciones de los adultos.

Hacía mucho que Armando no me traía la manutención. La última vez me había dado una impresión horrible verlo llegar cubierto de hollín de pies a cabeza. Me dijo que estaba haciendo hornos de carbón para vender, que era un

buen negocio ahora que no había combustible de ningún tipo, pero que estaba aprendiendo, que se le quemaban muchos hornos y no ganaba nada todavía. «Este país se fue a la mierda». Todo eso me dijo, destilando tal caliente hediondez a alcohol, carbón y sucio, que me dieron muchas ganas de llorar. Pero nos dejó un saco de carbón para el fogón que habíamos improvisado en el patio, debido a la escasez del queroseno, y mi abuela se puso tan contenta que me dio dos palmaditas en el hombro. No lloré.

Mi tía cosía por encargos. Tenía mucha demanda, sobre todo para remiendos, y ayudaba con los gastos de la casa. Nada ni nadie había podido sacarla del mundo que se inventó cuando llegó de Alemania. 1992 pudo. Ese año no se trataba de soñar, se trataba de sobrevivir. Cuando la mente se ocupa en constantes trivialidades de subsistencia, no queda espacio para grandes sueños.

La caída del campo socialista y, por consecuencia, el abrupto abandono de nuestros padrinos soviéticos, nos dejó a los cubanos con la aprensión y el desamparo que provoca ir en una montaña rusa sin frenos. Los conductores se habían bajado a mitad del camino, y allí nos quedamos nosotros, sin las coordenadas. Nos dijeron que se llamaba «Período Especial». Un período en que comprendimos que, inmersos en la gigante tarea de construir un socialismo, nos habíamos olvidado de producir, de echar a andar una economía propia, sostenible. Un período en el que nos descubrimos huérfanos de un imperio en ruinas, porque todo lo que teníamos era ruso: los electrodomésticos, los automóviles, las revistas, los juguetes, los lemas, los muñequitos, los líderes, la carne de lata, los sueños, las *matrioskas*… Todo. Éramos la copia lisonjera de un guía fracasado, a la sombra de un quinqué que disparaba tizne al techo. A ciegas, nos íbamos acabando; a tientas, nos íbamos reinventando. Mi mente infantil no discernía cómo ni cuándo comenzó aquella nueva situación. Cuando me di cuenta, nuestros problemas ya estaban allí, como las canas de mi madre.

Para mala suerte de mi tío, la moto que le subsidió la Revolución por su trabajo también era rusa, y las piezas de repuesto ya no entraban al país, así que pasaba más tiempo en el taller del mecánico que repartiendo el correo.

—¿Y el motor? ¿Se rompió de nuevo? —preguntó mami cuando llegamos a casa. Se sentó en un taburete de la cocina y yo en sus piernas.

—No, vine en la bicicleta de Lucía, porque lo que me están dando de gasolina no me alcanza ni para trabajar. Ayer en una reunión me dijeron que, probablemente, tenga que empezar a repartir el correo en bicicleta. —Recostó el taburete a la pared de la cocina, sacó un cigarro del bolsillo de la camisa y una caja de fósforos de su bolsa—. Tengo que decirles una cosa muy seria —dijo, y rayó el fósforo en el lomo de la caja—, esto no puede salir de aquí, que ya saben cómo lo complica todo Margarita —aclaró y sacó otro fósforo,

porque el primero no encendió.

En mi familia era costumbre ocultarle cosas a mi tía. «Margarita no puede saber de esto nunca, Raúl, nunca», escuché a mi abuela decirle a mi tío en una ocasión. Cuando madre e hijo advirtieron mi presencia, se miraron con ojos grandes y cambiaron de tema. Ojalá hubiese entendido entonces de qué hablaban. Ojalá pudiese regresar a esos días y destapar ese secreto a tiempo, mucho antes de que provocara la tragedia. Me pregunto si sería posible, o si es verdad eso que dicen: que no se puede cambiar el destino.

Mami, que agitaba el periódico Granma al aire para espantar las moscas de la mesa, lo soltó de un tirón.

—¿Qué pasó, mi hermano? —preguntó.

—Tía Nena llamó a la casa —dijo mi tío, y miró a mi abuela de reojo, como si hubiese tirado una bomba desde un avión y se asegurara por su ventanilla de dónde y cómo había caído.

Mi abuela tiró en la palangana la caldera que estaba restregando con el estropajo de fregar, y el agua grasienta resbaló por la plancha de zinc hasta el piso de la cocina.

— ¿Cómo esa gusana consiguió tu número, Raúl?

—No sé, vieja —respondió él, rápido, nervioso por la reacción de su madre, y exasperado, porque ninguno de los fósforos le daba fuego, o porque las moscas estaban fuera de control, exigiendo migajas que no teníamos. Nuestras casas se habían llenado de todo tipo de insectos desde que el caballo del viejo descansaba en su patio, porque el precio del terreno que alquilaba antes se había cuatriplicado y ya no podía permitírselo—. Lucía fue quien atendió, yo no estaba en la casa —continuó mi tío— y, además, tú sabes que yo no puedo coger llamadas del extranjero, el Partido es muy estricto con esas cosas. Blanca, ¿qué les pasa a estos fósforos, se mojaron en la bodega?

—Todos vinieron así, ni rayan ni encienden. ¿Qué dijo tía Nena? ¿Qué le dijo a Lucía? —Mami apoyó el mentón sobre mi hombro. Yo abrí bien los oídos, como hacía siempre que se mencionaba a tía Nena.

Mi tío contó que ella quería hablar con nosotros, que no aguantaba más ver en las noticias las necesidades y el hambre que estábamos pasando, que había que dejar el pasado atrás, que quería venir. Mi abuela tenía el rostro constreñido y caminaba de un lado a otro de la cocina, secándose las manos en el delantal, hasta que lo interrumpió:

—Nena lo que quiere es restregarnos sus dólares en la cara. Ella siempre fue una burguesita. No va a ser ahora, que se puso la cosa dura, que aceptemos sus limosnas.

—Quizás debemos aceptar —dijo mami, y estiró los pies al aire—. ¿Tú viste como estamos viviendo, mamá? Si hay alguien que puede ayudarnos, y mucho, es tía Nena.

Además de la suela despegada, los tenis de mami tenían parches en las puntas, justo encima del dedo gordo. Observé los míos con detenimiento, y vi el desgaste profundo de la tela en las mismas áreas. Era cuestión de tiempo para que mi tía les pusiera parches también.

—Habla bajito, Blanca —ordenó mi abuela en lo que cerraba la ventana de la jaula—. ¿A ti quién te está metiendo esas ideas imperialistas en la cabeza? El comandante nos va a sacar de esta, esto es temporal. Además, tú sabes bien que Raúl no puede tener a Nena en su casa, y yo aquí no la quiero.

—Pero, mamá, ¿por qué no dejas esa guerra en el pasado? Tú misma lo dices siempre, la familia es la familia —respondió mami, con un tono más cercano a la sumisión que al reproche, pero que aun así me pareció un avance para su carácter complaciente.

—Nena es una gusana, de las que se fueron para Miami en cuanto triunfó la Revolución. En mi casa no se queda, fin del asunto —sentenció mi abuela.

—¡Tía Nena se va a quedar aquí atrás en mi cuartico! —vociferó mi tía Margarita desde el patio.

—¿Y a ti quién te dio vela en este entierro? —saltó mi abuela con explosiva frustración, cuando su hija asomó la cabeza por la puerta.

—Fui yo quien le mandó el número de Raúl con una clienta de costura que tiene familia en Miami.

—¿Tú te volviste loca? —Mi abuela se llevó las manos al cabello que amanecía más blancuzco cada día—. ¿Por qué tú hiciste eso, Margarita?

—¿Cómo que por qué? Es nuestra tía, tenemos derecho a conocerla. Ah… —Hizo una pausa—. Y porque al comandante de ustedes no le basta con comernos a mentiras, ahora también nos está matando de hambre. ¿No abrió el país para que la escoria le traiga dólares? A ver, ¿quiénes son los gusanos ahora?

Mi tía no era simpatizante de Fidel, y aunque no arriesgaba su libertad diciéndolo por ahí, no perdía oportunidad para restregárselo en la cara a su revolucionaria madre.

—Yo no voy a permitir eso —dijo mi abuela con el dedo índice en el aire. Pensé que con un traje verde oliva hubiese podido pasar por hermana de su ídolo.

—Tú no tienes que permitir nada, ese es mi cuarto y esa es mi tía.

—¿Tú sabes los problemas que eso le puede traer a tu hermano? Lo pueden hasta botar del Partido —continuó mi abuela.

—Vieja, Fidel acabó de legalizar el dólar y está abriendo hoteles por todo el país —dijo mi tío, ya fumando el cigarro.

—Pero, Raúl, todavía que lo diga tu hermana, pero ¿tú? Esto sí no me lo esperaba —respondió ella.

—Vieja, no estamos traicionando a nadie; estos no son los tiempos del

viejo, el país lo ha apostado todo al turismo. Los dólares de tía Nena también le hacen falta a la Revolución. Es verdad que yo no puedo tenerla en mi casa, pero si se queda aquí, no creo que tenga problemas —explicó él.

Mi abuela tiró el delantal en la meseta, las moscas zumbaron alborotadas y ella se fue a su cuarto con tanta rabia que, si hubiésemos tenido puertas en lugar de cortinas, de seguro hubiese dado un portazo que estremeciese las tejas. Mami me bajó de sus piernas y la siguió con la vista.

—Mamá ya está vieja para estas discusiones, mi hermana —dijo, apoyando las manos en el taburete donde yo me había quedado sentada—. Es mejor convencerla por las buenas, tú sabes que tía Nena siempre ha sido un tema doloroso para ella.

Mi tío asintió con la cabeza a las palabras de mami, cruzó las piernas y continuó fumando su cigarro, absorto en sus propios pensamientos. Por una vez que contradecía a su madre, no parecía interesado en verbalizarlo.

Mi tía caminó hasta la meseta y se sirvió un jarro de café del termo. Llevaba uno de sus vestidos largos de Alemania, que ahora usaba de bata de casa, y unos zapatos con suela de goma de camión y tela blanca, que ella misma confeccionó. Quería hacerlos para vender, pero no podía, por la escasez de pegamento.

—Caballero, al final, ¿qué fue lo que hizo tan malo tía Nena? ¿Irse para Miami? —Era una pregunta retórica, así que no esperó por la respuesta. Salió de la cocina en dirección al cuartico con el jarro en la mano—. Y pensar que papi se murió sin hablarle a su hermana por semejante estupidez —se lamentó en medio del patio.

Yo no conocía a tía Nena, pero quería que viniera para que le trajera un par de zapatos a mami.

—¡Vino la luz! —gritó la China desde su casa.

Enseguida escuchamos los gritos de alegría de todo el barrio. Era una fiesta cada vez que nos ponían la corriente.

La bombilla amarilla de la cocina se encendió, el refrigerador soviético arrancó con desgano, como un buey viejo cuando el carretonero le da un aguijonazo, y la canción que hizo famoso a Julio Iglesias volvió por donde se había quedado en el casete de la grabadora. Escuché aquello de «la vida sigue igual», convencida de que la de nosotros iba para peor.

—Luz, trae el ventilador, a ver si espantamos un poco estas moscas —me pidió mami.

Yo seguía siendo Luz. Ahora, Luz entre apagones.

12

Uno, dos, tres, cuatro, ¡alto! Las gotas de sudor me corrían bajo el uniforme blanco y rojo. Uno, dos, tres cuatro, ¡firme! La palabra que el estómago vacío toleraba mejor. Para decir el lema «un, dos, tres» y «Fidel, amigo, Cuba está contigo» y «un, dos, tres, cuatro, comiendo mierda y gastando zapatos», murmuraba un niño y nos carcajeábamos todos. «¿Quién fue?», más risas. «Ahora van a marchar hasta que se caigan al suelo, por graciosos», nos advertía el encargado de la compañía de ceremonia.

El encargado era el profesor de educación física, un tirano. No sé qué edad tendría, la que fuera, el caso es que parecía que no había hecho ejercicio en su vida. Era gordo con los ademanes de un cerdo, pero altanero igual que un gallo fino. Por primera vez dirigía una compañía de ceremonia, y se le había metido en la cabeza que seríamos el número uno entre las dos primarias y dos secundarias de Romerillo. Nos trataba como a militares, a pesar de que solo teníamos diez años.

Una de aquellas tardes de hambre constante y ensayos interminables, el tirano llegó con un lema nuevo: «Bush tiene sida y nosotros pantalones, y tenemos un comandante, que le ronca los talones». Eso gritábamos todos marchando, calle abajo, frente a la escuela primaria, aunque de más está decir que más de un niño aprovechaba la oportunidad para gritar a los cuatro vientos aquel prohibido «cojones», que tan bien se camuflaba donde había que decir talones.

—¡Alto! —gritó el profesor—. Dos pasos al lado, compañerita —le vociferó a la Alemana, con el brazo estirado, señalando con el dedo un espacio en la calle, a un lado del pelotón.

Ella dio un giro de cincuenta grados y marchó con dos pasos largos, hasta que quedó en posición de firme en el lugar señalado. El profesor se acercó hasta que quedaron frente a frente.

—Usted no está diciendo el lema —reclamó, y escupió en la acera con desdén—. ¿Usted se cree mejor que los demás pioneros? Regrese a su fila. Quiero oírla decir el lema más alto que nadie. —El profesor nos dio la espalda y avanzó hacia el frente con la cabeza alta y las caderas achantadas, como si las piernas fuesen mucho más adelante y arrastraran el resto del cuerpo.

—Yo no lo voy a decir —dijo la Alemana sin moverse de su posición, aunque tuve la sensación de que su voz me estremeció.

Desde mi puesto la observé de reojo. ¿Qué estaba haciendo? El profesor se viró con un giro brusco. Las manos empezaron a sudarme y la lengua se me pegó al cielo de la boca.

—¿Que tú no qué? —dijo él con el ceño fruncido. La panza le bajaba y le subía al ritmo de su respiración. No me explicaba qué tanto podía comer ese hombre en aquellos tiempos.

Si él no se creía lo que respondió la Alemana, yo mucho menos. ¿Qué le iban a hacer a ella? ¿Y cómo iba a seguir gritando yo los lemas con la boca seca?

—Yo no digo malas palabras —respondió ella, con sus grandes ojos verdes fijos en los de él.

—Ese lema no tiene malas palabras —se defendió el tirano, cruzando los brazos sobre su prepotente barriga, como diciendo: «mira el barrigón que conservo en pleno Período Especial, niñita contestona. Aquí mando yo».

—Pero suena como si la tuviese y es vulgar —replicó la Alemana, y ladeó la cabeza sobre el hombro derecho, con la mirada todavía fija en él. Era un gesto que decía más que mil palabras, no tendría salvación.

Ni un solo murmullo se escuchó en la compañía. Liz Cari me hizo señas con los ojos, pero sin relajar su posición de firme. Ya no se atrevía a hablar en los ensayos, porque cada una de sus gracias le había costado marchas extras frente a aquel hombre, que jamás mostraba interés en regresar a su casa.

Como era de imaginar, el profesor no paró hasta llevar el asunto a la dirección de la primaria con los padres de la Alemana. Afuera, yo la esperaba con una preocupación a la que pronto sustituyó una especie de cólera resentida. El lema era una orden, ¿por qué tenía que cuestionarlo la Alemana? Seguro que la iban a cambiar de escuela y tendría que caminar tan lejos que le dolerían los pies más que con las marchas de la compañía. «¡Tonta!». Aunque no lo reconociese ni para mis adentros, eran sentimientos más egoístas que altruistas, porque la Alemana se había convertido en algo así como una amiga guardaespaldas, el parachoques de cada una de las burlas despiadadas que recibía de los demás niños, debido a mis extrañas manías. Era una niña con los atributos físicos de una muñeca, pero con voz ronca y fuerte como la de un tipo bruto, y siempre dispuesta a pelearse cuerpo a cuerpo con cualquiera. Eso sí, sin que jamás se le escapase una mala palabra.

Para mi sorpresa, la directora dijo que no había estado en los ensayos, pero que también ella entendía que el lema no era el más apropiado para los niños. No sé si ofendido por el demérito a su creatividad, o porque una niña le ganó el argumento, pero el hombrecillo déspota perdió su entusiasmo desmedido por el sida, los pantalones y la compañía de ceremonia. En cuanto la directora se marchaba, siempre apurada —al menos ella sí parecía tener una vida más emocionante en su casa—, él nos daba a firmar un papel de asistencia, y nos dejaba ir. Ella nunca comprendió la causa de nuestra descoordinación en los desfiles; éramos la compañía de ceremonia más risible de todo Romerillo.

Ese día entendí que la Alemana sabía decir «no», como su difunta abuela. Una mujer que no tuvo miedo a defender su cruz cuando se lo prohibieron, que no se resignó a remplazar una ideología por otra, un poder por otro. Una abuela que se negó a derivar entre las olas disimuladas que surfeaba la mía, y continuó encendiendo su árbol de Navidad por más de treinta años. Desde Santa Clara trajeron la reliquia heredada y la colocaron en la sala del consultorio en los primeros días de diciembre. Y justo allí, en suelo revolucionario, bajo copos de nieve de plástico transparente y antiguas bolas rojas, nacía otra vez el niño Jesús, en la casa del mismo hombre al que habían obligado a quitarse la cruz del pecho el día que decidió hacerse médico.

—¡Qué lindo es el arbolito de la Alemana! ¿Por qué nosotros no tenemos uno? —le pregunté a mami. Era la primera vez que veía un árbol de Navidad. Mi madre lavaba en la batea del patio los trapitos, que eran ahora sus almohadillas sanitarias.

—Porque en Cuba no hay Navidad —respondió.

—¿Y por qué? ¿Porque no cae nieve? —insistí, y me subí sobre una piedra grande para ver mejor el interior de la batea, que se sostenía en cuatro patas de hierro, a un lado de la zanja.

—No, por cosas que tú eres muy pequeña para entender.

Mami continuó sacando la sangre de los trapos con un jabón que vendía la China. Eran jabones hechos con el mondongo de los cerdos, una de las tantas ingeniosas creaciones con las que resistíamos en el Período Especial. Luego del primer enjuague, a los trapos les quedó un color amarillento.

Cuando mami me daba esa respuesta era mejor no insistir. Sabía que se trataba de aquellas cosas que no se podían decir en voz alta. Cosas que aprendí a callar casi de forma instintiva, sobre todo en la escuela. No por gusto había dejado la hoja en blanco en el concurso de redacción.

En el concurso participé sin prepararme porque, tanto la directora de la escuela como yo, nos enteramos de su existencia el mismo día en que se celebraba. Liz Cari dijo que yo era quien redactaba mejor y la mujer me cogió por el brazo vociferando que no teníamos tiempo, que había que salir ya: «Vamos, Luz, apúrate, Luz».

Llegamos al local donde se celebraba el evento cuando ya había comenzado. Me dieron un lápiz, una hoja mecanografiada y otra en blanco. Me sentaron al final del salón. Cada niño estaba solo en una mesa y cuatro metodólogos de Educación Municipal supervisaban con los mismos ojos con que las auras tiñosas rondaban a la China cuando destripaba los cerdos para hacer el jabón. Me senté rígida y leí las instrucciones:

Seleccione uno de los siguientes temas para una redacción de tres párrafos:

- La patria.
- La familia.
- Tu mascota.

Mi abuela decía que la patria era la Revolución; eso era una frase, y yo necesitaba tres párrafos. Sabía que lo que se decía «bajito» no podía escribirse en papel, así que no me iba a meter en semejante lío. Tampoco podía escribir sobre la familia sin mencionar a Armando. «Armando», se me encogió el pecho en un puño y miré alrededor, como una niña perdida en una película de terror. Eran todos rostros desconocidos escribiendo sin cesar. Un niño con cara de ser muy inteligente pidió otra hoja porque no le alcanzaba la primera; a mí me empezaron a sudar las manos sobre la mía y, por primera vez en la vida, añoré tener un perro, un gato, algo. Aunque claro, ¿con qué comida lo íbamos a alimentar? Mami tendría que robar más del almacén y se la llevarían presa. Vi a mi madre detrás de unas rejas negras y se me cortó la respiración. Froté mis rodillas cuatro veces con las yemas de los dedos. Lo repetí una, dos, tres, cuatro…veinte veces. Perdí la cuenta y comencé de nuevo.

—Quedan cinco minutos —anunció una de las auras supervisoras.

«Cinco minutos», pensé y tragué saliva. Cinco minutos y yo no tenía una línea. Cuando recogieron los trabajos, me sentí vacía, inmóvil, blanca, como el papel que acababa de entregar.

Con el tiempo aprendí que los concursos de redacción se ganaban repitiendo lo que decían mi abuela y Fidel; pero aquella tarde, cuando llegué a casa, tiré el cuaderno de sueños y deseos en una maleta de papeles viejos que mantenía debajo de la cama. La misma maleta en la que había escondido las fotos de Armando. No quería saber de nada que se tratáse de escribir.

— ¿Y dónde pusieron el arbolito? —preguntó mami, exprimiendo los trapos que acababa de enjuagar.

—En la sala, es lindísimo —le aseguré.

—Las cosas están cambiando —me dijo—. No hay mal que dure cien años, Luz. Vas a ver que un día todos en el barrio tendremos arbolitos de Navidad y Reyes Magos.

—¿Qué son los Reyes Magos? —pregunté.

Mami emitió un suspiro cansado y sacó la tusa de maíz que taponeaba el hueco de la batea. Un chorro marrón jabonoso cayó sobre la zanja renegrida.

—Qué falta hace que tía Nena acabe de llegar, a ver si nos trae jabones de verdad —masculló.

13

Tía Nena llegó un día de diciembre. Las únicas que no salimos a recibirla a la calle fuimos mi abuela, que se quedó en la cocina como si no hubiese llegado nadie, y yo, que me asomé por el hueco de su ventana. Desde allí vi a la señora, de piel casi translúcida y cabello teñido de rubio, bajarse del carro soviético. Llevaba una bermuda de mezclilla y zapatillas blancas, demasiado blancas para la tierra colorada de Romerillo; el oro de sus cadenas y pulseras resplandecía al sol. Enseguida salió el conductor y bajó un montón de bultos negros del maletero, los llamados «gusanos». «Gusanos» le apodaron los cubanos que se quedaron a los que se fueron cuando triunfó la Revolución, y en gusanos traían ellos ahora, donativos a los que se quedaron.

—¡*Hello*, familia! —gritó la cubana-americana bajo la sombra de las grandes hojas parduzcas del almendro, delatando el chicle blanco entre sus dientes.

Todas se le lanzaron encima como pedazos de hierro a un imán: sus sobrinas, Lucía, Liz Cari, la China. La abrazaron como si la conocieran de toda la vida, como si la extrañaran mucho. Cuando la soltaron, tía Nena se adentró en el portal, y hasta mí llegó su olor a mariposas, a dulce, a nuevo.

—Qué grande y linda está Luz —dijo, pasándole la mano por la trenza negra a Liz Cari.

—Esta es Liz, la hija de Lucía —dijo alguien.

—Luz. ¿Dónde está Luz? —preguntaron todos.

¡Qué vergüenza! Las orejas se me encendieron como el carbón del fogón del patio. ¿Por qué no habría salido con los demás? Ahora hasta tía Nena sabría lo tímida que era. Dejé mi escondite y la saludé con miedo de que el fuego de mi cara quemara su mejilla que era tan limpia. Desde la distancia del beso vi sus ojos azul oscuro, como los de mi tía Margarita y mi abuelo Ramón, su hermano. Con la misma constitución de piernas largas y nalgas altas de mami, tía Nena parecía un híbrido de sus dos sobrinas. Cuando reía, un atisbo de oro relucía al final de su dentadura nívea.

Todo en tía Nena tenía aspecto extranjero; incluso su acento, la cadencia de su voz, pausada en comparación con la nuestra, nos parecía fascinante.

—¿Y Caridad? —preguntó, y se acomodó en uno de los butacones rojos de espaldar alto, en el que un cigarro de mi tío había dejado un cráter del tamaño de una píldora y que, ahora que tía Nena se sentaba en él, resaltaba en el material, como un moscón en un pastel de boda.

—Aquí estoy, Nena —dijo mi abuela desde el marco de la cocina, secándose las manos en el delantal, tantas veces remendado por su hija—.

¿Cómo estás?

Cuando se acercó a ella, tía Nena se paró del butacón y quedaron una frente a otra. Fue un saludo de abrazo corto y rígido, sobre todo por parte de mi abuela, que lucía tan pequeña a su lado. Era al menos una década menor que su cuñada, aunque parecían contemporáneas. Es lo que tiene el sol de Cuba, que va quemándote la piel a fuego lento, envejeciéndote sin tregua, a falta de los cuidados que, saltaba a la vista, disfrutaba la miamense.

—No vine para continuar la guerra, Caridad, vine para verlos a todos. A Ramón también. —Las mejillas rosas se le encendieron y los ojos azules se le empañaron. Tenía un aire bonachón parecido al de mami, pero la cadencia de su voz y sus ademanes inspiraban respeto—. Llevo diez años pensando que mi hermano está en un hueco en el suelo. No concibo semejante destino para un Alonzo. Hablé con una parienta lejana y me dejó agrandarle su bóveda familiar, a cambio de un espacio para Ramón. No quiero que siga en la tierra, Caridad.

—Por mi parte no hay problema. Ramón merece lo mejor —dijo mi abuela, a secas. Si le asustaban los aparecidos, lo estaba disimulando muy bien.

Por la noche, y sin hacer mucho ruido, llegó mi tío Raúl. Cuando tía Nena se fue en el cincuenta y nueve, él estaba aún en el vientre de mi abuela. Saludó a su tía con desconcierto. Ella, sin embargo, lo abrazó y besó con la suavidad y ternura con la que se besa a un recién nacido, como si no pudiese creer lo grande que estaba su sobrino, muy a pesar de que habían pasado más de treinta años.

Tía Nena tenía pasaje por veintiún días, y se acomodó en el cuarto de su sobrina Margarita. Era increíble todo lo que cabía en aquellos gusanos, hasta una lámpara eléctrica recargable; la única del barrio. Cuando los abrió, al otro día de su llegada, no se podía ni caminar en el cuarto. De uno sacó una bota de invierno y nos dijo a Liz Cari, a la Alemana y a mí que nos sentáramos en la cama que iba a llover. Giró la bota en el aire, y chocolates y caramelos de todos los sabores cayeron sobre nosotras como una piñata. El olor me recordó a las golosinas deliciosas que trajo mi tía Margarita de Alemania.

Tía Nena nos vistió y calzó a todos para el verano y el invierno, incluida mi abuela, aunque ella no se puso nada de lo que le trajo, por lo menos en aquellos días. Las pastillas para la presión sí se las tomó. Era lo único que le había pedido mami a su tía cuando preparaba el viaje, porque hacía meses que no venían a la farmacia y varias semanas que los contactos de Lucía no resolvían.

¡Qué cosas tan lindas nos trajo de Miami! Nunca había visto nada igual: los colores, las texturas, los olores, los sabores. Nos pasábamos el día masticando *chiclets* de menta y tomando té de melocotón —que sabía a

perfume amargo—, pero venía de afuera, por eso lo tomábamos, porque si era de afuera tenía que ser bueno.

A cada rato, a tía Nena se le salía un «hijos de puta» cuando se acordaba de algo que le decomisaron en la aduana, y que, a aquellas horas ya estaría en las casas de militares y dirigentes habaneros. «¡Siguen siendo unos bandidos! Un gusano entero me quitaron». Por nuestra parte, hubiésemos preferido no enterarnos de la existencia de ese gusano porque, si no nos hubiese dicho las cosas que le quitaron, quizás no nos hubiesen hecho tanta falta.

Para no comprometer su puesto de militante, mi tío solo la visitaba de noche, sigiloso como un vampiro. Sin embargo, era su esposa, encargada de hacer las compras en el mercado negro, quien chupaba el dinero de la extranjera. Mami y mi tía Margarita sospechaban que la cuñada se quedaba con los vueltos y exageraba el precio, ya exagerado, de las cosas, pero igual la necesitaban, pues era ella quien tenía las conexiones.

Fue Lucía quien salió corriendo cuando tía Nena se fue a bañar, y soltó el primer «hijos de puta». Regresó con un jabón que nos dijo era el último que quedaba en todo el pueblo. Se lo creímos, porque hacía días que en casa nos bañábamos con agua pelada. Tía Nena compartió su jabón con todas y, en unos días, Lucía consiguió tres más.

El veinticuatro de diciembre comenzamos la fiesta desde temprano. Tía Nena bailaba al ritmo de la música, que iba y venía con la corriente. El viejo carretonero preparó condiciones para azar un lechón en puya en el patio, y mi abuela se puso a cocinar una caldera de arroz con gris y yucas a carbón. Mami hizo buñuelos en almíbar, y Lucía trajo refrescos de lata que consiguió en Santa Clara. Con la escasez del Período Especial hacía mucho que en mi casa no se hacía una comida espléndida. Teníamos días de desayunar agua con azúcar, y noches de acostarnos con un concierto triste en el estómago. Pero ¿qué no encontraban los dólares de tía Nena? Eran como las varitas mágicas de las brujas. Encontraban mercancías hasta el momento desconocidas para nosotros, porque solo quien tenía dinero disponía de semejantes lujos y se cuidaba de no divulgarlo.

Al anochecer, fui a buscar a la Alemana para invitarla a la cena. En lo que ella se bañaba, yo la esperaba en una silla del comedor, a la luz de la chismosa. Era un pomo de cristal ámbar en cuyo interior se insertaba un tubo de pasta de dientes vacío, traspasado por una mecha que asomaba en la boca del pomo; una iniciativa del Período Especial que, a falta de velas y farolas, nos alumbró las habitaciones y nos tiznó los techos. Su madre preparaba algo en la cocina y su padre se azoraba los mosquitos con un periódico. Había adelgazado mucho. Entre semana trabajaba en la consulta médica, y los sábados y domingos, en el campo de un campesino paciente suyo. Por la Alemana sabía que cada otro día el hombre le regalaba un litro de leche de sus

vacas. El campo estaba a las afueras del pueblo; él buscaba la leche en bicicleta al mediodía. Tenía la marca del sol en los brazos flacos, justo donde acababa la manga corta de su bata blanca de médico.

Cuando la Alemana salió del baño, su madre servía un plato de plátano verde molido junto con la cáscara, y una jarra turbia, que me pareció agua con azúcar prieta. El reflejo de la llama era la única chispa en sus grandes ojos verdes, que ahora sucumbían al apagón de la incertidumbre, al constante desasosiego que genera el hambre. Cuando abrimos la puerta de salida, una brisa súbita agitó la llama de la chismosa y una campanita tintineó en el pino apagado.

—Feliz Nochebuena —murmuró su madre.

Esa misma noche mi abuela les mandó un pedacito de carne asada. No sé si lo hubiese hecho por otros vecinos, pero no lo dudó ni un segundo por el médico. El Período Especial había encajado a los galenos en el eslabón social de título universitario y salario risible que correspondía a la mayoría de los profesionales, pero con la indiscutible ventaja de que, tanto la vida de los más pobres como la de los más pudientes, dependía de sus conocimientos. El Estado no permitía que un médico ofreciese trabajos particulares, pero no tenía cómo controlar la caridad de los pacientes, y de más está decir que apadrinar a un médico era la forma más efectiva de garantizar sus cuidados y comprometer su tiempo.

Al otro día, la familia se subió al carretón del viejo cuando todavía no picaba el sol. En cuanto dejamos atrás las calles asfaltadas para adentramos en un terraplén de las afueras del pueblo, nos envolvió la nube del polvo rojo que iban levantando los cascos del caballo. El fin de año estaba a la vuelta de la esquina y la temperatura no había bajado lo suficiente para ponernos los abrigos. Era como si el calor, estando al corriente de la visita de tía Nena y de su olor a flores nuevas, tampoco se quisiera ir. Ella sudaba como lo hacía yo en los meses más calientes. Sudaba y se rascaba. Me picaban las entrepiernas solo de mirarla.

En el pescante, junto al viejo, iba mi tío Raúl. Era un caballo muy flaco y caminaba despacio, como quien no tiene ganas de llegar.

Íbamos al cementerio.

Los trabajadores del lugar habían sacado y limpiado los restos de mi abuelo Ramón. Los encontramos empolvados en talco, dentro de un nailon que introdujimos en una caja de hormigón. Era difícil imaginar que un hombre tan alto y fuerte —según decían que fue mi abuelo— se hubiese consumido, al punto de caber allí adentro. Era mi primera vez a su lado, mi primera vez entre los muertos. Estaban todos en la tierra —como decía mami —, reducidos a nombres y fotografías. Me pregunté si mi abuelo querría salir de la tierra para meterse en esa caja, en una bóveda que ni siquiera nos

pertenecía. Me picaron los brazos y las piernas cuando la sellaron. Cada golpe cerrando la caja, abriéndonos el pecho.

De regreso a casa, el caballo iba más ligero. El viejo carretonero alternaba las cuerdas y se lamentaba con mi tío de algo que no recuerdo, al tiempo que mascaba tabaco. Detrás de mi tío, íbamos mi abuela, mami y yo, y en el banco del frente, tía Nena y tía Margarita.

—Miren cómo tengo las zapatillas —dijo tía Nena, señalando sus pies. El polvo rojizo se había adherido hasta en los cordones, como óxido de hierro —. Pero, por lo menos, ya Ramón salió de ese fanguero. Con la vida que se dio mi hermano, para terminar así. —Aseguró una mano a la baranda del carretón y se rascó las rodillas con la otra.

—No hay que exagerar, Nena, Ramón no era como tú. A él no le importaban los lujos —replicó mi abuela; miraba a su cuñada con el rabo del ojo.

Tía Nena frunció el ceño y respondió rápido:

—Eso sería después de viejo. Tú sabes bien que mi hermano vivió toda la vida en la abundancia, y mucho que la disfrutaba. No entiendo de qué manera un Alonzo se enterró en esa choza. Se ve que estaba viejo y acabado.

Soltó la baranda para rascarse con las dos manos. Tenía las rodillas enrojecidas, igual que la cara, y el contraste de sus ademanes determinados con la expresión suave de su rostro empezaba a acentuarse. Yo no me había equivocado: un carácter fuerte se escondía detrás de su sonrisa apacible, como el de los perros que son mansos hasta que les pisan la cola.

—Pues muy felices que fuimos en esa casa. Ramón era un hombre de principios —dijo mi abuela, y recostó la espalda a las barandas, con la cabeza un poco inclinada hacia atrás, manteniendo los ojos fijos en su cuñada.

—Ay, Caridad, si por lo menos me hubiesen hecho caso en el ochenta, pero es que ni veinte años te sirvieron para perdonarme —dijo tía Nena sin que la serenidad abandonara la cadencia pausada de su voz, y se rascó el cuello, con la vista en la calle de vegetación escasa y viviendas descoloridas.

Una nube grisácea tapó el sol, dándole un tono aún más mustio al pueblo. Tuve esa sensación que nos embarga cuando recibimos visita y, de repente, nos volvemos más críticos con cada parte de nuestra casa, encontrando defectos y rincones sucios que no habíamos percibido antes. Estoy convencida de que fue en ese momento cuando, por primera vez, percibí lo sucio y primitivo que era Romerillo: cuando lo miré a través de los implacables ojos índigos de la extranjera.

—¿En el ochenta? —saltó mi tía Margarita estrepitosamente del banco, y el caballo aceleró el paso.

—Soooo…—gruñó el viejo carretonero y recogió un poco las sogas sin dejar de mascar su tabaco.

Mi tío se viró y se dirigió a tía Nena con el rostro constreñido por el esfuerzo de mostrarse sosegado.

—Ese asunto lo enterramos en el ochenta, tía. Es mejor no sacar esas cosas ahora —dijo, con una sonrisa disimulada que no llegó a descubrir su dentadura bajo el bigote oscuro, donde empezaban a asomar canas aisladas.

—¿Qué fue lo que enterraron? —demandó mi tía Margarita. Miraba a su hermano y a su madre de forma intermitente, no arriesgando a perderse ni un solo gesto de ninguno de los dos.

Fue mi abuela quien respondió, antes de que mi tío reaccionara.

—Nena le mandó una carta a tu padre pidiéndole un número de teléfono para enviarnos un barco. Eran los días en que abrieron el Mariel y ella aprovechó para tratar de arrastrarnos a la gusanería. ¡Qué barbaridad! —exclamó, y se subió el marco de los espejuelos negros hasta el puente raíz de la nariz. Tenían una bisagra rota y ella había asegurado la varilla con esparadrapo.

—Yo solo quería ayudar —dijo tía Nena—. Me cansé de escribirles cartas. El barco era seguro, y el mar estaba abierto por el mismísimo barbudo —dijo, al tiempo que se dibujaba una barba invisible en el mentón. El tono rosa de sus mejillas se intensificó, como si las válvulas del corazón estuviesen trabajando solo para los vasos sanguíneos de su cara.

—¿Qué cosa es el Mariel? —le susurré a mami, que estaba callada, ajada por una expresión de incredulidad.

Pasaron años antes de que me contaran en la clase de Historia de Cuba que el Mariel era un puerto habanero que el país abrió en el ochenta para que se fuera la escoria, o sea, todo cubano que desease abandonar la Revolución y, por ende, la Madre Patria.

— ¿Y por qué no nos dijeron nada, Caridad? —preguntó mi tía Margarita.

Un camión que nos avanzaba por el lado nos envolvió en una bola de humo renegrido y sofocante que hizo toser a tía Nena, la única que no estaba acostumbrada a semejante contaminación.

—¿Por qué, Caridad? —insistió mi tía Margarita.

—Tú y Blanca eran unas niñas. Raúl solo lo supo porque ya tenía veinte años —Mi abuela respondió rápido, pero manteniendo un tono neutral. Yo me acordé de aquello de «Margarita no puede saber de esto nunca»—. Vamos a parar con este tema ya, que estamos en el medio de la calle y vas a perjudicar a tu hermano. Esa propuesta fue una ofensa para tu padre, que era un revolucionario —dijo mi abuela con voz enérgica.

—Sí, Margarita, para con eso. Ustedes eran unas chiquillas y era un asunto muy delicado en el ochenta —agregó mi tío entre dientes, haciendo contacto visual con su hermana y mirando de reojo a su madre. Parecía un

árbitro comprometido por los dos equipos.

—¿Cómo está la cosa, cartero? —le gritó un hombre desde su bicicleta.

Mi tío le devolvió el saludo con la mano. Razón llevaba mi abuela con que a él lo conocía todo el pueblo.

—¿Una ofensa para papi o para ti? —le espetó mi tía Margarita a su madre, pasando por alto la mirada y las palabras de su hermano; no era de él de quien quería explicaciones.

El rostro de mi abuela se endureció, pero no con su habitual y resuelta rigidez, sino que parecía que los músculos faciales se resistiesen a articular palabras. Su hija se paró hasta donde se lo permitió el techo de hierro y nailon, asegurándose en las barandas del carretón, y se acercó hasta llegar frente a ella. Al unísono, y sin dejar de andar, el caballo levantó la cola y disparó bola de excremento tras bola de excremento en el saco marrón que colgaba bajo sus patas. La súbita hediondez que nos penetró la cavidad nasal, como si etéreas partículas de excremento animal se nos adhirieran a la garganta, no consiguió cerrarle la boca a la mayor de las hermanas.

—Por eso me fui de aquí, para que no me controlaras la vida, como has controlado la de Raúl, la de Blanca, la de papi —le dijo a mi abuela, con palabras entrecortadas por la respiración, igual que una niña cuando está a punto de romper en sollozos.

—Ya te dije que tu padre nunca quiso irse de este país —dijo por fin mi abuela, y apretó los labios en busca de una expresión de conformidad que convenciera a su hija, o que les restara importancia a sus demandas.

Tía Nena soltó una carcajada casi grotesca que desvió hacia ella la atención de todos nosotros, hasta la del viejo, que hacía rato permanecía en silencio y más encogido en su puesto de lo habitual, sin mirar a los lados, como si también él llevara orejeras de caballo amarradas a la cabeza. Ella se recompuso de su risa, y sus ojos se endurecieron, rebosantes de un odio de antaño, que solo ahora se espabilaba sobresaltado.

—Tú sabes bien que eso no es cierto, Caridad. Yo lo sabía. ¡Ni a tus hijos les contaste la verdad! —dijo, con una mirada que apagó todo rastro de la sonrisa bonachona del día de su llegada.

La mirada de mi abuela detrás de los espejuelos parecía ensombrecida por un velo de miedo. Se quedó mirando a su cuñada, atónita, como deben de quedarse las personas cuando les habla un muerto, o cuando alguien está a punto de revelar su secreto más oscuro.

—¡Llegamos! —vociferó mi tío, y se bajó del carretón de un salto.

Solo entonces percibí que estábamos en casa. Lucía y Liz Cari nos esperaban abajo. Mi tía Margarita se bajó de primera y se plantó en el portal, con los brazos en jarra. Había adelgazado tanto que parecía que no hubiese comido en años. La piel blancuzca descubría sus venas verde-azules, sus

huesos menudos, su inmenso dolor. Parecía una gata siamesa de constitución enjuta, a la que solo le iban quedando los ojos añiles, como rasgo distintivo de su estirpe.

—¿Será, Caridad? ¿Será que papá decidió? ¿O será que tú decidiste por él? —gritó en cuanto mi abuela bajó del carretón con la ayuda de mi tío.

—Cálmate, mi hermana, deja eso. Vamos para tu cuartico. —Trató de tranquilizarla mami, quien, por fin, había encontrado sus palabras, aunque sonaban atragantadas y carentes de convicción.

Mi abuela entró a su habitación con los pasos cortos y rectos que la caracterizaban. Tía Nena se sentó en el sofá, se quitó los zapatos y me pidió un poco de agua. Una ola caliente y nauseabunda, de las que se hacían en el refrigerador luego de muchas horas sin corriente, me aguó los ojos cuando lo abrí. Lo cerré en el acto, llené un vaso en el tanque de aluminio, y regresé a la sala, donde mi tía Margarita sujetaba, a un lado del marco, la cortina roja de la primera habitación.

—¿Será, Caridad? ¿Será que papá decidió no tomarse las pastillas? ¡Carajo! —gritó.

Mi abuela permanecía sentada en la cama con la espalda erguida, los pies rozando el piso, y la mirada perdida en la pared de sus muertos. Mami lloraba. Nunca había visto a mami llorar, ni siquiera cuando Armando le dio el golpe en la cara. No sabía qué hacer, así que me tumbé en el sofá, entre Liz Cari y tía Nena.

—¿Qué está pasando aquí? ¿De qué medicina habla mi sobrina? —le preguntó tía Nena a la China, que no sé cómo ni cuándo llegó a nuestro lado.

—Las medicinas de la presión de Ramón —respondió la vecina—. Caridad dice que a Ramón le caían muy mal, y ella, la pobre, sin saber qué hacer, dejó de dárselas. —La China se inclinó hasta llegar al oído de tía Nena —. Pobre Caridad —murmuró—, toda la vida con el disgusto de que Margarita cree que eso fue lo que le provocó el infarto al viejo Ramón.

—¡Ella me lo mató! —gritó mi tía, jadeante, y su hermano, que se había quedado en el portal, entró de golpe:

—Cállate, Margarita, ¡cállate! —le ordenó, sacudiéndola por la pechera de su blusa.

Mi tía le cayó a golpes rápidos en el pecho. Estaba fuera de sí, como «Catalina la loca» cuando pasaba frente a la escuela, y los niños le tiraban piedras por la cerca y ella se viraba con su muñeca en brazos, bramando como una fiera herida.

—¡Llamen al médico! —pidió mami al aire, y entre ella, mi tío y Lucía empezaron a arrastrarla en dirección a su cuartico.

En medio del forcejeo, mi tía le dio una patada a la vitrina y los cristales tintinearon en el lugar, como un sonajero gigante movido por el viento. Tía

Nena se paró descalza, se rascaba el cuello con uñas furiosas.

—¿Y por qué Margarita piensa eso? —preguntó.

Sin pausas innecesarias, la China explicó:

—Porque cuando llegó el médico lo primero que preguntó fue si Ramón se había tomado las pastillas esa mañana y todos miramos a Caridad ella dijo que hacía años que no le daba esa porquería de pastillas a Ramón que le caían mal en el estómago ahí fue cuando Margarita se puso a gritarle horrores parecía una loca. —Respiró rápido—. Así, igual que está ahora.

—¡Tú lo mataste, Caridad! ¡Asesina! —gritó mi tía en el patio con un alarido más animal que humano, y los vecinos empezaron a acumularse en el portal del frente.

—Tu tía está loca. ¡Se volvió loca! —chilló Liz Cari en mi oído, con risa nerviosa.

¿Y si era verdad? ¿Y si mi tía se estaba volviendo loca como Catalina? Mi tía estaba loca. Mi madre lloraba. Mi abuela había matado a mi abuelo. Los muertos descansaban allí al lado, en una ciudad pintada de blanco, a las afueras de Romerillo. Otra vez aquello que corría en mi pecho sin poder salir. «¡Caballos! Son caballos corriendo en mi pecho», pensé. Salían por mi boca y se escapaban lejos. Un montón de caballos flacos, como el penco del viejo. ¡Qué asco! Salí al patio a escupir la suciedad que crecía a mares dentro de mí y Liz Cari me siguió. Escupí, escupí y escupí. El aire del patio me devolvió el oxígeno que se me había agotado dentro de la casa. El cielo estaba encapotado y ventoso, como a punto de llorar el dolor de mi tía Margarita. Respiré profundo, con esa grata sensación de llenar a tope los pulmones, y percibí una nota de humedad en el aire. Otra vez la picazón. Me picaba todo, y Liz Cari se rascaba, como si estuviese ella en mi piel. Desde allí se oían los gritos de mi tía, el murmullo de los vecinos y la estruendosa discusión que había estallado entre tía Nena y mi abuela. Me tapé los oídos. Oía los gritos, pero no escuchaba las palabras.

Un vecino trajo al papá de la Alemana y él entró al cuarto con su portafolio de doctor. Todos los adultos lo siguieron. Liz Cari y yo nos quedamos abrazadas en el muro del portal del fondo. Como una sirena de ambulancia que se pierde a lo lejos, mi tía Margarita siguió gritando, cada vez más débil, hasta que, luego de un rato, se hizo un silencio abrumador.

Mi tía no perdonaba a su madre, así como yo no perdonaba a Armando. Los demás no pensaban igual y la silenciaron entre todos, con la destreza que una manada de tigres callaría los impertinentes maullidos de una gata siamesa.

La primera en salir del cuarto fue tía Nena; traía un maletín al hombro. Detrás de ella salieron sus otros dos sobrinos, dándole explicaciones que ella no quería escuchar. Mami decía que nadie mató a nadie, hablaba de errores humanos.

En medio de esta discusión, el médico, que había terminado su trabajo y cerrado el portafolio, se movía incómodo por el patio, sin saber por dónde irse. Por fin se acercó al portal, donde Liz Cari y yo nos dábamos uñas en las pintas rojas que nos salían en las piernas. Yo quería desaparecer, o desaparecerlo a él, para que no viera o escuchara nada de lo que sucedía. «Qué vergüenza». Estaba convencida de que no dejaría a su hija regresar a aquella casa de locos, de que ese era el fin de mi amistad con la Alemana.

—Ramón se desgració el día que se enredó con Caridad —dijo tía Nena en medio del patio, bajo los cordeles de tender ropa que colgaban entre la casa y el cuarto de mi tía. Le sudaba la cara, ya escarlata, y se rascaba los brazos con arañazos largos que le marcaban la piel translúcida con rayas rojizas.

—¡Nosotros no te vamos a permitir eso a ti, Nena! —gritó mi tío. Tenía las venas del cuello casi al reventar. Por fin el árbitro se decidía a tomar partido en la recta final—. La vieja cuidó al viejo toda la vida, se dedicó a él y a esta familia. Si Margarita la cogió con eso, es porque siempre ha sido una desquiciada y una rencorosa.

Tía Nena, que ya nos había dado la espalda, se viró frenética desde el marco de la cocina. La cara escarlata se le estaba tornando violácea.

—Rencorosa tu madre, que nunca nos perdonó haber limpiado el piso por donde los Alonzo caminábamos. Caridad no es la santa que ustedes piensan. ¡Qué ciegos están todos! —vociferó. Se encaramó las asas del maletín a lo alto del hombro y dio media vuelta.

—Deja eso, mi hermano —dijo mami—, mamá no tiene que pasar por esto, es una desconsideración.

No sé si tía Nena escuchó eso último, porque ya iba media casa adentro.

Liz Cari y yo corrimos hasta la habitación de mi abuela y llegamos a tiempo al hueco de la ventana para verla parada en medio de la calle. Los vecinos se habían retirado a sus casas, aunque algunos seguían asomados por las ventanas.

—¡Cuando quieran oír la verdad, llámenme! —vociferó tía Nena frente a nuestro portal.

—¿Qué verdad? —Le oímos preguntar a la China desde el suyo.

—La del cincuenta y nueve —respondió ella, y dio media vuelta.

Tía Nena se fue a pie, levantando el polvo rojo con sus zapatillas que ya no eran tan blancas. No había alcanzado a doblar la esquina cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, y una corriente de aire húmedo arrastró a lo largo de la calle las grandes hojas pardas del almendro.

De regreso al portal trasero, encontramos al papá de la Alemana sentado en un taburete. Sobre sus muslos flacos apoyaba el portafolio, que le servía de base para prescribir. Ya no tenía los recetarios con que la Alemana y yo jugábamos antes del Período Especial, pero se las apañaba con su cuño y

cualquier papel en blanco que encontrara. Mi abuela permanecía con mi tía Margarita en su cuarto. Alrededor del médico estábamos los demás, guarecidos de una de esas briznas que anticipan las bajas temperaturas en diciembre.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve recetas de Lindano.

—La escabiosis es muy contagiosa, es mejor que todos hagan el tratamiento —dijo el médico, repartiendo las recetas.

—Lo mejor que hay para la sarna son las hojas de mata de guayaba con agua caliente, médico —dijo la China, ya con sus recetas en la mano.

—Sí, agua caliente —certificó él—, tienen que lavar todo con agua bien caliente todos los días. Ya sé que está difícil encontrar jabón, pero el agua caliente y el jabón es lo más eficiente para matar el parásito en las telas.

«Con esta enfermedad contagiosa sí que no podré jugar nunca más con la Alemana», pensé.

—Pero ¿dónde cogimos esto nosotros, doctor? —preguntó mami, y se tapó la boca con una mano. Una vergüenza más y las mejillas le reventarían en mil pedazos.

El médico nos explicó que no había de qué abochornarse, que nadie estaba exento del contagio, que la escabiosis estaba regada por todo Romerillo y lo importante era hacer el tratamiento.

De los días que le siguieron, recuerdo el agua caliente con hojas del guayabo de la China cayendo sobre mi cuerpo antes de ir a la cama. Fueron noches de apagón, calor, picazón y Lindano.

El líquido de lindano se va de tu piel con un buen baño a la mañana siguiente. Con el olor no tuve la misma suerte; su esencia dulzona se quedó conmigo, adherido a algún recoveco olfatorio de mi cerebro. Recordarlo es olerlo, regresar al pasado, al día que guardamos a mi abuelo Ramón en la cajita de concreto.

14

No supimos cómo tía Nena regresó a Miami. Había vuelto a su lugar; estaba muerta y enterrada.

Poco después de su partida, la lámpara eléctrica se cayó al suelo y ahora llevaba meses en casa del ingeniero electrónico, un hombre resiliente, que se dedicaba a improvisar las piezas que ya no entraban al país, y a reanimar los equipos que se nos iban muriendo. El ingeniero ingeniaba y el pueblo esperaba. Esperaba que se acabara la oscuridad, que le devolvieran las libras chupadas, que le abrieran las puertas, que se murieran los discursos incoherentes; pero, sobre todo, esperaba que se borraran los letreros *RESISTIREMOS*, escritos con pintura roja en todas las paredes blancas.

—¡Vayan a trabajar mañana, cabrones! —les gritaba a los vecinos el viejo carretonero, borracho, en el insufrible bochorno de las noches apagadas.

El barrio aparentaba que no lo oía.

Aparentar.

Esa era la palabra clave de los noventa. Aparentar que no teníamos miedo, aparentar que no teníamos hambre, aparentar que «resistiríamos» mientras desaparecían los gatos del barrio. En mi casa era casi imposible quejarse; mi abuela decía que más difícil lo había pasado Fidel peleando en la Sierra. Ella era la mejor en aquello de resistir. O en aquello de aparentar, nunca lo sabremos.

Mi tía Margarita andaba cada vez más retraída, debido a los medicamentos que le recetaba el psiquiatra, y se le hacían lomas de encargos de costura en el piso, detrás de la máquina de coser. Desistió de enviar cartas a Alemania, pero empezó a fumar y yo dejé de dormir en su cuarto porque ella pasaba las noches en vela, encendiendo un cigarro con otro. «Tengo insomnio a causa de los sueños que se me quedaron dormidos». Se le habían caído mechones de cabello, según el médico, por el nerviosismo. Él le recomendó que se lo cortara, ella se hizo una melena poco más abajo de las orejas y, eventualmente, dejó de caérsele. Un mañana se levantó cantando como si una alegría explosiva le hubiese abierto los ojos. Fueron días muy extraños, en los que reía a menudo y solo hablaba de rehacer su vida cuanto antes, de casarse y tener hijos. Recuerdo que se puso al día con los encargos de costura y empezó a salir a bailar los fines de semana por la noche. Pero esa euforia que rayaba en histeria fue incluso más fugaz que la alegría con que llegó de Alemania, y una noche regresó borracha del cabaret, maldiciendo a Rolf, a Berlín y al muro. Al otro día, sus ojos se asomaron inexpresivos entre las cuencas sombrías y la loma de encargos de costura volvió a crecer detrás de la

máquina, desparramada por el suelo.

También Armando intentó reparar su vida en aquellos días, aunque por un lapso aún más corto, en el que le dio por venir a verme todas las tardes. Había cambiado de trabajo y estaba conduciendo un tractor con carreta de la zafra. Transportaba caña de azúcar de los campos al central y ya no tenía las ropas sucias de carbón, sino de grasa automotriz, una enjundia igual de renegrida. Había perdido los dientes centrales superiores, en una caída de la bicicleta, y el hueco en la dentadura le transformó la expresión del rostro en algo que me resultaba una total incoherencia, como la fusión de una cosa temible con otra muy ridícula. «Ya no bebo más», decía él. «Pero ¿a quién se le ocurre darle un timón al borracho de Armando?» se quejaban los demás. El Armando sobrio creía que teníamos una relación común y corriente de padre e hija, me contaba su día y se cuestionaba por qué no había dejado de beber antes. Yo me encogía de hombros con muchas ganas de darle una caja de crayolas de la consulta de Carlos. ¿Qué hubiese pintado Armando? ¿Caña, carbón, fuego? No lo sé, nunca le di las crayolas, nunca le pregunté. Él bebió aún más cuando el efecto rebote del alcohol venció su ímpetu de cambio, y dejó de venir. Volvimos a la normalidad.

Pero Armando no era mi única perturbación por aquellos días. El foco de mi ansiedad se había vertido en todo el sexo masculino, luego de que la China leyera en alta voz lo que me pareció la más aterradora de todas las noticias jamás escritas en el periódico Granma. Para ese entonces ya tenía una idea del concepto de muerte y de abuso sexual, pero era la primera vez que escuchaba detalles. El artículo hablaba sobre la atroz violación y asesinato que acababa de sufrir una niña habanera de seis años. Saber que habían matado a una niña, y que le habían hecho las cosas abominables de la revista pornográfica, me sumergió en una marejada de miedos y sensaciones repugnantes. Eran olas violentas que penetraban todos mis orificios húmedos y cuya espuma tenía que escupir, soltar a mares por la boca. Imágenes bestiales de mi invención me encontraban dormida y despierta, comprimiéndome entre paredes de vulnerabilidad, con una determinación casi paranoica que me forzaba a sospechar de todos los hombres a mi alrededor. Desconfiaba de los vecinos, los maestros, los camioneros de la bodega, los vendedores ambulantes. Bastaba con que un hombre se acercara a menos de un metro para que mi cuerpo se tensara en señal de alarma. Llegó a sucederme en aisladas ocasiones con mi tío Raúl, y en cada una de mis citas con el psicólogo. Pronosticaba que mi única salvación de este tipo de abominaciones era obedecer ciegamente a las exigencias de mi amo. Yo podía escapar de lo malo con rituales, y también podía salvar a mami, a mi tía Margarita, a la Alemana y a todas las demás.

Durante la terapia, que tenía lugar en el policlínico dos viernes al mes, Carlos insistía en que le explicara mis miedos. Yo callaba; no podía decirle

que mi mayor miedo era hablar. Miedo a que él fuese un «enviado» de mi amo para poner a prueba mi lealtad; miedo a que él no fuese un «enviado» y pagara las consecuencias de descubrir mi secreto. Si descubría mi secreto, todos los rituales del mundo no me alcanzarían para salvarlo. Miedo a su desnudez; desnudo, lo veía caminar de un lado a otro de la consulta, y me preguntaba cuánta gente sabía mi secreto. ¿Cuánta gente —como yo— aparentaba que no lo sabía?

Nuestra relación empeoró un día en que el sol fulguraba libre de nubes en el centro del cielo, y la Alemana y yo nos columpiábamos en un aparato del parque infantil. Era una gran estructura metálica de la que prendían cuatro mecedoras con forma de barco. Cada barco tenía capacidad para dos niños, uno yacía estropeado sobre la base que los conectaba, los otros tres oscilaban chirriantes en el aire a más de un metro de altura. La rigidez de las ramas y hojas de los árboles al mediodía le daba al entorno una apariencia casi estática. Éramos un péndulo dentro de un paisaje pintado en un cuadro. Un grupo de diez o quince niños correteaba, montaban cachumbambé, se deslizaban por el tobogán de metal oxidado, o se empeñaban en empujar el desvaído carrusel de caballos de madera con extremidades amputadas y el resto de los equipos eléctricos, que habían dejado de funcionar. El parque estaba en ruinas y los adultos lo habían clausurado. Los niños nos colábamos por un hueco de la cerca y lo manteníamos funcionando, más que todo, con la imaginación, que es tan útil como la luz, para ponerle colores a la oscuridad.

Parada en su asiento, asegurándose de las barras de hierro a ambos lados, la Alemana impulsaba el barco con tanto ímpetu que hasta parecía que íbamos a girar por encima del eje, algo poco aconsejable considerando que no era una estructura pensada para ello. Desde allí vimos llegar al algodonero y acomodar afuera, contra la cerca de la entrada, su carrito, demasiado grande para colarlo por el hueco. Nosotras estábamos al final, frente a la cerca que daba a la calle de fondo, y hasta allí nos llegó, en ondas de vapor, el olor a dulce que desprendía la máquina derritiendo el azúcar. Yo tenía un peso en el bolsillo del pantalón, pero no quería ir a comprar porque, según la China, el algodonero tenía fama de tocar a las niñas. Liz Cari no le hacía caso a nada de lo que decía la China. Es más, cuando no teníamos dinero, ella le pedía el algodón regalado al hombre. A la Alemana tampoco le preocupaba, así que insistió en que fuésemos a comprar.

Estaba claro que las demás niñas no eran como yo. No tenían un amo, no podían evitar «lo malo» con rituales, no sabían el secreto que dominaba el mundo, mi mundo. Yo era la designada, la que no bajaba la guardia ante el peligro inminente de la muerte, de los cuerpos desnudos. Yo era la rara.

Mi puesto quedaba de espaldas al carrito, y me atormentaba la idea de que el algodonero nos tocara. Señalé a nuestro alrededor, donde la hierba

silvestre y los niños trepaban a su antojo por los equipos, y persuadí a mi amiga con la idea de que, si abandonábamos nuestro barco, nos sería difícil recuperarlo. Ella asintió, aunque sin convicción, lo que me hizo pensar que solo había ganado tiempo. Respiré seis veces seguidas, escupí dos desde lo alto del barco, y respiré seis veces más. No me salió perfecto, así que repetí el ritual. Todo para que el algodonero se acordase de algún menester urgente, o le diese un dolor de estómago y se fuese de una vez.

Un grupo de chiquillos empujó a otro por el tobogán sin previo aviso, y este cayó de bruces sobre la hierba de forma un poco estrambótica, pero enseguida se levantó, maldiciendo y persiguiendo a los otros, todos descamisados y descalzos. El algodonero empezó a pregonar, dando golpecitos con la cucharilla en la cerca, y vi por encima del hombro que solo atrajo a una niña que compartió con otra su algodón. La mayoría de los niños no tenía dinero.

En el parque, como en cualquier lugar del pueblo, yo me prevenía de un encuentro con Armando. Deliberadamente, me había sentado en la punta del barco, con vistas a la calle, para tener tiempo de esconderme si lo veía a lo lejos. Esta maniobra funcionaba, sobre todo, cuando él conducía el tractor de la zafra, o cuando pedaleaba demasiado borracho para ver más allá de la bicicleta. En eso pensaba cuando sentí el roce de una mano en el brazo izquierdo y me sobresalté en el barco. La Alemana soltó una carcajada, y por encima del hombro, vi una bola de algodón rosado en las manos de Carlos. Escondiéndome de Armando, había descuidado un punto mucho más débil. Me estremecí de miedo.

Carlos era la última persona que esperaba encontrar allí. Vivía en los contornos del pueblo y nunca lo había visto fuera de la consulta. ¿Qué hacía él en el parque? ¿Por dónde había entrado? Las preguntas irrumpían en mi mente sin que se materializaran en vocablos.

—¡Qué rico, algodón! —exclamó mi amiga ya con un pedazo en la mano. Tenía la cara encendida por el calor y el esfuerzo de empujar el barco, como un tomate con ojos de aceituna. Los rizos rubios se le pegaban a la frente sudada.

«Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis respiraciones, escupe dos veces, respira seis».

—¿Blanca está por aquí? —preguntó él y me alcanzó el palito del algodón.

Por el instinto de conservación que me sugería usar pantalones —cuando las demás niñas vestían con shorts y faldas cortas—, mantener las piernas cruzadas siempre que me sentaba, y evitar a toda costa quedarme a solas con un hombre, iba a responder que mi madre estaba cerca y llegaría en cualquier momento. Si él no era un enviado de mi amo, no tenía forma de saber la

verdad, y si era, qué más daba lo que dijera yo. Pero la Alemana se adelantó y respondió que estábamos solas, muy solas, solísimas. Yo necesitaba salir de allí cuanto antes. Miré hacia abajo en busca de vías de escape. No podía saltar desde el barco sin romperme un hueso, tendría que bajar por las escaleras de la base metálica a un lado de Carlos. Agarré el palito del algodón y le dije que ya nos estábamos yendo.

—Todavía es temprano, Luz —dijo la ingenua de mi amiga—. ¿Tú puedes empujarnos alto? —le preguntó, metiéndose otro trozo de algodón en la boca.

—Claro que sí —respondió Carlos con prontitud, y se dispuso a empujar el barco.

Ahora estaba más cerca que nunca. Me empezaron a sudar las manos, y la mezcla del sudor con la herrumbre del banco tiñó con manchas cobrizas el palito del algodón.

—¡No! —reaccioné cuando Carlos agarró la base del barco para impulsarlo—. Tenemos que irnos, mi abuela dijo que no me podía demorar. —Salí a la base de la estructura, haciéndole señas con los ojos a la Alemana y ella también se bajó.

—Sí, es verdad, se me había olvidado —dijo ella, por fin, con falsa convicción y gestos propios de una escena de teatro dramático.

¿Cómo me iba a justificar con mi amiga cuando saliéramos de allí, si ni para mí tenía una explicación coherente? ¿Cómo explicar que Carlos era un hombre, que un hombre era un precipicio y que yo caminaba por el borde rocoso en cada terapia, convencida de que en cualquier momento podía caer y caer, con todo el peso? En realidad, la Alemana hacía pocas preguntas. Por años, yo había interrumpido nuestros juegos con repeticiones y prohibiciones sin que ella se molestara. Había calles por las que no podía caminar, rayas de aceras que no podía pisar, palabras que no podía decir, palabras que tenía que repetir, y un sinfín de rituales absurdos. «Nosotras jugamos así, si no te gusta, vete», le decía a Liz Cari cuando se quejaba de mis «cosas», siendo esa su única referencia al asunto. Un día le cayó a patadas en el trasero a un niño del aula porque iba empujándome por la acera para que yo pisara las rayas. Eso le ganó el mote de «marimacho» entre las niñas de primaria, aunque ella no lo supo; ninguna se atrevió a decírselo jamás.

Una escalera de cinco escalones nos separaba de Carlos. Tragué saliva árida y resoplé, intentando neutralizar los pensamientos intrusos que irrumpían a cuchillazos desde algún lugar recóndito de mi mente. Funcionó. Con un impulso de valor bajé, de la mano de mi amiga, los estrechos escalones de hierro.

—Adiós —murmuré al pasar por el lado de Carlos, con los ojos en la hierba silvestre que nos llegaba por las rodillas, excepto en los trillos que se

habían formado con pisadas.

—Nos vemos el viernes, Luz, no te olvides —me recordó el psicólogo, y yo asentí sin mirarlo.

Me escabullí por el hueco de la cerca, cuidándome de no rozar las púas de la malla. La Alemana se coló detrás de mí y cruzamos la calle hasta la acera contraria al algodonero. Yo alternaba las piernas, sin pisar las rayas de la acera; cada paso retumbaba en mi cabeza. Estábamos a varias cuadras de mi casa. ¿Y si Carlos también había salido del parque y nos seguía? Tendríamos que echarnos a correr. Solo tenía un modo de averiguarlo, sin aflojar el paso, miré por encima del hombro. Carlos se había movido hasta los cachumbambés y hablaba con otra niña, una niña mulata con largos rizos castaños.

—Corre —le susurré a la Alemana, y corrimos hasta mi casa.

Quería contarle todo a mami. Decirle que tenía mucho miedo de los hombres, de Carlos, que me había perseguido hasta el parque, que me había tocado un brazo, que me daba asco su sudor, la grasa de sus rizos, que otra niña estaba en peligro, que era solo cuestión de tiempo para su ataque inminente.

Mami llegó de la bodega al anochecer, en medio del apagón. Yo había preparado todas las palabras, pero se me atascaron en la garganta como una bola que ni bajaba ni subía cuando tragaba saliva. Mami desnuda, ensangrentada, bajo un camión, flotando en el río, gritando. Imágenes rápidas que ahogaron mis gritos de ayuda. Entendí el mensaje de mi amo, no podía hacerla cómplice de mi problema. No podía ponerla en riesgo para protegerme yo, no había nada que ella pudiese hacer para ayudarme.

Mi abuela rayó un fósforo para encender la chismosa. La llama se encendió y la casa empezó a oler a fósforo quemado y a queroseno. Deduje que, con las ventanas y las puertas abiertas, Carlos o cualquier otro hombre podía haber entrado sin ser visto en la penumbra. En silencio, me senté sobre las piernas de mami. Un minuto antes, apenas podía distinguir su silueta en la oscuridad. Ahora la observaba a media luz, y unas dudas sin precedentes se formaron en mi perturbada imaginación. ¿Quién era mami? ¿Acaso no había sido ella la que me llevó hasta Carlos? ¿Era mi amo, amo de todos, hasta de mi propia madre? Observé mi sombra hacerse grande en la pared mientras la llama de la chismosa se agitaba juguetona en la boca del pomo, y todo tomó un sentido siniestro en mi cabeza, conduciéndome a una única explicación: yo estaba sola, el mundo era de mi amo. Eran todos contra mí.

Para neutralizar estos pensamientos aterradores, esa noche hice más rituales que nunca debajo del mosquitero. Si eran todos contra mí, no podía dejarles saber que lo había descubierto. Escupí, escupí, escupí, escupí, escupí, escupí hasta que el ventilador ruso se encendió por la madrugada y me desmayé en el colchón húmedo.

Desperté al amanecer, cuando mami encendió la bombilla. Recordé los pensamientos de la noche anterior y la culpa me encandiló los ojos junto con la luz. Era ella, mami, la de siempre, despertándome para ir a la escuela. Fue como si la mañana me hiciese verlo todo desde un nuevo ángulo y borrara mis miedos incoherentes de la noche anterior. Ese día, la Alemana y yo llegamos tarde al matutino porque me excedí haciendo rituales. Yo no estaba sola como lo había creído en la oscuridad, tenía a mami, y no iba a ser por falta de disciplina mía que le sucediera algo malo a ella.

Por más que deseé que el viernes desapareciera en una especie de embudo tridimensional, mi magia no funcionó y, para rematar mis males, cuando llegué a la sala de espera de la consulta, mami no estaba. Entonces, recordé que era día de carne de res en la bodega; llegaría tarde, pero vendría. Me senté frente a los grandes cuadros de Fidel y el Che, y crucé las piernas. El mural de emulación no se había actualizado ese mes, ni el anterior, ni el otro. Era como si los trabajadores galardonados casi un año atrás se hubiesen quedado en el limbo del triunfo indefinidamente, como los comandantes de los cuadros. No sabía qué hacer con mis manos. Las yemas de los dedos rozaban los brazos de madera en unidades de seis, dos, seis. «Ojalá tuviera mis agujas de tejer», pensé.

La frecuencia de mis «manías» había aumentado en la apesadumbrada espera de ese encuentro y quería entrar de una vez, ponerle fin a mi angustia, como un condenado que lleva demasiado tiempo esperando la pena capital, y los días se le han hecho invivibles mucho antes de ser ejecutado. Estaba preparada para lo peor, para que sucediese cualquier cosa conmigo, para que Carlos me revelara el propósito de todo, ahora que yo estaba descubriendo el secreto. Era mi fin. Estaba segura de que el psicólogo era un impostor, un enviado de mi amo para controlar y contener mis gritos de auxilio. Me preguntaba por qué habría designado a un hombre tan pequeño —le llegaba por las orejas a mami—, ¿sería para despistar? También estaba lo de sus rizos. Me daban mucho asco. Desde la primera vez que lo vi sentí repulsión por sus rizos aceitosos. Su suciedad varonil entraba a mí por los orificios húmedos, y yo la transfería con la yema de los dedos hasta los brazos de la silla, y de la silla al piso. Se iba lejos. Reconocía que Carlos nunca me había hecho nada inapropiado. Tal vez era muy buen actor, como el resto de los hombres, hasta que se quitaran la ropa y ¡boom!, llegara tu fin. Pobre niña de La Habana.

El reloj de pared de números grandes marcaba minutos muy lentos cuando me llegaron gritos de la consulta. Las bisagras de la puerta crujieron y, rápido como un segundero, mi corazón empezó a retumbar en mis oídos; lo escuchaba con la precisión de un estetoscopio.

—¡Te odio! —gritó la niña mulata, que había visto con Carlos en el parque, y dio un portazo que coincidió con el más fuerte de mis latidos.

Al pasar por mi lado se detuvo, y yo me paré de un salto. Quedamos frente a frente. De sus ojos brillantes, envueltos en largas pestañas negras, salían lágrimas resbaladizas. Era ella, la niña del parque. Llevaba sujetadores bajo la blusa blanca del uniforme de secundaria.

—¡Lo odio! —me dijo y corrió hasta las escaleras.

Yo corrí tras ella.

La vi bajar los escalones de dos en dos, y cuando pisó el último, la perdí de vista.

La puerta de la consulta permanecía cerrada, Carlos saldría en cualquier momento. Respiré seis veces, escupí dos —poquito, para que no se ensuciara el piso del policlínico—, respiré seis veces más, bajé las escaleras al trote y corrí hasta la bodega.

Allí me encontré con una multitud aglutinada ante la puerta del almacén, la única puerta abierta. La gente se movía a empujones en la cola de la carne de res. No era para menos, venía una vez cada tantos meses, y nadie quería que le tocara la piltrafa que quedaba para los últimos.

A mi casa siempre llegaba un poquito más de carne de lo que nos correspondía por la cuota. Cuando la cocinaba, mi abuela cerraba las puertas, taponeaba la ventana de la cocina con una toalla y compartía unas migas con la China. Había que tomar precauciones para que ni el olor ni el rumor llegaran al barrio.

Qué repugnante iba a ser atravesar aquella masa de cuerpos sudados para llegar a mami. Me sobrepuse al pensamiento con la convicción de que, al menos, había dejado atrás a Carlos. Me colé entre la gente, con la ventaja de mi cuerpo pequeño, hasta que una y otra ola me acercaron a la puerta. Alguien me pisó un pie y chillé alto, pero no se oyó entre los gritos de los adultos, que se empujaban e insultaban a todo volumen. Quien llamó aquello «Período Especial en Tiempos de Paz» no estuvo nunca en la guerra de la carne roja ni vio a mami correr en busca de la policía cuando la gente se peleaba a golpes.

La carnicería y la pescadería de Romerillo habían cerrado por tiempo indefinido, por falta de mercadería, y el sacrificio ilegal de ganado vacuno tenía una de las sentencias más altas de nuestro código penal. Era mejor batallar en la cola de la bodega que pudrirse en una celda de la cárcel. No por gusto, nos lo recordaba el Estado en los medios de comunicación: «Tanta culpa tiene el que mata la vaca como el que le aguanta las patas».

La barra entre los marcos de la puerta servía de mostrador para despachar la carne, y de trinchera para contener a la multitud afuera de la tienda. Un empujón me tiró contra la barra como un proyectil, me agarré de ella, segura de que era mi oportunidad, y metí un pie en el almacén. Allí estaba mami, pesando la carne en la balanza. Cada núcleo familiar tenía una libreta de abastecimiento, que ahora llamábamos «de racionamiento», con la

que compraba los comestibles del mes. Mami anotaba con números y cruces en la libreta del comprador y cobraba. Tenía que prestar mucha atención, porque siempre había quien alteraba los números y fechas en las hojas de la libreta, con la esperanza de coger doble. Sobre sacos blancos en el suelo, otras dos dependientas cortaban la carne en trozos y se la alcanzaban a mami.

Ella me dijo que entrara; yo me agaché debajo de la barra. Otro empujón me tiró a la larga, y la Bizca dio un grito de horror. Había aterrizado sobre la carne, muy cerca del cuchillo que ella sujetaba. Un enjambre de moscas se abalanzó sobre mí, y mami se volteó con ojos aprensivos. Me paré de un salto y me limpié las manos en la saya roja de uniforme. El estómago se me revolvía con cada arcada que me provocaba el olor nauseabundo de la carne cruda. No podía escupir allí; asquerosa o no, era la comida de ancianos, enfermos y niños pequeños. Respiré seis veces, me encajé las uñas en las palmas de las manos y conté seis respiraciones más.

—No voy más a la consulta —le dije a mami por encima del vocerío y el zumbido punzante de las moscas.

Una vez en casa, cargué dos cubos de agua hasta el baño, y pude, al menos, desprender de la piel, con cada jarro que vaciaba sobre mi cabeza, la suciedad de la carne, la visible. El pelo mojado me caía a media espalda, había crecido, por fin, después de tanto cortarlo. Me sequé con la toalla y, al frotar mi entrepierna, el peor de los pensamientos intrusos se abrió paso en mi cabeza. Entró sobre una punta afilada, cortándome el músculo soso de las sienes: La Habana, seis de la mañana, dos hombres, una niña de seis años. El Granma agitado en el aire por la China. «Enfermos», dijeron todos.

Seis, dos, seis. Los números que no salían de mi cabeza.

SANTA CLARA, CUBA, 2012

Un militar, que a mis ojos debía haberse retirado hace años, levanta mis dos maletines y los acomoda en el carrito, con la habilidad de un muchacho. Es de constitución escuálida y me llega por los hombros, pero muy ágil abriéndonos camino entre la multitud que avanza hacia la salida del aeropuerto, con sus carritos y bultos. Va callado, concentrado en su tarea, y yo hago una nota mental de darle diez dólares cuando lleguemos al carro.

Cada vez que sale alguien por la puerta eléctrica, nos llega de afuera una ola de vítores. Por fin se abre frente a nosotros. Veo el gentío aglutinado tras un cordón que cerca el largo y estrecho portal del aeropuerto, y recuerdo que así viven los cubanos: siempre apiñados, siempre a la espera de algo. Son los familiares de pasajeros que venían en el mismo vuelo que yo. Todos sus ojos expectantes en mí hasta que uno a uno, con una mueca de decepción, va descartándome como su tan esperada visitante. Una joven nos adelanta

corriendo, y una niña pequeña, que se coló por debajo del cordón, se le tira al cuello.

Muchas personas lloran. Son lágrimas agridulces: felicidad por el reencuentro y desasosiego por la certeza de una próxima despedida. Al pasar por el lado de la niña que abraza a la joven, la escucho decirle «mami» y me pregunto cuánto tiempo habrán estado separadas. Me respondo que no puede ser mucho, porque la niña no parece tener más de tres años. Con un nudo en la garganta, pienso que para ella pudo haber sido toda una vida. Una vida entera esperando.

El militar que me ayuda baja el carrito del portal, y veo que alguien en la multitud sostiene en lo alto un pedazo de cartón que parece rasgado de una caja vieja. Me acerco lo suficiente para cerciorarme de que las letras de tinta azul componen mi nombre y apellido, y le hago señas con la mano.

15

Una niña entró en nuestra casa en medio de la noche, otra noche cerrada de apagón. Mi abuela le alumbró el rostro con un fósforo. Era ella, la niña del parque, la mulata de pestañas largas. Tenía la blusa blanca del uniforme rasgada y los rizos caían desgreñados sobre sus hombros, etéreos como pedazos de algodón. «Corre, Luz, corre», me susurró. Tragué en seco y escupí. Sangre. Escupí otra vez. Más sangre. Ella salió corriendo y yo la seguí en medio de la calle, oscura como un hueco sin fondo. Corrimos, corrimos, corrimos, hasta que llegamos a un palmar de pencas inmóviles, a las afueras del pueblo. La luna llena alumbraba el sendero, las palmas, las flores de romerillo y su cuerpo. Corrí dándolo todo, pero no la alcancé, y caí tendida en la tierra roja, sobre un charco de sangre. Confundida, alcé la cabeza y vi su párvula figura perdiéndose entre las palmas.

—¡Luz! —me despertó mami—. Ya pasó —me aseguró, y me limpió la frente sudada con la palma de su mano.

Abrí los ojos. No vi niñas ni palmas, solo las tablas de mi cuarto a través de la malla del mosquitero.

—Tengo que decirte una cosa —le dije. Hacía mucho que no veía a Carlos, por lo menos no de cerca. Lo evitaba de la misma forma que evitaba a Armando. Estaba convencida de que, al escapar de él, había abandonado a la niña mulata de pestañas largas. Ella era una pesadilla recurrente, hasta despierta la soñaba—. ¿Te acuerdas del último día que fui a la consulta?

—Claro que sí —respondió mami, zafando las tiras del mosquitero de los clavos en las paredes.

Cuando me negué a continuar las terapias, no le revelé a nadie el motivo, ni siquiera a mi tía Margarita. Me había empeñado tanto en borrar aquel día que yo misma lo olvidé por mucho tiempo. Y ahora, luego de un año, la culpa me había encontrado.

La culpa es como la verdad, no te da más que treguas.

—Yo no hice nada para ayudar a la niña —dije, caminando de un lado a otro del cuarto; el cemento frío calaba la planta de mis pies descalzos.

—¿Qué niña? —preguntó mami, con una arruga de preocupación en el entrecejo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante la evidencia de que nadie sabía de la niña mulata ni de su suerte: la confirmación de mi cobardía. Me soplé la nariz en el pulóver y le conté todo, sin pausas innecesarias. Ella escuchó cada una de mis palabras sin hacer preguntas, hasta que, por fin, me interrumpió.

—Luz. —Me agarró por los hombros y me regresó a la cama—. Tú no

tienes culpa de nada —dijo con su característica dulzura.

—Pero no la ayudé —respondí con un hilo de voz. Esa era la verdad: no había hecho nada, ni siquiera rituales. Había bloqueado los pensamientos que me llevaban a ella, quitándole credibilidad, convenciéndome de que no existía. Y ahora regresaba como el fantasma en que la había convertido—. Tenemos que encontrarla, tengo que encontrarla.

—No llores más, mi pequeña. Piensa, Romerillo no es tan grande, ¿estás segura de que no la has vuelto a ver?

No, no la había vuelto a ver, de eso estaba más que segura. La idea de que Carlos la hubiese matado y escondido las evidencias invadió mi mente sin mesura, y así mismo salió por mi boca. Mami esbozó una «O» con la suya.

—Claro que no, claro que no —se apuró en contradecir —. ¿Cómo va a desaparecer una niña de Romerillo sin que nadie lo comentara? Si una niña desparece aquí se entera todo el pueblo.

En eso mami tenía razón. La China se enteraba de cuanta calamidad pasaba en Romerillo, en el país, en el mundo, en la galaxia. Solo mi amo hubiese podido desaparecer a alguien sin que nadie se enterara. Solo él tenía el poder de cambiarlo todo de lugar, hasta el tiempo. Pero eso no podía contárselo a mami.

—A ver, ¿qué fue lo que viste en el parque? —continuó ella—. Que Carlos hablaba con la niña, si es que era la misma. Podría haber sido otra, tú dices que los viste de lejos. No es justo acusar a las personas con suposiciones. Carlos es psicólogo infantil, por supuesto que conoce a muchos niños. Además, que ella le dijera que lo odiaba no quiere decir que él le haya hecho nada malo. ¿Tú te has preguntado si en la consulta estaba también un familiar y fue a esa persona a quien ella se refirió?

Eso también era verdad. Mami entraba a la consulta muchas veces. La niña mulata podía haber estado hablando con un familiar, no solo con Carlos. Me pregunté si todo aquello había pasado nada más en mi cabeza, me cuestioné incluso la existencia de la niña a la que no había vuelto a ver. Crucé los pies en la cama con un suspiro largo.

—Entonces, ¿yo lo inventé todo?

—No, tú no inventaste nada. Sea cual sea el motivo, la verdad es que tú tenías mucho miedo cuando pasó todo esto. —Mami me alzó el mentón con sus dedos suaves—. Escúchame bien, Luz, quiero que me prometas una cosa. Quiero que siempre que tengas miedo sigas tu instinto, así como hiciste ese día. No importa si parece ridículo, síguelo. ¿Me lo prometes?

—Sí —murmuré.

—Ahora no te atormentes más, eso fue hace mucho tiempo —dijo ella con su habitual resignación, y esa llama de optimismo que le mantenía los ojos bien abiertos en la oscuridad.

Me había pasado por la mente que mami se enfrentaría a Carlos por la niña. Pero ella no era así; su fuerte era apaciguar, comprender, servir, aguantar golpes. Valoré contárselo a mi tía Margarita, pero me dio miedo que hiciera un escándalo.

En solo unas semanas me quitaría el uniforme rojo de la primaria para ponerme el amarillo. Quizás encontraría a la niña mulata en la secundaria y dejaría de soñar con ella. No podía imaginar que pasarían otros tres años antes de que nos encontrásemos otra vez frente a frente.

16

Salí al portal con la desidia que me provocaba el silbido de Armando y lo encontré en la calle, sentado en el sillín de su bicicleta. Al acercarme advertí que no olía a alcohol. Una parte de mí se alegró de que no estuviese borracho, pero la otra se preocupó por entablar conversación con un Armando aún más desconocido: el de las fases de rehabilitación. Él me dio un beso en la cabeza y descubrió la sonrisa de dientes postizos, que parecían dos pastillas de chicle blanco montadas en la encía ennegrecida.

—Este sábado vengo a buscarte para pasarnos el día juntos —dijo, y apoyó los codos en el timón, mirándome, como esperando mi reacción con una expresión de impaciencia e inseguridad.

—¿Todo el día? —La voz se me quebró, tratando de disimular mi descontento.

—Sí —asintió con la cabeza—, vengo a buscarte temprano. Díselo a Blanca, para que no haga planes contigo. —Me pasó la mano por la cabeza con torpeza, como si también yo lo intimidara con mi mirada gacha, y me dijo:

—Yo te he fallado mucho, pero a partir de ahora las cosas van a cambiar.

La amenaza de pasar un día completo con Armando fue el detonante para un sinfín de rituales enfocados en evitar ese encuentro. Había venido sobrio, así que seguro se le olvidaría en cuanto se emborrachara. Él casi nunca recordaba los planes que hacía conmigo, lo cual me había convencido de que algún poder tendrían mis manías. Pero esta vez no solo había hecho planes, había hablado de cambios. ¿Qué quería decir eso?

Ese sábado llegó más rápido que ningún otro. Mami se fue a trabajar y yo me levanté a prepararme para un día largo. Examiné el escaparate que compartía con ella en busca de una ropa apropiada. Es difícil vestirse sin saber a dónde vas; mucho más cuando no quieres ir. Yo tenía una muda de ropa de salir. Era una blusa blanca y un *jean* que habíamos comprado un par de tallas más grandes, para que me sirviera por mucho tiempo, y me lo ajustaba con un cinto que lo doblegaba en pliegues en la cintura, como una falda plisada. Agarré una pata del *jean* y la solté enseguida; no era el tipo de ropa para salidas con Armando.

De seguro pararíamos en el portal de uno de sus amigotes borrachines hasta que oscureciera. Él terminaría ebrio, y apenas podría pedalear entre los tramposos baches de las calles apagadas, dispersos e imprevistos, como explosivos en un campo minado; cada uno con el potencial de arrancarte un par de dientes. Me decidí por un pantalón negro que me trajo tía Nena en su

primera y única visita y que ahora me servía de bermuda, porque algo había crecido, pero poco había engordado, y por una blusa colorida de las que me hacía mi tía Margarita con recortes que le sobraban de sus costuras. Debajo llevaba el traje de baño, el mismo que me había traído Nena, pero que, aunque más estirado, todavía me servía.

El olor del café recién colado me llegó desde la cocina. Eché la medida de un dedo en un jarro y se lo llevé a mi tía. Ella encendió un cigarro y me hizo una trenza china con sus habilidosas manos, no sin antes quejarse de que cada vez el café sabía más a chícharo. Yo aproveché para recoger mi proyecto de tapete a medio hacer. Había tejido el centro con estambre rojo y una banda blanca alrededor. Cuando terminara la banda azul, tendría casi un metro a la redonda, mi primer tejido multicolor.

Cuando salía con Armando, siempre llevaba las agujas, y tejía en lo que se acababan las botellas o pomos plásticos de alcohol. Nada me proporcionaba más calma que tejer. Mientras más complejo era el patrón, más fácil era silenciar el mundo a mi alrededor, o el interno, que era, a veces, el más ruidoso.

Esa mañana tejí hasta que llegó la hora del almuerzo. Ya solo quedaba medio día para pasarlo con Armando. «Quizás ni se acordará», pensaba yo.

El reloj de pajarito marcaba las dos de la tarde cuando escuché el motor de un carro y, acto seguido, el inconfundible silbido de Armando. Era quizás lo único constante en su vida, ya estuviera ebrio o sobrio silbaba siempre igual, el mismo tono, el mismo tempo, año tras año. El reloj de pajarito, sin embargo, se había quedado mudo para siempre, o eso nos advirtió el relojero.

Armando había llegado en un Moskvitch rojo, con la placa azul de los carros estatales. Me saludó con un restregón en el centro de la cabeza, abrió una puerta trasera del carro y entró después de mí. Me costó acomodar los pies entre los bultos de jabas de tela en el suelo. El calor del asiento de vinilo penetró la tela de mi bermuda como si me hubiesen puesto a la parrilla. Olía a sazón de comida recién cocida, y pomos plásticos llenos de agua sobresalían entre las jabas. Armando tiró la puerta varias veces, hasta que, por fin, cerró y le dio una palmada en el hombro al conductor.

—Arranca —le dijo y el carro comenzó a moverse como una galleta caliente con ruedas.

El conductor era un moreno con la cabeza rapada. Tendría más o menos la edad de Armando, nunca lo había visto. Desde el asiento del copiloto se volteó una mujer que me sonrió y me dijo que se llamaba Mari. El pelo húmedo caía en flecos cortos sobre su frente y su cuello, igual que el plumaje de un pollito recién nacido. Un niñito de unos cuatro o cinco años, que iba sentado en sus piernas, me sonrió con picardía y escondió la calabacita dorada en el pecho de la mujer.

—Son amigos del central —me dijo Armando. No olía a alcohol, pero tenía la barba más larga que de costumbre y los ojos enrojecidos. Parecía que no había dormido en días.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A la playa —respondió él, y Mari se volteó de nuevo y le dirigió una mirada muy seria.

El único recuerdo que tenía de la playa con Armando era el de un viaje que le habían dado, por su trabajo en la zafra, unos veranos atrás. Un camión nos recogió antes del amanecer. Cuando llegamos ya Armando y sus amigos se habían tomado dos pomos de aquella mezcla de alcoholes que preparaban los alquimistas empíricos en los laboratorios clandestinos germinados durante el Período Especial. Se pasó el día hablando sandeces, que con el pasar de las horas se hacían más incomprensibles, y yo lo evitaba a una distancia lo suficiente lejos para que él no se acordara de mi existencia, y lo suficiente cerca para mantener a vista el camión en el que tenía que regresar a casa.

—¿Vamos tan tarde? —le pregunté. La playa más cercana a Romerillo estaba a dos horas, y eran pasadas las dos.

El niñito levantó la cabeza del pecho de Mari y se dirigió a mí:

—En esa playa hay de todo de todo de todo —dijo sin respirar —. Hay de todo juguete chocolate pelotas chicles jugueticos.

—¿Entonces vamos para una casa en la playa? —pregunté, y empecé a frotar el vinilo caliente en unidades de cuatro, con las yemas de los dedos.

—Pero, macho, ¿esta chamaca no sabe que los chamas hablan cuando las gallinas mean? —preguntó el conductor con voz ronca, mirando a Armando por el espejo retrovisor. Más que hablar, parecía que gruñía. Era un moreno grande y macizo, de los que los hombres respetan en la calle.

—No empieces con tus pesadeces, Negrón —se quejó Mari, y él respondió con una carcajada fuerte, similar a un trueno—. No sé cómo coño tú puedes tener ganas de reírte a estas alturas del campeonato.

—En este carro llegamos enseguida. Negrón es un lince en la carretera —me aseguró Armando, y le jaló un mechón de pelo a Mari—. Rubia, no empieces con tus perretas.

Mari sacudió la cabeza sin mirarlo, y apoyó el codo en la ventanilla y la barbilla en la muñeca. Yo hubiese querido sacar la mía para huir de todo también, pero las ventanillas traseras no bajaban. De las delanteras nos llegaba a ratos el aire caliente del mes de agosto, ráfagas de vapor que solo los aguaceros de la temporada amenguan. Igual no había mucho que mirar por el camino. Íbamos por una carretera más bien desierta, entre aislados campos de caña y constantes montes de aroma.

El niñito se quedó dormido sobre Mari, y ella le besó la frente con la ternura de una madre. Le preguntó a Negrón cuánto faltaba y él respondió que

más de una hora. Gotas de sudor rodaban por su rostro moreno.

Cogí las agujas y comencé a trabajar en mi proyecto de tapete, pero enseguida lo dejé a un lado; los párpados me pesaban como cortinas mojadas. Con la tensión de pasar el día con Armando, había descansado poco la noche anterior. Me recosté al espaldar del asiento y me dormí.

Un bullicio de gritos, silbidos y claxon me despertó poco después. Cuando abrí los ojos, tenía la cabeza sobre las piernas de Armando. Me enjugué el sudor de la cara y me asomé por la luneta. Un camión nos adelantaba por la izquierda a toda velocidad. Se situó delante del Moskvitch y vi que, en la parte trasera, descubierta, pero con barandas, venía mucha gente sentada en sacos o neumáticos, agarrada a las barandillas. Algunos de los hombres nos tiraron trozos de caña y uno se estrelló contra el parabrisas.

—¡Maricones! —gritó Negrón, al tiempo que sacaba la cabeza por la ventanilla. Con la mano fija en el claxon, apretó el acelerador y comenzamos a adelantarlos.

El niñito se despertó sobresaltado y Mari empezó a pelear, pero con los gritos y el canturreo ensordecedor de las bocinas no se le entendía casi nada.

La aceleración del carro y el olor a sazón —que se había hecho más fuerte por el camino— me provocaron náuseas, y una masa dura empezó a dar vueltas contra las paredes de mi estómago. Volví a asomarme por la luneta y vi el camión quedándose atrás.

—¡Dale más duro, dale más duro! —animó el niñito.

Negrón y Armando se reían a carcajadas. La masa amenazaba con salírseme por la boca, pero cuando llegaba al pecho, los caballos la pateaban y la devolvían al estómago.

—Son unas mariconas —soltó nuestro conductor entre una y otra carcajada estruendosa, refiriéndose a los pasajeros del camión.

—Oye, Negrón, ahí viene más gente de la cuenta —le comentó Armando cuando pararon de reírse.

—Tranquilo, macho —dijo Negrón—. ¿Tú viste cómo va la niña? Dice el guajiro que aguanta doce. ¡Ahí hay espacio pa'veinte, caballero! —Le dio una palmada al volante y soltó otra carcajada escandalosa.

—Si tú lo dices… —dijo Armando, con una sombra de duda en el rostro, oscura como su descuidada barba—. ¿Y por fin este carro quién lo lleva para atrás? —le preguntó.

—Ya te dije que este carro es del Comandante en Jefe—respondió Negrón, haciendo contacto visual con Armando mediante el espejo retrovisor —. Se lo voy a dejar trancado y me voy a llevar las llaves, que se rejodan. ¡Coño! ¡Por hijos de puta!

Esto último le sacó una risita cómplice a Mari. Ella le acarició un brazo, y él le tiró un beso tan estrepitoso como sus carcajadas.

—¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó el niñito y todos me miraron.

—¡Afloja, Negrón!, que la niña viene verde —gritó Mari.

Negrón bajó la palanca a primera, y el carro comenzó a desacelerar. Armando me abanicó la cara con el tapete a medio hacer, hasta que las náuseas se me fueron pasando y me sentí mejor. Los caballos seguían corriendo en mi pecho, aunque desacelerando también. Por la luneta vi que ya habíamos perdido de vista al camión, y las yemas de mis dedos volvieron al roce simétrico en el vinilo. Gotas de sudor me corrían por las piernas, bajo la bermuda negra.

Nos movimos un rato en silencio hasta que, por fin, el olor salado del mar nos alcanzó.

—¿Están viendo esa curva allá alante? —preguntó Negrón—. Cuando la doblemos, ya se ve el agua.

—¡La playa! ¡La playa! —gritó el niñito. El pelo rubio de la melena se le amelcochaba con el sudor en la frente.

Tal y como había explicado Negrón, una vez pasada la curva, el mar apareció frente a nosotros, entre dos lomas a ambos lados de la carretera. Inspiré una y otra vez para que el océano entrara a mí con toda su magnificencia. El mar. Lo veía demasiado poco para ser alguien que vivía en una isla.

Después de la curva pasamos frente a un campamento de campismo popular de paredes descascaradas y mohosas. En el cartel de la entrada se leía *Bienvenidos al litoral norte* y, más atrás, otro con letras rojas rezaba *Patria o Muerte*. Minutos después llegamos a la playa, y el olor del mar se mezcló con el de humo, fritanga y minutas de pescado que se cocinaban en los quioscos junto a la arena. La gente se bañaba mar adentro, tan lejos que tocaba el cielo, o se peleaba en las largas colas por minutas o anoncillos.

Me deshice la trenza con los dedos y esparcí el cabello sobre mis hombros. Quería bajarme y correr por la arena, entrar al mar o que el mar entrara en mí, pero Negrón hizo una izquierda, siguió de largo y dejamos la playa atrás. Íbamos por la única carretera frente a la costa, muy despacio, como buscando a alguien o algo.

—Verdad que mi virgencita no me falla —dijo Negrón, y señaló la estatuilla con ropas amarillas que colgaba del espejo retrovisor—. ¡El mar está que es un plato, caballero! Miren esa calma del agua.

—¡Linda, Cachita! —exclamó Mari, y le tiró un beso a la virgen.

Yo contemplaba el contraste del azul claro del cielo con el verde azul intenso del mar y fantaseaba que vivía allí mismo, en la arena, en una casa toda hecha de cristal. Miraba por la ventanilla, sin hacerle mucho caso a lo que ellos decían. No me interesaba el mundo de aquella gente. Negrón era casi un ermitaño con risa terrible; el niño, un chiquillo; y Mari, una mujer

vulgar. Yo no estaba allí para hacer amigos con los amigos de Armando. Estaba porque tenía que estar, porque negarme a pasar tiempo con él cuando a él se le ocurría no era una opción. A más tardar, en unas horas se haría de noche, regresaríamos a Romerillo y seguro no los vería otra vez en la vida. Armando no era estable ni para los amigos.

No fue hasta que nos acercamos a un grupo de camiones, carros, motores, bicicletas, carretones y gente que se tiraba al agua en balsas, que sentí que algo estaba mal, muy mal. Primero pensé que quizás pasaríamos de largo, pero Negrón dirigió el carro hasta la multitud y estacionó como pudo en la hierba atiborrada de vehículos. Apagó el motor, y el olor a gasolina, junto con el tufo del azufre de la costa, me revolvió el estómago, como si me hubiesen hecho tragar un huevo podrido. Miré a Armando con una mueca interrogativa, él me agarró la cara, hundiendo los pulgares callosos en mis mejillas, y se apuró en explicar.

—Aquí no hay futuro, Luz —dijo, con aquella expresión que solo le salía cuando estaba sobrio y me hacía una pregunta. Una mueca insegura, temerosa al rechazo—. Vámonos para Miami.

La garganta se me encogió de golpe y me solté de sus manos. Lágrimas, tan gordas que pesaban, arrollaron mis pómulos descarnados. Armando me agarró por los hombros y me sacudió con su expresión insegura, un poco exasperada.

—¡Luz! Mírame. Mírame bien, mírame a mí —dijo, y me sacudió de nuevo hasta que lo miré a los ojos. Tenía las pupilas constreñidas, casi invisibles, y la conjuntiva irritada, como una capa de erráticos trazos rojos en la esclera—. ¿Tú crees que yo fui siempre esto? —Me soltó los hombros y me limpió las lágrimas con los pulgares—. No puedo dejar que hagan contigo lo que hicieron conmigo.

Me solté de sus manos y me agarré de la ventanilla. Eché un vistazo rápido en busca de algún policía entre la multitud de hombres y mujeres, de todas las edades y razas. No vi ni un solo uniforme azul. Otra vez el frío fantasmagórico del verano calaba mi cuerpo y erizaba mi piel, con la realización de la magnitud del problema en que estaba metida. Otra vez bajo el absurdo control que Armando ejercía sobre mí, ahora más que nunca. Tenía que idear algo que me librara de aquello sin despertar su furia. No podía decirle que no quería ir con él a ningún lugar del mundo.

—Nos van a coger presos. ¡Nos van a coger presos! —vociferé con la esperanza de que mis gritos llegaran a la estación de policía más cercana. Pero ni aunque hubiese estado en la carretera del frente me hubiesen oído, porque mi voz se quebró en mil pedazos.

Mari y el niño habían salido del carro. Ella abrió mi puerta y se inclinó sobre mí, con una rodilla apoyada en el asiento. Una corriente de aire fresco

se coló en el auto.

—Cálmate, mi niña —dijo, y me pasó la mano por la cabeza—, yo no voy a dejar que te pase nada. No estamos haciendo nada ilegal, confía en mí. —Me ofreció la mano y salí del Moskvitch con su ayuda.

El viento revolvió mi cabello en todas direcciones. Lo acomodé en vano detrás de las orejas y usé una mano de visera para observar a Mari de pies a cabeza. Los flecos rubios se le habían secado. Era una mujer de extremidades cortas y curvas pronunciadas. Un top rojo descubría sus hombros y su abdomen, y un *short* de mezclilla, de cuyas trabillas colgaba una riñonera azul, descubría parte de sus nalgas. Me pareció que ella era la vulgaridad transfigurada en mujer. Yo me agarré de su brazo.

Con una corta inclinación, Mari llegó a mi nivel y me volvió a ajustar los mechones sueltos detrás de las orejas, pero otra ráfaga de viento los mandó a volar, dándome en la cara como azotes de un plumero. Me sacó el coletero de la muñeca y me hizo una ajustada cola de caballo en lo que su hijo daba saltos y hacía piruetas para ver el mar entre la multitud. Calculé que había más de cien personas.

El terreno era llano y arenoso, con grandes parches de hierba que llegaban justo hasta el extenso acantilado que delimitaba el mar.

—Tu papá tiene razón, aquí no hay futuro —dijo Mari—. Yo sé que el mar asusta, pero nuestra balsa es la mejor y mi fe la más grande, mi niña. —Se le aguaron los ojos y me abrazó.

—Yo quiero quedarme con mi mamá, ella no sabe que estoy aquí —le susurré al oído durante el corto abrazo. No sabía si confiar en ella, pero era mi única opción de rescate.

Mari se separó de mí y dirigió una mirada a su hijo para asegurarse de que continuaba a su lado.

—¿Cómo? ¿Tu mamá no sabe que tú viniste con tu papá?

—No —le respondí, y me llevé el dedo índice a la boca. No podía arriesgarme a que Armando nos escuchara, seguro se volvería una fiera, igual que el día que vino a buscarme y mami le pidió que se fuera. El día que le dio el golpe en la cara.

Mari me dijo que la esperara allí, con el niño, que iba a hablar con Armando. Pero me lancé sobre ella, implorando que no se lo dijera.

—Por favor, Mari, por favor, tienes que ayudarme —le supliqué—, pero no se lo puedes decir a él.

—Está bien —me aseguró—. Tú tienes razón, Armando no va a querer irse sin ti. Tú eres lo único que le queda. —Miró a su alrededor con los dedos sujetando las trabillas del *short*—. Yo te voy a ayudar, mi niña. Voy a encontrar la forma, confía en mí. Voy a convencerlo de que no te lleve, como cosa mía, claro. Tú actúa como si nada —me susurró al oído.

Encontrar una aliada, alguien que me ayudaría a salir de aquello, hizo que la tensión que me hacía nudos en el cuerpo me diera una tregua y suspiré aliviada. Miré a Mari, ahora con otros ojos, y me sentí mal por haber juzgado a la única persona dispuesta a ayudarme en medio de mi pesadilla.

Nos dijo que la esperáramos allí y yo apreté la mano del niño. No la perdí de vista ni un momento. Me moría de miedo de que le contara a Armando que no quería irme con él. Primero fue hasta Negrón, le comentó algo al oído, y luego se acercó a Armando. Por un momento pareció reclamarle, y él bajó la cabeza y escuchó. Pensé que quizás Mari le haría entender que yo no podía dejar a mi madre, y él me enviaría de regreso. Pero eso no pasó de una esperanza.

—Dice que no se va sin ti —me dijo Mari al regresar—. Tú tenías razón, mi niña: tengo que ayudarte sin que él se dé cuenta.

Un camión se aproximaba por la carretera y Negrón le indicó donde parquearse, a un lado del Moskvitch. Era el mismo que habíamos visto en el camino. El conductor se bajó de un salto y le dio un abrazo a Negrón. Cuando el resto de los pasajeros se bajó, pude ver que las gomas negras estaban atadas entre sí.

Mari fue a saludar a las personas que se bajaron del camión. El niño y yo la seguimos. Eran cuatro mujeres y diez hombres, unos mayores y otros tan jóvenes que apenas les salía bigote, descamisados en su mayoría. No eran del pueblo; vivían en la zona del Central y otros campos de los alrededores. Tres de las mujeres habían venido a despedir a sus maridos. Una de ellas, la esposa del conductor, estaba embarazada.

—La suerte de mis hijos es la mía también —dijo la mayor de las mujeres, la única que se iba.

—Así mismo pienso yo —añadió Mari—, para donde yo vaya va mi niño. Nunca lo dejaría atrás.

—Lo tuyo es diferente —intervino la embarazada—, el niño no puede decidir.

Mari nos soltó las manos al niño y a mí, y abrió las suyas en el aire con un gesto brusco que parecía un signo de interrogación.

—¿Decidir? —exclamó—. Ven acá, chica, ¿y desde cuándo aquí se puede decidir nada? Espera que el tuyo salga y no tengas zapatos que ponerle, o que te diga que tiene hambre, que tiene hambre, ¡coño!, que tiene hambre, sin que tú tengas ni un pedazo del pan duro de la bodega que meterle en la boca. Ahí sí, ahí, si tú quieres, me criticas. —Mari se restregó los ojos, que parecían dos almendras húmedas—. ¡Las cosas que hay que oír a esta altura del campeonato!

Sin decir nada, con los ojos en la balsa de goma y madera que los hombres bajaban del camión, la embarazada se acarició la barriga, que me

parecía un globo a punto de reventar.

Dejaron la balsa sobre la hierba. Eran seis neumáticos forrados con sacos plásticos, y atados a vigas de madera con sogas. Las vigas —sobre y debajo de los neumáticos— le daban la apariencia de un bocadillo. Luego de las típicas discusiones masculinas de logística, le amarraron una vara con una sábana amarillenta que había sido blanca un día; quizás mucho antes del Período Especial.

Cerca de nosotros, otro grupo de hombres bajaba de una carreta de bueyes otra balsa de neumáticos que era más pequeña, y ni siquiera tenía vigas de madera. Yo no sabía nada de embarcaciones marítimas, pero aquello era, sin duda, demasiado trabajo para la figura que llegó flotando en el mar. La Virgen de la Caridad del Cobre, Cachita, patrona de los cubanos, de tantos miles que han perdido la vida en el estrecho de la Florida.

El ruido escalofriante de la sirena policial detonó a lo lejos, y enseguida distinguimos las luces azules y rojas de la patrulla. Las salidas por mar eran prohibidas y, aunque esas cosas no se mencionaban en la radio y la televisión, todos habíamos escuchado el protocolo en la calle. Atrás habían quedado los tiempos en que cumplías años de cárcel por intento de salida del país. Pero la policía acabaría con los planes de aquellos disidentes. Les confiscaría las balsas, los detendría para hacer una corta investigación, porque habría que ver de dónde habían sacado los malditos neumáticos ¿no? —a fin de cuentas, todo pertenecía al estado— y los liberaría al otro día con una carta de advertencia. A mí no me harían nada, yo era una niña. Aun así, la sirena me mantuvo en un limbo de expectativa y aprensión; nada como el aullido policial para ratificarte que estás en una situación de peligro. Le solté la mano a Mari para que pudiera correr con el resto y esconderse en los manglares al otro lado de la carretera. Yo no me movería, le contaría todo a los oficiales y me llevarían a casa.

Pero Mari tampoco se movió. Ni ella, ni Armando, ni nadie.

—Mira que les gusta hacer bulla a estos comemierdas, asere —comentó un joven, y un montón de rumores, igual de despectivos, lo apoyaron.

La patrulla se acercaba a toda velocidad, y los hombres de la carreta continuaban cargando su balsa al agua por una pendiente del acantilado. Entendí que aquella gente estaba decidida a irse, aunque para ello tuviese que enfrentar a la policía. La idea de que se formara una revuelta me provocó temblores en la mandíbula que, para variar, hacían chirriar mis dientes. ¿Cuántos policías cabían en aquella patrulla? ¿Cuatro, cinco? No lo sabía, pero allí había muchos más civiles. La policía pediría refuerzos, y habría un enfrentamiento, y tiros y, ¿dónde me iba a meter yo?

—¡Luz! —me llamó Armando—. No te muevas del lado de Mari —dijo en el momento en que la patrulla salía de la carretera para abrirse camino

hacia nosotros.

Me quedé quieta, al lado del niñito y Mari. Armando se paró junto a nosotros.

De la patrulla salieron tres policías hombres con sus trajes de azul marchito. Dos de ellos caminaron en dirección a la pendiente y el otro, hacia nosotros.

—¿Quiénes son los dueños de esta cosa? —preguntó el policía, señalando la balsa con el índice.

—Esta es mía, jefe —dijo Negrón. Había una clara nota de orgullo en su voz—, yo mismo la hice con lo que me trajeron los muchachos.

—«Mayor» —lo corrigió el policía, quien abrió los pies al ancho de los hombros y se agarró el cinturón a ambos lados de la barriga regordeta.

—Correcto, mayor —respondió Negrón con menos entusiasmo.

—¿Y aquí cuántos se van? —preguntó el mayor.

—Catorce —dijo Armando—, bueno, dieciséis contando a los niños. —Nos señaló al hijo de Mari y a mí.

—Pero los niños no pesan nada —añadió Mari, y nos puso a cada uno bajo un brazo, como una gallina recoge a sus pollos bajo sus alas.

—Ustedes están locos arriesgando a los niños en esa porquería. La mayoría de los balseros no está llegando. Son unos ignorantes, en el mar hay tiburones más grandes que esa cosa —dijo el policía, señalando desdeñosamente la balsa—. ¿Usted también se va, ciudadana? —le preguntó a la embarazada, y ella respondió que no con la cabeza.

—¿Y hasta cuándo va a estar abierta la costa, mayor? —preguntó el conductor del camión, desviando la atención del policía de su esposa.

—No sé, hasta que cierren allá arriba. —El policía señaló el cielo con una mano, pero todos, hasta yo, sabíamos que no se refería a Dios—. Con permiso —dijo, y se abrió paso entre el gentío, en dirección a la pendiente del acantilado, donde los hombres de la carreta de bueyes bajaban su balsa.

—¡Arriba, caballero, pal'agua! —tronó Negrón, y «sus muchachos» y Armando se posicionaron para echar la balsa al mar.

Mis esperanzas se estrellaron como las olas que golpeaban las rocas a mis espaldas. Era una pesadilla. La policía no iba a impedir que nos tirásemos al mar, incluidos los niños, incluida yo. Yo tenía doce años, no sospechaba que estábamos viviendo otro Mariel, que miles de cubanos se habían lanzado a las calles de La Habana en una protesta que se bautizó como el «Maleconazo» —suceso que jamás se nos informó en los medios—, que el país era algo parecido a una olla de presión y que Fidel acababa de abrir las costas de la isla como única válvula de escape. Lo único que tenía claro era que muchos cubanos morían en alta mar tratando de llegar a la otra orilla y que, en ese momento, yo estaba allí, a punto de subir en una balsa más

pequeña que algún tiburón. El agua que se había ido acumulando en mi lagrimal salió de una vez en olas saladas y silentes. ¿Para qué gritar si a nadie le importaba? Respiré profundo, hasta que logré articular palabras.

—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar conmigo? —le pregunté a Mari.

—¿A qué tienes le miedo? ¿Al agua? —sondeó.

—No —respondí sin pensar, y apreté los músculos de la mandíbula para controlar el castañeteo de mis dientes—. Bueno, al mar, sí, y a Armando. ¿La policía no va a hacer nada?

—Te dije que no estamos haciendo nada ilegal, mi niña. La costa está abierta para todo el que quiera irse —dijo Mari.

—Pero yo no me quiero ir —dije, y miré alrededor, en busca de los policías.

—Tengo una idea —dijo Mari.

—¿Qué idea?

—Yo te prometí que te iba a sacar de esta; tienes que calmarte para que Armando no se dé cuenta de nada. Tengo un plan para que él se vaya con nosotros y tú te quedes. —Me limpió las lágrimas y me guiñó un ojo—. No podemos dejar que tu papá sospeche. Confía en mí.

Las palabras de Mari me reconfortaron, y los temblores se debilitaron lo suficiente para recuperar el control de mis músculos faciales y frenar el chasquido de los dientes. Me aferré a la única esperanza de regresar a casa y, además, librarme de Armando para siempre.

Era todo o nada.

Mari me agarró de la mano y fuimos hasta el Moskvitch, donde Negrón y el niñito sacaban las jabas y los pomos de agua. Me dijo que la ayudara, y me dio una de las jabas más ligeras. El niño cargó dos pomos, uno en cada mano, orgulloso de tener una tarea. Ella y Negrón cargaron el resto, y nos dirigimos al agua.

Sobre el terreno rocoso que dividía el verde del azul, estaba la balsa de Negrón. Él mismo acomodó las jabas y pomos en ella. Era una zona baja, donde las olas rompían en las rocas, pero el agua les daba a los hombres por las rodillas. Una nube gris tapó el sol, y el aire, impregnado de azufre y salitre, pilló también una nota de humedad. El mar impertérrito que nos recibió en la playa empezaba a despertar a medida que avanzaba la tarde.

La balsa de la carreta de bueyes se alejaba de la costa con lentitud. Eran diez personas; conté ocho hombres, dos mujeres y un perro. Los hombres remaban, las mujeres rezaban. En la orilla la multitud les gritaba adiós, cuídense y alguno que otro consejo marítimo. Una mujer entrada en años gemía a mi lado con la vista fija en la balsa; alguien le aseguró que Dios era grande. «Mi hijo es médico», murmuró la mujer, que no parecía comprender del todo la escena que la vida le obligaba a presenciar.

Mari sacó dos sobrecitos marrones de su riñonera azul, y de ellos unas pastillas circulares blancas, casi del tamaño de una moneda.

—Estas son para diarrea, vómito y mareo —le dijo al grupo que se formó a su alrededor—. Son dos para cada uno, cuidado no se pierdan, que vienen contadas. —Las repartió entre los adultos. Cuando le quedaban dos, nos llamó al niño y a mí. Le puso una pastilla en la boca a su hijo y me susurró al oído:

—Mi niña, haz como que te la tomas, pero no te la tomes y devuélvemela sin que nadie te vea, que a ti no te va a hacer falta.

Cogí la pastilla y localicé a Armando con el rabo del ojo. Él estaba cerca, pero no nos miraba. Igual que los demás hombres, se había quitado el pulóver y lo llevaba amarrado a la cabeza como un pañuelo. Sostenía un mazo de cuchillos atados con un trozo de soga y le aclaraba a dos de los hombres que eso era lo único que tenían para defenderse de otros balseros en alta mar. Me pregunté cuántas balsas se tiraban al agua como para que se encontraran y se formaran ese tipo de broncas, tendrían que ser muchas. Esperé a que nadie me estuviese mirando y me acerqué la pastilla a la boca, cerré los labios y tragué en seco. En el momento me asaltó la duda de si era para tragar o chupar, pero ya estaba hecho. Le devolví la pastilla a Mari sin dejar de mirar a Armando. Ella me guiñó el ojo de nuevo y metió la pastilla de vuelta en el mismo sobre. A pesar de no saber su plan, era claro de qué lado estaba Mari, y mi salvación dependía de su ingenio.

Mari abrió el otro sobre y sacó unas pastillas mucho más pequeñas. Explicó que era una por persona y los mantendría despiertos y atentos en el mar. Otra vez la gente formó un corro en espera de la repartición.

—Dame la de Luz que yo se la doy —le dijo Armando cuando ella colocó la pastilla en su mano.

Si Armando me traía la pastilla, me la metería en la boca, pero no la tragaría. Él nunca me prestaba atención por mucho rato, sería fácil alejarme del grupo y escupirla. Me preparaba para lo que venía cuando Mari le explicó que esas pastillas no eran para los niños, solo para los adultos. Respiré aliviada sin saber si esta vez me había salvado ella o la propia suerte.

Por orden de Negrón, los hombres se echaron la balsa al hombro como si fuese un ataúd y bajaron la pequeña pendiente hasta adentrarse en el agua. La mayoría de ellos regresó a las rocas después. Solo Armando y otros cuatro se quedaron asegurándola para que el viento, que empezaba a arreciar, no se la llevara.

A mi lado, la gente empezó a despedirse. Las lágrimas de la esposa del conductor caían sobre su barriga hinchada. Armando me gritó que entrara al agua; nosotros no teníamos de quien despedirnos.

—No, no, yo no me puedo ir —le dije a Mari—, yo no me puedo ir,

habla con el policía, dile que me quedo con mi mamá. —Me agarré de su brazo con la misma fe con que se aferraba la gente a sus balsas.

—Espérame aquí —me dijo y se dirigió hasta uno de ellos. No al mayor barrigón, otro: un policía de bigote negro con patillas largas.

Armando salió del agua y llegó a mí como un relámpago. Me cargó por las piernas y me llevó en dirección a la balsa. Por encima de su cabeza observaba a Mari hablando con el policía. Pensé en gritar y patear a Armando, pero no me atreví; era mejor esperar por la reacción del policía. La balsa estaba aún donde daba pie y podría regresar con la primera señal del hombre sin necesidad de nadar. Pero para mi pesar, Mari se alejó del hombre y él se quedó inmóvil, con los ojos en el mar. «Si el bigotudo va a hacer algo por mí, se está demorando mucho», pensé.

La gente continuó acercándose a la balsa y Negrón llamaba para que se subieran todos «de una puta vez, ¡cojones!». Armando regresó a las rocas y se tiró el niño al hombro como se carga un saco de papas. Mari los alcanzó y llegaron juntos a la balsa. Ella fue la última en subirse.

—Hice todo lo que pude, mi niña —me dijo bajo los gritos de «¡remen!» de Negrón. Me tiró una camisa de mangas largas sobre la espalda y extendió su mano frente a mí. Sobre la palma de la mano, la pastilla blanca.

Igual que una quemadura de tercer grado que te daña los nervios hasta que no sientes dolor, el miedo también tiene un punto en el que entumece todos tus sentidos. En ese punto estaba yo. Aterrada, me movía mar adentro sobre vigas de madera y neumáticos de camiones, inmóvil, como el día que Armando le dio el golpe a mami. En la orilla, la gente se hacía diminuta, así como nosotros parecíamos empequeñecer dentro del mar. Este sí era el fin. Mi fin. Iba a morir en el mar o, peor aún, vivir con Armando a noventa millas de mi familia. Apenas unas horas atrás había despertado en mi casa con el único problema de tener que pasar el día con él y ahora sería toda una vida. Por un tiempo no pude pensar en nada, ni siquiera en mi amo. Mucho menos en mis manías. Era como si mi cerebro hubiese dejado de interpretar las señales de mis nervios, y todo aquello estuviese sucediendo en un tiempo, ritmo y espacio diferentes a los míos. Como una pesadilla en la que el subconsciente te advierte que estás soñando, que estás en peligro, pero que no es real.

En algún momento, alguien destapó una botella con el alcohol más asqueroso que había olido jamás y, uno a uno, se fueron despertando mis sentidos. Gotas de sudor resbalaban por mis manos, el amargo de la pastilla se agarraba a las paredes de mi garganta y el mar, el mar crecía grande y sonoro frente a mí. Jamás había estado mar adentro y ahora percibía que en nada se parecía a las casi transparentes y juguetonas olas de la playa. Estas olas, en cambio, se levantaban como oscuras paredes al fondo, cada vez más cerca, más prepotentes, como defendiendo un territorio en el que nuestra balsa no

era bienvenida.

—Todo va a estar bien, mi niña—. Le escuché decir a Mari cuando el viento, más que soplar, empujaba.

Una lluvia fina irrumpió y muy a pesar de los esfuerzos de los hombres, que continuaron remando sin cesar, la balsa empezó a dar bandazos en todas direcciones. Uno de los remos se partió, y la sábana empapada se zafó del tope de la vara y cayó al agua, todavía atada a la base. Negrón trató de sacarla, pero los vientos no lo dejaron. Fuimos levantados por una ola que pareció formarse bajo la balsa, y Armando me gritó que me agarrara a una viga. En cuanto la ola nos soltó, otra más pequeña nos embistió, empapándonos a todos. El niño empezó a gritar y Mari continuó con aquello de «todo va estar bien, mi niño», pero con ojos aprensivos. Ahora que no teníamos vela, sí que andábamos a la deriva y al antojo de las olas que se iban haciendo más grandes. Por suerte para mí y no tanta para ellos, el antojo de las olas era regresarnos a la orilla.

La gente que se había hecho pequeña gritándonos adiós empezó a hacerse grande otra vez y ahora nos gritaba que volviésemos. «Pa'atrás ni a coger impulso», arengaba Negrón. Pero con cada zarpazo, más tripulantes se sumaban a la idea de regresar y, entre ellos, Mari, quien lo convenció para reparar el remo y la vela en la tierra.

Regresamos, más que con la ayuda de los remos, con el favor de las olas. La brizna había cesado y la multitud de la costa, bicicletas y carretones se reducía a menos de la mitad. Otras dos embarcaciones se preparaban para salir. Habían llegado más patrullas y sus luces intermitentes resplandecían, todavía más vívidas ahora que el sol se ponían detrás de las nubes, desparramadas como cordilleras púrpuras y doradas.

Negrón ordenó que solo se bajaran los muchachos. Los hombres se tiraron y empujaron la balsa casi hasta las rocas. El conductor del camión y el resto salieron a tierra con los trozos del remo. Su mujer se le tiró al cuello, suplicante. Él le besó la barriga y siguió de largo. Negrón y Armando se quedaron amarrando la sábana al palo. El agua les llegaba por las rodillas.

—¡Mari, deja al niño! —gritó la embarazada desde las rocas.

Sin responder, Mari nos abrazó de nuevo como a pollitos y agachó la cabeza.

—Pero ¿qué tipo de policía son ustedes que dejan morir a esos niños? —gritó la embarazada con un llanto ya histérico.

—Contrólese, ciudadana —vociferó el policía del bigote negro—, tenemos orden de no intervenir. Usted se encarga de sus hijos y la señora de los de ella.

«Y la señora de los de ella». La frase se quedó dando vueltas por varios segundos en mi cabeza. «¡Mari no es mi madre!», aulló mi subconsciente.

—¡Tengo miedo! —gritó el niñito. La melena rubia, empapada de agua salada, casi le tapaba los ojos.

Lo miré y, por primera vez lo vi: un niño tan rubicundo como era de negro Negrón. La verdad había estado frente a mí desde el principio, sin que yo la advirtiese. Mari tenía que ser mi madre para que Armando fuese el padre de su hijo. Las autoridades no habían intervenido porque les hicieron creer que los dos niños estábamos con ambos padres.

Mari había tejido un tapete de estambre con el que me cargó hasta la balsa. Yo solo tenía que jalar de aquella cadeneta suelta y desenredarme hasta la orilla. Pero ¿y si no llegaba? ¿Y si Armando me agarraba en el agua?

En la balsa no tenía posibilidades, en el agua sí. Quité el brazo enemigo de mi hombro y salté. El agua fría me llegó al pecho como si hubiese caído dentro de un témpano salado. Mari gritó y sentí los ojos de Armando en mi espalda: dos brasas derritiendo el hielo de mi cuerpo.

—¡Ella no es mi mamá! ¡No es mi mamá! —grité tan fuerte que parecía que era el mar el que gritaba.

Las manos se me enredaron en la camisa de mangas largas y los tenis se volvieron bloques pesados. Pero corrí, grité, me abrí paso con pies y brazos hasta llegar a las rocas, donde el bigotudo descendía para estrecharme su mano.

—¿Quién es tu mamá? —preguntó el policía con mi mano fría en la suya.

—Blanca —respondí, casi sin aire, y subí a la primera roca.

—¿Dónde está Blanca? —preguntó él.

—En mi casa. Por favor, oficial, lléveme para mi casa. —Las palabras me salían apresuradas, como si las respuestas salieran antes de que me hicieran las preguntas.

—¡Luz! —gritó Armando a mi espalda—. ¡Luz!

Sin mirar atrás conseguí llegar a la hierba, donde el mayor me alcanzó y me condujo al asiento delantero de su patrulla. Por el espejo retrovisor vi al resto de los policías esposar a Armando.

—¡Es mi hija! —gritaba cuando lo metían en la parte de atrás de otra patrulla.

El mayor fue hasta allí y le habló a través de la ventanilla por un tiempo que me pareció muy largo. Cuando regresó, sacó un cigarro de la guantera y arrancó el motor. El volante le rozaba la barriga.

—Blanca, tu madre, ¿sabe que tú estás aquí? —me preguntó en lo que sacaba una fosforera del bolsillo de su camisa.

—No —murmuré.

Encendió el cigarro y, luego de tres caladas con sus exhalaciones, informó por su radio que se dirigía a Romerillo. La patrulla dio marcha atrás y

giró a la izquierda en dirección a la carretera. Cuando le dimos la espalda a la costa, me atreví a mirar por la luneta. El sol era una esfera naranja que empezaba a descender sobre la lobreguez del mar. Negrón había levantado la vela en medio de la confusión y le hacía señas al resto para que regresaran a la balsa.

Cerré los ojos y la niña mulata de pestañas largas pasó corriendo frente a mí a lo largo de la costa. Ella siempre pasaba así, como un golpe rápido, contundente.

—Mayor —balbuceé, frotando el material del asiento con las yemas cansadas.

—Dígame.

—El niñito…

—¿Qué pasó con él? —preguntó con su voz áspera de fumador.

Sentí muchas ganas de escupir, pero era el carro de la policía. Llené mis pulmones del aire impregnado de nicotina, lo exhalé con cuatro soplos rápidos y conseguí responder:

—Su papá tampoco está aquí.

17

Con mucha pereza llegó el tiempo frío, y se marchó, apresurado, como todos los inviernos de la isla. Mejor para mí, que me quedaban demasiado cortos los abrigos; mejor para mi tía Margarita, a quien le quedaba menos grasa corporal.

No había hablado con Armando desde que intentó sacarme del país, desde que llegué a casa esa noche en la patrulla y mami, mi tía, e incluso mi abuela, se pusieron a gritar como locas. Hubo un juicio por mi patria potestad, al que, por suerte, no tuve que asistir. El intento de sacarme del país sin el consentimiento de mi madre, y las conexiones de mi tío en el Partido Comunista, fueron suficientes para quitarle todos los derechos a Armando. Él tenía que mantener distancia de mí, cosa que era bastante difícil en un pueblo pequeño, de calles estrechas, como Romerillo. Yo lo evitaba, igual que siempre había hecho, y él iba cada vez más borracho, demasiado borracho, para secuestrarme. Pero era un temor que no me abandonaba.

En la secundaria empezó a preocuparme en exceso lo que los demás veían en mí, sus opiniones. Allí se me hacía más difícil el barniz, el camuflaje. Los pensamientos tormentosos eran cada vez más vívidos, más frecuentes, quería detenerlos, pero no podía. Pensamos todo el tiempo.

No escapé de las burlas de los adolescentes. A fin de cuentas, el episodio con Armando no había pasado inadvertido en un pueblo pequeño sin prensa de corazón; me había convertido en «la niña de la balsa». A mi trauma se sumaron los cuchicheos, comentarios y preguntas indiscretas de todo Romerillo. De un lado, estaban los que maldecían a Armando, pero no faltó quien criticara a mami por haberle arrebatado la custodia a un padre que quería lo mejor para su hija. Los dos bandos me echaban miradas lastimeras por haber perdido un padre sin que se hubiese muerto. Lo peor de ser el foco de tanta lástima y compasión era que yo no estaba convencida de que lo mereciera. Al final me había librado de Armando, o al menos de su presencia inmediata y eso aumentó mi sentimiento de culpa, de fraude, mi ansiedad y mis rarezas.

Algunos niños del aula se burlaban de mis manías. Yo cerraba los ojos para no verlos. Ellos cruzaban la calle y un camión se los comía con las ruedas. Sangre, la sangre me salpicaba la cara y yo abría los ojos. ¡Qué sucia estaba! Salía del aula y escupía el mar. El mar. El mar seguía dentro de mí, y yo no paraba de escupirlo. Cuando regresaba, ellos me ignoraban. Daba igual, los había salvado del camión con mis rituales.

Era siempre así: la imagen, la culpa, la acción, la paz, el dolor.

Quería saber qué estaba mal conmigo, quién ponía todo aquello en mi cabeza, y si alguien más tenía esa responsabilidad sin principio ni fin. Pero no me atrevía a preguntar; les tenía más miedo a las respuestas.

Ahora Lucía era nuestra profesora de matemáticas. Su salario y el de mi tío no les alcanzaba para vivir, así que la matemática se convirtió en una mujer de negocios. Compraba y revendía ropa, comida, dólares, cualquier cosa que le diera un resultado momentáneo dentro de aquel problema sin solución que era el Período Especial. Su casa se había convertido en una especie de sucursal de mercado negro, nada conveniente para la imagen de un militante del Partido. Era ella quien nos sacaba de apuros a fin de mes, en la época en que un cubano con un dólar en la billetera empezó a valer ciento cincuenta veces más que un cubano con un peso en el bolsillo. Con el tiempo, mami se sintió endeudada, hasta el punto de acceder a sacar del almacén de la bodega poquitos de azúcar o aceite, que Lucía se encargaba de vender en el mercado negro. Mami tenía mucho miedo, pero, con el tiempo, se acostumbró, como a todo lo demás. Mi abuela y mi tío no aprobaban nada de esto al principio, hasta que tanto apretó la necesidad que terminaron haciendo la vista gorda.

Pero, más allá de nuestra decadente situación económica, lo que incomodaba a mi abuela era que su primogénito no tuviese hijos. Lucía decía que estaba loca por darle un nieto, pero que era mejor esperar a que se acabara el Período Especial. La gente se lo pensaba bien antes de traer otra boca a la familia. Mi tío no parecía preocupado con ese asunto. Ya tenía a Liz Cari que, desde que lo conoció, se la pasaba «papi Raulito» para acá y «papi Raulito» para allá.

Los guías del grupo: el profesor de física —alto y flaco— y la profesora de historia —bajita y gorda— tampoco escaparon de la crueldad de treinta adolescentes. A él lo apodaron el Uno y a ella el Cero. Cuando iban juntos les decían el Diez. Desde el primer día comprendimos que la llegada del Diez al aula significaba sermones o reuniones de grupo, cosas que a los doce años son términos intercambiables. Percibimos, además, que el Cero se la pasaba suspirando por el Uno. Se ponía roja cuando él se le acercaba mucho, y casi afónica de la risa con cualquier simpleza que dijera el hombre. La obsesión del Cero por el Uno se hizo aún más evidente en «La escuela al campo». Se la pasaba tratando de seducirlo. El Uno, por su parte, la ignoraba, se ponía a trabajar, y era el que más tomates recogía.

«La escuela al campo» era la oportunidad que tenía cada pionero para retribuir a la Revolución los gastos de sus estudios. A partir de los doce años, cada curso escolar, nos recluían en un campamento por un mes para trabajar la tierra. La asistencia era obligatoria para poder aplicar al preuniversitario. En nuestro campamento recogíamos tomates mañana y tarde. A los sembrados

cercanos íbamos caminando, a los demás nos llevaban en carretas.

La planta de tomate es pequeña, así que trabajábamos agachados. Arrancábamos los maduros o pintones y los íbamos echando en cajas que, una vez llenas, arrastrábamos hasta el final de los surcos. Aquellos surcos bajo el sol se me hacían interminables cargando cajas que pesaban más que yo. Aun así, empezaba cada jornada con la ilusión de ser la primera en terminar. Eso nunca sucedía; a mitad del trabajo ya estaba exhausta, y escuchando las celebraciones de quien había concluido. Hasta Liz Cari, que apenas se esforzaba, terminaba antes, con la ventaja de que los varones del grupo se disputaban por hacerle sus surcos. Yo era siempre socorrida por la Alemana que, habiendo venido de la ciudad, parecía que se había criado recogiendo tomates. Ya había tenido su primer período, y su cuerpo iba mostrando rasgos de mujer, cambios que, a pesar de los miedos de su madre, ella aceptó con bastante naturalidad y, por fin, había empezado a desenredarse los rizos todas las mañanas, incluso en «La escuela al campo».

Desde el primer día en el campamento, entendí que por un mes estaría expuesta a constante escrutinio. Pensé que, al menos, ya no eran cuarenta y cinco días, como en los tiempos de mami y mi tía Margarita. Los albergues eran naves largas con piso de tierra, sin divisiones. ¿Cómo iba a esconder allí mis rituales, mis manías? La Alemana y yo nos instalamos en una misma litera; ella prefirió la parte de arriba y yo me acomodé abajo. A un lado estaba la litera que Liz Cari compartía con otra niña y, al frente, las de las profesoras responsables del albergue: El Cero, Lucía y la profesora de español.

Había que hacer colas para todo. Colas para desayunar, almorzar, cenar y usar los baños, cuyos cubículos no tenían techo ni puertas. En «La escuela al campo» era difícil guardar un secreto. Solo estaba a salvo de las miradas debajo del mosquitero, a cuya malla apenas le quedaba transparencia con tantos remiendos de tela. Allí hacía mis rituales nocturnos hasta que me dormía en medio de las repeticiones, y caía en un sueño repetitivo en el que seguía recogiendo tomates.

Para trabajar en el campo, usaba los pantalones verde oliva de las compañías de ceremonia y viejas camisas de hombre, que mi tía Margarita entalló y ajustó a mi cuerpo. Lo único que no se pudo arreglar fueron las botas, que me quedaban grandes, pero eran altas y no se me salían de los pies. A diferencia de Liz Cari, que rellenaba sus corpiños con trapos y fingía dolores de ovarios cada mes, yo me alegraba de mantener mi cuerpo infante, sin las protuberancias características de la pubertad. Tenía miedo a los cambios bruscos de la adolescencia. La gente percibe los cambios, no quería que nadie me viera, en especial, los hombres.

Y, aun así, me vio el Pinto.

Lo conocimos en el tomatal, y se presentó así, como si ya a él mismo se

le hubiese olvidado su propio nombre de tanto que le llamasen «Pinto». Era el guía de los campos, quien organizaba el trabajo y repartía los surcos. Tenía el pelo anaranjado rojizo y siempre mascaba algún tallo seco, bien fino, entre los labios pecosos. En cuanto salía el sol, se amarraba un pañuelo alrededor del cuello y la cara, y solo se le veían los ojos de gato debajo del sombrero de guano. Hablaba poco y, cuando lo hacía, miraba las plantas de tomate, o cualquier cosa a menos de un pie de altura, como quien solo tiene experiencia hablándole a plantas pequeñas. La mayoría de las niñas se congraciaba con él para que las dejara de aguadoras o contando las cajas, que eran los trabajos más fáciles. El Pinto no parecía caer en sus risitas y fingidas zalamerías, pero terminaba haciendo lo que le pedían. Yo nunca hablaba con él, mucho menos le pedía nada. Lo prudente era mantenerlo al margen, como a todos los hombres. Por eso, me extrañó la mañana en que repartió los surcos y no me asignó ninguno.

—Pinto, mi amiguita no tiene surco —le voceó la Alemana y él se acercó—. ¿Puede trabajar en el mío?

—¡No! —respondió rápido—. Tú vas a repartir el agua hoy —me dijo con los ojos de gato fijos en los cubos de aluminio.

—¿Yo? —le pregunté, desconfiada.

—Sí —dijo, sin levantar la vista de los cubos.

—¿Y a mí cuando me toca de nuevo, Pinto? —chilló Liz Cari desde su surco, con las manos en jarra, marcando su cintura estrecha. Había hecho que mi tía Margarita le entallara las camisas del campo como si fuesen vestidos apretados.

El Pinto escupió el tallo seco y siguió de largo sin responderle.

Por tres días seguidos me dejó a cargo del agua muy a pesar de las quejas de las demás niñas. El cuarto día me estaba muriendo de miedo de que volviera a hacerlo. ¿Por qué me daba siempre el agua a mí, si yo ni se lo pedía ni se lo agradecía? Algo se tramaba el Pinto conmigo. O a lo mejor no; después de todo, él ni me miraba ni me hablaba, y ese día le dio los cubos a otra niña. Fue sosegador regresar a la recogida, hasta que me di cuenta de que el Pinto venía recogiendo tomates desde el otro extremo de mi surco. Cuando estaba llegando a la mitad, se cambió para el de otra niña que le pidió ayuda.

—¿Tú no ves eso muy raro? —le pregunté a la Alemana, mientras llenábamos de tomates las cajas de madera.

—¿Qué?

—El Pinto.

—Ah, sí —dijo ella, y se sentó en medio del surco. Era pleno mediodía, la tierra negra estaba seca en turrones y polvillo—. Parece que está enamorado de ti. Mejor, así te hace los surcos y terminamos más rápido.

—Pero ¿por qué me tiene que pasar esto a mí? ¿Y ahora? —protesté y

me tiré a su lado, tan cerca de su cara como me permitieron nuestros sombreros de guano.

—¿Ahora qué? —preguntó la Alemana, y empezó a dibujar círculos en la tierra con un dedo.

—¿Cómo que qué? ¿Qué me va a hacer?

—Nada —dijo ella—. Es un amor imposible, porque él es muy feo, como el profe de inglés.

El profesor de inglés miraba a la Alemana de arriba abajo, con unos ojos lascivos que me ponían muy nerviosa, y le daba cien en todo, hasta en un examen que ella dejó por la mitad. A mí me perturbaba; ella decía que él era un tonto.

La Alemana dejó de dibujar la tierra y se sacudió las manos.

—Hace tiempo que quiero preguntarte una cosa —dijo.

—¿Qué cosa?

—¿A ti, alguien…? —Hizo una pausa y empezó a darle vueltas al sombrero entre las manos—. ¿Tu papá? ¿Alguien te hizo algo de… aquello? —preguntó con una mueca que le ponía todos los significados a «aquello».

—No —respondí rápido. Era la verdad, ningún hombre se había propasado conmigo jamás por más que sucediese en mi mente todo el tiempo —, no, nadie. ¿Por qué?

—Es que, a veces, no sé. Esas cosas que tú haces, las… —Mi amiga soltó el sombrero y movió los dedos en el aire, como si estuviera arañando una superficie.

—¿Las manías? —la ayudé. La primera vez que yo escuché ese término fue por boca de mi abuela. «Esta niña está llena de manías, China, esto no es normal».

—Sí, eso, las manías. Parece que tienes miedo, mucho miedo. ¿A qué le tienes tanto miedo?

La Alemana intentaba penetrar en un área que yo jamás compartía: mi verdad. Mi primera reacción fue de recogimiento. Había asumido que, por su silencio, ella no tenía muchas preguntas, pero ahora comprendía que no podía estar más equivocada. La Alemana tenía preguntas y, peor aún, preocupaciones respecto a mí. Me sentí mal, con una sensación, entre egoísta y culpable, de que mi comportamiento la inquietase, debido a abusos que yo no sufría más que dentro de mi cabeza. Entendí que, de algún modo, ella también tenía sus miedos y eso me dio un poco de valor. El caso es que empecé a hablar, le conté todo, o casi todo, a la Alemana. Era la primera vez que le explicaba a alguien lo que me sucedía, eso que Carlos había tratado de sacarme con crayolas, y mami, con súplicas. Había una extensa parte de mis «diferencias» que no podía explicarme ni a mí misma. Pero le hablé de las manías, de los pensamientos, de los hombres, de la responsabilidad, de la

culpa, de mi amo.

—Pero ¿qué amo, Luz? ¿Dónde está ese amo? —me interrumpió ella, cuando yo ya había dicho todo y no hacía más que repetirme, disfrutando aquel desahogo sin precedentes.

—No sé, ya no sé más —le dije, con la cara endurecida de tierra, de tanto limpiarme las lágrimas con las manos. No sabía. Nunca me había cuestionado de dónde venía o dónde estaba mi amo—. El otro día no hice mis manías en toda la mañana —continué—, sentía que me la estaba jugando, que me iba a pasar algo malo, que me iba a morir, que se iba a morir alguien, ¿me entiendes? No me morí, o por lo menos, todavía no me he muerto, pero ahora el Pinto se enamoró de mí. ¡Tiene que ser por eso!

Esto último, dicho en voz alta, me sonó ridículo hasta a mí. La Alemana pareció percibirlo, y explotó en una carcajada que me contagió al instante. Nos reímos tanto que me dolieron los abdominales, rodando por el surco, entre las plantas de tomate. Era tan bueno sacar todo aquello de adentro, tan liberador, que por un momento me sentí libre hasta de mi amo. Fue ese día cuando, por primera vez, dudé de su existencia.

Con un par de bocinas por las que empezaban a sonar música disco desde el anochecer, la misma plaza que usábamos para los matutinos se convertía en pista de baile por las noches, actividad que la mayoría de los padres desaprobaba, y que casi ningún hijo o hija se perdía. Por lo general, yo me quedaba tejiendo en el albergue, a no ser por las ocasiones en que la Alemana y Liz Cari tenían éxito arrastrándome con ellas. Me daba vergüenza bailar, pero quedarme tiesa igual que una vela era aún más vergonzoso, así que me movía como podía, hasta que encontraba una excusa para irme.

Un día, en el matutino de las siete, nos anunciaron que un campamento de pioneros de Santa Clara nos visitaría en la noche. Al atardecer, las colas en el baño de las niñas se hicieron más largas que nunca. Nadie quería rastros del campo en la piel, por lo menos no el día que venían los pioneros de Santa Clara. Aunque a ellos les tocaba trabajar la tierra tanto como a nosotros, tenían la indiscutible superioridad de ser gente de ciudad. Era una ocasión para hacer amigos y, «quién sabe si algo más», repetía Liz Cari a escondidas de su madre. En el campamento, ella jugaba al gato y al ratón con Lucía para materializar sus besos furtivos con un adolescente de noveno grado.

A la hora del maquillaje, alguien sacó un lápiz de labios rojo. Otra cola.

Durante la cena, en el comedor, fingí que me dolía la cabeza y todas lo creyeron. Todas, menos la Alemana. «Yo soy de Santa Clara. La vamos a pasar bien. Vamos, Luz. Vamos, Luz. Vamos, Luz». Puesto que ella no era de darse por vencida, luego de horas de persuasión, yo estaba en la pista, con dolor de cabeza de verdad. Las bocinas tronaban y había que gritar para entenderse; aun así, las niñas de mi escuela y los de la ciudad entablaban

conversaciones. Yo no me movía del lado de la Alemana, no se me daba aquello de conocer gente y no veía la hora de meterme bajo el mosquitero para liberar tensiones.

De la música solo percibía aquel «¡bum!, ¡bum!» que me martilleaba las sienes. Bailar sin sentir el ritmo es lo mismo que simular que aprecias una obra de arte: aparentas emociones para acoplarte con los demás, y te sientes como una imbécil.

Para empeorar mi situación, dos niños de la ciudad nos invitaron a bailar a la Alemana y a mí.

—¿Y tú por qué no tienes los labios rojos? —me preguntó, decepcionado, mi pareja de baile.

—Porque me duele la cabeza.

—¿Que te duele qué? —vociferó él en mi oído.

Qué vergüenza, por Dios, qué vergüenza, pensaba yo, mientras trataba de coordinar movimientos caricaturescos con manías mentales. En cuanto terminara la canción, me iría al albergue. Pero la canción no tenía fin. Le repetí al santaclareño que me dolía la cabeza y me fui, sin darle chance a ruegos a mi amiga. Por el camino me encontré con Liz Cari, quien tenía el rojo del lápiz labial regado por la cara y el cuello, así que tuve que acompañarla a los baños del fondo para que se lavara.

Cuando por fin llegué a mi albergue, tomé una aspirina y me colé debajo del mosquitero. El «¡bum!, ¡bum!» de la música seguía repicando a lo lejos, aunque con menos alcance. Solo una bombilla permanecía encendida al final del albergue vacío, y hacía mucho calor. Acostada boca arriba, con los pies al pasillo y la sábana a un lado, hice mis rituales de la noche hasta que, en algún momento, empecé a recoger tomates: uno maduro, uno pintón, dos maduros, deja el verde, tres pintones, uno maduro, deja el verde…

—Esta noche no te me escapas —dijo la voz de un hombre.

Abrí los ojos con la certeza de que estaba dentro del albergue. Mi cuerpo se entumeció, dejándole apenas movilidad a los párpados y al corazón, que batía con la fuerza de todos los demás músculos, como una carrera de caballos. Enseguida se cerró la puerta y el pestillo crujió, con su habitual ruido mohoso. Era la única puerta del albergue. Veloz como el aleteo de un zunzún, mi mente saltaba de un lado a otro, tratando de identificar el dueño de aquella voz tan conocida.

—Dale, chica, un rapidito —dijo la misma voz áspera, que reconocí de pronto: era el Uno.

¿Qué hacía él allí? Los profesores no entraban al albergue de las niñas. Pero, al escuchar las risitas sigilosas del Cero, mi cuerpo bajó la guardia, y el pulso desaceleró. Era sosegador que la profesora estuviese adentro también. Seguro habían venido a buscar algo, o a discutir cosas del grupo, así que volví

a cerrar los ojos.

—Nadie se va a enterar. —Otra vez la voz del Uno. Arrastraba las palabras como si las apretase en los labios antes de soltarlas.

El Cero murmuró algo que no entendí, y las risas se volvieron besos. Levanté la cabeza con cuidado, para localizarlos sin que me escucharan. Estaban besándose a unos pasos de mí, recostados a la litera de la profesora. De ella solo podía ver sus brazos, acariciando la espalda de él. Pensé en salir del albergue, pero no sería posible sin que me vieran. No, no pueden verme ahora, van a saber que los vi. «¡Qué vergüenza!», pensé. Ya estaba acostumbrada a ver a las niñas del aula besuqueándose en los alrededores de la escuela o del campamento. Saliva para acá y saliva para allá; me parecía asqueroso, yo no lo haría jamás. Si el Uno, o algún niño de la escuela, me daba un beso en la boca, tendría que pasarme la vida escupiendo, aunque ya yo escupía todo el tiempo. En fin, me daba igual que se besaran. De todas formas, iba a ser «rapidito». Que se besaran, que se casaran y que me dejaran dormir.

Con cuidado de no hacer ruido, volví a poner la cabeza en la almohada, decidida a esperar a que terminaran de besarse para dormirme. Cuando los besos empezaron a sonar cada vez más altos y sus respiraciones se hicieron tan fuertes y rápidas que parecían estar dentro de mi garganta, comprendí que el Diez estaba haciendo cosas malas, muy malas, cosas de las que no se podía hablar, las escenas que cortaban en las telenovelas, las que yo solo había visto en la revista de Liz Cari.

Otra vez la revista, la repulsión.

Parecía que aquellas imágenes habían esperado siempre allí, en mi cabeza, solo para cobrar vida con los gemidos y jadeos que ahora emergían a unos pasos de mí. Me mordí el labio inferior hasta que sentí la sangre salada en mi boca, y me tapé los oídos con la almohada. Me sentía como una imbécil por no haber salido cuando todavía estaba a tiempo, culpándome, como si fuese yo quien se puso voluntariamente en aquella situación. De repente el «¡bum!, ¡bum!» de las bocinas se extinguió a lo lejos.

—Apagaron la música —dijo el Uno con un timbre de susto que me tranquilizó a mí.

—Tienes que irte, apúrate —dijo ella, y yo levanté la cabeza en un giro casi automático.

Perpleja, me volví a asomar entre los remiendos del mosquitero y alcancé a verlo salir del albergue, escurridizo como un espíritu de la noche. Pero fue la silueta femenina en el pasillo a media luz, abotonándose la blusa, lo que me dio escalofríos. Me restregué los ojos un par de veces con la esperanza de que la figura de cintura estrecha y caderas anchas como un reloj de arena se volviera regordeta y esférica igual que la del Cero.

No resultó.

—¿Qué hay que hacer si tú sabes que una persona casada anda besuqueándose con otra? —le pregunté a mami cuando fue a verme el domingo.

Apenas le había dado tiempo a bajarse del camión de padres y sentarse en una de las raíces —anchas como bancos— de los árboles del campamento. Llevaba una blusa azul claro, que había sido oscuro cuando se la trajo su hermana de Alemania, y unos tenis negros, con parches en ambas puntas. Mi tía se había vuelto una experta tapándole huecos a la ropa y los zapatos con etiquetas de tela. A mami casi se le cayó el pozuelo plástico del almuerzo que, por suerte, estaba tapado y no se botó.

—¿Por qué me estás preguntando eso?

—Para saber qué tú piensas. Yo creo que hay que contárselo a la otra persona, para que se acabe el besuqueo ese, ¿no?

El cuerpo voluptuoso de mami se encogió sobre la raíz y sus labios carnosos palidecieron.

—Dime la verdad, Luz. ¿Te dijeron algo de mí aquí? ¿Es eso?

—No —respondí confundida—. Tú no estás casada. ¿Qué me van a contar de ti?

—No sé. Nad... La gente habla mucho. No me hagas caso. ¿De quién estás hablando entonces?

—De Tomás —mentí para ganar tiempo, y mami me creyó, porque yo mentía poco, o porque ella necesitaba creerme—. Le tocaron fotuto cuando Marilín andaba besuqueándose con otro —continué—. ¿Te acuerdas? Si alguien se lo hubiese contado a Tomás, él se hubiese ido de la casa y ya. Pero como nadie se lo dijo al pobre, tuvo que darle ron a todo el pueblo para que pararan de gritarle «cabrón» y «tarrú» por la madrugada. Y Katia no fue a la escuela en una semana, la maestra fue a buscarla a su casa. Alguien tenía que haberle contado a Tomás que Marilín es una mentirosa.

—No es tan sencillo entre los adultos. —Mami destapó el pozuelo, que olía a sazón de mi abuela, y empezó a servir un plato para mí—. Cuando somos niños, nos dicen lo que está bien y lo que está mal. Pero, cuando crecemos, nos damos cuenta de que entre el bien y el mal hay una distancia muy difusa, de la que no nos explicaron nada.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté, confundida.

Tomás había pasado por una de las peores humillaciones a las que un hombre puede ser sometido en Romerillo: una fotutera. Gran parte del pueblo fue a media noche a su casa soplando una caracola, que sonaba como un toro bravo, y gritándole que era un cabrón. Eso hicieron por cuatro noches seguidas, hasta que, por fin, el hombre tiró al medio de la calle dos grandes pomos plásticos llenos de ron. En Romerillo era así, si tu mujer te era infiel, te

endeudabas con los alcohólicos del pueblo.

—Que los adultos nos enamoramos, y eso lo complica todo. Que hacemos muchas tonterías por amor. Eso.

—¿Y tú también?

Mami suspiró y me pasó el plato rebozado de arroz y frijoles negros, que habían mantenido la tibieza dentro del pozuelo, enrollado en una toalla, durante el viaje de una hora. La boca se me hizo agua antes de la primera cucharada. Iba a comer hasta hartarme, como cada domingo. En el campamento nos daban arroz con chícharo mañana y tarde. Los cocinaban en grandes calderas renegridas por el gran fogón de carbón, el mismo en que subíamos los cubos de aluminio para calentar un poco el agua antes de bañarnos. Las cocineras eran todas señoras bonachonas a las que llamábamos tías, pero la comida tenía un olor empalagoso, que penetraba todos los rincones del campamento, como si estuviese adherido a las calderas y las paredes. El gustillo a humo dulzón de los chícharos era invariable, mañana y tarde. Cuando me los daban, cazaba con la cuchara los gorgojos que nadaban en el líquido amarillento y los ponía en el borde de la bandeja metálica, donde se secaban como piojos al sol. Competíamos a sacar gorgojos; un chiquillo de octavo grado iba ganando, había sacado quince en una sola sentada.

—Sí, yo también —respondió mami en cuanto me llevaba la primera cucharada a la boca. Enseguida percibí el gusto del cilantro que mi abuela sembraba en el patio y, por un momento, me pareció extrañarla.

—Entonces, si tú hubieses sabido que Marilín estaba con otro, ¿no se lo hubieses dicho al pobre Tomás?

—No.

—Pero ¿por qué? Ella lo engañó —insistí.

—La gente hace cosas estúpidas cuando se enamora, y cosas aún más estúpidas cuando se desenamora, Luz. Cuando seas grande lo vas a entender.

—Yo, no. Yo no me voy a enamorar de nadie, no quiero hacer estupideces—. «Y mucho menos cochinadas», pensé.

Mami sonrió y se llevó una cucharada de arroz con frijoles a la boca. La saboreó como si también ella hubiese comido chícharos con gorgojos toda la semana. A saber qué sacrificios hacían en casa para traerme comida y dulces que me duraran varios días. Había adolescentes a los que los padres podían traerles muy poco para reforzarles la insuficiente dieta del campamento. Luego de unas cuantas cucharadas en silencio, mami retomó la conversación que yo había dado por concluida.

—Luz —dijo, como quien lleva rato pensando lo que va a decir y por fin se decide—, a Tomás no le tocaron fotuto porque Marilín lo engañó.

—¿No? ¿Y por qué, entonces?

—Porque la perdonó.

—¿Porque la perdonó?

—Sí. —Mami hizo una mueca y puso el plato a un lado de la raíz del árbol—. La gente que no sabe perdonar no soporta que otros sepan. No es de Tomás ni de Marilín de quien tienes que tener pena, es de los idiotas que fueron noche tras noche a humillarlos. Los problemas de una pareja son de dos, nadie tiene que meterse en eso, ¿me entiendes?

—Sí —le respondí, convencida de que a mi tío no le hacía falta saber que Lucía se acostaba con el Uno. Total, el amor era una rotunda estupidez.

Decidí no contarle a nadie lo de Lucía y el Uno, pero la Alemana percibió que algo me había sucedido, y estuvo el resto de los días en el campo interrogándome y jurando que si el Pinto me había tocado un pelo, ella lo iba a «despintar con sus propias manos». El Pinto ni me miraba, pero seguía haciéndome los surcos y dejándome a cargo del agua o de las cajas. Yo tenía pesadillas con él todas las noches. Soñaba que nos quedábamos solos en medio del tomatal, y él escupía un tallo antes de romperme la camisa de un tirón. Me toqueteaba allí, justo donde empezaban a salirme los senos, como dos minúsculos tomates verdes. Me mudé con la Alemana a la cama de arriba hasta que, por fin, dos días antes de lo previsto, nos dieron la orden de recogida y nos enviaron al pueblo en grandes camiones de carga.

Una vez en Romerillo, me olvidé del Pinto. No lo vería en la vida, y nunca sabría qué quería conmigo o, por lo menos, eso pensaba yo.

18

Estas casas están muy viejas, no van a aguantar —dijo mi tío Raúl mientras arrastraba un taburete hasta nuestro portal trasero y encendió un cigarro.

Había pasado la mañana trabajando con el viejo carretonero. Primero, aseguraron los techos de teja y guano con hileras de alambre púa, que fijaron con clavos a las paredes laterales, y luego clausuraron las ventanas de ambas casas con tablones y puntillas. El día anterior habían podado el almendro, y los también altos árboles del patio de la China.

¡Ahora sí que nos íbamos a ahogar del calor! El sudor corría por el hirsuto cuerpo descamisado de mi tío. No sé si por la escasez de comida o por la de gasolina, pero estaba más flaco que nunca. Se pasaba los días pedaleando de una casa a otra en la bicicleta china que le dieron en el correo, y las camisas remendadas se le sudaban enseguida. Ya no podía mantenerlas limpias como le gustaba. Él y su vieja estaban convencidos de que aquello era una situación temporal en la que había que darlo todo por la Revolución. Mi tía Margarita no era tan optimista y no perdía oportunidad para carcajearse y decirle que sí, que nos estaban enseñando a comer piedras para hacernos más fuertes, y que pronto le saldrían «tremendas pantorrillas» si seguía repartiendo el correo en bicicleta. Él no soportaba el sarcasmo de su hermana. Resoplaba con una mueca furiosa y se largaba con pedalazos largos. Pensé que era mejor que no se enterara de las andanzas de su mujer, no aguantaría las burlas de todo un pueblo.

—¡Dios nos ampare! —exclamó la China con las manos al cielo. Estaba sentada a mi lado, en el muro del portal, porque era ágil para agacharse y pararse como una chiquilla—. Esto tiene que ser un castigo, porque cogimos las velas para los apagones y ahora no hay ni una para ponerle a los santos.

Mi abuela le ofreció un taburete al viejo carretonero, pero él le hizo un gesto de negación con la mano y se quedó mascando tabaco, recostado en la cerca que dividía los patios. Ella entró a la cocina y regresó con un jarro de limonada fría y cuatro vasos.

—Vieja, ustedes vengan conmigo y con Lucía—dijo mi tío.

—No, Raúl, no, yo no dejo mi casa. El cuarto de Margarita es seguro. Nosotras nos quedamos aquí —dijo ella al tiempo que repartía la limonada en los vasos.

El viejo entró al portal y alcanzó el suyo.

—Yo tampoco dejo la mía —dijo mascando el tabaco. Luego regresó a la cerca con dos zancadas rápidas, como si tuviera mierda en la planta de las botas. Su camisa de trabajo tenía manchas de sudor en las axilas y en el centro de la espalda.

—Aquí se acabó el mundo con el último ciclón—dijo la China con los ojitos clavados en mí—, tú estabas en la barriga de Blanca cuando aquello, el

río inundó medio pueblo.

¡Claro! ¿Qué desgracia no pasó durante el embarazo de mami?

—¡Por dios! —dijo mi abuela—. Qué exageración, el río no llegó aquí. Además, estas casas llevan muchos años en pie. A esos ciclones siempre les dan más fama que otra cosa, seguro que ni pasa por Romerillo.

Pero el meteorólogo aseguraba que no teníamos escapatoria, que estábamos en el centro del cono en todos los mapas meteorológicos. Cada dos o tres horas, Fidel salía por la televisión. Acompañaba los partes del tiempo con su traje verde oliva y orientaba al pueblo para la batalla inmediata. Se agarraba el cinturón y apretaba la boca en una mueca, que hacía temblar el puntero en las manos del estresado meteorólogo. Lo peor de aquella batalla era cuando se iba la corriente en Romerillo, porque entonces sí no teníamos ni idea de por dónde venía el enemigo. Por suerte, alguien de la cuadra de atrás poseía un radio de baterías y la China nos traía las noticias.

Con el dedo índice y el pulgar, mi tío agarró lo que quedaba del cigarro y le dio una última calada. Exhaló el humo hacia el piso, con la boca de medio lado, y tiró el cabo a la zanja:

—Bueno, ustedes sabrán lo que hacen —advirtió.

Terminé la limonada de un golpe, mirando el cuarto al fondo del patio. Mami, mi tía y mi abuela encerradas allí adentro por horas. Nunca había visto un huracán, pero ya le tenía miedo.

A mi tía se le había dejado de caer el pelo y lo tenía por los hombros, aunque áspero y apagado. Tampoco había bajado más de peso, supongo que porque ese era el peso mínimo que requería para permanecer viva. Era de esperarse, se llenaba con menos comida que los gorriones del patio. El picadillo de soya que nos daban en la bodega ni lo probaba; «eso es comida de perros», decía, y se preparaba un agua con azúcar prieta y encendía un cigarro.

La mañana del ciclón forró los muebles rojos con sacos de nailon y los subió sobre bloques, para que no se mojaran si nos entraba el agua en casa. Los cristales de la vitrina los envolvimos con periódicos y los guardamos en cajas. Qué poco quedaba de tanto que había traído de Alemania. Lucía le había ido comprando todo, o incluso intercambiado por cigarros. Algunos de los cristales los tenía en su casa, muchos otros los había revendido. En cualquier momento, la cuñada se llevaría el reloj de pajarito que, aunque ya no salía ni decía «cuco», daba la hora todavía. En ella pensé mientras envolvía las *matrioskas* de mi abuela. En sus mimos y devoción cuando cuidó de mi tío el día que el dentista le extrajo una muela con agujas de acupuntura china, porque no había anestesia. Me pareció que Lucía era como una de las *matrioskas* de mi abuela y me pregunté si todos somos así, un montón de versiones de nosotros mismos.

Yo fui la primera en irme para el cuarto el día del ciclón, mucho antes de que el cielo perdiera su azul, cerrándose en una noche prematura, y los vientos empezaran a colar llovizna por las persianas. La última en llegar fue mi abuela; hasta parecía que lo hacía para fastidiar a mi tía. Cuando salió de la casa, mami fue a ayudarla y las ráfagas de viento casi las tumbaron en medio del patio. Hacía meses que ella no ponía pie en el cuarto de su hija, desde el día que la China le aseguró que mi tía metía hombres allá atrás por las noches. Recuerdo que mi abuela tiró el cuchillo y los ajos en el mantel y fue a pedir unas explicaciones que su hija le gritó en medio de las tendederas del patio:

—¡Allá tú si quisiste casarte virgen con casi cuarenta años! ¡Yo me acuesto con quien me dé la gana! ¡En mi vida no te metas, Caridad!

Los gritos se oyeron en todo el barrio, y mi abuela, pálida como una bandera blanca, se refugió en su cocina. Ella no era de perder batallas, a no ser que estas fueran con Margarita. Entonces, nos decía a todos que era ella quien tenía la razón, que mi tía era una rebelde sin causa, que se obsesionaba con todo: con la muerte de mi abuelo, con los alemanes, con la China, con el picadillo de soya; en fin, que era una desquiciada.

La chismosa se apagó de golpe cuando mi abuela y mami entraron al cuarto. Forzamos la puerta entre las cuatro y mi tía pasó el pestillo. Mi abuela abrió una hoja de la persiana, a un lado de la mesa de dos sillas, y nos aglomeramos a su lado. Solo entonces, me percaté de que desde allí no se veía nuestra casa. Tendríamos que conformarnos con ver cómo jugaba el ciclón con la casa de la China.

El viejo había tapado el corral con sacos, y los cerdos chillaban como si se hubiesen vuelto locos. Con cada sacudida, los vientos arrancaban las hojas del naranjo y removían las plantas de plátano. La de mango, detrás del portal, había sido podada, pero seguro que mi tío tenía razón y no era suficiente, aquello acababa de empezar y ya parecía que el tronco les iba a caer sobre el techo, ¡pobre viejo!

Una corriente de aire nos cerró la persiana, dejándonos en total oscuridad. El viento colisionaba las paredes con gemidos fantasmagóricos, y yo me tiré a la larga en la cama. Era peor de lo que había imaginado; se llevaría nuestra casa, de raíz.

—Enciende la chismosa, Margarita —ordenó mi abuela y se sentó en una silla.

Mi tía prendió la llama con un fósforo y regresó a la cama. En esa parte del techo, el tizne había dibujado manchas sobre manchas. El humo de la chismosa no era efímero como el viento, teníamos manchas prietas por todas partes.

—La China y el viejo deberían haber venido para acá, este viento está muy fuerte —dijo nuestra matriarca.

Mi tía fingió no oírla. Aunque no lo verbalizase, no le hacía gracia que la China también se metiera en su cuarto. Pero ¿por cuánto tiempo podría ignorar a su madre? Eso estaba por verse.

—No hay quien aguante esta peste a cigarro, Margarita —continuó mi abuela, descascarando un boniato hervido—, ¡qué asco! No sé cómo tú puedes dormir aquí adentro—. Iba poniendo los pedazos de cáscara en un plato sobre la mesa. Un pedazo, dos pedazos, tres pedazos y ¡bum! Mi tía explotó:

—¡Qué milagro que el humo de Raúl a ti no te molesta!

—Raúl no fuma trancado dentro de un cuarto, igual que tú. Y hablando de tu hermano, Lucía se quitó el anticonceptivo. Dentro de poco tendremos bebé en la familia. —Mi abuela le dio la primera mordida al boniato y miró a sus hijas por encima de los espejuelos, como un águila que localiza a su presa —. De Raúl, claro está.

Sí, sí, sí de Raúl, ¡claro! ¿Y de quien más iba a ser? Pues del Uno, por ejemplo. Moví la almohada de un lado a otro hasta dejarla sobre mis piernas. Me sentía muy incómoda cada vez que recordaba la escena grotesca de la que fui testigo en «La escuela al campo».

—¡Qué bueno! No me habían dicho nada, por fin voy a ser tía —dijo mami.

—Ya tú estás en los treinta, Margarita, se te va a pasar el arroz —agregó mi abuela.

Mi tía hundió la cara en una almohada y ahogó un berrido de rabia antes de tirarla al suelo.

—Dice la que parió el primero a los cuarenta —rebatió. Una vena verduzca le surcaban la frente descarnada.

—Sí, pero yo estaba cuidando a mi madre enferma.

—Dice la mejor hija del mun…

—¡Caballero! No vamos a empezar con eso otra vez —interrumpió mami.

—Es que tu hermana no oye consejos, por eso está como está —sentenció mi abuela.

En ese momento hubo un ruido estrepitoso, muy diferente a los aullidos constantes del viento. Sonó como si una bomba hubiese estrellado contra las paredes el cuarto. Me abracé a mi tía, escondiéndome en su regazo.

—Parece que algo cayó en el techo —dijo mami, y yo levanté la cabeza.

—¿Qué cosa? —pregunté, todavía apretando los flacuchos brazos de mi tía.

—Va a saber Dios qué fue eso —dijo mi abuela—. Cualquier cosa que anduviese volando por ahí a todo lo que daba. — Desenroscó el manubrio y abrió la persiana.

El viento apagó la chismosa y las cortinas blancas se agitaron como

fantasmas que salían de las paredes. Mi abuela miró el patio en busca de respuestas y no vio nada, así que cerró la persiana y empezó a descascarar otro pedazo de boniato en tanto mi tía encendía la chismosa.

—A ver por cuánto tiempo nos dejan sin corriente ahora; la otra vez fue como un mes —dijo mi tía.

—Sí, mi hermana, pero era categoría cinco, no quedó árbol ni poste eléctrico en pie con aquel ciclón.

—Pero cuando aquello no había estos apagones —dijo mi tía.

—Y si los americanos siguen con este bloqueo, dentro de poco no habrá más corriente, Margarita —aclaró mi abuela, y le dio otra mordida al boniato.

—Entonces, ¿tú quieres hablar de los americanos? Pues vamos a hablar de los americanos —dijo mi tía, con la risita burlona que anticipaba un contrataque magistral—. La semana pasada eché los papeles del bombo.

Mi abuela soltó el plato de un tirón y se llevó las manos al cuello con un jipío ronco. Estaba atragantándose con el boniato y los ojos se le desorbitaban suplicantes y temerosos en las cuencas. Por unos segundos dejé de oír los rugidos del viento, apagados por los gritos histéricos de sus dos hijas dándole golpes en la espalda. Por fin arrojó un trozo de cáscara de boniato, que cayó sobre la cama como un proyectil, y en cuanto el aire pasó por sus vías respiratorias, ella se hizo fuerte para protestar:

—Suéltenme, que me van a matar a golpes —vociferó, levantándose de la silla, eliminando cualquier duda de sofocación.

Mami le alcanzó un vaso de agua, del que ella bebió algunos sorbos hasta que se recuperó del incidente.

—Para Estados Unidos sí que no, Margarita —dijo. Los ojos habían recuperado su fiereza, y el tono grave nos recordó el tema en cuestión. La miramos incrédulas; su vida acababa de peligrar y ella se levantaba de súbito, como el antagonista de una película en el acto final—. Yo no puedo creer que tu hayas comprometido a tu hermano con esos papeles —dijo, y plantó el vaso en la mesa con la fuerza que martilla un juez llamando al orden.

—Yo fui personalmente al correo. Raúl no tiene nada que ver con esto —dijo mi tía con tono apaciguador, por una vez insegura de confrontar a su madre.

—Da igual, si se enteran en el Partido capaz que lo boten —dijo mi abuela, y se volvió a sentar.

—El bombo es legal, mamá —aclaró mami, con los labios pálidos por lo que acababa de ocurrir.

—Eso es un invento de los americanos para hacernos la guerra. —Mi abuela limpió los espejuelos con su bata de casa, parecía en perfecto control de sus movimientos—. Yo casi me quedé solterona por cuidar de mi madre, eso es ser una buena hija, no como tú, que en el peor de los momentos me

abandonaste para irte lo más lejos que pudiste. ¿Qué vas a pintar tú en Estados Unidos? Tú no tienes a nadie allá. ¿Y cuando te dé una de tus crisis? ¿Quién te va a cuidar?

Mi tía había sacado un coletero de una gaveta y se hacía una cola de caballo frente al espejo.

—Aquí es donde no pinto nada muriéndome de hambre —dijo.

—¡Pero si tú no comes! —explotó mi abuela.

Con la mirada perdida en el espejo, mi tía dividió el pelo de la cola en dos partes y ajustó el moño. Luego acarició el corazón azul, que colgaba de su cadena plateada, como un tercer ojo.

—Esto es un barco a la deriva y el capitán es un loco terco —murmuró.

Mi abuela, que no desaprovechaba oportunidad para reafirmarnos lo que ya estaba escrito en todas partes, nos atacó con una arenga revolucionaria de «resistencia», que no terminó hasta que se acabaron los vientos, o lo que se conoce como «ojo del huracán». No tuve forma de evadir aquel sermón, estaba demasiado oscuro para tejer. Cuando escampó y abrimos la puerta, el sol chispeaba despejado de nubes, como un día cualquiera. ¿Cómo podía ser tan sereno el centro del huracán? Capaz de callar hasta a mi abuela.

Fue un alivio ver que nuestra casa resistía intacta, aunque la China no tuvo la misma suerte. La planta de mango no había caído sobre su techo, estaba en el suelo, con todas las raíces despegadas, pero una parte del guano se había desprendido del caballete, y el viejo parecía un chiflado, llamando a su verraco Chencho en el patio.

—Dos botellas se ha tomado, ¡dos! Viejo asqueroso —nos secreteó la China.

—¡Hay sangre en la pared! —grité con horror y todos miraron las salpicaduras rojas en lo alto del cuarto de mi tía.

—¡Chencho! —gritó el viejo.

Tuvimos que ayudarlo a arrastrar el verraco hasta la casa. Estaba frío y todavía emanaba sangre de su cabeza deformada. Tenía más de cien libras, y apenas nos dio tiempo a resguardarlo en la cocina antes de que se reanudaran los vientos.

Mi abuela les ofreció refugio en el cuarto. El viejo farfulló que él se quedaba en su casa. Como nos había advertido su mujer, estaba borracho, y eso agravaba su testarudez. La China vino con nosotras.

La lluvia se intensificó e inundó los patios, pero los vientos regresaron en sentido contrario, lo cual nos permitía abrir la persiana. Cuando las pencas de guano de su casa empezaron a desprenderse y a volar por los aires, la China arrancó a gritar sin consuelo. Pedazos de casas y árboles sobrevolaban o aterrizaban en nuestros patios, salir era un suicidio y, aun así, tuvimos que impedirle que saliera a buscar al viejo. Se tiró de rodillas a rezar con mi

abuela, porque al menos ellas podían hacer algo. El resto de nosotras sentía el desamparo que emana de la falta de fe: el único poder sobrenatural de la condición humana.

Cuando todo terminó, corrimos a ver al viejo. Lo encontramos intacto, debajo de la cama, con Chencho. Tuvo que cortarlo y freírlo esa misma tarde, y guardar la carne dentro de su propia manteca para que se conservara durante el apagón, que nos duró tres semanas.

El huracán se llevó casas enteras y arrancó árboles de raíz. El río se metió en medio pueblo y mucha gente lo perdió todo. Me sentí afortunada de que mi casa y el almendro quedaran en pie. Poco después, adquirí otro árbol. Me lo regaló la Alemana el día que se fue para siempre.

Santa Clara, Cuba, 2012

El conductor que me recogió en el aeropuerto se llama Mario y, como buen cubano, no ha parado de hablar desde que subió mis bultos al maletero. Me pregunto cómo hace para tener un carro Peugeot, porque sé que con un salario de este país no pudo haberlo comprado, pero estoy segura de que antes de mi partida me lo contará. El sol le ha otorgado a su piel el color del pellejo de un lechón asado, y la oscuridad cenizosa de sus labios y dientes me revela que es fumador.

El aeropuerto está en la base militar de Santa Clara. A medida que avanzamos por el área, diviso el complejo de edificios donde viven muchos de los militares, tanto activos como retirados, con sus familias. Tendederas y bicicletas asoman en todos los balcones y grandes manchas de moho negro salpican las paredes, sin discriminar el color que les dieron hace décadas. El carro va levantando el polvo y abriéndose camino por los vericuetos abarrotados de transeúntes, bicicletas, perros, y niños que corretean descalzos en sus barrios a esta hora de la tarde.

Es agridulce regresar luego de tantos años. Dulce el sabor de mis raíces, agrios los motivos que me hicieron partir, y que siguen aquí, tan palpables como este polvo que se me va adhiriendo a los dientes y a los orificios nasales.

—Por fin llegamos a la carretera —me dice Mario—, más o menos en media hora estaremos en la dirección que me diste. Este carrito no será como los del extranjero, pero lo tengo cuidadito, me lo compró mi hermano, el que vive en Italia.

Asiento con la cabeza y le sonrío.

19

El fotógrafo me posicionó en un muro blanco, con el cielo de fondo, y acomodó el pelo que me caía a media espalda, espeso y fuerte, como el de mi tía cuando llegó de Alemania. Esparció sobre el muro el tul negro que prendía del corte de princesa de mi traje de quinceañera, hasta que las capas, con caídas asimétricas del tul, cubrieron la campana de satén.

Casi todas las fotos eran sentadas, porque el vestido me quedaba corto. Había crecido muchísimo, convirtiéndome de golpe en la niña más alta del aula. Era como si mis genes siempre se pusieran de acuerdo para abochornarme. Hasta los varones me quedaban por debajo de la vista; ahora sí que no lograba pasar inadvertida por ningún pasillo de la secundaria. Por un tiempo valoré la idea de encogerme entre las niñas de estatura media y evitarme aquella vergüenza, pero, por fortuna, no la materialicé.

Los típicos complejos de la adolescencia no habían sido la mejor combinación con mis manías, pero al menos me presionaban a tratar de normalizar mi vida en público. Mis obsesiones continuaban variando en intensidad, mientras que la mayoría de mis rituales eran mentales, menos visibles para los otros. La noción de «mi amo» se había disipado paulatinamente, hasta dejarme con la idea de que eran el universo y sus leyes los que tenían el control, leyes que yo tenía que obedecer para que todo siguiese bien. Nada, que yo era la mariposa de la que dependía cada aletazo para que el mundo no se fuese a la mierda. Mientras más claros se hacían mis conceptos de adolescente sabelotodo, más grande se hacía mi responsabilidad.

—Voy —dijo el fotógrafo.

El *flash* destacó en el día nublado.

Luego de varios intentos para lograr la sonrisa perfecta, había entendido que yo de modelo solo tenía el tamaño. Me indicó que me sentara sobre la hierba, y mami volvió a esparcir el satén y el tul que el viento se empeñaba en revolcar a su antojo, como para que la tortura no terminara nunca. Él chasqueó los dedos en el aire, yo hice una mueca de sonrisa de teatro y ¡*flash*!

—¡A que esto se pone de moda! —dijo mami, refiriéndose al traje negro.

No era un color común para una quinceañera, ni siquiera el fotógrafo pudo esconder su desconcierto. Yo la había convencido de que era el único traje que me gustaba. En realidad, a mí el color me daba igual, lo hice para ahorrarle un dinero, para que no se endeudara más en el empeño de que yo jugara a la princesa feliz, a la altura de las niñas más privilegiadas del pueblo. Pero, aunque escogí el traje negro convencida de que lo hacía por mami, cuando vi la cara de sobresalto del fotógrafo, entendí la verdadera razón de mi

elección: mi traje era diferente al de todas las demás.

Diferente. Como yo.

Es difícil hacer amigos cuando eres diferente, cuando estás llena de manías que no puedes esconder; sobre todo, en la adolescencia. Esa edad en la que nadie quiere caminar con «el raro» para que no lo tilden de perdedor también. Yo tenía una sola amiga de verdad. O mejor debería decir que tuve una sola amiga, porque ella ya no estaba.

Cuando las personas que amamos se van, nos dejan un vacío que vamos llenando con sus mejores recuerdos. Es la memoria de los buenos momentos, desyerbada de los no tan buenos, lo que constituye la nostalgia. Yo sentía una nostalgia arrolladora por la Alemana. La imaginaba como la quinceañera más linda de Romerillo, de Santa Clara, de Cuba. En mi pensamiento, ella se hacía más linda con el paso de los años, más querida, más imprescindible.

«¿Dónde estaría ahora? ¿Por qué se habría olvidado de mí?», todo había pasado tan rápido. «No me va a pasar nada», me juró antes de irse, con esa seguridad innata que brotaba de sus ojos verdes. Anoté mi dirección en un papelito y se lo di, aunque estaba segura de que la sabía de memoria. Vivíamos en la misma cuadra del pueblo, solo el número de la casa era diferente.

—Aquí adentro está el arbolito. —Me puso la caja, de casi un metro de largo, entre los brazos—. Siempre te gustó tanto…Quédate con él.

Esa misma noche salió del pueblo con sus padres y no pararon hasta salir del país. No me dijo cómo. No podía. No podía ni siquiera decirme que se iba. Pero ella nunca obedecía órdenes ridículas, no se fue sin despedirse de mí. Guardé la caja debajo de mi cama para que nadie la viera, y su secreto en mi alma, así como ella había guardado el mío.

Fue solo cuestión de días para que la China llegara con la noticia de que el médico se había ido. «Pa'la Yuma, pa'la Yuma», vociferó desde su cocina de bloques recién hecha. Su casa había calificado como daño total en la campaña de restauración que lanzó el Estado luego del huracán. La brigada de constructores levantó la cocina y un cuarto en dos semanas. Eran paredes de bloques sin repello y techo de tejas finas. Todo había ido bien, hasta que la súbita noticia de que se agotaron los materiales paró la obra por tiempo indefinido. Ahora, dos años más tarde, la China, el viejo y los santos se las arreglaban dentro de aquellos pocos metros cuadrados con la desconfianza que suscitan los largos procesos burocráticos.

—Aquí no va a quedar nadie, nadie —gruñó el viejo, adentro del reducido espacio que era ahora su casa.

La mirada desorbitada de mi abuela me encontró enseguida.

—¿Tú sabías algo de esto? ¡Esto es muy serio!

El trozo de pan duro que había acabado de comer se me hizo una piedra

en el estómago. Negué con la cabeza y cada movimiento fue una punzada. La China había dicho «se fue», pero ¿habría llegado? ¿Y si estaban en medio del mar? Mis músculos se tensaron y me sentí como una soga llena de nudos. Había guardado el mar en ese lugar de la memoria donde se guardan las cosas que uno quiere olvidar.

Luego de una pausa que me pareció un siglo, la China contó que se habían ido para México y cruzado la frontera, que no se sabían detalles, porque el médico no tenía familia en Romerillo, pero que sí, que ya estaban allá, en Miami, en la Yuma.

Respiré aliviada, y la piedra de mi estómago empezó a disiparse entre jugos gástricos. México. ¿Cómo sería que se fueron para México? No tenía idea. Solo me quedaba esperar por sus cartas. Cartas que, por demás, no me llegaron.

Mi abuela los odió con todo: a la Alemana, a su madre, a su padre, a los padres de sus padres. «Mal agradecido, que se hizo médico de gratis por la Revolución», decía cada vez que se acordaba.

—¡Se acabó el rollo! —anunció el fotógrafo, y yo suspiré con los ojos en blanco.

Tres semanas más tarde, me entregó el álbum. No me gustó ninguna foto, pero había encontrado una identidad. Estaba más que claro: el negro era mi color, así como el cuatro era mi número.

Por aquellos días me instalé en la última habitación de la casa y mi tía me ayudó a decorarlo, como la había ayudado yo cuando llegó de Alemania. No sé ni si ella se acordaba de aquellos tiempos. Era otra. Solo sus ojos azules mantenían un poco el brillo de su llegada. Nos había presentado varios novios, de los que no recuerdo ni los nombres. No duraban nada, todos se iban gritándole que era una loca. A uno de ellos se le ocurrió esconderle el hecho de que estaba comprometido en otro pueblo y, cuando ella lo supo, le lanzó el domo de nieve que, por suerte, no hizo blanco en el cuerpo del hombre, pero se estrelló contra la pared en pedazos.

Yo tampoco era la misma. Llevaba el cabello teñido de oscuro y me hacía una trenza larga, que a otra le hubiese llegado por la cintura, pero con mi estatura me quedaba a media espalda. Compré un saco de ropas negras en la tienda de donaciones del extranjero que acababan de abrir en el pueblo y, con las telas, mi tía hizo magia con la que yo me vestí. Digamos que no forré mi cuarto con cortinas de seda negra porque no tenía.

La pubertad me había llegado casi a última hora, pero de golpe, y aún me sentía incómoda en mi propio cuerpo, sobre todo ahora que tenía senos: otra parte vulnerable para proteger. Al menos eran pequeños. La falta de curvas, que hubiese sido una tragedia para cualquier otra, me daba una especie de tranquilidad. No buscaba sentirme deseada. Aun así, no me libré de las

groserías lujuriosas, o las miradas lascivas de los hombres en la calle. Esas miradas con el prepotente mensaje de que tan solo por ser mujer deberías pertenecerles; de que, si no los deseas, para su resarcimiento, siempre tendrán esa habilidad de quitarte la ropa con los ojos, de hacerte sentir violentada dentro de tu propio cuerpo.

No me interesaba tener novio como a las demás. No porque me sintiese superior, al contrario: yo quería ser «normal», como ellas, pero me estremecía de pensar que alguien tocase mi cuerpo, mi esencia, mi intimidad, esos secretos que solo a la Alemana le había confesado, a medias.

El color negro era equilibrio, me hacía sentir más fuerte para pelear mis obsesiones. Mi abuela me decía que parecía un aura prieta entre nidos de estambre negro. A mí me daba igual lo que dijera mi abuela; continuaba tejiendo, sin responder. No quería ser una rebelde como mi tía, y tampoco una sumisa como mami. A las dos les iba fatal. Sobre todo, a mi madre, que andaba muy avergonzada desde que la suya le sentenciara que era una puta y que «su amante camionero no podía poner un pie en nuestra casa». Había sido un escándalo, todo Romerillo estaba al corriente, incluida la esposa del camionero. Pero, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, mami y yo nos empeñamos en simular que yo no estaba al tanto de lo que sucedía.

De Armando sabía poco. No me había buscado ni, mucho menos, secuestrado. En las pocas ocasiones en que me era imposible evitar un cruce directo, él bajaba la cabeza. Yo tampoco lo miraba. Entre nosotros había una barrera invisible que me hacía sentir como un fraude de mi propia realidad. Pretender que no lo conocía solo intensificaba mi dolor al recordar que era mi padre. Me revolvía las entrañas que Armando pensase que nos había separado la ley. La verdad era que yo lo había anulado de mi vida mucho antes que el juez, mucho antes del incidente de la balsa, y algún día se lo haría saber.

Liz Cari y yo nos matriculamos en grupos distintos del preuniversitario. Nos habíamos distanciado tanto que nuestras interacciones se limitaban a que yo le prestara las libretas para que copiara las tareas, antes de que sonara el timbre del matutino. La partida de nuestra amiga había puesto en evidencia que, a pesar de sus diferencias con Liz Cari, la Alemana era el pivote de nuestro triángulo amistoso y, una vez que nos faltó, nosotras dos nos separamos, como desprovistas de un eje común. A fin de cuentas, ella era una chica popular, que cambiaba de novio como de zapatos, y yo seguía siendo bastante gris, y tan o más rara que el día que me lo dijo en el baño de la primaria. Sin embargo, unos días antes de comenzar décimo grado, insistió en cambiarse a mi grupo, asegurándome que las primas debíamos estar juntas. Enseguida comprendí que lo que en realidad le interesaba en mi aula tenía una sombra grisácea sobre el labio, que empezaba a despuntar como un bigote, y se llamaba Javier.

El día antes de que empezaran las clases, mi tío se apareció en mi cuarto, donde yo aumentaba mi colección de gargantillas y pulseras negras con mi mejor amiga: la agujeta de tejer. Estaba muy raro. Me dijo que ahora seguro yo estaría más cerca de Liz Cari, que su hijastra hablaba de más, que él no quería que yo pensara mal de él, o me llevara una mala impresión, pero que, sobre todo, no le comentara nada a la familia de lo que Liz Cari a lo mejor me contaba, que igual no le preguntara a Liz Cari si ella no me lo contaba. En fin, un enredo que yo apenas entendí, porque él era de pocas palabras y, cuando se ponía nervioso, se le enredaban con el cigarro.

Hacía meses que un vecino había denunciado los negocios clandestinos de Lucía y, aunque alguien se lo dijo a tiempo y pudo deshacerse de la mercancía y las evidencias antes del registro policial, ella tuvo que dejar de vender en su casa, y mi tío dijo aquello de «no hace falta que se entere la vieja». Para ese entonces Lucía ya había encontrado otra forma de ganarse la vida: los fines de semana iba a la ciudad de Varadero a vender comida que les compraba a los campesinos. Decía que cuando vendía diez aguacates, ya había ganado el equivalente a su salario de profesora en la secundaria. Cada vez que escuchaba este tipo de comparaciones, mami se embullaba a ir a vender a Varadero también, pero no se decidía, por miedo a que la cogiera la policía. Pero no era el registro policial lo que mi tío quería esconder. Cualquiera que fuese el secreto, era tan grave o vergonzoso que no solo lo escondía de su madre, sino de toda la familia. Y en medio de eso estaba yo que, además de ocultarle algo a él, tenía que guardarle un secreto que no conocía. Como si el primero no pesara igual que un saco de cemento sobre mi cabeza. Como si no lloviera sobre ese mismo cemento con cada uno de aquellos «posibles embarazos» que Lucía anunciaba con demasiada frecuencia.

Decidí no preguntarle nada a Liz Cari, no quería la responsabilidad de otro secreto.

Aunque no me hacía camino, el primer día de clases pasé a recogerla. Una rubia con los labios rojos me abrió la puerta. Era ella. Se había cortado el cabello a la altura del cuello y echado más polvo decolorante que Marilyn Monroe para su película «Los Caballeros las prefieren rubias». Llevaba unas gafas de sol fucsias en la cabeza, de aquellas con los lentes pequeños y redondos que estaban muy de moda, pero bloqueaban poco sol, y una saya azul de uniforme que, sin haber llegado a la escuela, me atrevía a apostar que era la más corta del preuniversitario. Mi amiga me llegaba por los hombros, y tenía la misma cintura estrecha que Lucía; todas las curvas que a mí me faltaban. Más que su cabello, me extrañaron sus tenis nuevos y su olor, uno de esos perfumes que, aun siendo suaves, tienen la potencia de inundar toda una habitación, como los que yo solo le había olido a tía Nena.

—Entra, que todavía me falta pintarme el lunar —me dijo casi en un susurro—. No hagas ruido.

La casa estaba cerrada, todavía oscura, porque afuera apenas empezaba a amanecer. La seguí en silencio hasta el baño y ella encendió la bombilla. Dos toallas playeras, que parecían acabadas de estrenar, colgaban sobre la cortina de la bañera. En casi todas las casas de Romerillo lo más viejo y ordinario eran las toallas. En la mía teníamos una, que ya casi parecía un trapo, y la compartíamos mami, mi abuela y yo. El baño olía delicioso, y me tomó unos segundos identificar que el olor venía de la repisa, de los jabones con envoltorios delicados, los grandes pomos de champú, desodorantes y perfumes que, era obvio por sus embaces, venían del extranjero. Me estaba preguntando qué tan prolíferos eran los negocios de Lucía en Varadero cuando Liz Cari me aclaró la duda:

—Te tengo que decir una cosa, pero tu abuela no se puede enterar —dijo.

«Este es el secreto del que hablaba mi tío», pensé.

—¿Qué cosa?

—Una prima de Lucía llegó de la Yuma ayer por la mañana y está ahí en mi cuarto.

—¿De Miami? —susurré alarmada.

Mi tío no podía tener una extranjera en su casa, el Partido no lo permitiría, ni siquiera en esos tiempos. Era una organización tan estricta que, décadas atrás, les daba baja a los miembros masculinos con esposas o novias infieles. Si se descubría que el hombre era homosexual, la baja era inmediata. La defensa de la Revolución no podía estar en manos de los «flojos». Tanto había sido el prejuicio que, en la década de los sesenta, bastaba con ser un hombre homosexual, o practicar cierta religión, para ser reconcentrado por la UMAP[2] en alguno de los campos forzados de trabajo que se abrieron en el país, con la necesaria tarea de «reeducar» a los «flojos».

—No, de Texas —aclaró Liz Cari y sacó un lápiz negro de una bolsa de maquillaje que también era nueva.

—¿Y mi tío permitió eso? Lo van a botar del Partido —dije, convencida de que, si el visitante extranjero era del país enemigo que nos bloqueaba, la agravante se intensificaba.

—Únicamente si del Partido te pueden botar dos veces. —Liz Cari ahogó una risita irónica.

Resultó que a mi tío le habían dado baja desde el día que le hicieron el registro en su casa y él tuvo que prestar declaración con su mujer en la estación de policía. Ese era el gran secreto que escondía de la familia.

La señora que estaba en el cuarto de Liz Cari respondía por Toña. Era una prima segunda de Lucía que se había ido del país en el ochenta, en uno de

los barcos del Mariel. Luego de tantos años, Lucía la contactó, y reanudaron sus relaciones que, en realidad, nunca habían sido tan cercanas. Aprovechando que Toña acababa de enviudar, Lucía la invitó a pasar una semana en su casa, con la excusa de ayudarla en su luto, y el objetivo de recibir recompensa económica, aunque esto último no lo reconocería jamás. Su prima necesitaba ayuda en su tormento y quién mejor que ella, que en el pasado había sufrido ese mismo dolor, para reanimarla. Como era de esperar, Toña no se apareció en un país del tercer mundo con las manos vacías, y hasta una televisión a color les compró. No llegué a conocerla, pero Liz Cari me dijo que se pintaba las uñas de rojo tomate y rondaba los sesenta años. Mi tío nunca nos dijo nada oficialmente y, según su hijastra, el secretismo de la visita de Toña era por algo mucho más grande que Lucía se traía entre manos. Milagrosamente, la cosa nunca llegó a oídos de la China y mi abuela no se enteró, así como no se había enterado de que su primogénito ya no era militante del Partido.

Liz Cari se hizo un punto negro sobre su lunar encima del labio. Yo suspiré, con un cosquilleo en el estómago. Estaba segura de que, con mi tamaño y sus excentricidades, no pasaríamos inadvertidas el primer día de clases.

Una vez en la plaza, yo sumaba en la mente: cuatro más cuatro, más cuatro, más cuatro, más cuatro, y así, hasta llegar a cien; y luego restaba de cuatro en cuatro hasta llegar a cero, en lo que saludábamos a los estudiantes. Había muchos rostros nuevos de los campos y, en especial, del Central y Soriano, los poblados más cercanos. Cubanos a los que los habitantes de Romerillo llamaban despectivamente «guajiros», porque incluso en el último eslabón de cada estrato social, hay gente que tiene la inexplicable necesidad de diferenciarse. Pero, en general, los rostros conocidos eran mayoría, y el cosquilleo nervioso se me fue aliviando.

—Mira a Javier —me susurró Liz Cari, y señaló a un grupo de varones que conversaba alrededor de un banco de la plaza—. Vamos a saludarlo.

—¿De dónde tú los conoces? —pregunté.

Yo conocía al grupo de vista; habían estudiado en la otra secundaria del pueblo. Una cosa era conocerlos de vista, y otra ir a saludarlos como si fuésemos amigos de toda la vida.

—Del parque, mimi. Es que tú no vas al parque por las noches —dijo Liz Cari, condescendiente, y me agarró una mano, arrastrando mi cuerpo tenso en dirección al banco.

No solo la pescadería, la carnicería y los parques infantiles habían cerrado sus puertas en Romerillo. Locales como el cine y la librería se habían vuelto cosas del pasado también. Caminar por el parque central en medio de los apagones era todo el entretenimiento que les quedaba a los adolescentes.

—¡Hasta que por fin! Los niños lindos en mi escuela —dijo Liz Cari, y empezó a repartir besos entre el paquete de testosterona con espinillas y pinchos de gel en la cabeza.

Me quedé parada frente a ellos, con los brazos cruzados a la altura del pecho, y mirando a la multitud de la plaza como si estuviese buscando a alguien. La camisa azul claro era nueva y me daba picazón, sobre todo en los hombros, con el roce de las asas de la mochila, y aunque la saya era de uso y tenía la suavidad y conformidad del material gastado, me sentía incómoda, fuera de lugar. Lo único que me fortalecía era la gargantilla de estambre negro y el delineador oscuro de los ojos.

—Rubia, ¿tu amiguita no habla? —preguntó uno del grupo de cinco.

Hice como si no los escuchara, aferré los dedos a la gargantilla negra que yo misma había tejido y di un paso hacia la plaza, todavía buscando con la mirada a ese alguien que no iba a encontrar jamás, porque ni siquiera existía, y me lo había inventado porque no se me daba aquello de entablar conversación con desconocidos.

—Asere, a esta le comieron la lengua los ratones —dijo otro, y los demás se carcajearon. Liz Cari la que más.

Mi cara empezó a arder. Estaba a punto de expulsar lava por las orejas. «Imbéciles, —pensé—, cuatro más cuatro: ocho, ocho más cuatro: doce, doce más cuatro: dieciséis…».

Uno de los imbéciles acalló al resto.

—¿Cómo tú te llamas? —me preguntó.

La obvia generosidad de su voz me hizo mirarlo de súbito.

—Luz —titubeé, como insegura de mi propio nombre.

Él sonrió, y se le hizo un hoyuelo en un solo lado de la cara. La melena castaña, casi al límite de la etiqueta escolar, caía desmayada sobre sus ojos, que me parecieron dos grandes aceitunas tristes.

—Yo soy Javier —dijo y presentó a los otros, señalando a cada uno—. Yo te he visto por el pueblo —añadió, y se paró a un lado del banco.

—Es un pueblo pequeño —le respondí. No me atreví a decirle que nunca había reparado en él. Qué entretenida tenía que haber ido para no verlo. Era más alto que yo, de piel morena y hombros anchos, atractivo a simple vista: la explicación inmediata para que Liz Cari se cambiara de grupo.

—Es mi prima, cayó en la misma aula que nosotros —dijo Liz Cari, y se tiró todo el pelo a un lado. Se veía casi blanco al sol, soberbio, chocante con la piel morena y las cejas de alquitrán. Ahora resultaba que yo había caído en su grupo, cuando, claramente, fue ella quien se cambió al mío. Me mordí la lengua, para ocultar mi incomodidad.

El timbre sonó y corrimos a formar en un matutino, que no se diferenció mucho de los de la secundaria. Éramos alrededor de trescientos muchachos,

organizados por grados y grupos en la plaza. Javier era el más alto de los varones, así que quedamos al final de las hileras, uno al lado del otro. Liz Cari se volteaba a mirarlo y cambiaba el pelo de lugar con cada giro. Luego de izar la bandera y cantar el himno, los profesores nos dieron la bienvenida a los nuevos. Nos recordaron el bloqueo imperialista y la Ley Helms-Burton norteamericana (como si fuese posible olvidarse), y tocaron el timbre para ir a las aulas.

Detrás de los grupos de duodécimo y undécimo, los de décimo caminábamos hacia el edificio de cinco pisos. Una escalera abierta se cernía en el centro de este. Yo subía los peldaños abiertos, con una mano en la baranda, y la otra soldando el dobladillo de la falda escolar a mis muslos. A mi lado, Liz Cari se revolcaba el pelo oxigenado y hablaba sin parar, con excesivas risas dirigidas a Javier, pero que llamaban la atención de todos menos de él. Casi me arrepentía de haberla recogido y miraba hacia arriba, ansiosa por llegar al tercer piso, cuando, de repente, la vi. Era ella. La niña mulata, que ya no era una niña, y caminaba por un pasillo del último piso. Aceleré el paso entre los estudiantes. Cuando llegué al tercero, la había perdido de vista en el mar de uniformes azules. Liz Cari me alcanzó y me jaló por un brazo hasta nuestra aula, donde el profesor nos esperaba. Me senté en uno de los pupitres que ella escogió, detrás de Javier.

No recuerdo nada de lo que dijo el profesor esa mañana. Su voz se perdía en mis oídos en ecos monótonos, difusos. Había visto a la niña que no tenía nombre, por fin. Pero cada minuto que pasaba sentada en el pupitre me alejaba de la escena, de la realidad y, en poco más de tres horas, me convencí de que tal vez lo había imaginado.

La incertidumbre duró hasta la hora del recreo, cuando el fantasma de mi niñez se materializó frente a mí. Estaba sentada en un banco de la plaza con un grupo de chicas. Me senté en el banco más próximo mientras Liz Cari hacía la cola del manisero. Todas mis dudas se disiparon en ese momento. A diferencia de mí que, como decía mi abuela, me había ido en vicio creciendo, ella estaba casi del mismo tamaño. Un lápiz amarillo le sujetaba el cabello ensortijado en lo alto de su cabeza, y un rizo caía a un lado de su cara. Ahora podía ver bien sus pestañas largas, torcidas como caracoles en las puntas. Su rostro me pareció hermoso, mucho más que el que recordaba, ensombrecido por las lágrimas. En algún momento nuestras miradas se cruzaron; yo sentí un viento helado dentro de mí, ella siguió conversando y riéndose con sus amigas. Era claro que no me reconocía.

La inevitable egolatría de los años adolescentes había dejado muy atrás mis preocupaciones respecto a la niña, situándola en algún rincón de mi memoria, como una escena, quizás mal interpretada en el pasado. A esas alturas, ya sabía que el «Carlos asesino» había sido una invención de mis

miedos infantiles, pero la ausencia de la niña fomentaba mi terror a haberme inventado esa burda historia en su totalidad.

Que ella existiese no explicaba ni arreglaba el trauma pasado de mi niñez, pero esclarecía el límite difuso que tenía entre mis invenciones y la realidad. Yo había abandonado las terapias, porque volqué mis miedos en Carlos. Si todo había sido una mala interpretación, si me había equivocado tanto, quería saberlo. Quería, sobre todo, entender mis miedos del pasado.

En el momento en que Liz Cari compraba el maní, alguien gritó: «¡Los inspectores!» y el manisero y la señora coja de las melcochas cerraron los bolsos y se echaron a correr hacia el callejón, al fondo de la escuela. No se podía comercializar sin patente del Estado y, esas patentes, como todo lo demás, eran racionalizadas, porque supuestamente promovían los métodos del capitalismo. El manisero se perdió de vista, y la señora de las melcochas renqueaba por el callejón con su bolso al hombro.

Una de las adolescentes del banco del lado llamó «Yamila» y la niña mulata contestó. Era, por fin, una niña de carne y hueso, con un nombre.

—Acuérdame mañana pagarle al manisero —dijo Liz Cari en cuanto se acercó—, no me dio tiempo a darle el dinero.

Asentí con la cabeza y abrí el cucurucho de papel periódico que me acababa de entregar. Para mi desencanto, el maní estaba medio quemado. Sin quitarle la vista a Yamila, mis dientes molieron los granos, la sal se mezcló con el amargo, y tragué, resignada.

Mami insistió en que lo mejor era preguntarle a Yamila y quitarme todo aquello de arriba de una vez. Pero yo no me atreví. ¿Qué se suponía que le iba a decir a aquella chica risueña, siempre rodeada de amigas? «Hola niña mulata de pestañas largas, tú no me conoces, pero yo tuve un trauma por tu culpa, pensando que mi psicólogo te había abusado y descuartizado, y si no fue nada de eso: ¡Dime! ¿Por qué me advertiste de tu odio aquel día?». Lo único que iba a lograr con eso era hacer el ridículo y ganarme un motín de las niñas de su grado, y yo ya bastante tenía con mis rarezas. Estaba aprendiendo a drenar mis angustias con manías mentales que, por lo general, consistían en cuentas interminables, o evitar acciones o cosas, cosas que los demás no percibían. Solo me quedaban dos manías de comportamiento que no podía evitar: la de soltar lo sucio por la boca y la de frotar las superficies con las yemas de los dedos. La primera la hacía en forma de suspiros, y la gente no lo notaba. La segunda sí era más difícil de ocultar, aunque no llamaba mucho la atención, pasaba por una costumbre. Ahora que aquello de esconderlas me estaba funcionando mejor en el pre, no quería estropearlo y ganarme el cartel de rara allí también.

No demoró para que Liz Cari y Javier comenzaran a besuquearse por todos los pasillos del edificio, mientras yo esperaba a que ella lo dejara, como

hacía con todos sus novios. Pero eso no pasó, y tuve que acostumbrarme a ser la tercera rueda de su relación.

Javier no era de hablar mucho, pero cuando lo hacía sonaba inteligente sin parecer pretencioso, lo que, combinado con sus habilidades en el básquetbol, le ganaban el respeto de los demás varones. Tenía una paciencia a toda prueba, soportando o ignorando las inmadureces de Liz Cari, sin aprobarlas, pero sin llegar a desdeñarlas. Esa apacibilidad de su carácter, que rayaba con la indiferencia, la mantenía a ella en un estado de conquista permanente. No era una batalla contra la constante seducción de otras chicas, porque de más está decir que ese terreno ella lo creía netamente controlado. Era una competencia con algo mucho más enigmático e intocable, algo a lo que no se le podía arañar la cara, o jalar los pelos cuando se atravesaba entre ambos. Era una lucha para ganar terreno en los pensamientos que lo retraían, para conquistar ese espacio reducido a ideas inteligentes, capaces de robar toda la atención que ella quería para sí.

Tampoco demoró para que las niñas del aula quisieran gargantillas y pulsos tejidos como los míos. La voz se corrió por el pre, y fueron tantos los encargos, que me lo tomé en serio y empecé a cobrarlos. Tejía los fines de semana y todas las noches, aunque la chismosa me tiznara la nariz. Aun así, no daba abasto con los encargos de gorros tejidos que se pusieron de moda en el pueblo, muy a pesar del calor.

Al mediodía nos daban dos horas para ir a almorzar a casa antes de las clases de la tarde. Siempre encontraba a mi abuela en la cocina, así que me sorprendió verla meciéndose en un sillón del portal.

—¿Qué hay de almuerzo? —le pregunté.

—Tocino —respondió a secas.

Yo solté una carcajada, admirada de su buen humor. Pero no hay nada más eficiente que una duda para crear una esperanza; la boca se me hizo agua y el estómago rugió, emocionado, ante aquella palabra que sonaba deliciosa. Tiré la mochila en el sofá y corrí a revisar las cazuelas.

Cuando entré no olía a nada, ni siquiera a queroseno, y las calderas secas reposaban una sobre otra en la jaula de la ventana. Abrí el refrigerador y me quedé mirando la bolsa de yogurt de soya a medias, el jarro de aluminio con nata para hacer mantequilla, el pedazo de calabaza cruda, y los dos huevos que nos quedaban como si pudiese interrogarlos hasta que hablasen.

—¡Cierra la puerta que se le va el frío! —gritó mi abuela detrás de mí, tan alto que salté en el lugar, como si hubiese disparado un tiro.

—¿Y el almuerzo? —pregunté con tacto.

—¿Dónde está? ¡Te lo comiste todo tú sola! ¿Y ahora que van a comer tu tía y tu mamá? —vociferó ella. Tenía la mirada en mí y la vista en otra parte.

Furiosa, empezó a levantar los calderos vacíos. Lo único que se me ocurrió fue ir a buscar a mi tía Margarita. La encontré en su cuarto, encorvada sobre la máquina de coser, con el cigarro en la boca y las manos en la costura; no sé cómo lo hacía. Le dije que mi abuela no estaba bien y ella se levantó de mala gana. Cuando entramos a la cocina, los dos huevos hervían en un jarro sobre el fogón y mi abuela escogía el arroz. Dijo que se le había hecho tarde para terminar el almuerzo y convenció a todos de que se sentía bien, mejor que nunca: «Son exageraciones de Luz», repitió, hasta que yo misma casi me convencí de que todo estaba bien. Pero ese había sido solo el principio de olvidos frecuentes, que ella continuaría tratando de enmascarar sin éxito en el futuro.

20

Diciembre llegó con grandes sorpresas para mi abuela. Fidel declaró feriado el día veinticinco, y el pueblo se preparaba para recibir al papa Juan Pablo II. Luego de más de treinta años de prohibiciones, el país retomaba las celebraciones religiosas, y en las tiendas por dólares se puso en venta toda la parafernalia navideña que antes se nos había negado. Saqué mi arbolito y, con un sabor agridulce, desempolvé las bolas rojas que tantos recuerdos y dudas me traían de la Alemana. Mi tía hizo una base de algodón que parecía nieve, y se puso muy fea cuando las moscas la confundieron con un inodoro gigante.

Pero diciembre llegó, también, cavando huecos en la memoria de mi abuela. Cada vez eran más frecuentes sus olvidos y más visible su demencia. Luego de casi cuatro décadas, había armonía entre sus ideologías políticas y religiosas, aunque no del todo, porque hay miedos que se quedan, incluso cuando sus detonantes se han ido. «¿Seguro, Luz? ¿Seguro que Fidel va a celebrar la Navidad?». «Sí, abuela, sí». «¿Y es verdad que viene el Papa?». «Sí, viene». «¿Cuándo?». «En enero, abuela, en enero».

Ella pasaba días con una actitud mustia, a la que nos tomó tiempo acostumbrarnos. Sus comentarios irónicos y reproches calculados iban siendo reemplazados por un silencio manso que, a veces, explotaba en arrebatos delirantes; como un animalito asustado que se defiende a garra ante la menor sospecha de peligro.

Discutía menos, pero cuando lo hacía se volvía una fiera. «¡Eso te pasa por puta!», me gritó un día que se me rompió un plato.

Por lo demás, mi abuela continuaba funcionando en sus labores domésticas con mínimos accidentes. Así de fuertes son las rutinas que, en su caso, parecían ser lo único que le hacía frente a la demencia. Eso sí, teníamos que asegurarnos de que cerrara la llave cuando se llenaban los tanques del patio y, sobre todo, el de la cocina, porque ya más de una vez el agua había llegado a la sala, hasta los muebles rojos.

Como el médico había insistido en mantener sus rutinas al máximo, mami desistió de llevarla a la misa de Santa Clara, por miedo a que el viaje fomentara su confusión. La China no se atrevió a ir sola, así que la vieron desde mi casa, en el televisor en blanco y negro, porque hay cosas que no necesitan colores para verse bien: «Juan Pablo, amigo, Cuba está contigo». El Papa paseaba en su urna de cristal por las calles, que emparcharon para su visita, y hablaba de la familia. Mi abuela asentía desde su sillón. «La familia, China, la familia es lo más importante». No sospechaba que su armonía familiar se desvanecería antes de que terminara la misa, justo por el eslabón

que ella creía más seguro.

Yo me había pasado la tarde limpiando la casa y ya estaba secando el portal de atrás, para luego sentarme a tejer, cuando mi tío se apareció en su bicicleta. Estaba sudoroso y pálido, como el día que el dentista le extrajo la muela sin anestesia.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Él recostó la bicicleta al lateral de la casa y caminó sobre el piso húmedo, hasta la cocina.

—Ve y cierra la puerta del frente —me dijo.

—¿Por qué?

—Es Lucía, que anda gritando como una loca —me explicó, en un susurro, cuando pasé por su lado en dirección a la sala.

Justo cuando alcancé la puerta, Lucía llegaba con un maletín al hombro. Recostó la bicicleta al tronco del almendro y sacudió al aire el arcaico maletín. Los viejos uniformes del correo y la ropa de mi tío se desparramaron por el portal, sobre las cuarteaduras que las raíces del almendro habían provocado en el suelo de cemento, donde formaban bifurcaciones tan intricadas como sus propias ramas.

—¡Ahora sí van a saber quién es el farsante de Raúl! —gritó.

Mi abuela y la China se levantaron de los sillones al unísono, con los gritos histéricos de Lucía, y mi tía Margarita salió corriendo de su madriguera. Incluso los vecinos más creyentes silenciaron la misa y salieron a sus portales sin el menor disimulo.

Marta, la señora del frente, fue la primera en salir. Era una mujer voluminosa, en esa condición confusa entre la gordura y la obesidad. También su hijo Amaury era un muchacho fornido para sus trece años, cosa que no hacía mucho sentido con las peripecias que enfrentaban, desde su estrepitosa caída en desgracia un tiempo atrás. El padre de familia había sido un respetado profesor con un prestigioso cargo administrativo en Educación Municipal, y un salario que no le alcanzaba para satisfacer el indiscutible apetito voraz de su familia. Un día, en pleno Período Especial, observamos perplejos cómo cambiaba por bloques las tablas enmohecidas de sus paredes, y la techumbre desvencijada por placa de hormigón. El congelador estaba lleno de carne de res el día que la policía les tocó la puerta. Se rumoreaba que otro dirigente de mayor rango lo delató, por aquello de que el pez grande se come al pez pequeño. Por casi dos años, Marta había soportado con impavidez la acusatoria mirada de mi abuela y, en aquel momento, le brillaban los ojos, convencida de que, por fin, había llegado su hora.

—¿Qué tú dices, Lucía? ¿Qué locura es esta? —demandó mi abuela.

—¡A tu hijito revolucionario le acaba de llegar una visa *fiancé*! —soltó Lucía, con una carcajada nerviosa.

—¿El qué? —preguntó mi abuela.

—Pero si Raúl es del Parti… —dijo mi tía.

—¡Era!!Era! —la interrumpió Lucía, agitando las manos sobre la cabeza, como si estuviese a punto de caernos a golpes a todos—. Cuando nos hicieron el registro lo botaron del Partido como a un perro. Pero claro, el hijito modelo de mamá no quería que ella se enterara.

—Pero una visa *fiancé* es un compromiso de matrimonio —intervino mi tía Margarita—, ¿qué sentido tiene eso si Raúl está casado contigo? —Con su cigarro a medio fumar, mi tía puso los ojos en blanco y se sentó en un butacón de la sala.

—Cuando Toña vino, nos divorciamos de papeles —le aclaró Lucía a su cuñada.

—¿Que qué? —preguntó mi abuela, y se agarró al espaldar del butacón donde se había sentado su hija.

—¿Qué Toña es esa? —Se alarmó la China, con la frustración de quien ha sido traicionada.

—¡La puta que acogí en mi casa! El trato era que ella lo sacara del país, para que luego me sacara él a mí. Y ahora me sale con que está enamorado de esa vieja verde, y que se van a casar de verdad. —Lucía le dio una patada al maletín y miró al pasillo—. ¿Dónde está ese hijo de la gran puta?

Se estaba pasando. ¡Qué despropósito ofender a mi abuela! Una mujer que se enorgullecía de sus años de castidad. Me hervían las orejas de rabia con los recuerdos de Lucía revolcándose con el Uno a pocos pasos de mí. «Tú no eres nadie para decirle puta a mi abuela», quería decirle yo, cuando, de repente, mi abuela comenzó a gritar incoherencias. Otra vez tenía la mirada cerca y la vista lejos, como poseída, fuera de sí.

—¡Mentira, Rosa, mentira, Ramón no se va! —aulló sacudiendo a Lucía por los hombros—. ¡Mentira, Rosa! ¡Mentirosa!

Mi abuela parecía poseída por una fuerza sobrenatural, y no logramos quitársela de encima a la nuera, hasta que Marta y Amaury cruzaron la calle y nos ayudaron con sus potentes brazos. Lucía se calló de una vez, y mi tío Raúl salió de su escondite para calmar a su madre.

A partir de ese día, los olvidos de mi abuela se hicieron tan frecuentes que había que repetirle las cosas todo el tiempo, una enésima vez para nosotros, otra primera vez para ella. El médico nos dijo que la demencia estaba progresando a pasos agigantados. Explicó que confundir el presente con el pasado era parte de esa enfermedad, que lleva y trae la memoria a su antojo; hasta que, por fin, un día, no la trae más, la deja para siempre allá, en cualquier otro tiempo, en cualquier otro lugar.

Y en algún otro tiempo o lugar estaba mi abuela el día que su primogénito se fue del país. Luego de la despedida, se quedó sin decir nada,

en el portal donde pasaba las tardes con la China desde que se fracturara la cadera. Estuvimos cargándola de un lado a otro, hasta que, por fin, nos tocó el préstamo de una silla de ruedas en el policlínico. Su espíritu argumentativo se había perdido en el cuerpo de una criatura incapaz de conectar las palabras correctamente. Decía incoherencias y, a toda hora, llamaba a mi abuelo Ramón y a una tal Rosa que no conocíamos. Mami y mi tía la cuidaban por las noches, y por el día, nos repartíamos entre todas, con la ayuda de la China, que lo hacía sin cargo, bajo la promesa de un sueldo que mi tío le enviaría en cuanto encontrara trabajo en el extranjero.

A pesar de los escándalos y ruegos de Lucía, mi tío la dejó, con la misma facilidad con que se afeitó el bigote de toda una vida. Cada una de las muchas veces que lo cuestionaron, se defendió con una única respuesta: el amor no tiene edad y yo me enamoré de Toña.

Mi tío se fue y su madre no se enteró; la vida siguió igual para ella en su mundo despojado de memorias. Suerte que no tuvo mi tía Margarita, a quien las memorias de antaño que destapó la partida le estropearon su ya muy mancillada existencia.

—Era otra época, Margarita, yo hacía todo lo que la vieja mandaba —balbuceó el *fiancé* en el Chevrolet negro que lo llevaba al aeropuerto.

—¿Las mías también las guardó? —preguntó ella, incrédula por lo que su hermano le acababa de confesar.

—Sí, no eché casi ninguna carta en el buzón. ¡Te lo juro que pensé que era por tu bien! —gritó, con la cabeza fuera de la ventanilla, cuando el conductor arrancaba.

Antes de que la máquina se perdiera de vista, mi tía corrió al cuarto de su madre con el fin de revolcar sus entrañas. Frente a los ojos pavoridos de la mía, lo tiró todo al piso: las gavetas de las mesitas de noche, las ropas del escaparate, los papeles viejos, las cajas de medicinas, las cosas que nadie nos toca sin autorización, hasta que morimos o perdemos el juicio. Mami observaba sin intentar detenerla. Mi tía revolvió y revolvió hasta que, por fin, lo encontró.

No se preocupó ni por buscar la llave de la cerradura, lo tiró con todas las fuerzas que le quedaban a su cuerpo menudo.

Lo reconocí enseguida: el cofre de madera, el cofre del diablo. Pero ¡qué pequeño era! Mucho más pequeño de lo que recordaba. ¿Cómo podría caber tanto ahí? El futuro y el pasado; el amor y el dolor, el dolor de mi tía, que era más grande que todo. Al tocar el piso, reventó por la mitad con el cansancio de un coco seco y polvoriento. Un aro dorado rodó por el suelo hasta chocar con mis pies, y resplandeció en el cuarto oscuro, con un rayo de luz que se entrometía por las rendijas de las tablas. Era poca luz, pero suficiente para revelar el lado más oscuro de mi abuela. Las manos de mi tía llegaron a mis

pies primero que las mías.

—*Untrennbar* —leyó en la parte interior del anillo—. Inseparables —dijo, con una sonrisa amarga, que concluyó en carcajada estridente.

Me pasó el anillo de compromiso y lo aseguré en mi mano, sin intentar buscar las palabras correctas, porque no creí que las hubiese. ¿Qué podría decirle a una persona que acababa de descubrir que su futuro había sido robado? ¿Qué decir cuando a alguien le detienen su historia para reescribirle otro final?

Lo mismo debe de haber sentido mami, quien se limitó a recoger todos los papeles regados en el piso.

—Son cartas, mi hermana, muchas cartas —dijo por fin.

21

Berlín, 21 de junio de 1990

Mi Marga:

Me quedo triste con tu última carta y quiero decir que tienes razón, no me debo de quejar de que no escribes, debe de ser lo que tú dices, que lo interceptan todo, ahora que sucedió lo que sucedió. Hasta cuesta creer que no les hayan dicho nada todavía de lo que sucedió con el muro. Bien, aquí las cosas mejoran y, además del trabajo nuevo en la universidad, sirvo clases los fines de semana a un señor alemán con negocios en España. Günther cumple un año y te extraña, como yo. Te envío una foto y verás, no es el cachorro chico que dejaste. ¿Te acuerdas de cuando lo recogimos en casa de Gretnchen? Ella siempre te envía saludos. Mi Marga, espero que esta carta llegue y no olvides yo soy un hombre de palabra y que te ama mucho. Mit Liebe,

Rolf

—El diablo… ¿Eso te dijo Caridad? —volvió a preguntar mi tía.

El viento gélido se colaba por las persianas que ella se negaba a cerrar en las noches frías, y los carretes del casete de *Modern Talking* daban vueltas en la grabadora. Acurrucadas bajo la colcha, escuchábamos las canciones en inglés que después de tantos años continuaban emocionándonos sin que entendiésemos la letra todavía.

—Sí, el diablo —le contesté, huyéndole a la bocanada de humo que, como tantas otras, se impregnaría en las paredes del cuarto, alumbrado por la única lámpara dorada que aún funcionaba.

Con los años, me había olvidado del cofre, pero no del escalofrío que heló mi cuerpo pequeño, tras la respuesta de mi abuela. «El diablo», había dicho ella.

Mi tía llevaba meses releyendo las cartas, sacando cuentas, organizando fechas, descifrando los motivos retorcidos de su madre. «¿Por qué no fui yo misma al correo?», se lamentaba, «¿cómo iba a saber que, además del cartero, tenía al diablo en casa?»; esto último lo decía mirando de soslayo a mi abuela, que no se enteraba de nada. «¿Por qué, Caridad? ¿Por qué hiciste esto conmigo?». «Para, mi hermana, para con eso. Mamá no se acuerda ni de su nombre». Ni del de ella ni del de nadie. A su hija mayor le decía Nena, y a la menor, mamá.

El día que descubrimos la verdad, mi tía no hizo más que reírse a carcajadas. Eran muchas cartas, sobre todo, las que ella misma escribió y nunca llegaron a Alemania, porque mi tío no las echó en el buzón. Leía frases

en voz alta y se interrumpía con una risa histérica que perforaba mis oídos. Era la risa del desquicie, de la poca cordura que le quedaba. Mi tía se carcajeaba en el cuarto, mi abuela hacía eco de su risa nerviosa en el portal, y yo encontraba sobres con mi nombre.

—La Alemana —murmuré.

Pero si en aquel entonces yo tenía siete años, el diablo de mi abuela tenía que ser más viejo que las cartas de Rolf y la Alemana. Comencé a buscar entre los sobres cerrados, determinada a encontrarlo, pero fue mami quien lo encontró y levantó al aire el legajo amarrado con una goma amarilla.

Miami, 5 de agosto de 1980

Querido hermano:

Esta es la tercera carta que te escribo sobre lo mismo. Aunque sea para decirme que no, necesito que me contestes. No entiendo por qué te has negado a contestar mis cartas todos estos años. Me imagino que, por miedo a la situación política, pero los tiempos han cambiado. Ya son ochenta años, Ramón. ¡Deja de ser testarudo! ¿Cuántas oportunidades como esta te va a dar la vida para sacar a tu familia de ese hueco? Perdona lo dura que fui contigo y con Caridad cuando salí de Cuba; yo era muy joven y muy apegada a Rosa. El barco del que te conté ya ha dado varios viajes sin problemas, es muy seguro. Por los muchachos, Ramón, mándame un número de teléfono al que te pueda llamar para explicarte todo. No demores, no sabemos cuánto va a durar esto. Espero tu respuesta. Tu hermana,

Nena

—Papá nunca supo que tía Nena le escribió todos esos años —me dijo mami entre sollozos, y la frente se le arrugó, como a la de una mujer mayor—. Decía que su única hermana lo había olvidado. —Se sacudió la nariz y enjugó las lágrimas con la tela de su pulóver—. Y pensar que yo le creí a mamá que él se había ofendido con lo del Mariel; Margarita tenía razón, papá ni siquiera lo supo —concluyó, señalando a su hermana, que se reía a carcajadas leyendo otra carta.

—¿Y esto qué es? —pregunté, desdoblando un papel amarillento con cuños y firmas.

Mami cogió el deteriorado documento y, luego de una ojeada rápida, habló:

—Es la certificación de matrimonio de mamá y papá. Nunca la había visto.

—¿Y por qué abuela la tendría en este cofre?

—No sé, ella decía que fue el día más feliz de su vida, el día que se casó.

Luego de la demencia, nos referíamos a mi abuela como si fuese dos personas: una demente vigente y una cuerda ausente.

«Qué raro», pensé. ¿Por qué guardaría ella el día más feliz de su vida junto con las cosas que más abominaba? Escrudiñé en el documento en busca de una respuesta.

Mi tía no se daba por aludida con nuestra conversación; estaba inmersa en otro tiempo. Las venas le sobresalían en la piel de las manos que sujetaban la carta, cual mapa de ríos verduzcos y azulados.

Berlín, 30 de julio de 1990

Mi Marga:

Este mes tampoco recibí cartas tuyas y me siento un poco desorientado. Me garantizan vacaciones en diciembre, así que quiero que empecemos a planear mi viaje y la boda. ¿Qué sucede que no me escribes? Tengo tanta nostalgia. Pienso en la vez primera que te vi en la textilera, cuando me puse tan nervioso que se me confundió la lengua traduciéndole a los cubanos. ¿Te acuerdas? Tu alegría fue lo que me enamoró, la alegría contagiosa que ilumina todo. El mes que viene hace un año de no vernos y el corazón se aprieta cuando recuerdo lo rápida que fue tu partida. Rápido también cambian las cosas acá. Quiero mucho traerte para que veas. ¿Puedes creer que conocí otro primo? Bueno, lo volví a conocer, no lo recordaba, yo tenía cinco años cuando levantaron el muro. Por lo demás no hay mucho que contar, solo espero que tus cartas lleguen rápido. Mit Liebe,

Rolf

—1961 —dije, y mami hizo un gesto interrogativo con la cara—, esta certificación de matrimonio tiene fecha de 1961 y mi tío Raúl nació en el sesenta, ¿entiendes? Tía Nena dijo que mi abuela estaba embarazada cuando ella se fue en el cincuenta y nueve.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué se iban a casar cuando Raúl tenía un año?

—Aquí lo dice claro: 1961—advertí—. Mi abuela no se casó virgen, como nos repetía todo el tiempo. Escucha esto: *Yo sé que Caridad me guarda rencor por haberme puesto del lado de mi cuñada, pero ya Rosa se murió, mi hermano; vamos a dejar el pasado atrás. Tus hijos con Caridad son sangre de mi sangre, y lo que importa es la familia.* ¿Quién era esta Rosa? Abuela la llama día y noche.

—Cuando mamá y papá se conocieron, él era viudo de una mujer con quien nunca tuvo hijos. Esa tiene que ser Rosa, su primera mujer. Pero ¿por qué tía Nena se iba a poner del lado de Rosa? ¿Cómo, si cuando mamá

conoció a papá ya él era viudo?

—Bueno, eso fue lo que abuela nos contó —dije, mordiéndome el labio, recordando aquellas palabras que gritó tía Nena debajo del almendro antes de irse: «Cuando quieran oír la verdad, llámenme».

—Solo una persona puede aclararnos esta historia.

—Tía Nena —dije yo, y mami asintió con la cabeza.

La música se ralentizó y la voz del cantante de *Modern Talking* se distorsionó, como si cantara debajo del agua. Mi tía sacó el casete y me pasó un lapicero de casquillo rojo y mordisqueado.

—Esa parte está tan machucada que si rebobino con la grabadora se parte la cinta. ¿Ya le escribiste a la Alemana? —preguntó.

No. No le había escrito. No sabía cómo se le explica a alguien que tu tío y tu abuela crearon una red de intercepción de correspondencia internacional que duró décadas. Además, la Alemana me había enviado doce cartas en un año, y de las doce, nueve tenían direcciones distintas. No albergaba esperanzas de que todavía estuviese en la última dirección.

—Todavía no —respondí. Le di un último giro al lapicero en el hueco del casete, y lo puse de vuelta en la casetera. Arrancó por el final de la misma canción.

La música continuó y se oía bien, una vez dejado atrás el tramo de la cinta machucada. Creo que así es la vida, la vida continúa. Ojalá mi tía Margarita lo hubiese entendido. Mi tía se negó a continuar. Se desentendió de todo, en especial de mi abuela: «Para mí se murió», nos repetía. Aseguraba que, si de ella dependiese, la llevaría a pudrirse en el escalofriante espectáculo en que se había convertido el hogar de ancianos de Romerillo, entre aquellos cuerpos gastados y esqueléticos, semidesnudos, sobre camas sin sábanas.

Mami estaba exhausta; le tocaba mal dormir con la suya todas las noches, y le aterraba que mi tía volviera a una de sus crisis en las que se tiraba a morir en la cama. No la habíamos visto derramar ni una sola lágrima. No lloró el día que abrió el cofre, ni al otro día, ni al mes, ni al otro mes. Alertado por mami, el psiquiatra le cambió el tratamiento, pero no le ayudó o, tal vez, nunca lo tomó. Vendió la cristalería que quedaba en la vitrina para comprar nicotina, y apenas tocaba la comida, aunque, con la escasez y la torpeza que teníamos nosotras en la cocina, a cualquiera se le quitaban las ganas de comer en mi casa. Atrás habían quedado los tiempos en los que con tan solo un diente de ajo y un poco de cilantro del patio mi abuela mejoraba considerablemente la peor de las comidas, como si de magia se tratase.

Mi tía dormía por la tarde, y no pegaba ojo de noche; les echaba la culpa a los apagones, a que era imposible dormir con el calor y los mosquitos. Pasaba horas releyendo las cartas y encendiendo un cigarro con otro. Sus uñas estaban cogiendo el tono amarillento que deja el tabaco en los dedos del

fumador. Los encargos de costura se amontonaban por el piso del cuarto, y las cosas quedaban donde caían, como las hojas de los árboles en el campo. Nada le molestaba, nada le importaba, nada la alcanzaba allá en el pasado, adónde se había ido.

Berlín, 3 de octubre de 1990

Margarita:

Son las diez de la noche y me siento a escribir con terrible dolor. Hoy fue el Día de la Unidad Alemana, que comenzó a celebrarse este año. Una fiesta grande, fueron todos los amigos. ¿Te acuerdas de Elsa, la cubana casada con Bruno? Ella también fue. Elsa dice que se comunica con su familia en la Cuba todos los meses. No te imaginas cuánto dolor siento. Hasta Günther mira con ojos tristes. ¿Por qué dejas de escribirme? ¿Por qué dices que las cartas no llegan? Entiendo que estar en tu país, con la familia, te quita los deseos de regresar a este lugar frio e incierto, y hasta que me has olvidado con la distancia; pero que me ignores, no lo entiendo. Necesito respuestas y me digas qué sucede, por favor, por los momentos lindos, déjame saber qué ha sucedido. Mit Liebe,

Rolf

El casete se terminó, y mi tía sacó el de Nino Bravo de la caja que ponía «Mozart A» y «Mozart B» en sus respectivas caras, una estrategia de camuflaje con la que aprendimos a esconder el arte de los artistas prohibidos. A veces, ni siquiera sabíamos la razón de la censura, aunque con Nino sí nos quedaba claro: se había atrevido a cantarle a los horrores de un muro que tanto habíamos defendido. Mi tía presionó *play* y bajó el volumen. Era un volumen demasiado bajo para una voz tan poderosa. Lo escuchábamos en silencio, bajo la luz tenue de la lámpara, entre las cortinas blancas que bailaban con el viento. Casi libres.

Tía Nena nos había contado todo por teléfono. Estaba mayor y no fue fácil convencerla de que mi abuela había perdido la memoria. «Es que no quiero problemas con Caridad, es más mala que la mismísima sarna», nos advirtió.

Por fin contó que, a los dieciocho años, mi abuela era empleada en la casa de su hermano Ramón y su primera esposa, Rosa: un matrimonio que no dio hijos. «Rosa la acogió como a una hija. Los años fueron pasando, y todos nos creímos el cuento de que Caridad se había quedado solterona para trabajar y cuidar a su madre enferma», nos dijo. En el cincuenta y nueve, luego del triunfo de la Revolución, el matrimonio planeó la huida del país con Nena y su marido. Pero, poco antes del viaje, Rosa descubrió que Ramón y su

empleada eran amantes. Convencida de que una vez en Miami mi abuelo no volvería a verla, Rosa perdonó el desliz y continuó con lo planeado. «Pero unos días antes del viaje, Caridad soltó la bomba: estaba embarazada de Ramón. Se lo gritó a Rosa en la cara, dijo que llevaban quince años de amoríos». Entonces, Rosa, que era una mujer «muy, muy buena», decidió perdonar a Caridad también, llevarla para Miami, y permitir que su esposo reconociera al bebé y le diera soporte económico.

—¿Y qué pasó? —preguntamos nosotras tres, que teníamos el oído clavado al auricular del teléfono recién instalado en el almacén de la bodega.

La llamada tenía buena conexión, pero la voz de Tía Nena había perdido vigor con los años. Mi tío Raúl la había contactado para que nos aclarara el pasado y, de paso, lo alojara en su casa porque Toña resultó estar más loca que una cabra. Para su sorpresa, cuando la encontró, Nena estaba postrada por los achaques de la vejez, y sus hijos acababan de instalarla en un hogar de ancianos. Según contó mi tío, compartía cuarto y baño con otra octogenaria. En la pared que le correspondía, ostentaba cuadros con fotos de su vida: de los numerosos viajes, fiestas y cenas con su difunto esposo, hijos y nietos. También había una foto de su niñez, de cuando creció en una hacienda próspera en una isla verde, a más de noventa millas, con sus padres y su hermano Ramón, quince años mayor. Una fotografía de los tiempos en que era ella la más chica, la Nena de la familia.

—Todo estaba bien hasta ahí, el problema fue cuando la noche antes, a Caridad le dio un ataque de rabia, y dijo que ella no se iba de su país, y que Rosa y yo éramos unas malagradecidas que merecían ser denunciadas con los barbudos, por contrarrevolucionarias y gusanas —dijo tía Nena.

—Me imagino a Mamá, ella siempre con Fidel —comentó mami.

—Fidel ni Fidel —masculló tía Nena como si mascase un chicle amargo —. Ese amor a la Revolución Caridad se lo inventó a partir de ese día, porque sabía que mi hermano no iba a dejar a su bebé atrás. ¿Cómo no iba a defender a Fidel? ¡Si le hizo su sueño realidad! Separó a Ramón de Rosa. Por lo menos, yo me fui con mi esposo y mis hijos, pero mi cuñada no tenía a nadie. La pobre murió vieja y sola aquí, con la vergüenza de que Ramón se quedó con la criada. Caridad se encargó de envenenar a mi hermano contra nosotras, y de defender al Comandante, que se ensañó con la vida de los ricos para que la vivieran los pobres… ¡nunca mejor dicho! Todo eso, con tal de mantener a Rosa bien lejos de Ramón.

—Toda su vida nos hizo el cuento que le dio la gana —interrumpió mi tía Margarita.

—Por eso Ramón y Caridad no se pudieron casar antes, sobrinas, porque los papeles del divorcio con Rosa no estuvieron hasta el sesenta y uno — concluyó la vocecita, que empezaba a apagarse, al otro lado del teléfono.

La corriente se fue, y con ella la luz de la lámpara dorada y el tema *Libre* de Nino Bravo se quedó a medias en la grabadora. Mi tía encendió la chismosa y, con la flama, otro cigarro.

—¿Tú crees que se liberó? —me preguntó, después de la primera calada.

—¿Quién?

—El de la canción de Nino Bravo, el alemán.

—No —respondí, encogiendo los pies que se me habían salido de la colcha, y empezaban a entumecérseme de frío.

—¿Por qué? —insistió ella.

—¿Cómo que por qué? Porque lo mataron, porque no llegó al otro lado del muro.

—Tal vez él sí llegó —dijo mi tía. Tenía los ojos clavados en las manchas prietas del techo—. Eso tienen los muros bien altos, Luz: no sabemos exactamente qué hay al otro lado, no sabemos adónde vamos a llegar.

El viento agitó las cortinas blancas en todas direcciones y apagó la chismosa. El cabo del cigarro ardía a rojo vivo en la oscuridad.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué muros? —le pregunté.

—Nada, tengo tanto sueño que ya no sé ni lo que digo.

—Pero, si tú no duermes por la noche —le recordé.

Mi tía se levantó y volvió a encender la chismosa con un fósforo.

—Esta noche es especial —dijo.

—¿Por el frío?

—Tal vez. —Dio otra calada al cigarro y exhaló al techo—. Y porque no hay noche igual que otra. Son como la vida, no se recuperan.

—Tú dices unas cosas… —le dije, alcanzando la puerta.

—Luz.

—¿Sí?

—Déjala abierta.

Berlín, 22 de diciembre de 1990

Mi Marga:

Perdona por la última carta. Ya sabes, la desesperación hace decir cosas ridículas. A veces paso noches sin dormir, me pregunto si te sucedió algo, aunque me convenzo de que la familia avisaría. Te extraño mucho, Marga. Ya sabes cómo es el invierno, no ayuda a olvidar. Desespero porque no sé qué hice yo para que me trates de tal modo, para que me olvides y me ignores. El lunes salgo para Zehlendorf con Roth. Vamos a pasar la Navidad con familiares, que nos siguen apareciendo. No te cuento más, ¿será que lees mis cartas? Si la lees, por favor, contéstame, aunque sea para el final. Mit

Liebe,

Rolf

El frío del patio se me coló, por la lana desgastada del abrigo, hasta los huesos. Encogí los hombros y resguardé los dedos helados en los bolsillos. Las estrellas resplandecían a montones en la oscuridad del cielo. La luna llena se levantaba sobre el pueblo apagado, plateada y soberbia, como divertida de que tampoco Romerillo tuviese luz propia. «Qué noche tan linda», pensé.

Mi casa estaba en silencio. Lo bueno del invierno era que mi abuela no se despertaba con los apagones; en el verano, en cuanto se paraba el ventilador, empezaba a gritar para que la sacaran de la cama, y despertaba a todo el barrio. Me quité los zapatos cuidadosa de no hacer ruido, y me colé debajo del mosquitero con el abrigo puesto. La colcha fría se fue calentando con mi cuerpo en lo que me dormía.

Me pareció que había acabado de cerrar los ojos, pero eran, en realidad, cerca de las dos de la mañana, cuando escuché los gritos de la China; los gritos que no se irán nunca de mi cabeza porque eran como brasas traspasando mis adormecidos miembros.

—¡Candela! ¡Candela! ¡Candela!

Santa Clara, 2012

Mario me llevó a una oficina de ETECSA, la compañía telefónica, para ponerle a mi teléfono una línea que lo hiciera funcionar en este país. Entramos y salimos rápido, a pesar de la extensa cola, porque, como turista, ahora yo tengo preferencia. Un cubano solo regresa de visita a su tierra en condición de extranjero, y quizás esa es la cruz de todos los emigrantes, sin importar su nacionalidad. La diferencia es que, en Cuba, un extranjero siempre vale más. Tanto, que antes de 2008, los hoteles de la isla no les permitían la entrada a los cubanos residentes en el pais, ni aunque un extranjero se ofreciese a pagarles la factura. Ahora me pregunto si eso influyó, aunque de forma inconsciente, en mi decisión de no hospedarme en ningún hotel del gobierno durante el fin de semana que estaré en la isla. Prefiero dejarle mi dinero a una cubana de a pie, una señora que tiene permiso para rentarle parte de su casa a los extranjeros en condición de hostal.

Mario arranca el Peugeot gris, y le pregunto si puede poner el aire acondicionado. Me dice con una carcajada que todavía no estamos en verano, y baja las ventanillas delanteras, pero es tanto el polvo que se nos cuela en el carro que le pido que las suba otra vez. Entiendo que no puede darse el lujo de encender el aire acondicionado y soporto el calor. Vamos por la carretera principal de la ciudad, que ahora me parece una estrecha callejuela de barrio, y siento cómo el carro se estremece cada vez que nos cruzamos con un camión. Saco el pomo de Prozac de la cartera y me tomo una pastilla sin agua.

Enciendo y apago el celular cuatro veces, antes de abrir el *Whatsapp*, y me repito que son solo tres días, y que lo hago por mami. Envío dos mensajes avisando que ya llegué y que llamaré desde el hostal. Un mensaje es para mi esposo, el otro es para mami y Margarita.

22

Desde hacía demasiado tiempo, yo evitaba catástrofes con manías. Una responsabilidad que me tiré a los hombros, convencida de que culpable no es solo quien provoca una desgracia, sino también quien, pudiendo impedirla, no lo hace. Esa era yo, la que teniendo el poder de evitar desgracias, lo ejercitaba. Aunque fuese extenuante, hiciese el ridículo delante de todos, durmiese menos horas y cualquier tarea me tomara el doble de tiempo, yo usaba mi poder para que no sucediesen en la vida real las cosas terribles que paseaban sin reservas por mi mente. No fue hasta que mi tía Margarita se tomó de un golpe sus pastillas que, todo lo que yo pensaba, lo que creía inalterable, cambió.

Esa noche entendí que mis rituales ni preservaban el mundo, ni protegían a nadie, ni siquiera a mí. Entendí que solo servían para contrarrestar mis miedos y disminuir mi angustia; que no eran más que una forma de «cumplir con mi parte», de debilitar la culpa, esa culpa que me invadía cuando imágenes atroces se apoderaban de todos mis sentidos. Todo esto lo entendí por primera vez cuando el corazón de mi tía dejó de latir en el policlínico, sin que los médicos ni yo pudiésemos reanimarlo.

Y una vez entendido eso, ¿me libraría de mis problemas? ¿Dejaría de hacer aquellas manías que entorpecían mi vida, ahora que sabía que no eran útiles? ¿Pararía de escupir, de contar, de frotar, de pensar? ¿Podía, por fin, empezar a ser normal? No. No podía, aunque ni yo misma entendiese por qué en aquellos días.

De la noche de su muerte, lo que más recordaba eran los gritos de la China y el humo. El humo había salido de mis pulmones, pero no de mis ojos. Pestañeaba de cuatro en cuatro para protegerlos. Eran parpadeos rápidos, como aleteo de mariposas. Las cuentas mentales eran cada vez más extensas, y en las yemas de los dedos se me hacían callos de tanto frotar. Solo cuando tejía lograba descansar mi mente, perderme con la aguja entre los patrones simétricos que me prestaban ratos de paz.

A pesar de que los profesores se mostraron empáticos con mi situación, mis notas decayeron tanto que bajé más de quince números en el escalafón escolar, Liz Cari tuvo que copiarse de Javier para lograr pasar de grado.

Como cada año, al final del curso, nos tocó aquello de entregar los libros viejos y recoger los nuevos. Los llevamos todos en un maletín que mi tía había confeccionado con material de los gusanos, de los tiempos de tía Nena. Cada una agarraba un asa. Yo caminaba sin pisar las rayas de la acera, y contaba de cuatro en cuatro, pero el sol del mediodía me atontaba y perdía la

cuenta todo el tiempo.

Lucía se había mudado para Varadero con una señora mayor que se sentía «muy, muy sola», en una casa «muy, muy grande». La conoció en sus viajes de los fines de semana, cuando, a escondidas de los inspectores y la policía, tocaba de puerta en puerta con su mercancía de contrabando. Los habitantes de Varadero se beneficiaban con la apertura del Estado al turismo, acrecentando cada vez más la brecha de desigualdades entre los cubanos. Los campesinos le facilitaban a Lucía los productos a un precio mayor del que les ofrecía el Estado, pero bastante inferior al que pagaban los habitantes de Varadero, la gente que tenía mucho mar para brindarle a los extranjeros y nada de tierra para cosechar. Era un negocio ilegal, pero parejo; todos salían ganando, sobre todo Lucía, que encontró hasta casa. «Una amistad de muchos años, era de esperarse, ¿quién la iba a cuidar mejor que yo?», repetía, con su voz melodiosa, arqueando sus anchas cejas. Los dos hijos de la anciana, su única familia, vivían en Europa. Uno la visitaba una vez al año, el otro era un escritor que no podía entrar al país; ni él ni sus libros. «Una mansión frente a la playa», nos dijo a nosotras, y a la directora de la secundaria, el día que pidió la baja del magisterio.

Lucía dijo que ella estaba «prestada» en la casona de Varadero, que no podía llevarse a Liz Cari, que tenía que terminar doce grados, porque un título no servía para nada, pero era gratuito y, en el futuro, las cosas podrían cambiar. Además, alguien tenía que cuidar la casa de Romerillo, que no podían vender porque solo eran permitidas las permutas. Ya verían qué hacer con ella más adelante. «Es por un tiempo», aseguraba, entre los chillidos que emitió su hija cuando se enteró de que solo podía ir a Varadero en las vacaciones. A decir verdad, Lucía no cobraba mucho por su trabajo; el acuerdo era que cuidara a la señora a cambio de casa y comida, con la promesa de heredar la vivienda cuando muriese, ya que los hijos, en su condición de emigrantes, no tenían derechos sobre la misma. Por eso, el dinero que le mandaba a Liz Cari apenas le alcanzaba para mantenerse. Pero era un sacrificio temporal. «¡No hay mal que dure cien años, Liz!».

Mami era consciente de que mi amiga apenas sabía cocinar, así que, cuando podíamos permitírnoslo, se las arreglaba para sacarle un plato.

—Descanso —dije.

Dejamos caer el maletín en medio de la acera al unísono y nos tumbamos sobre él. El lomo de un libro asomaba por una punta que se iba rasgando en un costado, amenazando con salirse.

—Qué calor —dijo Liz Cari, recogiéndose el cabello en lo alto de la cabeza con un gancho de pelo, algo que en Cuba llamábamos el moño de la jinetera. «Jinetera» fue el nombre que le dimos a las prostitutas que tomaban las calles de La Habana y Varadero durante el Período Especial. Su pelo

seguía siendo corto y rubio, si no se tenían en cuenta los tres o cuatro dedos de la raíz negra que crecía con impertinencia—. No sé cómo te puedes pasar el día vestida de prieto con este calor, mimi —me dijo—. Bueno, lo que te iba diciendo, ahora Lucía se va a vivir la rica vida de sol bueno y mar de espuma y yo aquí, jodida en Romerillo.

—Pero si tú te mudaras para Varadero, ¿qué pasaría con Javier? ¿Lo ibas a dejar?

—¿Dejarlo? Claro que no, Javier es mi vida. Yo podría ir y regresar hasta que me lo pudiera llevar a él también.

—¿A Javier? ¿Para Varadero?

—¡Claro! Javier va para donde yo diga.

Sí, sí. Llevaban casi dos años juntos, y yo conocía a su novio mejor que ella. Javier tenía un sueño: hacerse médico. Su entrada a la escuela de medicina de Santa Clara estaba planeada paso a paso. Era el uno en el escalafón escolar, el monitor de biología, y ya había empezado a prepararse para las pruebas de ingreso de doce grados.

—Pero ¿cómo va a estudiar Javier medicina si se va para Varadero? ¿Cómo se va a mantener? Allá todo es carísimo; sus padres no pueden, son veterinarios.

—Mimi, cuando Javier vea Varadero, se le quita esa bobería de ser médico. Varadero no es Romerillo, está lleno de hoteles. En cuanto tengamos la dirección allá, podemos trabajar en el turismo. Con las propinas y las cosas que te dejan los yumas, vives mejor que un rey.

No podía ni imaginarme que Javier abandonara su sueño. No, Javier no. Javier hablaba de hacerse médico, y era como si nada más existiera: ni las colas eternas, ni las calles rotas, ni los presos políticos, ni las manchas prietas, ni el hambre, ni los apagones, ni lo que no se podía decir. Javier era de los pocos que se atrevían a soñar en una sociedad habituada a desmembrar sueños.

—Vamos —dije, parándome de un salto para interrumpir aquella conversación que empezaba a amargarme la boca reseca.

Solo nos faltaban un par de cuadras; retomamos las asas del maletín y continuamos. Quería que fuésemos de las primeras en llegar, para que nos tocara lo mejor. Siempre me han dado mucho miedo los libros mutilados, sobre todo esos que han perdido el final, porque no te enteras de todo lo que iban a contarte. Son como la gente que se muere joven. Como mi tía Margarita.

Mi tía me dijo que dejara la puerta abierta en aquella «noche especial», yo pensé que había una luna muy linda. ¿Será que el viento frío le recordó la nieve, a Alemania, a Rolf? Hasta hoy me preocupa qué sería lo último que sintió, o lo primero que no sintió. Me pregunto si hay un lapso en el que ya no

estamos vivos, pero todavía no hemos muerto, si hay algo entre la vida y la muerte que desconocemos.

Mi tía amaba la nieve. Mi tía no creía en Dios. Me conformo con creer que nunca sintió el calor del fuego.

No parecía estar consciente, de camino al policlínico, cuando Amaury, el vecino del frente, la cargaba en sus brazos. Fue él quien llegó primero y se metió en el cuarto ardiendo, a pesar de los gritos desesperados de Marta, su madre. No había cumplido quince años, pero era grande y musculoso como un hombre, y tenía ese ímpetu aventurero que convierte en héroes a muchos jóvenes. La sacó antes de que fuera demasiado tarde para salvar su cuerpo. No sospechábamos que era solo eso lo que estábamos salvando: su cuerpo, no su vida.

Cuando llegamos al almacén, al fondo de la escuela, había una cola corta. Me preocupó que Javier no hubiese llegado aún; un futuro médico no podía darse el lujo de que le faltaran libros en el último curso del pre. El intercambio fue más lento de lo esperado y, cuando salimos a la plaza, estaba llena de alumnos y padres. La escuela era el punto de partida hasta el anfiteatro del Partido Comunista, donde se celebraría la ceremonia de graduación de doce grados, como cada año. Liz Cari conocía demasiada gente para seguir de largo; así que, a pesar de mi inapetencia, tocó saludar y congratular a los recién graduados. Era ella quien conocía a todos; yo apenas la seguía, y buscaba a Javier con la vista cuando escuché que alguien gritó mi nombre.

—Luz ¿eres tú? Pero ¡qué grande estás, muchacha! Si estás más grande que yo —continuó con emoción, antes de darme tiempo a responder—. Mira, te presento a Yamila, mi hija, se gradúa hoy.

El rostro risueño de la niña mulata salió de entre la multitud, luciendo sus rizos sueltos sobre los hombros. Carlos se había cortado los suyos. Era un hombre de baja estatura, mucho más baja de lo que yo recordaba, poco más alto que su hija. Las arrugas, que sobresalieron alrededor de los espejuelos plateados cuando sonrió, me recordaron que hacía muchos años que no lo veía de cerca. Él se apresuró en introducirme.

—Yamila, esta es Luz, la hija de una compañera. —Me imagino que, por ética profesional, no quiso decir que yo había sido su paciente.

Yamila me saludó a secas. De seguro yo era para ella una historia de esas que, porque la cuentan nuestros padres, nos parecen demasiado antiguas como para alterar nuestro presente, y mucho menos nuestra graduación de doce grados. Poco sospechaba la historia que era ella para mí. En ese momento, tres de sus amigas llegaron y abrazaron a Carlos con confianza y cariño.

Carlos, el psicólogo, la única persona acreditada para ayudarme en la época, era el padre de Yamila. Pero yo me había convencido de que era un

impostor, un psicópata, un enviado de un amo que creía que tenía. La verdad se desnudaba frente a mí y, desnuda, se reía a carcajadas de las invenciones de una niña que había crecido llena de miedos, de unos miedos absurdos que no afectaban a otros niños. Mi mente infantil me contó una historia que no me dejó ver lo que veía ahora frente a mí: un hombre cualquiera, un padre, un profesional, un amigo.

—Papi, nosotras vamos a buscar a la flaca, para salir todos juntos. —Yamila le dio un beso en el hombro a su padre—. Ya regresamos —le aseguró, y se fue con sus amigas, abriéndose paso entre la multitud de estudiantes con uniforme azul y padres con sus mejores ropajes.

Nos quedamos en silencio, un silencio incómodo en medio del bullicio que nos rodeaba. ¿Qué podía decirle a Carlos? Me sentía como debe de sentirse un jurado cuando, después de muchos años, descubre que envió un inocente a prisión.

—El tiempo vuela —rompió el silencio—. El otro día eran todas unas niñitas.

—No sabía que tenías una hija —dije, por fin.

—Yamila. —Carlos esbozó una sonrisa, y las arrugas de los ojos se profundizaron como ríos—. La única.

Parpadeé cuatro veces seguidas con la cabeza gacha, con esa esperanza absurda que tenemos, a veces, de que los demás no percibirán lo que no queremos.

—Blanca nunca me explicó por qué dejaste las terapias, decía que ella tampoco sabía —continuó él—. Me preocupé mucho por ti, sobre todo cuando supe lo de… —Carlos vaciló un momento, parecía arrepentido de haber hablado.

—Lo de la balsa —lo ayudé.

Todavía a estas alturas había gente que me preguntaba si era la niña de la balsa, la hijita del pobre Armando.

—Sí —dijo Carlos con una mueca—. Pero pensé que era mejor no insistir. Es delicado trabajar con niños, a veces hay que darles su tiempo.

—O a lo mejor no… —Me sorprendió mi tono de reproche. Pensaba en cómo todo lo que me inventé distaba de la realidad, en el miedo y la angustia que sufrí por no haber podido confiar en él.

Carlos pareció percibir mi descontento, y se apuró en explicar:

—Perdóname si no te pude ayudar, yo era muy joven, inexperto. Tú fuiste mi primer caso de ese tipo. Sé que nunca me pude ganar tu confianza. Lo más difícil era que, mientras más trataba de acercarme, más tú te alejabas.

—¿Cómo se llama? —lo interrumpí con voz entrecortada, y él hizo una mueca de interrogación. Parpadeé rápido, esta vez sin tratar de disimularlo, y carraspeé la garganta—, lo que yo tengo.

—Es un trastorno obsesivo compulsivo.

«Trastorno obsesivo compulsivo». Las palabras repiquetearon lejanas, a pesar de que parecían salir de mis entrañas, como algo que me pertenecía, lo quisiera o no, como un hijo del que una se avergüenza. Parpadeé cuatro veces, y arañé la mezclilla de mi bermuda negra a ambos lados de los muslos, de la forma más simétrica que pude.

—Es más común de lo que te imaginas —se apuró en aclararme el psicólogo.

«Más común de lo que te imaginas». ¡Qué alivio! De seguro había más locos por ahí, podríamos hacer un grupo o una fiesta, la fiesta del parpadeo.

—¿Sabes una cosa? —continuó él.

—¿Qué?

—Nunca me olvidé del día que no fuiste. Lo recuerdo bien. —Se quitó los espejuelos, y limpió los cristales con la camisa azul, que caía suelta sobre el pantalón caqui. Parecía estar ganando tiempo para su próxima frase—. Fue un día muy triste para mí —concluyó, y se puso los espejuelos de vuelta.

—¿Triste? —No entendía adónde quería llegar, pero imaginé que estaría relacionado con el incidente con Yamila—. ¿Por qué? —pregunté impaciente.

La algarabía de la multitud que nos rodeaba llegaba en olas, que nos obligaban a alzar la voz. Carlos se acercó a mí.

—Fue el día que tuve que decirle a Yamila que su mamá se la llevaría para Soriano. Ella me imploró que la dejara quedarse, pero nos estábamos divorciando y yo pensé que una niña debía ser criada por su madre. En la época, me pareció que era lo correcto. Ahora no estoy tan seguro. Cuando su mamá se la llevó, yo iba a verla todos los fines de semana. Nunca logré traerla a Romerillo, ni en las vacaciones. Era como si quisiera castigarme por hacerla vivir con su mamá, ¿me entiendes? —Carlos miró alrededor, cerciorándose de que su hija no estaba cerca—. Fue un tiempo muy difícil para mí, pensé que nunca me iba a perdonar. Cuando empezó el pre, se me apareció en la consulta con todas sus cosas. Me dijo que ya no era una niña, y que ahora decidía ella con quien quería vivir. —Carlos soltó una risita hinchada—. Se quedó aquí, conmigo, y mírala, graduándose de doce hoy. Por eso me acuerdo tan bien de ese día, Luz. Mi hija me gritó que me odiaba, quedé destruido. Después, te esperé toda la tarde, y tú no llegaste nunca.

—Sí, yo sí llegué —le dije.

—¿Llegaste?

—Sí, antes de que Yamila saliera gritando que te odiaba.

—Pero yo no te vi, me acuerdo de que hasta bajé las escaleras, para llamarte en el primer piso.

—Me fui corriendo detrás de Yamila. Tenía mucho miedo. —Noté la expresión interrogativa de Carlos, y me apuré en explicar—: Ahora me parece

una tontería, pero no sabía que Yamila era tu hija y, no sé. —Volví a frotar la bermuda cuatro veces—. Pensé que era tu paciente, y que le habías hecho algo malo, y que me lo harías a mí también.

Carlos se llevó las manos a la cabeza, donde unos años atrás se hacía una coleta, pero ahora tenía el pelo tan corto que no se le formaban rizos.

—¡Papi! —gritó Yamila entre la gente —. ¡Ya vamos a salir!

—¡Yo las alcanzo! —respondió él, y levantó mi maletín en el aire—. ¿A dónde vas con esto?

—Ah, no hace falta —le dije, aunque él ya iba sacándolo de la multitud —. Déjalo en la escalera. Estoy esperando a mi amiguita —le dije, señalando a Liz Cari, que conversaba con alguien en la plaza.

Lo dejó en el último de los tres escalones que daban al salón principal del edificio.

—Luz, lamento mucho, muchísimo, haberte fallado de ese modo. No tenía idea de lo que pasaba por tu cabecita. Uno estudia cinco años para hacerse psicólogo, pero solo en la consulta se aprende. Blanca me dijo que no querías ir más y, como no había tenido avances contigo, pensé que lo mejor era no insistir. Pero si una cosa me ha enseñado todos estos años en la psicología, es que nunca es tarde para comenzar.

—¿Tiene remedio? —La voz me salió ronca, y volví a raspar la garganta, como tratando de sacarle acordes a un instrumento desafinado—. Ese trastorno que yo tengo, ¿se cura?

—Cada caso es diferente. A veces se cura, y a veces se mejora. Las terapias son la única forma de averiguarlo.

—¡Papi! —gritó Yamila impaciente, ya desde la reja de la entrada.

—Mi consulta está donde siempre, voy a estar esperándote, no dejes de ir —dijo, y alcanzó a su hija, sin esperar por mi respuesta.

La plaza se iba quedando vacía, a medida que los profesores, padres y alumnos se dirigían al anfiteatro de la sede del Partido. Me senté en un escalón, al lado del maletín lleno de libros. Trastorno obsesivo compulsivo. Tres palabras, no cuatro. Parpadeé. Parpadeé. Parpadeé. Parpadeé.

—Luz

¡Oh, no! Javier no. No en aquel momento. «Es una manía que tengo», le aclaraba cuando hacía alguna rareza frente a él. Con el tiempo, había aprendido a negociar un poco con las manías; a intercambiar las visibles por las invisibles y, en momentos extremos, hasta me permitía dejarlas para luego. Los pensamientos, en cambio, seguían siendo tan abominables como incontrolables, igual que al principio. ¿O debería llamarlos ahora obsesiones? Por fin alguien me había dado un nombre para las ideas e imágenes de terror que tomaban el control de mi mente. No. Javier no podría acercarse tanto, nunca. No lo dejaría hurgar en mi locura. Ni a Javier ni a nadie.

—¿Qué te pasa? —preguntó él—. ¿Por qué estás llorando?

Me enjugué las lágrimas, que hasta ese momento no había percibido, y me arrepentí enseguida. De seguro tenía regado el lápiz de ojo por toda la cara. Era lo primero que hacía después de lavarme por las mañanas: delinear gruesas líneas negras alrededor de mis ojos. El negro seguía siendo mi color, mi intento de equilibrio, mi muro de Berlín entre el mundo y yo.

—Nada, no es nada —respondí sin levantar la cabeza, sin darle la cara de mapache que, sin duda, se me habría hecho con la pintura negra y las lágrimas.

—Tú no vas a estar llorando por nada. Yo nunca te he visto llorando. ¿Qué te pasó? ¿Alguien te hizo algo? Dime, Luz. ¿Quién fue? —Javier se sentó a mi lado y me tiró un brazo por los hombros.

Me volví pequeña en su abrazo, luchando contra las ganas de llorar en su pecho, que olía a humedad limpia. Una humedad que no me provocaba repugnancia ni miedo, que no tenía la esencia perturbadora del sudor de los hombres que me miraban con lujuria en la calle, cuando todavía era una niña. Pero Javier no era un hombre, aunque tampoco un niño, y eso lo ponía en un plano diferente, imprevisto.

—Nadie me hizo nada —dije, con los dedos aferrados a mi gargantilla tejida, y suprimiendo un sollozo en su pecho.

La plaza se había desocupado y, afuera, en el medio de la calle, Liz Cari le chilló adiós a alguien. Separé el brazo de Javier y me paré, con las asas del maletín en las manos.

—Dile a Liz que me fui por el callejón de atrás —le dije, con el maletín al hombro, y di media vuelta hacia el fondo de la escuela.

—Pero… Luz.

—Adiós —respondí sin mirarlo. Y como fieles soldados que siguen órdenes, aunque no las entiendan, mis ojos pararon de disparar lágrimas.

Antes de decirme que mami estaba al fondo, las dependientas de la bodega me preguntaron que porqué tenía los ojos tan prietos, que qué me había pasado, que por qué no engordaba, que cuándo iba a dejar de vestirme con esos ropajes negros. Me asomé en el almacén, sin que la administradora advirtiera mi presencia. La puerta de la calle estaba abierta de par en par, como para apaciguar el calor agridulce de la tienda, pero era en vano en el mes de julio. Una rata se paseaba entre los sacos de azúcar, al final del pasillo. Detrás del buró, mami le daba vueltas a la calculadora, con candente frustración. Mi pobre madre. Sus grandes cuotas de optimismo y conformismo habían sido poco para recuperarse de la muerte de su hermana. Más de medio pueblo fue al funeral: las personas cercanas, las no tan cercanas y las que no nos conocían de nada. El tipo de gente que se empapa del dolor ajeno, buscando convencerse de que no les va tan mal a ellos. «Fuerza, Blanca,

fuerza», le dijeron todos, con palmaditas en el hombro. Pero no es nuestra fuerza la que nos restaura ante las tragedias, es el tiempo. Y mami, como todos, primero se negó a aceptar la muerte, luego se culpó y, por último, se acostumbró a su dolor.

—Carlos es el papá de Yamila —dije de sopetón, y tiré el maletín al piso. La rata desapareció entre los sacos.

Mami se paró de un salto, y el buró le quedó por debajo de la cintura. Su figura maciza, con las caderas y muslos apretados en el *jean* de mezclilla, se semejaba cada día más a la de tía Nena. Dos mujeronas de las que yo solo había heredado el tamaño.

—¿El papá? —la «a» de papá se quedó pintada en su boca de labios pulposos. ¿Yamila, hija de Carlos? Pero ¿dónde estaba escondida esa niña?

—¿Y eso qué importa? Todo fue un invento mío, una estupidez. —Me desplomé en la silla con un suspiro—. Todo. Y tú, ¿por qué me dejaste creerme todo eso?

Mami se volvió a sentar, y apoyó los codos sobre los papeles del buró.

—Yo no sabía nada. Tú me gritaste aquí mismo que no ibas más a las terapias, y de ahí no hubo quien te sacara. Te pasaste más de un año sin mencionar a Carlos; cuando, por fin hablaste, yo no supe qué hacer. Estaba segura de que el hombre no era un asesino. Pero ¿cómo iba a saber si era un sinvergüenza o no? Tampoco iba a ir a acusarlo de algo tan grave. Tú misma me prometiste que a ti nunca te tocó ni nada por el estilo. Porque nunca te tocó, ¿verdad?

Cada vez que hablábamos de Carlos, mami me hacía la misma pregunta, como si necesitara reafirmación constante respecto al asunto. Mi respuesta era siempre la misma: «NO». Incluso cuando dejé de ir a las terapias, yo sabía que todo no había pasado de malos presagios, que nunca se materializaron. El mayor pecado de Carlos había sido sudar. Pero ¿cómo no iba a sudar con apagones que duraban hasta dieciséis horas en pleno verano? Caminaba por la oficina, se alejaba, se acercaba, y yo veía su sudor, cayendo sobre mi desnudez, cuando, seguro, él se preguntaba qué darle de comer a Yamila esa noche. Después de todo, corría el año noventa y tres. No por gusto, Fidel lo bautizó como «Año Cero».

—No, no me hizo nada. Nunca me tocó ni un pelo —respondí por enésima vez, con visible fastidio.

—Tampoco fue fácil para mí escuchar que te preocupaban ese tipo de cosas tan… —Mami dudó con la palabra—, tan sórdidas. Ponte en mi lugar, ni siquiera sabía si la niña existía de verdad. Por lo menos, te convencí poco a poco de que Carlos no podía haber matado a nadie. En la secundaria, me dijiste que sabías que había sido una exageración.

—Sí, hace tiempo que sé que lo de matar y esconder sin ser descubierto

en Romerillo es un disparate. Pero nunca me convencí de que Carlos no fuera un abusador, un tocaniñas, qué sé yo. Lo veía por una esquina y cogía por otra; primero por miedo y, después, cuando me convencí de que no tenía pruebas, por vergüenza de haberme equivocado.

Mami hizo un gesto para que me callara y, casi al instante, una de las dependientas le alcanzó un sobre por encima de mi hombro.

—Gracias —dijo ella, y esperó a que saliera del almacén para continuar —. No seas tan dura contigo misma. Tú eras una niña y tenías mucho miedo. La vida no es un punto fijo; la vida gira, eso es lo bonito. Hasta las personas cambian.

—¿Cambian? Carlos no cambió, Carlos siempre ha sido el mismo. Fui yo quien le puso cartel de monstruo.

Mami se separó del buró, agarró los brazos de la silla y sus labios carnosos palidecieron, como cuando se ponía nerviosa.

—No es de Carlos que estoy hablando —dijo—. Hay otra cosa muy importante que tengo que decirte.

¿Otra cosa muy importante? ¿Qué podría ser más importante? Era demasiado para un mismo día. Parpadeé cuatro veces antes de preguntar:

—¿Qué cosa?

—Armando estuvo aquí hace un rato.

—¿Armando?

—Sí. —Mami hizo una pausa, dando tiempo a que yo digiriera aquella cosa amarga que se atascaba en mi garganta, urgiéndome a vomitar—. Quiere hablar contigo, hacer las paces, pero no sabe cómo.

—Yo no tengo nada que hablar con Armando. —Mentira, sí tenía. Tenía que decirle que lo abracé por miedo, que nunca lo perdoné, que lo odiaba, que no era nadie para mí. Pero me sudaban las manos y se me retorcían las vísceras solo de pensarlo.

—Está claro que Armando no fue un buen padre. Si no quieres hablar con él, está bien, es tu decisión. Pero no es Armando el que más se perjudica con ese rencor. —Mami se acercó y se agachó frente a mis rodillas. Las canas se le iban anchando en franjas, a lo largo del cabello castaño, herencia de mi abuela—. Mira como terminó mi hermana.

—¡Qué exageración! —Me paré frente a ella con el maletín al hombro, presionando con una mano el hueco para que no se saliera ningún libro—. Yo no me voy a matar como mi tía.

—Luz, Armando lo hizo todo mal, es verdad —dijo ella, levantándose —. No tenía que haberte llevado con él, fue una locura, pero ya ha pasado tanto tiempo… Ya pagó por lo que hizo.

Incrédula por las palabras que salían de su boca, me adelanté hasta la puerta y miré al pavimento, que ardía bajo el sol. Parecía un pueblo sin vida,

abandonado, como casi todos los mediodías de Romerillo, hora en que los habitantes intentaban refugiarse bajos los techos.

—¿Y por el golpe que te dio? ¿Cuándo va a pagar por eso? —le pregunté, resentida.

No esperé por su respuesta, salí del almacén con pasos largos. El maletín pesaba más que antes y el sol me encandilaba los ojos acuosos. Si mami se había olvidado de lo que le hizo Armando, yo no. Yo jamás lo olvidaría.

23

Fui yo quien recibió a Liz Cari en la terminal de ómnibus, cuando regresó de Varadero, el último día de las vacaciones.

—¡Cómo tengo que contarte! —gritó antes de bajar del autobús interprovincial y, desde abajo, vi que se había teñido el cabello de negro.

Traía un mono naranja enterizo, que se ajustaba a cada una de sus curvas, y un perfume delicioso. Una cartera de diseños dorados colgaba de su hombro, descubierto por los finos tirantes del mono. Las mujeres no teníamos carteras en Romerillo, llevábamos nuestras cosas en jabas, y el dinero en los bolsillos, o entre el sostén y el pecho, en el caso de las señoras mayores. Alquilamos un carretón hasta su casa, no por el peso de los maletines rojos, sino porque arrastrar las rueditas sofisticadas por las calles del pueblo nos pareció un sacrilegio.

—¿De dónde tú sacaste todo esto, Liz?

—Conocí a un canadiense —me susurró, a un volumen casi inaudible, para que no escuchara el carretonero, o la gente que caminaba y pedaleaba por las estrechas calles de oídos grandes.

—¿Canadiense? —articulé, con los labios apenas emitiendo sonido, y Liz Cari abrió exageradamente los ojos, y afirmó con la cabeza.

El tema era delicado, pero la casa estaba aún lejos, así que continuamos cuchicheando.

—Todo esto me lo compró él, y muchísimo más que tuve que dejar en casa de la vieja que cuida Lucía —me aclaró, y colocó las manos con largas uñas doradas sobre las maletas rojas. Los cascabeles de las pulseras, dorados como las uñas, sonaban con cada articulación.

—¿Y cómo tú hablas con un canadiense? —Yo nunca había visto un canadiense. Rebusqué en mi memoria, tratando de pensar en algún extranjero conocido. Estaba Rolf, pero solo lo conocía por fotos, eso no contaba. Tía Nena tampoco.

—Ay, mimi, ese yuma habla un montón de idiomas. Yo le dije que, a mí en español, que yo no entiendo más nada.

«El español», pensé. Había visto un español. Un señor mayor calvo, de piernas pálidas y largas, que se casó con una jovencita al final de mi cuadra. En las vacaciones, pasaba por mi casa de la mano de su esposa, que ya vivía en Europa con él. Yo nunca tuve amistad con ella, que era cinco o seis años mayor que yo, pero, según la China, se había vuelto una orgullosa desde que se fue para España con ese viejo que, a fin de cuentas, era «tremendo tacaño».

—¿Y cómo lo conociste? —le pregunté.

—En la playa, mimi. Allá la playa está llena de yumas. Yo me iba todos los días y me sentaba en la arena, ¡si tú ves esa arena blanca y finita! Parece molida, no se parece nada a ese charco que tenemos aquí. Me tiraba ahí, con una toalla, yo, muy fina, como la arena. —Soltó una carcajada—. Y me ponía a leer un libro.

—¿Un libro? Pero si tú no lees.

—Mimi, eso no importa, yo me hacía la que leía; eso da nivel, ¿me entiendes? ¿Por qué tú crees que Philip vino a mí? Yo siempre me iba con algún libro de la vieja. Si tú vieras qué clase de casa tiene. Los hijos le mandan de todo, hasta pasta de dientes; el primer día que te cae en la boca, arde cantidad, pero después te acostumbras. La vieja vive que ni una reina. En Varadero no se va la corriente, por los turistas, ¿me entiendes? Bueno, Philip me preguntó que qué estaba leyendo. Le dije que no sabía, que acababa de empezar.

—¡Qué vergüenza!

—Mimi ¿qué vergüenza de qué? Tú me fundes, Luz.

—¿Y dónde está ahora… Philip? —dije con inseguridad al pronunciar el nombre exótico.

—En La Habana. Mañana coge un avión para Canadá. Cómo tengo cosas que contarte. Si tú ves el carro… ¡un *tour*! —La emoción que le provocó el recuerdo del carro de turismo le subió el volumen a su voz, y el carretonero nos miró de reojo, así que hizo silencio por un momento que me pareció largo, y luego continuó—: Un *tour* blanco, con aire frío, pero casi no me podía montar. Imagínate, si nos coge la policía nos pela.

—Ahora entiendo por qué tenía que recogerte yo. El pobre Javier debe de estar destruido.

—Shhh… —Liz Cari se puso el dedo en la punta respingada de su nariz y las pulseras tintinearon—. Javier no puede saber nada de esto. Ni Javier ni nadie. La única que puede saberlo eres tú.

—¿Qué?

—Sí, mimi, tú eres mi mejor amiga, no confío en más nadie. El canadiense es un viejo, un trabajo que hice. Javier es mi amor. Yo no puedo perder a Javier. ¿Me entiendes?

—Pero ¿tú te volviste loca, Liz? —le pregunté a todo volumen.

El carretonero se viró hacia nosotras y nos quedamos en jaque. Íbamos por el centro del pueblo, entre los quioscos que renovaban y reestrenaban constantemente los merolicos, que era como llamábamos a los vendedores. Los merolicos pregonaban desde sus quioscos, con más moscas que productos, y los perros callejeros zigzagueaban, desesperanzados, entre ellos. Muchas familias se arriesgaban, una vez más, con las nuevas promesas de comercio libre, aunque ya sabíamos bien cómo terminaban esas cosas. Los

impuestos irían subiendo, hasta que no le diese resultado al vendedor. Cuando este se las ingeniara para burlarlos, el Estado los ilegalizaría, esclareciendo que el afloramiento de pequeños negocios era una tendencia demasiado capitalista para un país en vías al comunismo.

En cuanto el carretonero nos quitó los ojos de encima, agarré a mi amiga por un brazo:

—Tú no le puedes hacer eso a Javier —le dije entre dientes.

—Javier no se va a enterar de nada. Es por su propio bien.

—¡Manda mierda! Va a llover —advirtió el carretonero, no sé si a nosotras o a su caballo.

Por primera vez reparé en él. Era un hombre cuya edad no supe adivinar. Tenía la piel humedecida y asada por el sol.Me dio mucho asco imaginar su cuerpo desnudo, sudando sobre mí. Saqué la cabeza por las barandas y neutralicé el pensamiento. Íbamos dejando los quioscos atrás, atravesando la calle de la cochera. El viento me impregnó partículas húmedas en el rostro. El sudor de su cuerpo. «¡Qué asco!», pensé. Con la impaciencia de la conversación, no había percibido la oscuridad del cielo y el olor a lluvia en el viento.

—¡Tiren el nailon del techo! —nos gruñó el hombre, visiblemente furioso con el hueco que la lluvia inesperada le haría a su bolsillo en la jornada de la tarde.

Nosotras obedecimos. La tarea no demoró mucho, era un sistema preparado para ejecutar con relativa facilidad. Cada nailon tenía dos cuerdas, que amarramos a las esquinas de los bancos, tapando así los laterales del carretón. Fui yo quien se demoró un poco más, haciendo y deshaciendo el último nudo cuatro veces, cuatro malditas veces, en busca de un equilibrio que jamás permanecía. El olor de la lluvia se mezcló con el de orina y heces de los caballos en la cochera. Estábamos guarecidas, de no ser por las ráfagas que nos mojaban un poco los pies, porque el nailon no llegaba hasta la base del carretón. Tuve la impresión, por el ímpetu con que Liz Cari amarraba las cuerdas, de que ella estaba agradecida por la interrupción.

—Cambiando el tema —continuó ella—. Todo lo que mandaste se vendió. Lucía encontró un tipo que tiene un contacto en los artesanos. Dice que los yumas le quitaban los tejidos de las manos, que, si le mandas vestidos, son quince para ti.

—¿Por cada uno?

—Sí, mimi. A los yumas les encantan las artesanías.

—¿Y eso no es mucho dinero? ¿No es peligroso? —pregunté, aferrada al grueso tejido de mi gargantilla negra. Una cosa era vender cositas por el pre, y otra negociar con los extranjeros. Yo solo había mandado los tejidos por insistencia de Lucía.

—¡Na! Tú no tienes riesgo, el tipo que vende les dice a los inspectores que los teje él mismo, y cuando se ponen muy pesados, les da un dinerito. En Varadero todo está inventado, mimi.

Dos vestidos al mes aliviarían la situación en mi casa, muchísimo, pero para eso tendría que tejer todos los días, mañana y tarde. Por el momento, habría que conformarse con mandar los bolsos y los gorros, y esperar que la policía no los interceptara de camino a Varadero.

Llegamos a casa de Liz Cari bajo un cielo enfurecido y un agua que caía en el techo del carretón, como patadas sobre nuestras cabezas.

—¿Cuánto es? —le gritó ella al carretonero.

—Veinte —respondió él.

—¿Tan caro? —se quejó ella y los cascabeles de sus pulseras repiquetearon en mis oídos.

Y cara nos salió la pregunta. El hombre cogió el billete con perfil de ofendido, y tuvimos que bajar las maletas hasta el portal, nosotras solas, empapadas.

—Me gusta más tu pelo negro —le dije, mientras nos secábamos con las toallas en el baño.

—A mí no, pero a los yumas no les interesan las rubias. Mientras más morenita, mejor. Imagínate la competencia que tengo con las mulatas —suspiró.

Liz Cari tenía los ojos negros perdidos en el espejo, y tuve la inquietante sensación de que algo en ella se había vuelto más oscuro que su cabello, aunque no supe descifrar qué.

Al otro día empezamos el curso y las historias de Liz Cari en Varadero parecían inagotables. Sobre todo, porque solo me las contaba a mí. Me hablaba de los parques con equipos eléctricos, de las discotecas con luces, de los restaurantes con carne roja y papas fritas, de la casona frente al mar que rentó el canadiense porque, sin dinero o con dinero, los cubanos no podíamos entrar a los hoteles, del día que los paró un policía y Philip logró, con veintidós dólares, que ignorara su carnet de menor de edad. Como yo apenas había salido de Romerillo, me costaba imaginar todo aquello. Me parecía que Varadero era otro país, la dimensión paralela de una misma isla. Era la triste confirmación de que la Revolución, que se alzó con promesas de igualdad en la prosperidad, nos hacía cada vez más desiguales en la miseria.

Fue un tiempo en el que nuestra amistad se afianzó, puesto que yo siempre tuve alma de confidente y, si algo le sobraba a Liz Cari, eran secretos. Tuvo cuidado de no contárselo a nadie más. Había demasiado en juego: un arresto, una reputación de jinetera y perder a Javier. Les dijo a todos que le había aparecido una tía muy rica en Miami. Así podía ir en la bicicleta montañesa, escuchar música con el *walkman* y exhibir su colección de zapatos

y perfumes sin levantar sospechas del pueblo. En el aula, se hacían colas por sus gomas de borrar; creo que, más que todo, por el morbo de olerlas, porque un borrón en aquellas libretas hechas de bagazo daba ganas de arrancar la hoja. Era preferible tachar con una raya. Con un par de tenis nuevos que le regaló a la profesora de historia —la mujer los usó para ir a trabajar—, garantizó la nota máxima del semestre sin asistir. El caso es que, de la noche a la mañana, Liz Cari se convirtió en una de las pocas niñas del pueblo que podían combinar la ropa con los zapatos, porque eran, de verdad, niñas mimadas de algún familiar en el extranjero.

—Luz —me llamó Javier en medio del matutino, aprovechando la privacidad que nos proporcionaba ser altos, los últimos en la formación—. Tengo que preguntarte una cosa. —Para que nadie lo escuchara, se me acercó tanto que podía oler su sudor limpio, su aliento—. ¿Tú conocías a esa tía de Liz?

Javier clavó sus ojos verde oliva en los míos, que daban vueltas desorbitados, tratando de no parpadear de cuatro en cuatro como una demente.

—Es una tía de su papá —le contesté sin mirarlo.

Javier pegó sus labios a mi oído, y fue como si un millón de hormigas cosquillearan mi cuerpo con cada sílaba.

—Sí, pero… ¿tú no ves eso muy raro? —insistió. Había un dejo de frustración en su voz.

Me separé de él, y aunque las hormigas pararon de moverse, sentí como su cuerpo atraía mis manos, igual que la tierra atrae los pies. Tenía que ser la verdad, la verdad me empujaba a él con todas sus fuerzas. ¿Qué le haría la verdad a Javier?

La verdad había matado a mi tía Margarita.

—No —respondí por fin.

24

Subí las escaleras hasta el segundo piso y encontré la sala de espera donde siempre. Tenía el color grisáceo sucio que coge la cal con el tiempo y los mismos asientos, cambiados de sitio, todos vacíos. Me senté en uno. Una ola intrusa entró por mi entrepierna y me agarré las manos a la altura de los muslos. A la persiana de madera carcomida le faltaban varias tablillas, y el reloj de pared, de números grandes, daba las diez y cinco, a pesar de ser media tarde. Esa manía de los cubanos de mantenerlo todo en pie, hasta lo que hace tiempo dejó de funcionar.

Creo que la percepción de los espacios cambia mucho a medida que crecemos. Me parecía que el salón se había encogido por todas las esquinas. Hasta los cuadros de Fidel y el Che se habían encogido. O tal vez no, tal vez era la foto de Elián González, que, de tan grande, hacía lucir todo lo demás pequeño. El niño balsero se había vuelto parte de nuestra rutina de un día para otro. Su foto estaba en la televisión, en el periódico, en las aulas, en las consultas, en las oficinas, en las bodegas. Habían borrado todos los carteles de *Resistiremos* para escribir *Volverá*.

En la consulta fui reconociendo cada uno de los objetos. Todo había envejecido en el mismo lugar, como Carlos. Me senté en la silla del buró, porque la mesita de colorear ya me quedaba demasiado pequeña, y me di cuenta de que pronto tendría que pasar al psicólogo de adultos.

Le dije a Carlos que no quería más ser diferente, le pedí que me arreglara. Me entregué, con la resignación que se entrega un pueblo derrotado al poder desconocido, porque tampoco yo tenía otra opción.

Carlos me habló de obsesiones y compulsiones y, mientras más hablaba, mejor lo entendía. Parecía que había entrado a mi mente y reconocido un texto ya estudiado muchas veces, una teoría, un capítulo de sus libros de psicología. Una vez comprendidos los términos, sentí por primera vez que no estaba sola, que no era la primera ni la última, que era una enfermedad con muchos dolientes, que, como yo misma había empezado a sospechar, el mundo no giraba alrededor de mis pensamientos.

Me propuso una terapia de desensibilización. Se trataría de enfrentar mis miedos.

—¿Y cómo se enfrenta un miedo? —pregunté enseguida.

—Toma tiempo —me dijo—. Recuerda, los pensamientos no son más que conjugaciones de palabras que genera tu cerebro. La clave está en aprender que, solo porque tu cerebro se tome la atribución de mostrarte palabras e imágenes, tú no estás obligada a tomarlas en serio.

—Pero son muy fuertes, parecen de verdad —le dije, refiriéndome a las obsesiones.

—Esa es la palabra clave. —Carlos se bajó los espejuelos y me miró por encima de ellos—. Parecen. Son cosas que pasan en tu mente, no afuera, en la realidad. Y sí, ya sé que me vas a decir que no se materializan, porque tú te adelantas haciendo tus rituales y manías, pero, para eso es la terapia de exposición con prevención de respuesta, para demostrarte lo contrario.

De eso ya me había convencido cuando se murió mi tía. Mis rituales, mi sacrificio de una vida a cambio de equilibrio, no me habían salvado de desgracias de ese calibre. Pero por más que lo interiorizaba, no podía parar.

—¿Y cómo va a ser? —le pregunté, gastando las yemas de los dedos en la madera de la silla.

—Iríamos paso a paso, empezando por las obsesiones más sencillas, hasta llegar a las más fuertes. ¿Tú entendiste que las compulsiones son mecanismos para disminuir la ansiedad?

—Sí. —Ya no era aquella niña que se había inventado un amo para explicarse el mundo y sus miedos. Mi problema no estaba afuera, sino adentro. Todo eso entendía yo, y aún no podía parar los pensamientos y las manías, que ahora entendía que eran obsesiones y compulsiones. Eran parte de mí, tanto que, en su mayoría, las hacía inconscientemente; de forma tan espontánea como respirar.

—Pues la idea es que tú te expongas a los pensamientos y situaciones que generan esa ansiedad, e impidas la conducta de respuesta que, en tu caso, son las compulsiones.

—¿Y eso va a hacer desaparecer la ansiedad? —le pregunté con escepticismo.

—No. La ansiedad es una intrusa con voz propia. Es muy exagerada y no siempre se puede callar. Hay que aprender a no escucharla. Ese es el objetivo de la terapia: que aprendas diferentes mecanismos de respuesta a la ansiedad, para que paren o disminuyan las compulsiones.

Había entrado a la consulta bastante escéptica, pero llegué a mi casa llena de esperanzas. Por fin entendía que jamás había sido dominada por una fuerza externa, que no era una rara ni una loca, solo una niña víctima de una enfermedad que fomenta la desconfianza y el aislamiento. Y entender eso, según Carlos, era el primer paso para mejorar.

—Otro poquito, el último —le decía la China a mi abuela cuando entré en casa, mientras le daba el coctel de pastillas disueltas dentro del tilo.

Mi abuela se resistía. Cada día se parecía más a un bebé majadero con la fuerza de un adulto. Nada quedaba de su carácter austero y su postura disciplinada. Caminaba con andador, con pasitos muy cortos, encorvada y flácida. Su vocabulario se había reducido de a poco, con la rapidez que se

expande el de un niño, y ya solo decía frases de dos o tres palabras. La China la cuidaba con devoción. La bañaba, la alimentaba, le daba las medicinas, le cortaba las uñas y le leía el periódico Granma. Se veía satisfecha con la mesada que, por fin, recibía de mi tío, y agradecida, tal vez porque por primera vez la vida le concedía el mejor papel de la obra: el protagónico.

Mami exprimía ropa recién lavada para tender en los cordeles del patio. Me pasó la bolsa de horquillas de madera. A pesar de la movilización de los vecinos con tanques y cubos de agua, no se había salvado mucho del cuarto. El fuego consumió las persianas y dejó nubes prietas en las paredes, como los estragos de una chismosa gigante, o de los hornos de carbón que se le quemaban a Armando.

Nuestra casa tampoco estaba en las mejores condiciones. El piso tenía grietas en todas las habitaciones, la cal se caía a trozos de las paredes y, cuando llovía, no nos alcanzaban los cubos y los calderos para ponerlos bajo las goteras. Mi tío Raúl, que había conseguido, por fin, un trabajo en Miami, nos decía que iba a mandar dinero para arreglar la casa. Yo no creía nada de lo que dijese mi tío. Además, ¿de dónde íbamos a sacar los materiales? No aparecían ni con las plegarias de la China, que todavía estaba en la cola para la construcción de la suya. Bajé la vara de uno de los cordeles hasta mi altura y tendí el pulóver rojo que me pasó mami.

—¿Cómo te fue? —me preguntó.

—Bien —dije a secas.

—¿Y esa cara? ¿Qué te pasa?

—Carlos estuvo explicándome unas cosas sobre la ansiedad. Dice que es una voz que exagera todo lo malo, que nos confunde. Estaba pensando que la vida fue muy injusta con mi tía, y seguro que esa voz se lo recordaba todo el tiempo.

—¿Injusta? —Mami tiró en el agua de la lavadora la blusa que ya había exprimido y frunció el ceño—. Mi hermana era joven, linda, ¡estaba llena de vida!

—Pero ¿tú le llamas a eso vivir? —rebatí—. Mi tía estaba muerta en vida, nunca se casó con su gran amor ni… —vacilé unos segundos— ni fue feliz.

Mami volvió a exprimir la blusa roja.

—Eso no se lo hizo la vida, eso se lo hizo ella misma. Fue ella quien se tiró a morir —dijo y me pasó la blusa. Tenía los ojos clavados en la zanja del patio.

—¿Y lo que le hizo mi abuela? ¡Lo que mi abuela hizo fue terrible! —dije, y advertí que alzaba la voz, porque la China asomó la cabeza desde la cocina.

—Sí, fue terrible —respondió mami casi en un susurro—. Pero ella tenía

tanto por vivir, tanto que tu abuela no podía tocar. La vida está llena de altibajos, Luz. La vida no es perfecta. —Aprovechó la cercanía al alcanzarme la otra pieza de ropa y, una vez que la cogí, me agarró la cara en forma de copa, con toda la humedad jabonosa de sus manos—. Nadie es perfecto, todos herimos a los otros; hasta a las personas que más amamos, ¿o tú crees que mi hermana no nos dañó, matándose ahí, delante de nosotras?

Recordé el semblante pálido de mi tía, la piel helada, inalterada por el fuego, los labios azulados, la respiración vaga, la pupila dilatada, apagando todo el azul de su iris y los gritos de mi madre, aferrada a su cuerpo sin vida. Y el regreso. El regreso a casa sin ella fue lo peor. «¿Qué va a decir mi tía cuando vea que se quemó la máquina de coser?», me sorprendí pensando cuando entré a su cuarto durante las dos luces del amanecer. Los retazos de satín blanco nadaban, como nieve descongelada en el agua que apagó el fuego.

La China asistió a mi abuela con el andador en dirección a la sala. Mami continuó exprimiendo la ropa frente a la lavadora rusa, cuya secadora había sido removida luego de romperse, una de las tantas cosas que mutilamos en aquellos años. Se secó las manos en su propia ropa e interrumpió mis pensamientos:

—Tu abuela no se metió solo en la historia de Margarita. Se metió en la de todos, pero la vida tiene sus propios caminos. Mira a Raúl. Mírame a mí. Dejé al hombre que quería por causa de los prejuicios de mamá y ¿sabes lo que él hizo? —Era la primera vez que mami me hablaba de su amante. Respondí que no con la cabeza, sin mirarla a los ojos—. Siguió con su esposa y se buscó otra querida —dijo—. Yo era una pieza, una ficha de dominó, y él me reemplazó, en cuestión de días. ¿Quién puede garantizar que Margarita y Rolf eran el uno para el otro de verdad? Si ese Rolf estaba tan enamorado, ¿por qué se conformó? ¿Por qué no vino personalmente? ¿O tú crees que las direcciones solo sirven para mandar cartas? Si a los cubanos se nos permitiese viajar, tu tía hubiese ido hasta Alemania. Hasta el fin del mundo hubiese ido para encontrar a ese Rolf.

—Tú tienes razón —la interrumpí—, mi tía no pensó en nosotras cuando se mató.

—Y duele, porque solo nosotras sabemos cuánto duele —dijo con voz temblorosa—, pero hay que pasar página. Es la única forma de seguir adelante.

Mami sacó varios jarros del agua turbia de la lavadora y los tiró a la zanja. Luego la viramos entre las dos para que escurriera el resto del agua y dejamos la tapa abierta, al sol.

—Bueno —dijo ella—, vamos a parar de hablar de cosas tristes—. Entró al portal y me preguntó—: ¿Me vas a ayudar a inventar algo para el almuerzo?

—Sí, ya entro —le respondí.

Un cielo añil, despejado de nubes, se cernía sobre Romerillo. La ropa se secaría pronto. Subí la vara hasta darle su máxima altura a la cuerda de tender y la bajé de nuevo. Hice lo mismo cuatro veces.

Desde la cocina me llegaron voces que decían algo de dictadura y régimen. Tendría que advertirle a mami que bajara el volumen de la radio, aunque, de seguro, la señal sería interferida en cualquier momento. Alguien tiró un cubo de agua a mis espaldas y me viré hacia el patio de la China. Era el viejo, refrescando al cansado caballo enjuto de huesos prominentes debajo del naranjo. Tuve la rara impresión de que cada día el viejo se parecía más a su caballo. Lo saludé, ladeando la cabeza, y me adelanté hasta el portal.

Antes de entrar a la cocina le eché un vistazo a lo que quedaba del cuarto de mi tía. Los peritos habían concluido que una ráfaga de viento envolvió una de las cortinas con la chismosa. «Fatalidad», eso dijeron. El médico forense aseguró que la sobredosis fue mucho antes del incendio, cerca de la medianoche. «Suicidio», eso dijeron. Los expertos te explican el qué, el cómo y el cuándo. Pero no el porqué; el porqué queda a la especulación de cada uno. Si me preguntan a mí, la vida es una pelea constante que le echamos a la muerte, solo para ganar tiempo. Pero mi tía no quería tiempo; mi tía quería el pasado: esa parte de la vida con la que no se puede negociar.

Múnich, 15 de enero de 1992

Querida Margarita:

Espero que tú y la familia se encuentren bien al recibir esta carta. Hace meses dejé de escribir y pensé que sería para siempre, pero los últimos sucesos me obligan a informarte. Si escribo de nuevo es porque voy a ser padre. Es una sorpresa imprevista que me lleva a tomar decisiones inmediatas. En el 89 te envié una alianza y nos comprometimos. Pido que aceptes esta carta como ruptura oficial de nuestro compromiso de matrimonio. Me casaré para asumir mis responsabilidades de padre y esposo. No espero tu respuesta, me mudo al oeste en muy poco tiempo. Quiero que sepas que no te guardo rencor y esta carta no es más que una forma de finalizar nuestro compromiso. Viel Glück,

Rolf

A mi tía la enterramos en una tumba sin cruz, porque ella no creía en esas cosas. Sobre la lápida de granito coloqué una flor blanca junto a su fotografía, en la que mordía un pedazo de hielo, con una risa que casi podía escucharse. Yo misma la escogí; nos la había mandado en una carta de Alemania por aquellos días en que amaba la vida. Debajo de la fotografía

ponía su nombre: *Margarita Alonzo (1964-1999).* Ese afán que tenemos los humanos de eternizarlo todo, como si el nombre que te dio otro dijese algo sobre ti, como si toda una vida pudiese resumirse en un retrato. Pero, tal vez, eso es Romerillo, eso es el mundo, eso es la existencia: un presente finito con un pasado perpetuo.

La voz melodiosa de la cubana Celia Cruz comenzó a retumbar en la cocina, con tal sintonía que cualquiera diría que el tiempo conspiraba con la emisora «enemiga» del norte, para que nos transmitiera la música que se nos vedaba. Mami pelaba los ajos, tarareando, junto con La Reina de la Salsa, aquello que decía que *la vida es un carnaval*.

—¿Cómo se llama? —le pregunté, convencida de que, otra vez, ella había encontrado un destello de luz en su oscuridad.

—Todavía es muy pronto —me respondió enrojecida, y supe que se había vuelto a enamorar.

Yo también continué mi vida entre tejidos y terapias. Durante una hora, cada semana, enfrentaba mis miedos con la guía de Carlos. No le tomó mucho tiempo descubrir la relación entre mi recelo a la intimidad y las imágenes lascivas que me acompañaban desde niña. Se enfocó en disminuir las compulsiones que provocaban estas imágenes. Poco a poco, fui aprendiendo a practicar los ejercicios yo sola, fuera de la consulta. El objetivo era que los hiciera más y más, hasta que, con el tiempo, las compulsiones disminuyeran o, incluso, desaparecieran.

25

Me despedí de Javier a la salida del pre y seguí pensando en lo que habíamos hablado. Él tenía el don de quedarse en mi pensamiento, no solo por su inteligencia, sino por su pasión. Era una época en que la gente no se apasionaba, porque vivía inmersa en solucionar sus carencias más inmediatas. Javier hablaba de sanar a la gente.

Las calles tenían la soledad que caracterizaba los mediodías de Romerillo. Solo un hombre muy viejo se acercaba en su bicicleta, que sonaba como una chicharra. Ni parecía fin de año, aunque era temprano aún para las celebraciones. Un carro levantó el polvo seco en torno a mí, antes de que escuchara el ruido del motor. Ningún carro era tan discreto en el pueblo. Seguí caminando, sin mirar a los lados, aparentando que el polvo no me molestaba. De reojo vi que el cristal de la ventanilla trasera se bajó con demasiada velocidad para ser manual. Tampoco miré, de seguro era un cubano-americano haciéndose el gracioso en su moderno carro de turismo. Comenzaría a silbar y a piropearme para que saliera con él por un pollo frito y unas cervezas de lata en un restaurante por dólares. Cada año eran más los cubanos que venían de visita del extranjero. Sin saber qué hacer con las manos, me aferré a mi gargantilla y apreté el paso.

—Vamos, mimi, súbete, que te llevo —voceó Liz Cari desde adentro.

Al escuchar la primera palabra, paré en seco y miré a los alrededores, con la gravedad del asunto.

—¿Qué tú haces aquí? —le pregunté con voz áspera. El anciano de la bicicleta iba pasando por nuestro lado. Llevaba los cordones de los zapatos sueltos, con la despreocupación de quien no tiene costumbre de amarrárselos nunca.

—Vamos, en el camino te cuento. Súbete antes de que nos vea alguien —respondió.

Liz Cari abrió la puerta trasera y me colé en el carro, antes de que algún chismoso se asomara y me pusiera el cartelito de jinetera sin comerla ni beberla. Ella también iba detrás para no llamar la atención. Enseguida me atrapó el olor a dulce fino, que circulaba preso en el aire acondicionado. Era mi primera vez dentro de un carro de turismo y, comparado con nuestros carros, parecía una nave espacial.

—Esta es mi amiguita Luz —le dijo Liz Cari al conductor, que peinaba solo canas y eran pocas.

—Un placer, señorita —dijo él, mirándome por encima del hombro—. Muy guapa tu amiga. ¿Seguro que no quiere ir con nosotros a la cena? —le

preguntó a ella, pronunciando todas las eses como si fueran zetas.

«Este español es más viejo que el que se casó con mi vecina», pensé.

—¡No! A ella no le gustan esas cosas —dijo Liz Cari, como si yo no pudiese oír la conversación. Yo miraba por la ventanilla, como si en verdad fuese sorda y no me enterase de nada—. Mimi, este es Antonio —lo presentó por fin.

—Buenas —lo saludé casi en un susurro, dudosa de que Antonio me escuchara. Era la primera vez que hablaba con un español. Para mí no había mucha diferencia entre un extranjero y un extraterrestre—. ¿Tú no estabas en Varadero? —le murmuré a Liz Cari en el oído en cuanto Antonio puso el pie en el acelerador.

Nos había dicho a Javier y a mí que tenía que pasar el fin de año con Lucía. Al director del pre le dijo que su abuela estaba enferma, y él le dio los días de mala gana, sobre todo, porque era la última semana de diciembre y a los estudiantes les gustaba inventarse excusas para no ir a clases en fin de año, de toda la vida. Javier no hizo comentarios, pero se había quedado muy serio.

—Sí, pero Antonio tenía que venir a Santa Clara y aproveché para traerte unos regalitos de fin de año —dijo Liz Cari, y abrió los ojos grandes en respuesta a los míos, que se habían encogido con mil preguntas. |

¿Traerme algo a mí? A saber en qué líos se había metido ahora.

—Ah, qué bueno —le respondí.

El extranjero me miró por el espejo retrovisor. Unas gafas claras cubrían gran porción de su cara, parte del cuerpo con la que los años habían sido un poco más benevolentes, en comparación con su cuello y sus manos.

Cuando llegamos a mi casa, la baja temperatura me tenía tiritando. Salir del carro fue como entrar a un ardiente universo paralelo. Adentro estaba muy frío para Cuba, y afuera, muy caliente para diciembre. Liz Cari me dio dos cajas transparentes de chocolates y me puso un papelito en la mano. Me despidieron apurados, sin bajarse, para evitar rumores, y se fueron a cenar a un restaurante por dólares en Santa Clara. En el papelito decía que una caja de chocolates era para mí y la otra para Javier, que se la llevara ese mismo día y le dijera que ella se lo había mandado de Varadero con una amiga.

Javier vivía en el centro del pueblo. Su madre puso cara de pocos amigos cuando me vio. Para ella yo era la amiguita de Liz Cari; en otras palabras, mala influencia. Para nadie era secreto que ella no era partidaria de las excentricidades de su nuera. Me dejó en el portal de muro alto y sillones de hierro en lo que fue a buscar a su hijo. Era una casa de mampostería y techo de placa que ningún ciclón podría mover. Desde afuera se notaba que no tenían lujos, y que le hubiesen venido bien los muebles alemanes de la mía, que muy a pesar de los años todavía daban el plante. Vivían allí cuatro generaciones, incluida la bisabuela de más de noventa años. Me pasó por la

mente que, con la situación de la vivienda en el país, allí mismo continuaría viviendo Javier, y sus hijos, y los hijos de sus hijos. Dos portales más abajo, un grupo de hombres jugaba al dominó, entre tragos de alcohol y palabrotas, que sobresalían a pesar del alto volumen de la música. Yo pasaba de una mano a otra la jaba de saco en la que había embrollado las cajas de chocolates. Me había asegurado de cubrirlos bien, no quería que me tildaran de ostentosa, ni mucho menos que lo viesen los niños en la calle.

Javier llegó al trote al portal. Tenía una camiseta blanca que descubría sus hombros rectos y le resaltaba sus tonos marrones. Me abrazó con el cariño de siempre, y mi corazón empezó a batir tan fuerte que apenas podía oír los gritos del dominó. «No tendría que haber venido», pensé. Javier no merecía ser engañado por Liz Cari, y mucho menos por mí. Correr. Correr hasta dejar Romerillo en el pasado parecía ser mi única vía de escape en aquel momento.

—Te traje con el pensamiento —dijo, con una sonrisa que le diseñó su único hoyuelo. Se echó la melena castaña hacia atrás con los dedos y, de inmediato, el pelo lacio regresó a la frente, donde siempre caía con perfección.

—¿Y eso? —le pregunté con curiosidad.

No tenía idea de que yo pudiese estar en los pensamientos de Javier. A veces dudaba hasta que Liz Cari estuviese. Hacía tiempo parecía que él no escuchaba una palabra que saliera de sus labios rojos. Lucía cada vez más ausente. No me atrevería a decir que se mostrase aborrecido de ella, pero sí era indiscutible que su actitud indiferente iba en aumento. Liz Cari intentaba desahogarse con indirectas públicas y constantes intentos de discusiones, a las que él jamás le seguía el juego.

—Bueno —dijo Javier, y dio un salto con el que cayó sentado en el muro del portal, como un acróbata que ha hecho la misma función por años. Puse la jaba en uno de los sillones y apoyé los codos en el tope del muro, a un lado de sus piernas—. Es que estaba pensando en que hay una cosa que hace tiempo quiero decirte, pero no sé cómo —concluyó.

—¿A mí? —le pregunté, con el ceño fruncido.

—Sí. Es una sugerencia, pero no quiero que te ofendas.

—¿Y por qué me iba a ofender yo? ¿Una sugerencia de qué? —Levanté los codos del muro y crucé los brazos a la altura del pecho. Yo había ido a darle los chocolates, no a conversar sobre mí.

Javier se bajó de un salto y quedamos uno frente a otro. Era casi una cabeza más alto que yo. Agarró unas hebras que se me habían desatado de la trenza y las sujetó detrás de mis orejas, con una suavidad que se pareció a una caricia. No necesitaba un espejo para saber lo roja que tenía la cara, se me explotaría de vergüenza en cualquier momento si no terminaba de decirme lo que fuese que me iba a decir.

—Siempre te vistes de negro —dijo. Me miró directo a los ojos, como sin saber si seguir o no. La luz roja que se encendió en mi mirada lo paró en seco.

—A mí me gusta el negro —disparé, defensiva.

—¿Te gusta el negro, o te escondes en él? —preguntó, y tocó con un dedo mi gargantilla.

—¿Esconderme? ¿Esconderme de qué? —De mis manías, de mis miedos, de mi trastorno, de mil cosas que él no tenía ni idea que existían. ¿Qué más le daba de qué color me vistiera yo? —. Cada cual se viste como quiere, Javier —me defendí.

Quité su dedo de mi cuello, y alcancé la puertecita de hierro del portal. Él llegó a mí en un instante.

—Es verdad, tú tienes razón, olvídate de lo que dije. No te pongas brava conmigo, por favor.

—No, si yo no estoy brava —dije y clavé los ojos en las losas grises del portal. No podía ni mirarlo a la cara.

Las manos empezaron a sudarme, y los ojos a parpadear de cuatro en cuatro. «¡Para, para!», le ordené a mi mente, a mi estúpido trastorno obsesivo compulsivo que lo complicaba todo.

—Yo nada más quería saber si había algún motivo, asegurarme de que estás bien —dijo Javier—, tú eres muy importante para mí. —Me apretó los brazos y acercó su rostro al mío—. Escúchame bien. Tú eres linda, inteligente, tú eres… tú eres tan… ¡perfecta! No tienes que esconderte de nadie, deja que te vean. Tú no eres oscuridad. Eres luz, como tu nombre.

En cuanto dijo la última palabra, me soltó los brazos y dio un paso atrás. Parecía arrepentido. Había cruzado todos los límites. Pensé que no se le dice linda y perfecta a una «niña rara» solo para quedar bien con ella. Javier tenía que estar mintiendo. Nunca antes lo había escuchado mentir, y sentí mucha rabia; una rabia súbita que no me dejaba pensar. No me quedó otra opción que desaparecer y tiré la puerta de hierro a mis espaldas.

—¡Luz! —me llamó desde el otro lado de la puerta.

—¡Luz! Vuelve, Luz, ¡vuelve! —cantaron los imbéciles del dominó.

—¡Se te quedó esto! —gritó Javier.

—¡Es tuyo, te lo mandó Liz Cari! —le contesté sin mirarlo, y caminé hasta mi casa, sumando y restando de cuatro en cuatro. Ya dejaría de hacerlo otro día.

Esa noche mami y yo hicimos una comida muy rica, no solo a causa de que era la última del siglo y nos dimos el lujo de comprar aceitunas en el *shopping*, sino, además, porque por fin le estábamos cogiendo el punto a la cocina.

Después de cenar, ella nos sorprendió a la China y a mí: «¡Miren lo que

me regalaron!». Era una botella de sidra. La abrimos como en las películas, con el mismo protocolo con que se descorcha un champán.

—¡Qué rico! —dijo mi abuela, relamiéndose, y todas nos reímos a carcajadas.

A media noche se oyeron en mi casa las doce campanadas de la iglesia católica y luego, el griterío del pueblo, sobre todo, los del circuito apagado. Mi abuela dormía. Mami y yo nos abrazamos. Había llegado el año dos mil.

Santa Clara, Cuba, 2012

El recorrido por la ciudad me ha ratificado que mi país ha cambiado muy poco en tantos años que he estado ausente. La misma carretera, los mismos vehículos, los mismos carteles de Viva Fidel, a pesar de que ya no pueden ocultar que se está muriendo, y de Patria o Muerte, por esa aberración de confundir el patriotismo con la ideología.

El hostal en el que me hospedo está en el casco histórico de Santa Clara. Me asomo al balcón con vistas al Parque Leoncio Vidal, sobre el que empieza a caer un atardecer con tonos naranjas y morados. Con la cámara del *iPhone*, le hago varias fotos a la emblemática fuente del parque: «el niño de la bota». Me las encargó la Alemana en un arrebato nostálgico que tuvo ayer de su ciudad. Quiere mostrárselas a sus hijos y a su ahijada, mi pequeña Margarita.

Una imagen me llega, como tantas otras veces, de la nada: gritos, sangre, mi hija. Es un pensamiento recurrente que ya he trabajado en la terapia. Cuatro toques en el muro del balcón me devolverán la paz, al menos por un instante. Pero no lo hago, porque de eso se trata, de sacrificar un instante, y otro, y otro, hasta anular el impulso. Cierro los ojos. «Es solo un pensamiento, no tiene control sobre mí», me digo. El camión pasa de largo, mi hija me sonríe desde el parque, y el niño de bronce sostiene en lo alto esa bota de la que, ahora mismo, no cae ni una gota de agua.

Entro al cuarto y me tomo el Prozac, un medicamento que, después de experimentar con varios, me ha ayudado tanto con mi enfermedad. De la cocina me llega el olor a frijoles sazonados y pienso en mi abuela, en la época en que ella regentaba la cocina y nuestras vidas, cuando no teníamos mucho, pero todavía estábamos todos.

26

En Miami tenían una guerra para que Elián González, el niño que llegó del mar, se quedara allá; a nosotros nos tocó gritar para que lo regresaran. Pero como desde Romerillo jamás nos había escuchado nadie, nos mandaron a marchar por las calles de Santa Clara. Salimos de madrugada. Yo fui en el tren que designaron al pre, y mami fue en el camión que pusieron a disposición de las bodegueras. Casi se había escabullido de la marcha, con el cuento de que tenía que cuidar a su madre enferma, pero, al final, se acobardó. Era la administradora, tenía que dar el ejemplo.

Los del pre parecíamos un mar azul con pasos de tortuga coja a lo largo de la ciudad. Vociferábamos los lemas aprendidos, poniéndoles más fuerza cuando pasábamos frente a las cámaras de televisión. «El mundo nos está mirando, ¡no quiero graciosos!», nos había advertido el director de la escuela antes de salir.

Bajo el sol del mediodía, caminábamos Liz Cari y yo en una de las hileras humanas que se extendían al ancho de la calle. No perdíamos de vista a Javier, que iba dos hileras más adelante, su cabeza por encima del resto, igual que la mía. Más que la fatiga, la sed y el hambre, me molestaba el lloriqueo de Liz Cari, que chillaba lo mismo una y otra vez, con la exactitud de una grabación.

—En el portal de la casa, mimi, me los dejó en el portal. ¡Con lo que yo tuve que inventar para traerle esos chocolates!

—Es que tú piensas que Javier es bobo. Javier es la persona más inteligente que conozco, claro que sabe que tú estás en algo. A ver, ¿para qué tenías que hacerlo de nuevo?

—¿Cómo que para qué? ¿Tú te crees que yo quería acostarme con ese viejo verde? Ya te dije que eso es un trabajo. Yo me muero por Javier.

—Entonces deja de hacer burradas y olvídate de los extranjeros —le dije, interrumpiéndome con un bostezo.

Lo poco que había dormido, lo había pasado soñando que el tren salía antes de que yo llegara a la terminal, y yo corría y corría hasta Santa Clara y, como nunca encontraba la marcha, no me dejaban graduarme de doce grados, por contrarrevolucionaria.

—No puedo —dijo dubitativa, como tratando de convencerse ella misma —. Cuando la vieja se muera, Lucía le va a poder rentar la casona a los yumas, pero lo que le pagan ahora es una mierda. ¿Y si la vieja dura cien años? ¿De qué vamos a vivir? Tú bien sabes que antes de irme para Varadero no tenía ni un peso.

—Entonces, ¿vas a seguir en aquello?

—Sí, pero cuando a Javier se le pase el berrinche. Ahora no me puedo ir de nuevo. Además, todavía me queda un dinerito.

Pero no era un berrinche lo que mantenía a Liz Cari lejos de Javier. Lo sabía porque él mismo me lo dijo una semana antes en la plaza, mientras el director escupía palabras que nadie recordaría jamás. Yo no le había hablado desde el día de nuestra discusión en su portal. Lo primero que hacía, cuando llegaba a casa por las tardes, era lavar y tender las medias negras, para que me alcanzaran de lunes a viernes. Si no se secaban, me las ponía húmedas. Me delineaba los ojos con una línea aún más gruesa, y me paraba al final de la formación, sin mirarlo, recta como la asta de la bandera. Me sentía tercamente obligada a demostrarle algo que ni yo misma entendía. Pero una mañana él se paró frente a mí, tan cerca que de lejos parecería que me estaba besando, y me susurró al oído:

—Yo tampoco escogí enamorarme de ti.

Su voz me transmitió una descarga de felicidad y culpabilidad que no podía, o no quería explicarme, pero que, a cada minuto que pasaba, se expandía en mi interior, arriesgada y sublime, como fuegos artificiales en plena combustión.

«Niña, por fin te quitaste los trapos prietos», dijo la China al otro día, bajo la escéptica mirada de mami. Me había deshecho del lápiz de ojos, de las medias, las pulseras y las gargantillas negras. Sentía la abrupta necesidad de mostrarme a Javier como realmente era. Me había convencido de que su mirada perforaba todos los muros que levantaba entre el mundo y yo, de que, ni siquiera pintándome toda de negro, podía esconderle los fuegos en mi interior. Ni los fuegos ni sus colores.

—Tú no entiendes, Luz —protestó Liz Cari, sacándome de mis pensamientos.

De la mochila cogí el pomo de hielo enredado en un trapo, del que iba bebiendo a sorbos. Quería beberla toda, pero decidí estirarla hasta el final. A cada rato sacaban a alguien de la marcha, desmayado como un pollo, y me moría de miedo de pasar una vergüenza de aquellas. Nos detuvimos un momento en lo que yo guardaba el pomo en la mochila, y la fila de atrás nos empujó hasta que volvimos a andar.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no entiendo? —le pregunté.

—Tú, Javier, toda esta gente. No entienden nada. Ustedes nunca han salido de Romerillo. No saben lo que es viajar sin que les sude el culo, ni comerse un bistec de vaca, o un pollo frito entero, y acostarse con la barriga a punto de reventar, ni dormir en un colchón de verdad, ni echar toda la pasta que quieras en el cepillo, ni tener una toalla para cada uno. Una toalla de verdad. Una toalla que seca de tocarla —dijo, y me rozó el brazo con la

suavidad de una pluma—. Ustedes no saben nada, Luz. La vida está más allá de Romerillo, más allá de Varadero. Yo solo necesito un yuma, uno que se enamore de mí y me saque del país.

—¿Y qué tiene que ver Javier con eso?

—Javier es mi hombre. —Liz Cari se limpió una lágrima con la mano que tenía libre, y los cascabeles de las pulseras tintinearon—. Nada tendría sentido sin él. Es un sacrificio temporal, ¿lo ves?

En el aula se rumoreaba que yo era la única niña que nunca había dado un beso en la boca. Y si a alguien le surgía la duda, allí estaba siempre Liz Cari para aclararla: «¿Quién? ¿Luz? Más virgen que la virgen María». Se me paraban los pelos de punta solo de pensar que me tocara aquel Antonio; prefería morirme de hambre. No, yo no lo veía, y mucho menos lo vería Javier. Parpadeé dos veces y una tercera, me resistí para que no fueran cuatro y tuve éxito.

—Yo creo que Javier no está dispuesto a ese sacrificio. Le cambia la cara cuando hablas de Varadero —contesté.

—¡Bah! Javier no me dejó porque yo fui a Varadero. Nadie deja a nadie así sin pruebas de nada, por una sospecha. Tiene que haber otra haciéndole cuentos al oído.

—¿Otra? —Tragué en seco.

—Sí, mimi, y no es de ahora. Ya llevaba un tiempo raro. ¿Tú lo viste con alguien cuando yo estaba en Varadero?

—No, con nadie —respondí.

—¿Y esa cara? ¿Tú sabes algo? —insistió ella, jalándome por el brazo.

—No, no. Javier no está con nadie, será otra cosa —le dije y me solté de su mano.

—No sé, pero lo que sea yo lo voy a descubrir y ¡ay! de la que se esté metiendo en el medio. ¡Javier es mío! —berreó tan alto que hasta él la escuchó.

Javier se viró y le lanzó una mirada hiriente que me cortó la respiración. Nunca lo había visto mirar así y, al parecer, Liz Cari tampoco, porque se desplomó en medio de la calle, aunque con suficiente precaución para no romperse ni un solo hueso.

En la ambulancia la «reanimaron» y nos adelantaron hasta el tren de regreso. Allí esperamos por el resto del pre. Javier pasó de largo en busca de otro vagón, lejos de nosotras, y Liz Cari volvió a llorar con más chillidos que lágrimas. En el tren no había cámaras de televisión. Mejor, para no confundir al mundo.

Al llegar a casa, mi abuela y la China se balanceaban en los sillones del portal y esquivaban los mosquitos, que se iban haciendo más valientes a medida que se ponía el sol.

—Ay, mijita, tu madre tiene que decirte una cosa —dijo la China antes de que yo pusiera un pie en el portal.

Por el tono supe que algo estaba mal, tan mal que no podía ser ella quien me lo contara. Cuando no tenía potestad para ser la emisaria de una mala noticia, la China soltaba estas frases de suspenso, que te agitan las emociones antes de que te cuenten nada; un golpe maestro para robarle el protagonismo al informante.

Tenía la garganta demasiado árida para responderle, así que le hice una mueca con los labios partidos por la resequedad a modo de respuesta. Di el primer paso en el portal; podría haberme tirado allí mismo, sobre el cemento partido por las raíces del vetusto almendro, pero la sed era más fuerte que el cansancio, y me obligué a continuar hasta la cocina, donde el frío del congelador me refrescó la piel, mancillada por la caminata al sol.

Las dos luces del atardecer alumbraban la cocina sin necesidad de encender la chismosa y algo que todavía no olía se cocinaba en la olla de presión. Mami tenía que haber llegado mucho antes que yo de la marcha. Por un gran pedazo de hielo en el pomo de agua supe que el apagón era reciente, y el agua fría marcó el recorrido de mi boca al estómago, con una insipidez casi ardorosa.

Cuando mami entró a la cocina, sentí más miedo que con la advertencia de la China. Tenía la cara que pone la gente cuando se muere alguien.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Es Armando. Miriam acaba de irse de aquí. Armando está en las últimas.

Miriam era la mujer de Armando. A pesar de la distancia entre nosotros, era inevitable enterarse de este tipo de cosas en el pueblo. Vivían en Rancho Escondido, un barrio de terraplenes rojos a las afueras de Romerillo.

—¿Y a qué vino Miriam aquí?

Mami jaló un taburete y se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa. A sus espaldas colgaba la cortina del último cuarto, que era mío ahora, con su rojo desvaído y los bordes desgastados.

—Armando quiere verte. —Apoyó los codos en la mesa con las manos entrecruzadas—. Miriam vino a pedirte que vayas a verlo.

—¿Por qué? ¿Él la mandó?

—No. Él no sabe que ella vino. Me dijo que no quiere herirlo. En caso de que tú no vayas, claro.

—¿Y entonces? ¿A qué tengo que ir yo? Hace un siglo que no hablo con Armando.

Mi cabeza se prensó, como si alguien me apretara las sienes con dedos de hierro, dándole tanta presión como a la olla del fogón.

—¿Te acuerdas de cuando vino a la bodega? No me lo dijo, pero se

había acabado de enterar de que estaba enfermo. Dice Miriam que todo fue muy rápido, que ahora todos los días parecen que va a ser el último; pero sigue ahí, agonizando, más muerto que vivo. Ella está segura de que lo único que lo mantiene aquí es la ilusión de verte. —Mami atrapó una lágrima, justo antes de que cayera al suelo. Me pareció increíble su sensibilidad hacia un hombre tan poco virtuoso, como era el caso de Armando—. Dice que no se va a morir hasta que no te vea.

No importaba cuánto tiempo pasara sin hablarle, sin verlo, sin pensarlo; Armando estaba siempre ahí, en Romerillo, en mi subconsciente, como las cosas que guardamos para luego. Eso había hecho yo: lo había dejado para luego, para cuando tuviera el valor de enfrentarlo, y ahora la vida me quitaba esa oportunidad. La cercanía de la muerte intercambiaba nuestros papeles. Armando, el agónico convencido de que solo yo podía darle la extremaunción, pasaba de victimario a víctima. Había hecho una bola con todas sus malas decisiones y me la pasaba, para que fuese mía la última estocada.

—Tú no tienes culpa de nada —interrumpió mami mi chocante mutismo —. Yo respeto lo que tú decidas.

Tras sus palabras, la olla comenzó a silbar, a medida que la válvula liberaba vapor. El olor del picadillo de soya se propagó entre las paredes de la cocina.

Otra noche sin dormir. Para mí estaba claro: estarse muriendo era ventajoso para Armando. Pero muriéndose o no, sería ahora o nunca que le dijera todo aquello que permanecía atascado en mi garganta desde que era una niña, desde el día que le dio el golpe a mami.

27

Salí para Rancho Escondido en la bicicleta de mami una mañana de domingo. Pedaleé por las calles con menos baches, que eran a su vez las más transitadas. Las mujeres del pueblo tiraban agua o colgaban ropa en los portales y patios, muy a pesar de la encapotada condición del cielo.

No me costó mucho encontrar la casa de Miriam. «Cruza la línea, es la azul de la ceiba», me indicó un hombre que pasaba a caballo. A pesar de que el terraplén estaba seco, me pareció más prudente caminar el último tramo, minado de huecos profundos con marcas de ruedas de tractor. Si llovía, según amenazaba el cielo, tendría que regresar nadando. También allí limpiaban y tendían ropa las mujeres, en casas mucho más aisladas que las del centro del pueblo, en su mayoría de tabla y guano.

Un primer trueno estalló justo cuando cruzaba la línea y, una vez en la ceiba, comenzaron a caer las primeras gotas.

Dejé la bicicleta en el portón de madera bajo la ceiba y caminé hasta la casa, unos cuatro o cinco metros más adentro. El piso de cemento era poco más alto que el patio, parecía acabado de limpiar. Gran parte de la pintura azul se había caído a trozos de las tablas y el techo bajo del portal me hizo sentir mucho más alta. Me asomé a la puerta entreabierta, sin saber qué hacer, hasta que di unos toques que no escuché ni yo. Dos perros satos salieron a mi encuentro hociqueando y lambiándome los dedos expuestos por las sandalias. El más grande era negro, y el pequeño, blanco con pintas negras; parecía la réplica malograda de un dálmata. Moví los pies de un lugar a otro, tratando de alejarlos y en eso escuché la voz de Miriam a mis espaldas.

—¡Luz! Menos mal que te vi, muchacha —dijo, y abrió el portón—. Estaba en la casa del frente, buscando unas hojas de sábila para tu papá. —Todo eso lo dijo con tanta naturalidad, que parecía que me conociera de toda la vida—. ¿Esta bicicleta es tuya?

Le respondí que sí con la cabeza, y ella agarró el timón y la rodó hasta la casa, bajo una llovizna que empezaba a apretar. Mientras más se acercaba, más evidente se hacía su baja estatura y la robustez de su cuerpo.

—No la puedes dejar allá afuera, que se la llevan, muchacha. No hace ni dos días se llevaron una allá atrás, poco antes de llegar al río. En este barrio se lo roban todo, no va a quedar títere con cabeza.

Recostó la bicicleta a un poste del portal y, justo en ese momento, un relámpago partió el cielo en pedazos y la lluvia empezó a caer con violencia.

—¡Apúrate, muchacha! Entra —me apuró, y empujó la puerta, cuyas bisagras chirriaron con el movimiento.

No sabía con exactitud la edad de Miriam, creo que andaba por la década de los cuarenta. Una blusa naranja de tirantes descubría su piel pecosa y enrojecida en los hombros y el pecho.

—De verdad que eres alta. Igual que tu papi —dijo, sacudiéndose el agua de la melena. Su cabello tenía un color difícil de determinar, entre rubio y rojo, salpicado de blanco.

El pequeño dálmata saltaba en al aire, como si la maniobra de su dueña fuera un llamado al juego.

—¡Deja de ser pesado, Lunares! —le dijo Miriam, y me ofreció uno de los tres sillones en la estrecha sala, justo a un lado de la puerta.

Me pareció absurdo un juego de tres sillones. Sentí una desazón repentina por no poder contar cuatro, parpadeé cuatro veces seguidas sin que Miriam lo notara. En una esquina de la mesita de centro —con una colección de adornos de yeso de los merolicos, que hubiesen alcanzado para enyesar una fractura de pierna—, ella colocó las hojas de sábila recién cortadas.

—Le alivian la piel —comentó, en referencia a la sábila. Encendió una bombilla que parpadeaba, con algún tipo de falso contacto, y se sentó en uno de los sillones—. Menos mal que cerré la casa antes de salir. Tremendo aguacero. Qué gargantilla más linda. A mí me encantan las cosas tejidas, y los colores, me encantan los colores. ¿Ese pelo es negro así o es tinte?

—Tinte —musité.

—¡Qué lindo! Yo estaba loca por conocerte, muchacha. Tu papá siempre habla mucho de ti. Ya no tanto, ya casi ni habla, el pobre. Yo estoy con él desde poquito después de que pasó…, bueno, lo que pasó. —Se refería al incidente de la balsa, ese que a todos les costaba tanto mencionar en mi presencia—. Lo conocí por mi primo, que esos días venía casi todas las noches al pueblo a recoger una botella de ron. Le había dicho a tu papá que se las dejara aquí, en mi casa. Un día le pregunté que cuál era su negocio con el Pinto, y él me lo contó todo.

—¿El Pinto? —la interrumpí—. ¿Qué Pinto?

—¡Ah! Muchacha, verdad que tú no debes saberte la historia. El Pinto, el guía de los campos, es primo mío. Tu papá le daba ron para que te hiciera el trabajo —explicó Miriam, y como yo no supe qué decir sobre semejante e innecesaria estupidez, no dije nada—. Él estaba acabado —continuó ella—. Me contó todo lo que había pasado contigo y lo mucho que estaba sufriendo. Cuando llegaba, se tiraba ahí mismo, donde tú estás sentada, a beber y a llorar. Se acabó «La escuela al campo», y él siguió viniendo, y ahí empezó lo nuestro. A decir verdad, yo pensé que eso se le iba a pasar, pero ¡qué va! Mientras más bebía, más lloraba, y mientras más lloraba, más bebía. A mí se me partía el alma. Armando es un hombre tan bueno, la vida ha sido injusta con él.

—¿Dónde está? —le pregunté, aprovechando la pausa que hizo para respirar. Una parte de mí quería que no se callara, para que no llegara el momento de ver a Armando, pero la otra quería terminar de una vez con aquella situación absurda y regresar a mi casa.

—En su cuarto, con Mima. Ella lo adora, me lo cuida cuando yo salgo —respondió, y la bombilla que colgaba de la techumbre de guano sobre nuestras cabezas empezó a sonar como un grillo con cada parpadeo.

Era una casa muy limpia, a pesar de su palpable deterioro. Los cuartos se sucedían uno detrás de otro a lo largo del pasillo, cada uno con una cortina en la entrada; todas de una misma tela amarilla, de flores naranjas. Me pregunté detrás de cuál estaría Armando. El perro negro se fue de la sala, avanzando por el pasillo con paso cansado y Lunares se acomodó debajo de la mesita de cabilla que sujetaba el fatigado televisor ruso.

—Trabajó hasta que no pudo más —dijo Miriam—. Papi le tenía prohibido ir y, así y todo, él se le aparecía en el campo. Hasta hace poco se metía en los surcos de arroz, que tú sabes cómo se puso eso con las crecidas del río. —Yo no sabía, pero asentí con la cabeza, que era lo mínimo que ella esperaba por respuesta—. El agua hasta la rodilla y él salvando todo lo que se pudo. —Suspiró—. Temprano por la mañana, la enfermera viene a ponerle el medicamento y después, por el medio día y por la noche; claro, para que duerma. Me lo están matando, pero, por lo menos, que se muera sin dolor. Nadie merece eso, mucho menos Armando que es un hombre tan bueno y que ha pasado por tanto. Un titán de Angola, ¡eso sí!

En algún momento dejé de oírla. Me parecía surreal aquella opinión de Armando y me preguntaba si de verdad había sido tan especial con aquella familia, o si Miriam era víctima de una compasión desmedida, infundida por la cercanía de la muerte. En las palabras de esta mujer, resultaba que yo hice sufrir tanto a Armando, que solo el alcohol había quedado para consolarlo. Qué diferente de la historia que yo viví. Si Armando había encontrado en esta familia el amor que yo nunca le di, sería porque fue mejor persona con ellos, o por algún tipo de masoquismo colectivo que reinaba en esa estirpe, lo cual no podría importarme menos a esas alturas.

—¿Puedo verlo? —le pregunté, ya convencida de que aquella mujer podría decir cosas positivas de Armando por horas.

—Sí, claro, muchacha. Vamos, está en el último cuarto.

La seguí a lo largo del pasillo, evitando tropezar con Lunares, que retozaba entre mis pies. Detrás de la sala, en lo que debió de haber sido un día el comedor, sacos blancos se amontonaban en pilas, del piso al techo. De seguro alguna cosecha de arroz del padre de Miriam. Cuando llegamos a la cocina, ella levantó la última cortina amarilla.

—¿Cómo está? —le susurró a la señora que se mecía en un sillón, —el

que faltaba en la sala— al lado de la cama de hospital.

—No se ha despertado —respondió la señora.

—Esta es Mercedes, mi madre —me dijo Miriam—. Mima, esta es Luz, la niña de Armando.

El perro negro, que se había acostado a un lado de la cama, cerca del sillón, alzó la cabeza para mirarnos y regresó a su posición con desgano. Lunares se tumbó a su lado y Mercedes se levantó con prontitud e hizo un ademán para que me sentara yo. Le dije que no con la cabeza, pero ella dejó el sillón vacío y salió del cuarto por otra cortina, que daba a la habitación del lado.

Miriam se adelantó hasta el ventilador, que se alejaba de la cama a pasitos cortos. Era uno de aquellos con patas de hierro, veleta sin protector y motor de cualquier cosa que nos inventamos en el Período Especial, y hacían más ruido que un ciclón. Lo acercó a la cama y contrarrestó el movimiento, enredándole en las patas una colcha que cogió del piso. Por la oscuridad dentro del cuarto de tablas era evidente que el cielo continuaba ennegrecido afuera, aunque ya no escuchaba la lluvia, solo los vientos huracanados del ventilador.

Al momento, como si hubiese sentido mi presencia, Armando abrió los ojos en sus hundidas cuencas. Se movió en la cama, tratando de sentarse. Miriam se apresuró a ayudarlo, levantó la cabecera de la cama de hospital a unos cuarenta y cinco grados, acomodó la almohada detrás de él y la sábana desvaída que cubría sus piernas hasta la cintura. El acto duró varios minutos, hasta que Armando quedó en la posición que buscaba, o se dio por vencido. Durante ese tiempo ella le hablaba.

—Mira, papi, quién vino a verte: tu niña. ¿Viste qué grande está? Igualita a ti, la cara, la boca, todo. Mira qué trenza más bonita tiene. El pelo es lacio, como el de un chino, igualito que el tuyo.

Miriam hizo una pausa súbita, de seguro provocada por la evidente alopecia de Armando. Sus brazos y el pecho desnudo estaban tan pelados como su cabeza. Las marcas de la varicela saltaban a la vista, luego de años escondidas tras la barba negra.

Armando carraspeó un par de veces y dijo mi nombre con lo que no supe si fue una mueca o una sonrisa.

—Ven, siéntate aquí —me dijo, dándole unos toques al colchón.

Me acerqué a él, sin tener claro qué hacer, hasta que decidí sentarme en el sillón, a expensas de la pelota pesada que se me hacía en el estómago, y los escalofríos que me provocaba el aire del ventilador. Quedamos a la distancia de un brazo, desde donde pude ver el color amarillento de su piel reseca, casi engomada a los huesos, con retazos cenicientos en los brazos. Intenté calcular su edad, y me percaté de que no sabía en qué año había nacido ni a qué edad

me había tenido. Daba igual. Parecía un anciano desdentado. Había perdido tanto peso que no le servía más la prótesis dental, me aclaró Miriam como disculpa.

—Viniste —dijo él con cara de complacencia. Su voz olía a fruta fermentada.

Un amasijo de impotencia y aflicción parecía haberme robado el habla. Este no era el hombre que golpeó a mi madre, ni el que me llevó en la balsa, ni el que abracé por miedo. No era el que yo había venido a ver. Ese Armando ya se había ido.

El brazo derecho del sillón era demasiado liso al tacto, y tenía un color más claro bajo el barniz. «Una pieza reemplazada», pensé. Luego de frotar ambos brazos cuatro veces seguidas, froté el derecho cuatro veces más. Eso me dio la sensación de simetría que buscaban mis manos. No me atrevía a preguntarle cómo estaba, ni a hablar del pasado, ni mucho menos del futuro. La pelota de mi estómago empezó a dar saltos intermitentes, que alcanzaban mi garganta como si fuese a vomitar. Fue una pregunta de Miriam lo que salvó mi silencio:

—Ya estás en el último año del pre, ¿verdad, Luz?

—Sí, doce grados, este año termino —respondí, agradecida por su intervención.

—¿Y qué vas a hacer después? —continuó la conversación Armando.

—Todavía no lo sé. —En el momento que hablé, me lamenté de haber cortado el tema tan rápido, pero en realidad, no tenía ni idea. Tampoco era algo que me interesara contarles; ni eso ni nada. Quería salir corriendo y olvidar de una vez por todas que Armando era mi padre. Armando el alcohólico, el convaleciente.

—Ya se te ocurrirá algo —dijo él—, tú siempre fuiste una niña muy inteligente. La mejor del aula, Miriam. Salió a su mamá. Blanca era el uno en el escalafón del pre. La vieja Caridad vivía repitiendo eso. ¿Es verdad que tu abuela está ida de la mente?

Le respondí que sí con la cabeza, y Miriam saltó a dar detalles.

—Malita, malita, papi. Yo la he visto de pasada —dijo para cubrir que había estado en mi casa—. Pero se ve que está en otro mundo. No debe ser fácil cuidarla, ¿verdad, Luz?

—La China ayuda mucho —musité.

—La China —dijo él. Una sonrisa se dibujó en sus cenizos labios, avivando su rostro dentro de lo que era posible en su deteriorada situación—. Tremendo personaje. Era ella quien le daba mis recados a Blanca cuando no la dejaban salir. ¿Qué edad tiene la China ya? —Esto último lo dijo más despacio, como si algo le atropellara la garganta.

Me encogí de hombros preguntándome algo que nunca me había

cuestionado antes: la edad de la China; hasta que me percaté de que Armando no estaba esperando una respuesta. Se movía incómodo en la cama. Luego de un gemido, que pareció más de cansancio que de dolor, dejó de moverse y cerró los ojos. Miriam le dio a la palanca de hierro, hasta que la cabecera de la cama quedó casi recta, y yo me paré del sillón, sin saber qué hacer con mis manos. Lo único que me aseguraba que Armando no se estaba muriendo en ese preciso momento era la serenidad con que Miriam lo miraba.

—¿Cómo te ayudo? —le pregunté.

Ella apretó los labios y negó con la cabeza. Una vez que lo acomodó, hizo un gesto con la mano para indicarme que saliera. De camino a la cocina, noté dos cuadros pequeños colgando de grandes puntillas en la pared. Uno era un retrato de mi abuela Dulce, la madre de Armando, a quien yo solo conocía de nombre, porque murió siendo yo muy pequeña. La otra era mía, una copia de mi foto de los siete años: una niña escuálida, con sonrisa forzada, en pleno proceso de mudar los dientes.

En la cocina, Miriam abrió la puerta trasera y su única ventana. Había escampado, solo de la cornisa continuaban cayendo intermitentes gotas de agua.

—Es el medicamento —dijo—, no aguanta mucho rato despierto. Se puso tan contento cuando te vio, ¿viste como habló? Eso es porque eres tú, muchacha. —Miriam alzó su mano y me dio un empujoncito en el hombro—. A veces se pasa hasta un día sin hablar de nada. En cualquier momento, se nos va. —Los ojos se le aguaron y, por primera vez, noté que se le ponían medio verdosos con la luz del sol que entraba por la ventana—. ¿Cuándo vienes de nuevo?

La pregunta me tomó por sorpresa. Armando se había separado en dos elementos: un pasado que revolcaba mi ira y un presente que removía mi compasión. Sentí rabia por el que se había ido y una pena aún más grande por el que se moría en el cuarto del lado.

—Mañana —le respondí sin pensar.

28

Armando logró vivir casi tres semanas más. Lo enterramos en el cementerio de Romerillo. Hubo pocas lágrimas en el funeral, como suele suceder con las personas que ya se lloraron en vida, cuando la extensa fase paliativa le arrebata el factor sorpresa a la muerte.

En sus últimos días lo visité cada tarde, después de clases. Liz Cari se ofreció a llevarme en su bicicleta montañesa, que demostró tener el nombre bien merecido en aquel terraplén de huecos grandes. En un par de visitas se hizo amiga de todos en la casa, incluido Lunares, que dejó de lamerme los pies. A ellos también les dijo que tenía una tía en Miami. Le compró a Armando sábanas nuevas, pijamas, jabones, toallas, cremas y jugos —que él apenas probó—, todo en las tiendas por dólares, que tan inaccesibles eran para el resto de nosotros. Se lo agradecimos con el alma, porque su dinero no podía comprarle salud, pero sí un poquito de decoro para su desigual batalla con la muerte.

Liz Cari estaba obsesionada con volver con Javier y con irse del país. Yo, en cambio, hacía un esfuerzo mental para no pensar en él, cosa que era casi imposible con ella mencionándolo todo el tiempo.

—Mimi, ¿tú crees que se le va a pasar rápido este berrinche? —me preguntó una tarde, cuando cruzábamos la línea de Rancho Escondido.

Si hubo un momento para contárselo todo fue ese, pero no me atreví. Había sucedido una sola vez, pero no salía de mi cabeza. Recordé a Javier rozando mi mejilla caliente con un pulgar, deslizándolo hasta mi boca. Yo parpadeé cuatro veces. ¿Qué estaba haciendo? No lo sabía. Estaba pasando y no podía detenerlo; o no quería, qué más daba. Cerré los ojos y un suspiro me abrió la boca y él se aproximó hasta que su aliento se juntó con el mío en la humedad de nuestros labios. Sus manos acariciaron mi cabeza con toques suaves; las mías apretaron su espalda. Me dejé llevar de un lado a otro, con la confianza de una persona ciega en su perro guía y, aun así, me perdí por un tiempo indeterminado.

—¿Se le va a pasar? —interrumpió Liz Cari mis pensamientos.

—No sé —le contesté con palabras jabonosas, sin levantar la vista del terraplén, todavía recordando el beso.

Durante algunas visitas, Armando ni siquiera se despertaba, o lo hacía por cortos intervalos, en los que no daba tiempo mantener un diálogo. Cuando hablaba, era sobre cosas triviales del día a día, o historias del pasado que yo no recordaba. Estaba segura de que eran invenciones de su imaginación o delirios, pero nunca lo contradecía. Dejó de tomar líquidos, la enfermera le

puso una cánula, por donde le suministraba fluidos en gotas lentas, pero constantes. Su color se fue haciendo más oscuro y su aliento más hediondo, a pesar de todos los cuidados de Miriam. A veces, él le pedía alcohol y ella le pasaba por la boca un algodoncito que humedecía con ron. Él recorría los labios con la punta de la lengua y le sonreía agradecido.

Un sábado, Miriam se apareció en mi casa con la cara roja como la piel del pecho y los hombros, respirando rápido, como si acabara de correr un maratón.

—No quiso el medicamento —dijo—, está despierto desde las seis de la mañana, hablando. Hasta se ríe con mis cosas. Hacía tanto que no se reía. Quiere que le lleves las fotos de Angola, las que mandó cuando tú estabas chiquita. Vine corriendo que me daban los pies al pecho, muchacha. Mima dice que es el subidón de la muerte.

Encontré las fotos debajo de la cama, en la maleta de papeles viejos, y di de frente con otro Armando que había borrado por completo: el Armando que tomaría de la mano para bailar un vals por las calles del Romerillo, el Armando que soñaba con conocer, mucho antes de su regreso de la guerra.

En una esquina de la maleta, encontré el cuaderno rosa de sueños y deseos que me había traído mi tía de Alemania. Sacudí el polvo de la portada y, a pesar de los llamados de Miriam, me tomé un momento para abrirlo y leer en la primera página.

Que te abrace ella, la mujer pálida. Que te enrede en su cabello de telaraña y te lleve lejos.

Latiendo más rápido que un segundero, el corazón se me hizo pesado en el pecho. Acababa de reencontrarme con una versión de mí tan enterrada en el polvo como la del joven Armando. Un llamado de Miriam me devolvió al año dos mil, al presente. Me enjugué los ojos y salí, rumbo a Rancho Escondido, con las fotografías.

En cuanto lo vi, percibí la mejoría; eso que Mercedes llamaba el subidón de la muerte. Según ella, era una tregua que el cuerpo le da a los enfermos poco antes de morir. La ventana estaba abierta, proporcionándole una luminosidad inusual al cuarto, y Armando permanecía sentado en la cama, con la cabecera casi a noventa grados. Me saludó con una sonrisa y Miriam nos dejó solos. Si Mercedes estaba en lo cierto, la muerte enmascaraba su cercanía con desconcertante maestría.

Me senté en el sillón y le pasé las fotografías a Armando. Eran en blanco y negro, con una pátina amarillenta. Las sujetó con la mano que tenía el suero conectado. En la primera, él estaba de pie, con su uniforme de camuflaje y un mono en el hombro.

—¡Kiko! —exclamó emocionado—. Qué monito tan cariñoso, era la mascota de la tropa. —Rozó la foto con el pulgar, como si pudiese acariciar al

mono, de la misma forma que yo acariciaba su rostro de papel, cuando era niña, y él estaba lejos, en la selva africana con Kiko.

La segunda foto era de cerca, y se podía ver con claridad el rostro de Armando, que ahora me parecía demasiado joven.

—Es verdad que nos parecemos —me comentó, y reconocí que teníamos los mismos labios. Me llevé el dedo índice a la boca y él sonrió con su vilipendiada dentadura—. Esta fue cuando llegué a Angola. —Suspiró—. Ni me parezco. Quitaron uno y pusieron otro. —Miró el cuadrito con la foto de su madre en la pared y continuó—: Cuando tu abuela Dulce se me murió, lloré como un perro perdido, allá en la selva. Ahora pienso que Dios sabe lo que hace. Era una santa mamá.

—Eso dice la China, que mi abuela tenía el nombre bien puesto —añadí.

—Vivió para criarme. Después que papá se murió, no quiso saber de hombre alguno. Yo tenía siete años. Dicen que dijo que ningún señor iba a venir a decirnos qué hacer. —Armando echó una carcajada, la primera que le escuchaba en esos días.

El ventilador se había alejado tanto que estaba llegando a la ventana, así que lo acerqué e hice la maniobra de la colcha que había aprendido con Miriam. Cuando regresé al sillón, Armando estaba mirando la tercera foto. En esta última, él aparecía parado frente a un herbazal, con un brazo en el hombro de otro joven de cabello claro. Estaban los dos de uniforme: con botas, cascos y armas largas frente al pecho. El joven sonreía al lado del rostro impávido de Armando.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Era… —dijo él, con tono grave, e hizo una pausa larga— Julio —respondió por fin—. Julito, carajo.

Una lágrima recorrió su ajado rostro, que tenía un color entre amarillo y verde ceniciento, y yo suprimí el nudo que se me hizo en la garganta para no llorar, también, por aquel Julio que no conocía, pero que sentía ahora tan cerca.

—Lo arrastré hasta el campamento, diciéndole que aguantara, que iba a estar bien, que ya estábamos llegando. ¡Ya estamos llegando, cojones! —alzó la voz Armando, como recreando el pasado y sonrió con los ojos fijos en la imagen—. Julito no decía nada. —Puso las fotografías a un lado de la cama, se enjugó las lágrimas con la mano del suero y pegó los ojos biliosos en la cortina amarilla con flores naranjas. Parecía que estuviese mirando el pasado, imágenes de un reflector en la cortina—. Que carajo iba a decir, si ya estaba muerto —concluyó.

El nudo en mi garganta amenazó con zafarse en un gemido, pero conseguí contenerlo. Me percaté de que no era esta la primera vez que Armando tenía la muerte pisándole los talones, de que también él vivía

peleando sus propios fantasmas, de que quizás todo hubiese sido distinto sin la guerra. Parpadeé cuatro veces, mientras frotaba los brazos del sillón. Carlos entendería el viernes, no era momento para enfrentar mis compulsiones.

También Armando cortó su llanto de un golpe y me miró:

—¿Tú sabes quién muere en la guerra, Luz?

Me encogí de hombros y le pregunté con inseguridad:

—¿Los que no regresan?

—No —respondió él—. En la guerra nos morimos todos. La única diferencia es que unos se hacen héroes y el resto se vuelve sombras.

Armando acercó una mano hasta el brazo del sillón y apretó la mía; era la primera vez que se atrevía a tocarme. La frialdad de su piel me transmitió un espasmo helado. Le dirigí la mirada y encontré sus ojos, que me esperaban ansiosos.

—Yo nunca fui héroe, Luz. Los héroes no se emborrachan —me dijo el hombre que se moría, el mismo que le rompió la cara a mi madre.

Nunca me pidió perdón y nunca le dije que lo perdonaba. Pero el perdón no es la palabra que sale de la boca, es la paz que entra a nuestra alma.

29

Eran las siete de la mañana del primero de agosto, mi último día escolar, y estábamos vestidos de civil, porque las clases habían terminado a principios de julio. Una multitud se apiñaba frente al edificio docente en la plaza. Un mar de estudiantes y profesores, atraídos hacia una pared blanca, como pequeñas agujas a un gran imán.

Esas dos últimas semanas eran de trabajo voluntario y asistencia obligatoria —si es que puede existir coalescencia en esos términos— para no perder tu beca en la universidad.

Como cada curso, a los grados de décimo y onceno les tocó albergarse en el campo para trabajar la tierra. A los estudiantes de doce nos dejaron en el pueblo para pintar y reparar la escuela, dentro de lo posible. La mayoría de los días solo habíamos hecho acto de presencia cuando pasaban la lista, esperado a que los profesores nos liberaran luego de no encontrar ninguna tarea para nosotros, hasta que, por fin, nos llegó la pintura prometida por Educación Municipal. Ahí sí que estuvimos ocupados, dándole cal a las paredes y pintando persianas, puertas y barandas mientras nos duró la pintura roja que priorizamos para el frente del edificio. La cal tampoco nos alcanzó, porque lo mismo profesores que estudiantes robaban un poco del polvo níveo cada día. Se la llevaban en bolsitas con el mismo sigilo que un experto traficante de cocaína.

A mí me hubiese afectado poco o nada no asistir al trabajo voluntario, porque no me llegó carrera universitaria. Iba por ver a Javier. Como era de esperarse, sus notas en las pruebas de ingreso fueron excelentes y, combinadas con su escalafón escolar, aseguró su entrada al instituto de medicina en Santa Clara; comenzaría en septiembre. Pero no todos éramos valientes, como Javier, en aquella generación desmembrada por la diáspora. Cinco o seis años de estudios en una beca que se caía a pedazos, durmiendo en literas destartaladas, comiendo el mismo chícharo acuoso con gorgojos de «La escuela al campo», para luego ganar un salario inferior al de un merolico de los quioscos. Todo por culpa de una economía que subsistía patas arriba, como una cucaracha que cogió un zapatazo y boquea en el piso, sin acabar de morirse o virarse. El caso es que no me llegó carrera universitaria porque ni siquiera la pedí.

La razón principal por la que no me aventuré en semejante contingencia fue por tejer a tiempo completo vestidos para los extranjeros. Mi tío apenas nos ayudaba con el salario de la China y mami sola no podía seguir sustentándonos a todas. No quería que continuase metiendo la mano en el

almacén de la bodega y terminásemos como los vecinos del frente. Nadie sabía que mis tejidos iban a parar a Varadero, ni siquiera la China, porque aun siendo un negocio cuyo alijo representaba poco interés para las autoridades, no dejaba de ser, para decirlo en buen cubano: por debajo del telón. Si me descubrían, solo me harían pagar una multa y me decomisarían los vestidos y el material de trabajo, o eso me decía yo, porque en legislaciones incoherentes nos vamos acostumbrando a vivir al margen de la ley.

Liz Cari se había ido del país en medio de los exámenes finales, lo que la descalificó para graduarse. Resultó que un mexicano le propuso matrimonio y, como era un abogado bien conectado, su proceso de reclamación a México fue bastante exprés. Eso sí, se había ido convencida de que reconquistaría a Javier. Se aseguró de contarle a todos que se marchaba por una visa de trabajo que consiguió en el Distrito Federal, y que Javier era el amor de su vida y no pararía hasta recuperarlo y llevarlo con ella. En lo que iba de mes, él había recibido diez cartas que tiró a la basura sin abrir; trabajo que mi abuela le hubiese ahorrado con gusto, de no ser porque no vivía con él, y porque sucumbía a las incoherencias de su farragosa enfermedad.

Sin entender qué sucedía, me acerqué a la multitud de estudiantes y profesores que miraban hacia la pared con ojos incrédulos. El director llamaba al orden desde la plataforma de la plaza, pero nadie le obedecía, más bien se apiñaban contra la pared blanca, de la que yo solo alcanzaba a ver unos rasgos rojos. Me paré en puntillas para tener mejor visibilidad, cuando escuché a lo lejos lo que me pareció una sirena de ambulancia. Un alarido que se nos acercaba a paso raudo, con la urgencia característica del peligro. En cuestión de segundos, la alarma se multiplicó en el aire, haciéndose evidente que no era un solo vehículo. Entonces, vimos cinco patrullas frenar estrepitosamente frente al portón de hierro. De cada una bajaron cuatro o cinco oficiales, armados hasta los dientes, asegurando las correas de sus perros policías y blandiendo al aire sus bastones negros. Venían envueltos en una polvareda rojiza que acababan de levantar sus blancos carros. Con cada paso que daban en la plaza los estudiantes se dispersaban como reses de un rebaño despavorido. Solo entonces pude ver el letrero de anchos brochazos rojos en la pared blanca, la frase que jamás había visto junta en una superficie, la que ninguno de los presentes se había atrevido siquiera a leer en voz alta, la que estaba por costarme la mayor pesadilla de mi adolescencia: «ABAJO FIDEL».

Me quedé sola en medio de la plaza, parpadeando en unidades de cuatro, como una res aturdida, extraviada de su rebaño, hasta que Javier apareció de la nada y me jaló por un brazo a la periferia, donde se amontonaba ahora la masa de estudiantes. El director también se había callado de repente y lucía desconcertado, como una pálida estatua sobre su plataforma. Los policías se

acercaron a él, y en la calle chirriaron gomas dos camiones forrados con lonas verde oliva. Hombres uniformados de camuflaje bajaban de ellos con grandes saltos avezados. Eran las tropas especiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, los llamados Avispas Negras, cuya existencia todos nosotros desconocíamos, debido al secretismo con que actuaba esta organización en aquellos tiempos. «Las hembras para la estación y los machos para los camiones», escuché a uno de los policías gritar y me abracé a Javier, aterrada.

—¿Van a subir o tenemos que subirlos? —continuó la voz, esquivando con el brazo armado al director, que intentaba explicarle algo—. Aquí todos tienen dieciocho años, a ver si de verdad son tan machos cuando los tribunales revolucionarios los juzguen como adultos. Quiero todos los expedientes de doce grados. ¡Ahora! —le rugió al director.

Los estudiantes empezaron a moverse en las direcciones indicadas, con una disciplina sin precedentes. Nadie se atrevió a reclamarle a los hombres uniformados, ni mucho menos a protestar. A los que no habían venido ese día, la policía los recogió en sus casas, en las patrullas, frente a los gritos de sus confundidos padres.

—No va a pasar nada —me aseguró Javier, separándome de sus brazos, y yo tuve la helada certeza de que bien podría no ser así.

Quizás sentí que no era sostenible el estado de felicidad en que flotaba desde la tarde anterior, después de haberme entregado a él, justo allí, en el quinto piso de aquel edificio cuyo letrero rojo ya habían empezado a raspar con machetes un grupo de profesores. Cuando Liz Cari se fue a México, yo me resistí a mi atracción por Javier, escondida detrás de una barricada de ladrillos de culpa y prejuicios. Ella se había ido, pero ¿y el resto del aula, del pueblo? Hasta los ciegos de Romerillo sabían lo de su amor por Javier.

—Cuéntaselo antes de que se vaya —me había advertido mami—, de todas formas, se va a enterar. ¿O tú crees que ella no va a venir más a Romerillo? Tarde o temprano lo vas a tener que enfrentar.

—Pero ¿de qué se va a enterar? Yo ni tengo ni puedo tener nada con Javier —respondí desde mi apesadumbrada cobardía. No había sido más que un beso.

Por más que mami y la China reafirmaran que eso no era meterse en la vida de nadie, porque Liz Cari había escogido su propio destino, a mí todo aquello me sabía a traición. Había estado siempre tan cerca de ese noviazgo, de sus altibajos, sus intimidades, igual que mi abuela en los tiempos que Rosa era todavía esposa de mi abuelo Ramón. Mi abuela vivió con esa vergüenza toda la vida. Pensé que seguro ahí empezó su manía de engañarnos a todos y que yo no lo soportaría.

Si me convencí de que yo sería más fuerte, de que podría evitar a Javier, fue porque era inexperta en cuestiones de amor, y no estaba enterada de sus

complejidades. No podía adivinar que la partida de Liz Cari sería la caída, ladrillo tras ladrillo, de ese muro etéreo que separaba mi cuerpo de Javier. Cada mirada, cada gesto, cada roce nos unía como materiales de una mezcla regresando a su estado natural, luego de haber sido centrifugados durante un período muy largo.

El día antes de que empezara esta pesadilla con los Avispas Negras, habíamos trabajado en el aula hasta tarde. Los varones pintaron las paredes, y las chicas limpiamos, dejándolo todo listo para el próximo curso. Los estudiantes se iban marchando según terminaban su tarea, yo me ofrecí para secar el piso. No fue algo coordinado, simplemente sucedió. Intuí que Javier quería que se fueran los demás, que nos dejaran solos, y me sorprendió que era lo que yo deseaba también. Un edificio entero vacío para nosotros, un lugar donde solo existíamos él y yo, algo tan imposible en Romerillo, donde familias completas vivían hacinadas, generación tras generación, sin oportunidad a la privacidad.

Por la persiana vimos a nuestros compañeros del aula dejar atrás la reja del portón. Todos sentíamos una especie de melancólica alegría por haber terminado un hito más en la vida. La escuela estaba vacía a no ser por el grupo de varones que jugaba baloncesto en la plaza. Usualmente Javier era uno de ellos, aclamado por su estatura. Era una actividad extracurricular luego de las clases, que empezaba al bajar el sol y, a veces, se extendía hasta que la plaza se quedaba a merced de la luna como única iluminación.

Desde la persiana del quinto piso, conté trece chicos entre los que jugaban baloncesto y los que voceaban desde los bancos. El cielo empezaba a apagarse sobre el tamborileo del balón, y el griterío nos llegaba impregnado de palabrotas y testosterona en plena ebullición.

Javier cerró la persiana con suavidad. Me sujetó por las caderas, y me atrajo a su cintura de un golpe sólido, seguro. Su respiración se había vuelto irregular. Sus ojos, dos aceitunas oscuras, quemadas por el deseo, estaban ahora tan cerca que podía verme en ellos. Fui a decir algo, pero me selló la boca con un dedo. Aquel primer y único beso que nos habíamos dado, meses atrás, fue suficiente precedente para no andarnos con rodeos. Me besó con apuro. Su nariz olfateaba mis poros, sus dedos se clavaban en mi nuca, justo donde empezaba mi trenza negra, sus labios absorbían cada espacio de mi boca. Escuchaba mis latidos y sentía los de él aflorando. Su respiración haciéndose cada vez más enérgica, más jadeante. Nos besamos en los labios hasta que nos atacó la encendida urgencia de lamernos todo el cuerpo. Mi piel necesitaba su lengua, sus dedos, sus dientes, su sudor, su aliento, su espíritu. Era una urgencia tan ignorada, pero a la vez tan instintiva. Sentí como un punto recóndito, que siempre había suprimido en alguna parte de mi ser, comenzó a latir, por primera vez, sin miedos. Me abrí toda para él, en cuerpo

y alma, hasta que estuvo dentro de mí y perdí el sentido de los espacios y el tiempo, mientras el balón del baloncesto repiqueteaba en el asfalto.

En un camión nos llevaron a las chicas y en el otro a los varones. Javier buscó mi mirada cuando subía los escalones del suyo, la melena castaña casi cubriéndole los ojos. Pasarían meses sin que pudiese volver a verlo, cuando, por fin, dictaron sentencia y le raparon la cabeza como a un criminal. En el camión nos pasaron lista con los expedientes en mano. De los sesenta y cuatro nombres que llamaron, incluido el de Liz Cari, había solo cincuenta y cinco presentes. Un Avispa Negra le pasó los expedientes de las ausentes a un oficial, para que las buscaran en sus casas.

El primer interrogatorio en la estación de policía fue en colectivo. Una chica del grupo dos preguntó que cuándo llegarían los varones, y el oficial respondió que se los habían llevado a declarar fuera de Romerillo. «Eso no es asunto tuyo», me respondió otro oficial cuando pregunté adónde.

Luego de casi tres horas de preguntas y respuestas, se hizo evidente que mi grupo había sido el último en terminar el día anterior, que los demás tres grupos de doce grados habían salido del pre al menos media hora antes. Ninguna de las chicas de mi grupo mencionó que yo me quedé atrás para secar el aula, pero sospeché que saldría a relucir en cuanto nos separaran para interrogarnos individualmente.

Y así fue. Fui la última en salir del interrogatorio y la única que la policía visitó al día siguiente.

30

Hay unas cuantas cosas que no encajan en lo que contó ayer —me dijo la oficial Mariela Hernández de vuelta en la estación.

Era una mujer tan alta y delgada como yo, con las arrugas de la cara zigzagueando entre esos huecos eternos que deja un pronunciado acné juvenil. Usaba espejuelos de lentes anchos, de esos que en Cuba llamamos de culo de botella, que le daban a su rostro un aspecto de muñecona con uniforme.

Yo me encogí de hombros, indecisa de verbalizar una respuesta, segura de que cada una de mis palabras terminaría escrita por el oficial del buró del lado, que tecleaba sin cesar en su máquina de escribir. Detrás de la oficial Hernández, casi llegando al techo, corría una hilera de persianas cuadradas, que daba al fondo de la estación. Era casi medio día y hacía un calor infernal.

—Verás, Luz —continuó—, ya nos llegaron las declaraciones de tus compañeros y los del baloncesto aseguran que sí, que te vieron salir por la reja sobre las siete de la tarde, poco antes de que se fueran ellos. —Hizo una pausa, y las arrugas de su entrecejo se acrecentaron—. Pero el caso es que ellos aseguran que te vieron salir sola. ¿Por qué mentiste ayer? ¿Por qué dijiste que saliste junto con Javier? ¿Tú no te has dado cuenta de lo delicado de este asunto, chiquilla?

Me pregunté si el término «chiquilla» también terminaría en la hoja que mecanografiaba el hombre del lado, y me apreté las manos empapadas de sudor sobre el regazo. Lo del día antes había sido una estupidez total por mi parte. Bajo la presión del interrogatorio me convencí de que quizás, entretenidos en su juego y algarabía, ninguno de los jugadores de baloncesto me habría visto salir entre las dos luces del anochecer. Ahora los dedos largos habían dejado de teclear en la máquina, y la oficial Hernández no parecía ni respirar, esperando mi respuesta.

—Aquí la pregunta es —dijo con voz suave— ¿Qué hacían tú y Javier todavía en el edificio, dos horas después de que se fuera todo el grupo?

—Nos quedamos limpiando el aula —respondí, con la garganta seca.

De repente, la postura impertérrita de la mujer se desencajó y dio un golpe en el buró con la palma de la mano:

—¡Basta! —rugió.

Un perro empezó a ladrar al otro lado de la persiana, como si el golpe de la mesa lo hubiese puesto en alerta. Podía haber sido un perro de la casa vecina, o uno de esos pastores alemanes de la policía. Daba igual, los ladridos y gruñidos me sacaron el poco valor que me quedaba, y empecé a sollozar, al tiempo que arañaba los brazos de la silla de madera en unidades de cuatro.

—¿Qué hacían? —insistió ella.

—Nos quedamos… —dudé en terminar.

No había dicho la verdad el día anterior, porque no sabía cómo contarles

a aquellos uniformados la verdadera razón por la que Javier y yo nos quedamos en el aula. Contar el momento más íntimo de toda mi vida, para que cada detalle fuese tecleado en una máquina de escribir y leído por toda la unidad de policías de mi propio pueblo, era como desnudarme en el parque central de Romerillo. Tampoco imaginé que omitir esa parte fuese a llegar tan lejos, yo no tenía nada que ver con el letrero en cuestión, y estaba segura de que Javier tampoco. Ni siquiera podía imaginar a alguien en toda la escuela con valor suficiente para semejante osadía. Pero no cabía duda de que habían utilizado la misma pintura roja que la escuela recibió de Educación Municipal.

—¿Se quedaron qué? —preguntó la oficial, impaciente. El perro que no podía ver continuaba ladrando a sus espaldas.

—Estamos juntos —musité con la vista en el piso de granito amarillento —, Javier y yo. Nadie lo sabe, pero estamos juntos.

—Explíquese mejor —me ordenó ella. Relajó su postura en la silla giratoria, y encendió el minúsculo ventilador de veleta del buró en dirección a su cuerpo.

—Nos quedamos haciendo —dije, y encogí mi rostro, con los ojos bien abiertos, fijos en sus espejuelos, con la esperanza de que ella adivinase lo que no me atrevía a decir en voz alta.

—¿Relaciones sexuales? —preguntó ella por fin y yo asentí con la cabeza, llena de vergüenza y de lágrimas. El oficial del lado comenzó a teclear.

Había sido yo quien le pidió a Javier que se fuera por el callejón de atrás. No solo porque era mi primera vez y me avergonzaba la posibilidad de que los del baloncesto lo sospechasen, sino, además, por tantos prejuicios que me acechaban respecto a Liz Cari. No quería que nos viesen juntos cuando ni siquiera hacía un mes de su partida. Todo prejuicios, un montón de prejuicios ridículos. Los mismos por los que había mentido al decir que nos quedamos limpiando el aula, cosa que no tenía sentido cuando los demás testificaron que, al irse dos horas antes, ya no quedaba casi nada más por hacer. No pensé que los del baloncesto hubiesen advertido mi salida, así que dije que nos habíamos ido juntos. Esto último lo hice por Javier, porque si algo percibí en el primer interrogatorio fue la importancia que le daban los oficiales al hecho de tener una coartada, un testigo a la hora de salida del pre.

—Sí —respondí, tratando de controlar el castañeteo de mis dientes—. Le pedí a Javier que se fuera por el callejón del fondo para evitar rumores. No quería que se supiese lo nuestro. Pero él no tiene nada que ver con esto, por eso dije que nos fuimos juntos, porque fue así: salimos de la escuela al mismo tiempo. Javier quiere ser médico, nunca haría algo así, se lo prometo, oficial Hernández.

A partir de ese momento, mis memorias de los hechos son borrosas.

Recuerdo los interrogatorios que le sucedieron, todos envueltos en una bruma espesa, en la que yo me repetía constantemente, diciéndole a cada uno de los oficiales que Javier jamás haría algo así.

En su testimonio, Javier declaró que salió al mismo tiempo que yo, aunque por el callejón de atrás. Pero jugó en su contra el hecho de que cada uno de los chicos del baloncesto negó haberlo visto salir. Nunca sabremos si en verdad no lo vieron, o si a alguien le fue conveniente mentir. En el transcurso de una semana, la policía fue liberando a todos los varones de doce grados, menos a Javier. Por otras dos semanas no tuvimos noticias de él. Sus padres iban día por día a la estación, donde les informaban que su paradero era desconocido, por el momento. Fueron veintiún días de incomunicación y un juicio exprés al que no pudo asistir la familia. Interrogatorio tras interrogatorio, Javier se declaró inocente, y se negó a aceptar las negociaciones que le propusieron con tal de que se declarara culpable. Pero alguien tenía que pagar por aquella ofensa mayúscula a la Revolución, alguien tenía que servir de escarmiento al pre, a todo Romerillo, para que nadie se atreviese a repetirla jamás. Aunque los actos disidentes eran castigados sin compasión, a Javier lo condenaron a solo seis meses de cárcel, quizás, porque era un estudiante ejemplar y les fue imposible probar su «crimen». Aun así, le raparon la cabeza, lo vistieron con ropas grises, que con tanto peso perdido le bailaban en el cuerpo, como a un payaso, y le arrancaron a patadas la posibilidad de hacerse médico.

La incapacidad de soñar y la infamia le quitaron más vida a Javier que los atropellos de la cárcel. Ser víctima de la injusticia penal es caer en un atolladero solitario, en el que repetir la verdad empieza a sonarte ridículo hasta a ti, a sabiendas de que no te van a escuchar, porque ya han decidido no creerte. Cuando lo sancionaron, la casta revolucionaria de Romerillo lo condenó a la marginalidad; el resto cerró los ojos y tomó distancia.

Yo me sumergí en una profunda ansiedad, que llevó mis obsesiones y compulsiones al límite. Vi los avances que había logrado en tantos meses de terapia con Carlos desvanecerse frente a mí, y pensé que jamás los recuperaría. Hoy sé que es parte de la enfermedad, que tiene sus altas y sus bajas.

Una vez que liberaron a Javier, a pesar de lo incierto de nuestro futuro, nos unimos más que nunca. Nos unimos porque no hay nada mejor que el amor para sanar a las personas, y si algo nos sobraba a los dieciocho años era amor. Dos jóvenes sin futuro, sin libertades, sin sueños, sin más posesión que nuestros cuerpos. Nos aferramos el uno al otro como dos almas perdidas, amándonos sin importar la hora o el lugar, con esa pasión extraordinaria que te hace sentir en la cima del mundo. Vivíamos en un idilio que nos aislaba del resto de Romerillo, convencidos de haber descubierto una dicha totalmente

nuestra, insospechada para los demás. Era como flotar sobre un infierno, que de tanto ignorarlo, no alcanzaba a quemarnos nunca.

Quizás por ese estado de éxtasis en que me encontraba, demoré tanto en entender las palabras del cartero cuando dejó en mis manos, bajo la sombra del almendro, el gran sobre amarillo. Cuando él dijo algo relacionado a la lotería de visas, fue la China quien me sacó de mi consternación.

—¡Es el bombo, niña! ¡Te llegó el bombo! —exclamó ella, con las manos en la cabeza, y yo tuve la escalofriante sensación de que a mi abuela se le pusieron los ojos vidriosos.

«Pero ¿cómo me va a llegar el bombo a mí si nunca envié los papeles?», me pregunté.

Epílogo

Mi abuela Caridad murió hace unos años en un hospital de Hialeah, bajo los cuidados de Javier, quien logró formarse como médico intensivista en Estados Unidos. Caridad tenía noventa años y cero recuerdos de su larga vida. Fue mami quien pasó meses gestionando la construcción de la bóveda familiar para, al final, pedirme a mí que trajese las cenizas de mi abuela a Romerillo, porque ella no se siente capaz de regresar.

Los primeros en irnos a Estados Unidos fuimos Javier y yo, luego de que me llegara la lotería de visas y nos casáramos. Con el tiempo, pude reunirme con mi abuela y con mami, mediante un largo proceso de reclamación familiar.

Cuando llegamos a Hialeah, tuve la suerte de reencontrarme con la Alemana, quien nos ayudó a empezar de cero en un país desconocido. Retomamos nuestra amistad de forma orgánica y una vez más nos hemos vuelto inseparables, como hermanas.

Hace unos meses me abrí una cuenta de Facebook, porque parece que pronto será de gente rara el no tenerla, y cada vez que lo abro, me sale en la sección de «personas que tal vez conozcas»: Liz Cari. Su cuenta es privada y la única información pública es que vive en Italia, y que ahora lleva el cabello rojo. A veces miro su perfil, sin dejar de preguntarme cuánto sabe, en realidad, Facebook sobre nuestra historia, o si yo también me le he aparecido a ella en una esquina de la pantalla, sonriente, de la mano de Javier.

Entro al cementerio de Romerillo, con el jarrón de los restos de mi abuela en las manos, y camino entre flores marchitas y ángeles mutilados. Cuando veo la bóveda, no es lo que esperaba, pero es funcional. Una estructura cuadrada de unos dos metros de altura. En cuanto la terminaron, mami se aseguró de que trasladasen a esta los restos de mi abuelo Ramón, los de mi tía Margarita y los del viejo carretonero, que murió el año pasado, dejando a la China completamente sola. Según mami, que la llama con frecuencia, es evidente que los años no le han robado ni una pizca a su intelecto o a su curiosidad.

A esta bóveda también trasladamos los restos de Armando; a fin de cuentas, fue gracias a él que Javier y yo pudimos salir del país en el momento que más lo necesitábamos. Había enviado los papeles al bombo mucho antes de morir, incluyéndome a mí como su hija. Al principio pensamos que el documento no sería válido, debido a que él había perdido su patria potestad; pero como las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba son tan precarias, eso no salió a relucir en la embajada, y pude salir del país sin inconvenientes, al igual que Javier, quien lo hizo en calidad de esposo.

El silencio y la soledad del cementerio son interrumpidos por una tojosa, que lanza su arrullo desconsolado a lo lejos. Coloco el jarrón con las cenizas

de mi abuela justo al lado de la caja que contiene los restos de mi abuelo Ramón, y miro la foto de cada uno de nuestros difuntos. Cierro los ojos y vuelvo a escuchar los cascos del caballo del viejo, el ruido de los calderos de mi abuela en la cocina, el jaleo de la moto de mi tío, las risas de la Alemana y Liz Cari, la música de la grabadora de mi tía Margarita, la algarabía de nuestro barrio y el silencio aterrador de la pared de los muertos.

En el portón del cementerio libero a Mario, y le anoto una dirección para que me recoja allí más tarde. Voy caminando por el pueblo cuando llamo a mami y le cuento que acabo de poner las cenizas de mi abuela en la bóveda. No le doy muchos detalles mortuorios, porque sé que, al otro lado del teléfono, también está Margarita. En el momento en que Javier la puso en mis brazos por primera vez, y ella abrió sus grandes ojos azules, supe que ese sería el nombre de nuestra hija. Escucho como ella le arrebata el teléfono a su abuela, y me cuenta que ya tiene un tema para su cumpleaños. Me dice que quiere una fiesta de *Equestria Girls,* con todas sus amigas. Le digo que tendremos que hablarlo con papi, y me pregunta que cuándo regreso.

—Mañana —respondo.

—Mami —me dice. Se hace un silencio en la línea y sé que está midiendo sus palabras—. ¿Vas a ir a tu casita bajo el almendro?

Se me hace un nudo en la garganta, porque justo allí me dirijo en estos momentos, sin saber qué me espera después de tantos años.

—Sí —consigo responderle a mi hija, que antes de colgar vuelve a hablarme de las *Equestria Girls* y de su fiesta de cumpleaños, con la típica egolatría inocente de los niños.

Ahora camino por la calle de mi barrio, y me pregunto si alguna vez alguien puede irse del todo de su tierra, o si hay una parte que se queda, una parte que no recuperamos jamás.

Me paro bajo la sombra del almendro; ese árbol magnánimo, que una vez fue tan solo una semilla en las manos de mi abuelo Ramón, y caigo en la cuenta de que mi hija está a punto de cumplir siete años. Los mismos siete años que tenía yo cuando comenzó esta historia, cuando quería que la muerte se llevara a Armando.

Fin

Agradecimientos

A los ocho años escribí mi primer relato. La trama era incoherente y el final insalvable, aunque yo no lo supe hasta que lo leyó mi madre, una mujer que no sabe mentir. Gracias, mami, por tener suficiente valor para decirme cuando algo no funciona y aún más amor para hacerme sentir grande, incluso cuando fracaso. Gracias por enseñarme que hacerlo mal es solo el primer paso para empezar a hacerlo bien. Gracias por tu apoyo constante y por confiar en esta novela cuando apenas era un par de páginas.

Gracias a Alejandro Fabelo por quererme como a una hija y porque nada de lo que tengo hoy, incluso esta novela, hubiese sido posible sin él.

Que tu pareja te lea es una suerte, pero que confíe en tu escritura y te apoye, aun cuando no puede leerte porque no escribes en su idioma, eso es amor incondicional. Gracias a Ed por ese amor, por no salir corriendo cuando le dije que quería escribir una novela y por esa paz emocional que me regala, que yo tanto necesito para crear historias.

Gracias a mi hijo, por recordarme a la niña que llevo adentro y por el tiempo que le roba este vicio egoísta mío de escribir.

Gracias a Nancy Capote, la bibliotecaria de mi escuela primaria, por continuar leyéndole a los alumnos los cuentos que escribí allí de niña. Saberlo me enseñó que las historias dejan de ser del escritor cuando llegan a sus lectores, porque la verdadera misión de la literatura debe ser siempre ayudar de algún modo a los demás.

Gracias a mi tía Dania León y a mi prima Flavia Torres, por siempre darle prioridad a mis historias como si se tratara de *best sellers.* Gracias a Liana Pérez por leerme sin conocerme y por decirme que se había quedado con ganas de más. A partir de ahí, la novela engordó otras veinte mil palabras.

Gracias a Silvia Raquel Rodríguez, por leer mi libro en ese formato imposible que le mandé, por escribir tan conmovedora sinopsis, por sus recomendaciones, por el cariño y, sobre todo, por poner la literatura por encima de las ideologías, como solo los grandes pueden.

Gracias al escritor Frank Hidalgo Gato, por decirme que la historia era buena, pero que yo podía hacerla todavía mejor.

Gracias a todos los familiares y amigos que me ayudaron a darle visibilidad a la novela en las redes sociales. En especial a: Alina Benavides, Enith Brito, Ana María Uz, Yulitza Menéndez, Idalmis Acosta, Isel Martínez, Alejandro Fundora, Yonna Davis, Venus Fabelo, Masleidy Pérez, Ariadna Romero, Maidolys Martínez y muchos otros.

Gracias a Inés Lorenzo García por la primera revisión ortotipográfica y sus recomendaciones.

Gracias al equipo de la Casa PanHouse, en especial: al coordinador, Daniel Valente, a mi editora, Andrea Peña, y al director, Jonathan Somoza,

por el profesionalismo y amor con que hacen su trabajo.

Gracias a todas las personas que de una forma u otra influyeron en mi formación. A las buenas y a las no tan buenas, porque de todas ellas se nutrió esta historia.

Y gracias a ti, por leerme hasta aquí, porque un libro solo se completa con sus lectores.

---

1 Unión de Jóvenes Comunistas.
2 Unidades Militares de Ayuda a la Producción.